



MOIGNO

LOS
SPLENDO
DE LA EPI

1

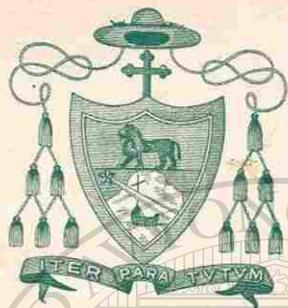
BL240

M64

v.1

1883-85

008107



1080014485



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

U A N L

Jose Rodriguez Lozano

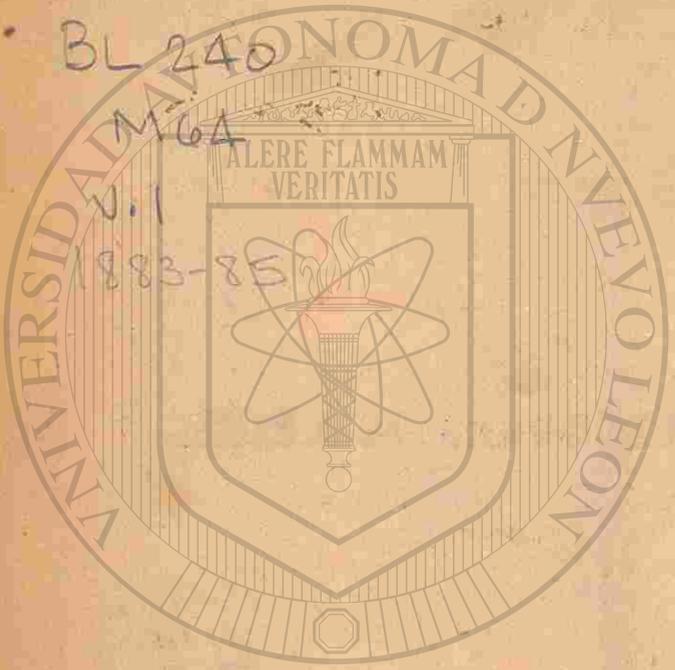
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



241.
Mo

BL 246



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria
VALVERDE Y TELLEZ

À LA INMACULADA CONCEPCION DE MARIA

DEDICATORIA.

A nadie más honrosa y oportunamente podían dedicarse *Los Esplendores de la Fe*, que à Aquella que tuvo el singular privilegio de ser, desde el primer instante de su Concepcion sin mancha, como el primer esplendor de la fe, de la gracia y de la redencion. A Ella, pues, en su especial prerogativa, hay que consagrar el pensamiento y la ejecucion de traducir dicha obra en español, ó sea, en lengua del pueblo que ha sostenido con mayor teson y energia el dogma de la Concepcion Inmaculada de Maria, que ha defendido esta verdad de fe antes que ninguno otro pueblo del mundo, y lo ha propagado por uno y otro emisferio mucho antes de que se proclamare y definiere. La *Libreria de la Inmaculada Concepcion* cree un deber de gratitud el poner à los piés de la purisima Virgen Madre de Dios esta publicacion, y esperar de Ella un éxito feliz para bien de la Iglesia y de la sociedad.

EL EDITOR PROPIETARIO,
Juan Grabulosa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

008107

44825



LOS ESPLENDORES DE LA FE.

A nuestro amado hijo Francisco Moigno, canónigo de San Dionisio.

VALVERDE Y TELLEZ

LEON XIII, PAPA.

AMADO HIJO, SALUD Y BENDICION APOSTÓLICA.

Era imposible, amado hijo, que el sapientísimo autor del orden físico y sobrenatural no coordinara la ciencia de las cosas visibles con el conocimiento de las verdades reveladas por Él, de tal modo que el hombre que ha criado para su gloria, fuera llevado por las cosas visibles que hizo al conocimiento de las invisibles. Por esto, á la manera que es muy honroso revelar y confesar las obras de Dios, se hace enteramente digno de recomendacion aquel que trata de exponer científicamente y hacer resplandecer este orden admirable de cosas. Pero lo que siempre es útil, se ha hecho absolutamente necesario por el orgullo de los tiempos modernos, que, repitiendo el antiquísimo grito de rebelion, NO SERVIRÉ, y por desterrar á Dios de las cosas humanas, desprecia su soberanía, blasfema su majestad, vuelve impiamente contra Él todo cuanto ha conocido naturalmente y todo cuanto ha recibido de Él con liberalidad. Esto empero haria muy difícil y ruda la noble empresa; porque exige de quien la acometa muy sólida y vasta ciencia, no solamente de las cosas sagradas, sino tambien de las físicas, la lectura de las innumera-

bles obras, escritas en tan diversas lenguas, de las que se han podido sacar los sofismas, así antiguos como modernos, que se oponen al orden divino, y finalmente, la iniciacion en los diarios progresos de las ciencias naturales, que por su luz disipan las tinieblas que aquellos difunden.

Nos, pues, te felicitamos, porque despues de un trabajo largo y porfiado dedicado á aprender y enseñar las ciencias filosóficas y teológicas, te has entregado con tal actividad á las ciencias físicas que, en la exposicion é ilustracion de todas ellas, has merecido la gloria de que te llamaran públicamente su promovedor. Estas dotes, muy raras veces reunidas en un solo hombre, al propio tiempo que no pueden dejar de conciliar para con los amigos de la verdad, mucha autoridad á tu sabia y laboriosa obra los ESPLENDORES DE LA FE, impedirán á los que la odian rechazar tus libros con un desden que no puede alcanzar al que trata hábil y buenamente una materia tan variada, grave y difícil.

La Providencia, que lo abarca todo con fuerza de uno á otro extremo, y que todo lo dispone suavemente, te ha dotado ricamente de agudo y flexible talento, unido á una memoria tenaz y fiel, que te hace comprender inmediatamente el asunto propuesto, y retenerlo constantemente cuando lo has comprendido. Te ha dotado al mismo tiempo de paciente é insaciable amor á la ciencia, y te ha presentado á la vista como espontáneamente todo lo que debias reunir para redactar una obra de tan diversa y opuesta naturaleza. Finalmente, multiplicando á cada paso las ocasiones de hacer especiales investigaciones, relativas sobre todo á las cosas físicas, te ha ejercitado para tratarlas de tal manera que las hicieras servir al propio tiempo que para el progreso de la ciencia, para la defensa y gloria de la Religion. Y porque la exposicion y redaccion de materiales reunidos durante toda una vida exigian tambien un trabajo de varios años, ha reservado á tu ancianidad un vigor juvenil de alma y cuerpo capaz

de soportar las fatigas de un trabajo tan largo y porfiado, de tal manera que puede pensarse justamente que has recibido la mision especial de publicar esta obra. Al mismo tiempo que Nos lleva esto á expresarte otra vez Nuestras felicitaciones, Nos da una esperanza no mediana de la utilidad real y sólida de tu obra, cuyo volúmen total, á la verdad, no Nos ha permitido, absorbidos como estamos por tantos cuidados, apreciar por Nos mismo su fuerza y erudicion, pero que no obstante, por razon del carácter propio del libro y del aprecio público que le rodea, no es menos para Nos un homenaje muy agradable y precioso. Recibe, pues, el testimonio de Nuestra gratitud y tambien de los votos que Nos formamos por el fruto abundante y duradero de un trabajo tan inmenso, en prenda de lo cual tienes la bendicion apostólica, que Nos te damos muy afectuosamente, amado hijo, en prueba de Nuestra paternal benevolencia.

Dado en Roma, cerca de San Pedro, á 3 de julio de 1879, año segundo de Nuestro pontificado.

LEON P. P. XIII.

DILECTO FILIO FRANCISCO MARIÆ MOIGNO

CANONICO SANCTI DIONYSII.

LEO P. P. XIII.

Dilecte Fili, Salutem et Apostolicam Benedictionem.

Fieri non poterat, Dilecte Fili, quin sapientissimus physici et supernaturalis ordinis auctor ita visibilium rerum scientiam ad revelatarum a se veritatum notitiam ordinaret, ut homo, quem propter se condiderat, invisibilia ipsius, per ea quæ facta sunt, intellectu conspiceret. Itaque, sicut opera Dei revelare et confiteri honorificum est; sic omnino commendandum se præbet, qui mirum hunc ordinem exponere scite et illustrare aggrediatur. Quod autem semper est utile, id plane necessarium fecit præsentis ætatis elatio; quæ vetustissimum illud *Non serviam* iterans, Deumque ab humanis ablegatura rebus, dominationem ejus spernit, majestatem blasphemat, et quæcumque naturaliter novit, aut liberaliter ab ipso accepit, in eundem impie retorquet. Id vero difficillimum et plane salebrosum facit nobile inceptum: ab eo enim, qui illud aggrediatur, postulat solidam et amplissimam non sacrarum modo, sed et physicarum rerum notitiam, ac innumerorum ferme librorum variis editorum linguis lectionem, unde auriri potuerint tum vetera ac recentia sophismata ordini objecta, tum novi quotidie progressus naturalium disciplinarum, qui luce sua discuterent tenebras ab illis offusas. Gratulamur itaque tibi qui,

opera diu naviterque impensa, sive addiscendis sive tradendis philosophicis theologicisque disciplinis, sic te physicis addixisti, ut in universis earum partibus exponendis atque illustrandis publicam assequutus fueris promotoris earum laudem. Quæ sane, in uno homine raro exemplo conjuncta, sicuti nequeunt apud veritatis amatores magnam non conciliare auctoritatem doctæ ac laboriosissimæ lucubrationi tuæ *de Splendoribus fidei*; sic osores illius cohibere debebunt, ne volumina tua eo supercilio excipiant, quo minus idonei et æqui disceptatoris tam variæ, gravis et arduæ materiæ. Illa certe Providentia, quæ attingit a fine ad finem fortiter et disponit omnia suaviter, te perspicaci docilique ditavit ingenio, tenaci conjuncto et fideli memoriæ, pro quæ et oblata perspiceres illico, et perspecta constanter retineres; patiens quoque et inexplebile studium tibi indidit scientiæ, quod oculis obverteret, veluti sponte, quidquid congerendum foret ad opus tam diversæ ac disparatæ naturæ contexendum; ac demum, occasione passim oblata peculiarum de rebus phisicis disquisitionum, te ad eas sic pertractandas exeruit, ut easdem ad scientiæ provecum simul exigeres et ad religionis tutelam et gloriam. Et quoniam expositio et ordinatio materiæ tota vita coacervatæ complurium adhuc annorum operam postulabat, juvenilem senectuti tuæ vigorem servavit mentis et corporis, qui tam diuturnum et improbum tolerare posset laborem; ita ut non immerito censeri valeat, te peculiarem istius operis edendi missionem fuisse sortitum. Quod sane dum novas a nobis elicit gratulationes, spem quoque non mediocrem facit veræ solidæque utilitatis lucubrationis tuæ; cujus quidem ipsa moles, etsi non siverit Nos, tot curis distensos, vim et eruditionem proprio percipere obtutu, oblationem tamen acceptissimam et plane pretiosam fecerunt ipsa scripti indoles et publica commendatio. Pergrati itaque animi Nostri significationem excipe, simulque vota quæ edimus pro largo ac perenni tanti laboris fructu; ejusque tibi sit auspex Apostolica Benedictio,

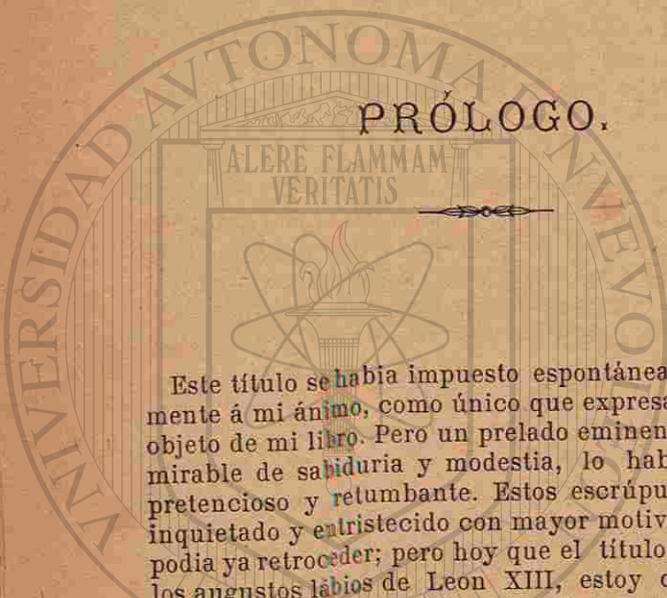
quam paternæ Nostræ benevolentiæ testem tibi, Dilecte Fili, peramanter impertimus.

Datum Romæ, apud S. Petrum, die 3 julii, anno 1879.
Pontificatus nostri anno secundo.

LEO P. P. XIII.

El precioso pergamino iba acompañado de esta tarjeta bendita: «Monseñor Mercurelli, secretario de los Breves «para los Príncipes, satisfecho con haber podido llamar la «atención del Padre Santo acerca del insigne mérito de «la obra de los *Esplendores de la Fé*, al dirigir al ilustre «y célebre autor la CARTA PONTIFICIA, le renueva sus felicitaciones, sus gracias y homenajes.»

F. MOIGNO.



PRÓLOGO.

Este título se había impuesto espontánea é invenciblemente á mi ánimo, como único que expresaba la idea y el objeto de mi libro. Pero un prelado eminente, modelo admirable de sabiduría y modestia, lo había encontrado pretencioso y retumbante. Estos escrúpulos me habían inquietado y entristecido con mayor motivo porque yo no podía ya retroceder; pero hoy que el título ha salido de los angostos labios de Leon XIII, estoy completamente tranquilo. En mayo próximo pasado no ha vacilado Su Santidad en decir á los nobles peregrinos alemanes que le rodeaban: «Verdaderamente de vuestras palabras y hasta de vuestra presencia sale como un esplendor de la Fe, que llena nuestra alma de alegría y de asombro á nuestros enemigos.»

¡Gracias, Santísimo Padre, gracias!

La idea de que yo publicaría un día los *Esplendores de la Fe* data de 1831, y no me ha dejado un instante. En todos mis estudios, reservaba datos y documentos destinados á mi futuro ensayo de conciliación de la Revelación y de la Ciencia, de la Fe y la Razon. Solamente en 1835 pude bosquejar mi plan de modestas conferencias que es-

tuve encargado de hacer, durante la cuaresma, en la iglesia de San Sulpicio.

Después de treinta años empleados en adquirir la ciencia necesaria, y reunir los materiales del edificio que debía construir, podía esperar que lo levantaria en tres ó cuatro años; pero han transcurrido once largos, y acabo apenas de terminar.

He destinado el tomo primero á la Fé;

El segundo y el tercero á la armonía de la Revelación y de la Ciencia: es la parte principal de mi obra, la que tenía por misión especial y directa llevar á buen fin;

El cuarto, á la armonía de la Fe y de la Razon.

Hice lo que pude; pero no hice lo que habría querido, lo que habría debido hacer, y temo haberme quedado inferior á la tarea que me había impuesto. En un trabajo de tan larga duración, ¿no son por ventura superiores á las fuerzas humanas la firmeza del paso y la unidad de composición y redacción? Algunas veces ha decaído mi ánimo, quizás frecuentemente.

Esta confesión me humilla sin desalentarme. Siempre será necesario que el grano de trigo muera para producir el céntuplo. Sólo menguando puede hacerse aumentar á Jesucristo y á su santa Iglesia. Afortunado soy siendo á mi vez el siervo inútil del Evangelio.

Para consolarme, tengo además la idea de que el fondo de mi libro suple las imperfecciones de la forma, y que mis *Esplendores* satisfarán completamente á los que me lean, como colección única de noticias preciosas, como conjunto de pruebas victoriosas de la divinidad de nuestra fe católica, apostólica, romana.

Sin hacer ninguna concesión, sin apoyarme en ninguna hipótesis, sin pactar jamás con sistemas humanos, he demostrado hasta la evidencia que la Revelación y la

Ciencia, la Fe y la Razon están perfectamente en armonía en todos sus innumerables puntos de contacto.

Mi demostracion es más bien excesiva que incompleta; podrá verse que la he llevado más allá de lo que debía, ó que he entrado demasiado en los pormenores.

Los adversarios empero de la Revelacion y de la Fe son los que me han obligado á abordar estos pormenores. Y si se tiene á bien comparar mis soluciones con las de los apologistas que me precedieron, se averiguará un hecho muy significativo: los progresos de las ciencias humanas han sido tan lentos, que ha sido preciso llegar al siglo XIX para hacer sobresalir plenamente la nada de las objeciones minuciosas de la falsa ciencia y de la semi-ciencia.

José de Maistre, de mirada inspirada y profética, en sus *Memorias y Correspondencias*, vió en lontananza al que, yendo á lo más profundo de las ciencias, sabría atravesarlas hasta el punto central en donde tocan á Dios y unir las á la teología. «Aguardad, dice, que la *Afinidad* natural de la ciencia y de la religion las haya reunido en la cabeza de un hombre de genio; aquél será famoso, y acabará el desencadenamiento del siglo XVIII (la incredulidad y la Revolucion).»

Yo no soy este hombre de genio; pero, sabio y teólogo, he deseado ser su precursor, confesándome indigno de desatar las correas de sus sandalias.

La conciliacion de la Fe y de la Razon es más importante aún que la de la Revelacion y de la Ciencia: porque la Ciencia es la hija y la esclava de la razon. Mi cuarto tomo, pues, exigia particular atencion, y he debido acudir á los grandes medios para asegurar su éxito. Hélo hecho preceder de una autobiografía en la que enumero mis títulos y las pruebas de mi competencia. Me ensalzo, pero sin vanidad, en interés de la gran causa que quiero ganar. Además, para preparar mejor el terreno, para apartar de la razon hasta la sombra de una

perplejidad, consigo de nuevo, mediante un brevísimo resúmen de los tres primeros tomos, la armonía perfecta de la Fe y de la Ciencia.

De este cuarto tomo, absolutamente completo por sí mismo, me prometo un efecto de pacificacion de las voluntades, de aclaracion de las inteligencias, de confortamiento de los corazones, en los que me atrevo á fundar la esperanza de algunas conversiones. Y lo espero con mayor motivo, porque me he dedicado á no ser más que el eco simple y verdadero, cuanto puede serlo un eco humano, de la ley inmaculada del Señor, que convierte las almas, del testimonio fiel del Señor, que da la sabiduría á los pequeños.

Si se me ha deslizado algun error en este asaz largo trabajo, lo condeno anticipadamente.

Si la interpretacion que he dado de los textos científicos de la Sagrada Escritura es aventurada, temeraria, contraria á la consagrada por los santos Padres y la tradicion, la desapruébo.

Si he dado á ciertos hechos revelados un alcance que no tengan, me retracto.

Creo, y con la gracia de Dios creeré siempre, todo cuanto cree la santa Iglesia católica, apostólica, romana, en cuyo seno quiero vivir como hijo respetuoso, sumiso y adicto.

Además de la fe, hay la caridad. Si en la calificacion y refutacion de los errores, me he servido de expresiones demasiado vivas ó duras, ruego que se me perdonen. Odío al error, porque es esencialmente homicida, pero estoy lleno de cariño y ternura compasiva para las inteligencias extraviadas. Las compadezco con todo mi corazon, y daria de buena gana mi sangre para ilustrarlas y salvarlas.

Ya que el sumo Pontífice Pío IX; de santa é ilustre me-

moria, se dignó hacerme decir por la pluma de un cardenal eminente que me amaba mucho; ya que en un breve apostólico que ha sido la gloria más pura y la mayor felicidad de mi vida, exageró Su Santidad la bondad hasta felicitarme por mis buenos resultados científicos, la fama que me han adquirido en Francia y en el extranjero, y más aún por mi religión, mi integridad y mi sumisión á la Cátedra de san Pedro, séame permitido para suplir á mi debilidad é insuficiencia amparar mis *Esplendores* en la muy dichosa recomendación que, en su Encíclica del 21 de marzo de 1853, hacia el inmortal Pontífice en los siguientes términos á todos los cardenales, arzobispos y obispos de Francia, (Ap. al tomo I):

«No descuideis nada para empeñar á los hombres eminentes por el talento y la santa doctrina á que publiquen escritos propios para ilustrar á las inteligencias y disipar las tinieblas de los errores que se propagan. Por esto, esforzándoos por alejar de los fieles confiados á vuestro cuidado el veneno mortal de los malos libros y de los malos periódicos, dignaos también, os lo pedimos con instancia, favorecer con toda vuestra benevolencia y predilección á los hombres que, animados del espíritu católico, versados en las letras y ciencias, consagran sus vigilias á escribir y publicar libros y periódicos, para que se propague y defienda la doctrina católica, para que tengan toda su fuerza los venerables derechos de esta Santa Sede y sus doctrinas, para que desaparezcan las opiniones é ideas contrarias á esta Santa Sede y á su autoridad, para que se expulse la oscuridad de los errores, y las inteligencias se innunden en la suave luz de la verdad.»

Aquí está toda mi confianza. Si, á pesar de mi pequeñez, me ayudan mis padres en el episcopado y mis hermanos en el sacerdocio, seré como una ciudad fuerte, y mi libro contará muchas victorias.

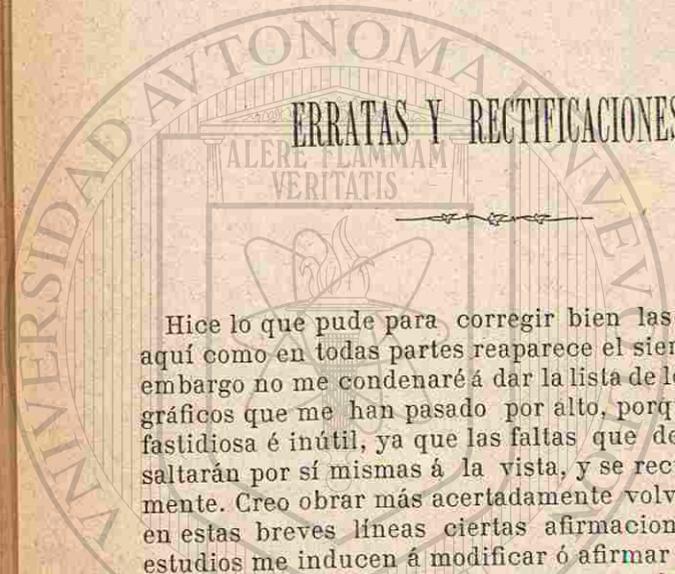
¡Gloria á Dios! Paz á los hombres de buena voluntad!

Santificado sea, Señor, el tu nombre. Venga á nos el tu reino. Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.

Es preciso que ÉL, Jesucristo, aumente, y que *yo* disminuya.

FRANCISCO MARÍA JOSÉ MOIGNO.

San Dionisio, día de Navidad de 1878.



ERRATAS Y RECTIFICACIONES.

Hice lo que pude para corregir bien las pruebas, pero aquí como en todas partes reaparece el siervo inútil. Sin embargo no me condenaré á dar la lista de los errores tipográficos que me han pasado por alto, porque sería larga, fastidiosa é inútil, ya que las faltas que deberán notarse saltarán por sí mismas á la vista, y se rectificarán fácilmente. Creo obrar más acertadamente volviendo á tratar en estas breves líneas ciertas afirmaciones que nuevos estudios me inducen á modificar ó afirmar más.

—Página 34, tomo III.—Mucho he sentido no haber podido resolver por el experimento la dificultad suscitada con motivo de la ceguera de Tobías; pero una indicación del muy hábil farmacéutico del Hospital general de San Dionisio, M. Menard, me ha puesto en camino de una explicación completamente satisfactoria. El fiemo de golondrina, caracterizado por su olor fuerte y por la sensación de quemadura que causa en su contacto con las membranas del ojo, contiene una proporción sensible de cantaridina, procedente sin duda de que las golondrinas cazan la mosca cantárida que vive en el fresno y en algunos otros árboles. Por esto mismo es vejigatorio ese fiemo y puede muy bien determinar la opacidad de la córnea. El experimento merece hacerse, y se convertirá en nueva prueba de la veracidad absoluta de los Libros Santos.

—Página 74, tomo III. *El baobab*.—En sí misma la longevidad de este árbol no sería en manera alguna un argumento á favor de la antigüedad indefinida del hombre; pero esta longevidad no está de ningún modo fijada. Habiendo el célebre viajero Livingstone examinado de muy cerca un baobab que juzgaba viejo de mil cuatrocientos años, lo encontró atacado de una enfermedad que alteraba mucho su leño, para que se esperara verlo morir después de un tiempo más ó menos largo.

—Página 159, tomo III. *El Paraíso terrenal*.—La opinión que coloca el paraíso terrenal en los alrededores de Jerusalem está muy bien desarrollada por el reverendo M. W. Henderson, en un opúsculo lleno de interés y que tiene por título: *Essay on the Identity of the scene of Man's Creation Fall and Redemption*. Un escritor la discutía muy recientemente en el *Univers*, pero dejando á los cuatro ríos que regaban el jardín su identidad con los cuatro grandes ríos de la naturaleza, y no solamente su semejanza.

—Página 257, tomo III.—M. Jorge Smith creía haber encontrado al rey Chodorlahomor del Génesis en el antiguo rey caldeo KADAR MABUCK, valiéndose de la inscripción grabada en un ladrillo, en Ur-Kasdim, patria de Abraham. M. Oppert había negado esta identificación, y M. Jorge Smith la abandona á su vez; pero el precioso ladrillo no prueba menos por esto la existencia de un rey elamita, de la dinastía de los Kuraditas, y que había sometido el país de Canaan.

—Página 284, tomo III. *La Torre de Babel*.—Un estudio más atento ó á lo menos más afortunado de la célebre inscripción de Borsippa, parece haber probado que no se trata en manera alguna de la confusión de las lenguas. Las palabras que M. Oppert había traducido por *en desorden profiriendo sus palabras*, expresarían probablemente *un descuido ocurrido en la conservación de los depósitos de las aguas pluviales*. No está menos averiguado que el vencedor de Jerusalem nos hace saber por esta inscripción el

sitio ocupado por la torre de Babel y su forma, sin relacionarla no obstante con la época del diluvio.

—*Vestigios de los principales dogmas cristianos, sacados de los antiguos libros chinos.* Así se titula una obra del padre Prémare, antiguo misionero en China, traducida del latín al francés, y publicada por M. Bonetty y el abate Pablo Peruy, en 8.º de XV—511 páginas, 1878. Este libro se publicó demasiado tarde para habernos podido aprovechar de él, pero debemos consignar el resultado á que ha llevado. El padre Prémare estaba convencido de que llegaría un día en que todos los misioneros de la China estarían unánimes en buscar las huellas de las tradiciones primitivas en los libros antiguos; previendo esto, leyó y relejó mil veces los *Kings* así como los libros clásicos, los comentadores y los antiguos historiadores. Recogía todos los pasajes que le parecían ser restos del cristianismo primitivo, y con todos esos textos llegó á componer para la China el más excelente y sabio tratado de apologetica católica. «En los *Vestigios* hay cosas excelentes, dice M. Luis Veuillot. Varios pasajes de esos antiguos autores chinos son dignos de Job y Moisés. Sábese que esperaban al *Santo*, y que los antiguos se saludaban diciendo: *¿Ha venido el cordero? ó ¿Está oculta la serpiente?* Un pasaje nos dice que los antiguos reyes sacrificaban cada siete días á la SUPREMA UNIDAD. Otros pasajes dan definiciones sorprendentes de la Santísima Trinidad.»

En un breve dirigido á los autores, Su Santidad Leon XIII no vacila en decir que los libros sagrados de los Chinos y las obras de los sabios contienen vestigios muy claros de los dogmas y tradiciones de nuestra santa religion.

ESPLENDORES DE LA FE.

TOMO PRIMERO.

LA FE.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sitio ocupado por la torre de Babel y su forma, sin relacionarla no obstante con la época del diluvio.

—*Vestigios de los principales dogmas cristianos, sacados de los antiguos libros chinos.* Así se titula una obra del padre Prémare, antiguo misionero en China, traducida del latín al francés, y publicada por M. Bonetty y el abate Pablo Peruy, en 8.º de XV—511 páginas, 1878. Este libro se publicó demasiado tarde para habernos podido aprovechar de él, pero debemos consignar el resultado á que ha llevado. El padre Prémare estaba convencido de que llegaría un día en que todos los misioneros de la China estarían unánimes en buscar las huellas de las tradiciones primitivas en los libros antiguos; previendo esto, leyó y relejó mil veces los *Kings* así como los libros clásicos, los comentadores y los antiguos historiadores. Recogía todos los pasajes que le parecían ser restos del cristianismo primitivo, y con todos esos textos llegó á componer para la China el más excelente y sabio tratado de apologetica católica. «En los *Vestigios* hay cosas excelentes, dice M. Luis Veuillot. Varios pasajes de esos antiguos autores chinos son dignos de Job y Moisés. Sábese que esperaban al *Santo*, y que los antiguos se saludaban diciendo: *¿Ha venido el cordero? ó ¿Está oculta la serpiente?* Un pasaje nos dice que los antiguos reyes sacrificaban cada siete dias á la SUPREMA UNIDAD. Otros pasajes dan definiciones sorprendentes de la Santísima Trinidad.»

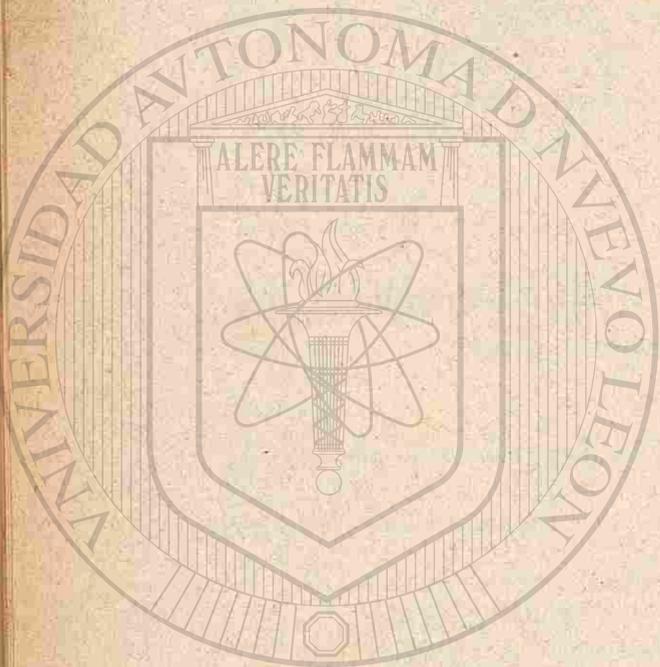
En un breve dirigido á los autores, Su Santidad Leon XIII no vacila en decir que los libros sagrados de los Chinos y las obras de los sabios contienen vestigios muy claros de los dogmas y tradiciones de nuestra santa religion.

ESPLENDORES DE LA FE.

TOMO PRIMERO.

LA FE.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LOS ESPLENDORES DE LA FE.

LIBRO PRIMERO.

DE LA FE.

Cap. I. El Símbolo de la Fe, dogmas, moral, oraciones. — Cap. II. La Fe es necesaria. — Cap. III. La Fe es rara. — Cap. IV. Causas generales y comunes de la escasez de la Fe: el espíritu pagano. — Cap. V. Causas generales y comunes de la pérdida de la Fe: el espíritu revolucionario. — Cap. VI. Causas individuales de la escasez de la Fe. — Cap. VII. La Fe es el complemento indispensable y glorioso de la razón. — Cap. VIII. La Fe no se impone por el raciocinio y la discusión.

CAPÍTULO PRIMERO.

El Símbolo de la Fe, dogmas, moral, oraciones.

Desde el principio de esta obra tendré que hablar de la fe dogmática y moral. El primer paso que habré de dar, será fijar que esta fe es absolutamente necesaria, y que desgraciadamente es muy rara. Pero, me quedaria en el



vacío y no se me comprendería, si no definiera claramente, desde un principio, la fe que yo quiero hacer resplandecer.

La definiré, pues, en este primer capítulo.

Pido á todos, sin exceptuar á los que no creen, que lean atentamente al comenzar y vuelvan á leer con mayor atención al terminar esta exposicion elemental de la fe.

Hasta me atrevo á invitarles á que recen con sencillez las breves oraciones en las que se resume el ejercicio de la vida cristiana, y será una excelente preparacion para la difícil y larga campaña que debemos hacer juntos.

Las oraciones fundamentales de la fe cristiana son divinas, y dictadas por un amor inmenso de la humanidad. Especialmente la salida de los mismos labios del Salvador de los hombres respira al mismo tiempo sencillez y sublimidad infinitas. Quién no consentiría, por poco que cierre un instante los oídos al rumor de las malas pasiones, en decir á Dios con toda la sinceridad de su alma: Santificado sea el tu nombre. El nombre de Dios es el más bello, glorioso y dulce de los nombres.—Venga á nos el tu reino. El reino de Dios es el reino de la bondad, de la justicia, de la felicidad.—Hágase tu voluntad. La voluntad de Dios es la voluntad santa, perfecta y benévola hasta el exceso. Pues bien, basta que el alma se abra plenamente á estos sentimientos tan naturales, para que inmediatamente sea reconciliada con Dios, pura y santa también, dispuesta del todo á ceder á las influencias vivificantes de la fe.

¿Qué corazón de hombre, si por un momento hace treguas con el mal, no se sentirá dichoso con decir: Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte? Pues bien, cuando haya dejado oír este grito de piedad y esperanza, creará.

Orad, pues, amados lectores, orad, y mi libro producirá en vosotros los frutos de bendición que de él espero.

Esta síntesis del dogma y de la moral católica es dura para la inteligencia é ingrata al oído; pero yo no podía omitir-

la. Mi libro es un acto de obediencia á una inspiracion no humana, sino sobrenatural. Nada espero de mí, pero todo de Dios, que es mi luz y mi fuerza. Y Dios me autoriza para decir á mis hermanos muy amados con el ángel del Apocalipsis: Tomad este libro, devoradlo; primero amargará vuestras entrañas, pero muy pronto hará nacer en vuestra boca la sensacion de un alimento dulce como la miel. *Accipe librum, et devora illum; et faciet amaricari ventrem tuum, sed in ore tuo erit dulce tanquam mel.*

I. Dios existe y es UNO. Dios es el Sér necesario, EL QUE ES, puro espíritu, eterno, inmenso, omnipotente, infinitamente perfecto, bueno, justo y santo; por quien y en quien todo es, todo se mueve, todo vive; que está en todas partes, que lo ve todo, que lo conoce todo, hasta los más secretos pensamientos de los espíritus, hasta los más ocultos movimientos de los corazones.

II. Hay en Dios tres personas realmente distintas: la primera, el Padre; la segunda, el Hijo; la tercera, el Espíritu Santo. El Hijo es engendrado del Padre; el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. El Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios. Y no son tres Dioses, sino un solo Dios en tres personas, en una misma naturaleza ó esencia divina: ES EL MISTERIO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

III. Dios crió el cielo, la tierra y todo lo que el cielo y la tierra contienen; criólo todo de la nada por su sola voluntad: ES EL MISTERIO DE LA CREACION.

Dios crió los ángeles, espíritus puros y libres. Los unos, los ángeles malos, los demonios, abusando de su libertad, se rebelaron contra Dios por orgullo y sufren en el infierno el castigo de su rebelion. Los otros, los ángeles santos, que permanecieron fieles á Dios, le adoran, le aman, le sirven en la felicidad eterna de los cielos. Dios crió al hombre, espíritu y cuerpo, inteligente y libre, con el mis-

mo destino de conocerle, amarle, servirle y merecer la dicha sobrenatural de la eternidad.

IV. Adán y Eva, el primer hombre y la primera mujer, fueron colocados en el paraíso terrenal. Después de un tiempo de prueba fijado por Dios, debían sin morir entrar en posesión de la felicidad sobrenatural de los cielos; pero desobedecieron y comieron la fruta vedada. Caidos al punto de la vida de la gracia y de la justicia original, quedaron inclinados al mal.... Expulsados del paraíso terrenal, condenados al trabajo, al dolor y á la muerte, cayeron debajo del poder del demonio, que les había estimulado á la desobediencia. Este castigo y sus funestas consecuencias, la ignorancia, la concupiscencia, la privación de la gracia santificante, han alcanzado á toda la posteridad de Adán y Eva. Todos nacemos pecadores, excluidos de la felicidad sobrenatural de los cielos: ES EL DOGMA Y EL MISTERIO DEL PECADO ORIGINAL.

V. Dios tuvo lástima del género humano. Para devolvernos nuestros derechos á la herencia celestial, para librarnos de la esclavitud del demonio y del pecado, la segunda persona de la Santísima Trinidad, el Hijo de Dios, se dignó hacerse hombre, tomando un cuerpo y alma semejantes á los nuestros. Esta unión íntima, en una sola persona de la divinidad y de la humanidad, es un profundo misterio: EL MISTERIO DE LA ENCARNACION.

VI. El Hijo de Dios hecho hombre tuvo por madre á la bienaventurada María, de la tribu de Judá, de la familia de David, inmaculada en su concepción y siempre virgen. Concebido del Espíritu Santo por la omnipotente virtud del Altísimo, nació en la noche del 25 de diciembre, llamada noche de Navidad. Tuvo por asilo un establo y por cuna un pesebre. Ocho días después de su nacimiento, fué circuncidado y se le dió el nombre de Jesús, que significa Salvador. Vivió en la tierra en la pobreza, la hu-

mildad y la práctica de las más sublimes virtudes. Después de treinta años de profunda soledad, comenzó su vida pública y ejerció durante tres años su apostolado, enseñando las verdades evangélicas, probando su divinidad por muchísimos milagros, cumpliendo en su persona todas las profecías por las que le había Dios anunciado á los hombres.

VII. Murió voluntariamente en la cruz por nosotros y para nuestra salvación, el día del Viernes Santo. Como hombre, padeció; como Dios, dió precio infinito á sus padecimientos. Por su pasión y muerte nos redimió de la condenación eterna: ES EL MISTERIO DE LA REDENCION.

Resucitó el tercer día después de su muerte, el santo día de Pascua. Subió al cielo cuarenta días después de su Resurrección. Diez días después de su Ascensión, el día de Pentecostés, hizo descender el Espíritu Santo sobre sus apóstoles. Vendrá otra vez cuando el fin del tiempo á juzgar á los vivos y á los muertos.

VIII. Jesucristo fundó su Iglesia, sociedad de los fieles que, unidos en una misma fe, guiados por pastores legítimos, profesan y practican su religión santa. Sólo hay una Iglesia de institución divina, la Iglesia apostólica, católica, romana, cuyo jefe supremo es el Papa ó Sumo Pontífice romano, sucesor de san Pedro, Vicario de Jesucristo, Obispo de los obispos, pastor al mismo tiempo de las ovejas y de los corderos, centro de la unidad, encargado de defender del error á sus hermanos en la fe y de confirmarles en la verdad. Quien no escucha á la Iglesia, no obedece á los Obispos y especialmente al Sumo Pontífice, no escucha á Jesucristo y se coloca voluntariamente entre los paganos y los pecadores.

Fuera de la Iglesia, si no se pertenece al cuerpo de la Iglesia, ó á lo menos al alma de la Iglesia, por la buena fe, la conformidad de su vida con las luces de la razón,

la observancia de las leyes de Dios que se han conocido, no se puede ser salvo.

La Iglesia, en un sentido más lato, comprende no solamente á los fieles que hay en la tierra, sino también á las almas del purgatorio y á los santos del cielo. Nosotros participamos de los méritos de los santos y de las almas justas; podemos aliviar á las almas del purgatorio con nuestras oraciones, nuestras buenas obras y la aplicación de las indulgencias: EN ESTO CONSISTE LA COMUNION DE LOS SANTOS.

Las verdades que acabamos de enunciar están contenidas en el Símbolo de los apóstoles: *Creo en Dios*, etc. Deben creerse con fe sincera, no por la palabra de los hombres que las anuncian, sino porque han sido reveladas por Dios mismo y porque nos las enseña su Iglesia infalible.

IX. Para salvarse, es necesario no solamente creer firmemente todas estas verdades, sino también vivir cristianamente, observar los mandamientos de Dios y de la Iglesia, huir del pecado, y practicar la virtud.

Los mandamientos de Dios son diez.

1. Amar á Dios, adorarle á Él solo, amar al prójimo como á sí mismo por el amor de Dios.
2. Honrar el santo nombre de Dios, no profanarlo por los juramentos y la blasfemia.
3. Santificar el domingo, absteniéndose de todo trabajo servil.
4. Honrar á su padre y á su madre y á todos sus superiores, espirituales ó temporales.
5. No matar al prójimo, no hacerle mal, no tener la voluntad de hacérselo, no dar malos ejemplos, no tener odio, no vengarse, perdonar á sus enemigos.
6. Guardarse de toda impureza y abstenerse de todo cuanto pudiera llevar á ella.
7. No tomar ni retener lo ajeno, ni causarle ningun daño.

8. Privarse de falso testimonio, mentira, juicio temerario, maledicencia y calumnia.
9. Apartar hasta el deseo de las malas acciones condenadas por el sexto mandamiento, y no detenerse en ningun pensamiento deshonesto.
10. No desear injustamente lo ajeno.

Los principales mandamientos de la Iglesia son seis.

1. Santificar las fiestas de obligacion.
2. Asistir á la santa Misa los domingos y fiestas.
3. Confesar sus pecados á lo menos una vez al año.
4. Comulgar cada año, en su parroquia, por Pascua.
5. Ayunar las cuatro tómporas, la vigilia de ciertas festividades y toda la cuaresma.
6. Abstenerse de comer carne los viernes y demás dias prohibidos, á no ser que se esté dispensado (1).

X. Para observar los mandamientos de Dios y de la Iglesia, necesitamos absolutamente la gracia ó el auxilio sobrenatural de Dios; debemos pedírsela á menudo por humildes y fervientes oraciones, hechas en nombre de Jesucristo é invocando sus méritos. La más excelente de las oraciones es el *Padre nuestro*, que nos enseñó el mismo Jesucristo. Es justo y muy útil tener devocion y particular confianza en la Santísima Virgen María, que ejerce cerca de su divino Hijo una omnipotencia suplicante: la más bendita de las oraciones que la Iglesia le dirige es *Dios te salve, María*. Es también muy útil honrar é invocar á los ángeles buenos y á los santos del cielo, porque son los amigos de Dios, y pueden ayudarnos mucho por su intercesion.

XI. Jesucristo instituyó los sacramentos, señales sensibles y fuentes visibles de la gracia invisible, por la que entramos en participacion de los méritos de sus padeci-

(1) Téngase presente que el autor es francés y escribe en Francia.

mientos y de su muerte. Los sacramentos son siete: el Bautismo, la Confirmación, la Eucaristía, la Penitencia, la Extrema-Unción, Orden y Matrimonio.

1. El *Bautismo*, el primero de los sacramentos, el más necesario para la salvación, borra el pecado original y todos los pecados cometidos antes de recibirlo. Comunica á nuestras almas la vida de la gracia y nos hace hijos de Dios y de la Iglesia. Todos pueden bautizar, pero un laico no debe hacerlo sino en caso de necesidad absoluta. Para bautizar se derrama agua natural sobre la cabeza, y se la hace correr sobre la piel diciendo: *N. (Pedro, Francisco, etc., el nombre cristiano de la criatura), yo te bautizo en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.*

La *Confirmación* nos hace perfectos cristianos, dándonos con el Espíritu Santo una fuerza particular para confesar animosamente nuestra fe y resistir á los enemigos de nuestra salvación. Su ministro es el Obispo, ó un Sacerdote especialmente autorizado.

3. La *Eucaristía* es el más augusto de los sacramentos, porque Jesucristo está en ella real y sustancialmente presente, su cuerpo, su sangre, su alma, su divinidad. En la santa Misa, en el momento que el Sacerdote pronuncia sobre el pan y el vino las palabras de la consagración: *Este es mi cuerpo, etc.; Esta es mi sangre, etc.*, el pan está cambiado ó transubstanciado, se convierte en cuerpo de nuestro Señor Jesucristo; el vino se cambia en su sangre; no quedan más que las apariencias ó accidentes del pan y del vino, y Jesucristo está presente debajo de cada especie. Así, cuando el Santísimo Sacramento está expuesto ó encerrado en el tabernáculo, adoramos á Jesucristo realmente presente; y cuando comulgamos, recibimos á Jesucristo y se hace el alimento espiritual de nuestra alma. No es ni su imagen, ni su figura, como el crucifijo, sino el mismo Jesucristo, Dios y hombre, Hijo único de Dios, nacido de la Virgen María, que murió por nosotros en la cruz, que resucitó y subió al cielo.

Su presencia en la santa Hostia, milagrosa é insensible, es tan real como su presencia en el cielo. Para comulgar digna y santamente, es necesario no tener en la conciencia ningún pecado mortal: quien fuere todavía pecador, cometería un sacrilegio, comería y bebería, según la enérgica expresión de san Pablo, su juicio y su condenación. Para comulgar, es preciso también estar en ayunas con ayuno natural ó absoluto, á no ser que se reciba la sagrada comunión por viático. La santa Misa, en la que se obra el gran milagro que hace á Jesucristo presente debajo de las especies del pan y del vino, es un sacrificio en el que continuando Jesucristo, por el ministerio del sacerdote, de una manera no sangrienta la inmolación sangrienta de la cruz, se ofrece por nosotros á Dios como víctima.

4. El *sacramento de la Penitencia* está instituido para perdonar los pecados cometidos después del bautismo. Para obtener el perdón de los pecados por este sacramento es necesario confesarlos todos, á lo menos los pecados mortales, á un Sacerdote que tenga de su Obispo la aprobación y jurisdicción necesarias, tener sincero arrepentimiento de ellos, estar firmemente resuelto á no cometerlos más, á huir de las ocasiones próximas de nuevas caídas, á reparar la ofensa hecha á Dios, el agravio hecho al prójimo, finalmente, cumplir la penitencia impuesta por el sacerdote. Si faltara una sola de estas disposiciones, el que recibiera la absolución se haría reo de un pecado más grave, y cometería un sacrilegio.

5. La *Extrema-Unción* está instituida para el alivio espiritual y corporal de los enfermos; devuelve al cuerpo la salud, ó nos ayuda á bien morir.

6. El *Orden* da solamente el poder de desempeñar las funciones sacerdotales ó eclesiásticas, y las gracias para ejercerlas santamente.

7. El *sacramento del Matrimonio* forma y legitima la unión de los esposos; á los que lo reciben bien dispuestos les da las gracias que necesitan para vivir en santo cariño y educar cristianamente á sus hijos.

Tres de los sacramentos, el Bautismo, la Confirmación y el Orden, imprimen al alma un carácter, es decir una marca espiritual indeleble, que hace que no puedan recibirse sino una vez.

XII. Hay para el hombre dos vidas y dos muertes, la vida y la muerte naturales, la vida y la muerte sobrenaturales. La vida natural consiste en la unión del alma y del cuerpo; la muerte natural es la separación del alma y del cuerpo. La vida sobrenatural consiste en la unión del alma con Dios por la gracia santificante; la muerte sobrenatural es la separación del alma de Dios por el pecado mortal, es decir, por una transgresión grave de sus leyes. La vida del alma es incomparablemente más preciosa que la vida del cuerpo; la muerte espiritual es incomparablemente más terrible que la muerte natural. Jesucristo dijo: « ¡Qué aprovecha al hombre ganar el mundo, si pierde su alma! »

XIII. Las cuatro postrimerías del hombre son: la muerte, el juicio, el cielo ó el infierno. Es cierto que morimos, sólo es incierto el momento de nuestra muerte. De este último momento depende nuestra dicha ó desdicha eterna. Sigue á la muerte el juicio particular en el que Dios pide á cada uno la cuenta exacta y rigurosa de su fe y obras. La consecuencia del juicio es el cielo ó el infierno, según que el hombre se halla en estado de gracia ó de pecado mortal en el instante de su muerte.

Sin embargo, las almas de los justos que al morir no hubiesen satisfecho enteramente á la justicia divina, van al purgatorio, lugar de tormentos pasajeros y de expiación completa.

Al final de los tiempos, después de la resurrección general, vendrá el juicio final, en que se manifestarán las virtudes de los justos y los pecados de los malos. Estos irán al infierno, los justos subirán al cielo con Jesucristo. La felicidad del cielo y los tormentos del infierno serán eternos, es decir, no tendrán fin.

XIV. Las principales virtudes sobrenaturales del cristianismo son: Fe, Esperanza, Caridad.

1. La Fe es una virtud por la cual creemos firmemente las verdades que Dios ha revelado, porque él nos las ha revelado, y la Iglesia nos las propone creer.
2. La Esperanza es una virtud por la cual esperamos, con firme confianza, de la bondad de Dios, por los méritos de Jesucristo, la vida eterna y las gracias para llegar á ella.
3. La Caridad es una virtud por la cual amamos á Dios sobre todas las cosas, por sí mismo, como nuestro último fin, y á nuestro prójimo como á nosotros mismos por el amor de Dios.

El cristiano está obligado á hacer actos de fe, esperanza y caridad, á menudo durante la vida, y cuando está en peligro de muerte.

XV. Los siete vicios ó pecados capitales, origen de todos los demás pecados, son: Orgullo, Avaricia, Lujuria, Envidia, Gula, Ira, Pereza.

Las virtudes opuestas á estos vicios y origen de todas las demás virtudes, son: Humildad, Liberalidad, Pureza ó Castidad, Caridad, Templanza, Paciencia, Diligencia ó Amor al trabajo.

XVI. La observancia de toda la ley se reduce al cumplimiento de estos dos preceptos: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas. Amarás al prójimo como á tí mismo. El amor de Dios y el amor del prójimo se prueban por las obras. Jesucristo dijo: Quien me ama observa mis mandamientos.

Las reglas de la caridad cristiana son cinco:

1. No hagas á otro lo que no quieras que te hicieran á tí.
2. Haz á los otros lo que quieras que te hicieren á tí.
3. Ama al prójimo como á tí mismo.

4. Ama á tus enemigos; haz bien á quien te odia; ruega por los que te persiguen y calumnian.
5. Esfuérzate por amar al prójimo como te amó Jesucristo.

Las obras de caridad ó de misericordia son corporales ó espirituales. Las primeras, en número de siete, son:

1. Visitar á los enfermos; 2. Dar de comer á los hambrientos; 3. Dar de beber á los sedientos; 4. Vestir al desnudo; 5. Dar posada al peregrino; 6. Visitar y aliviar á los encarcelados; 7. Enterrar los muertos.

Las segundas, tambien en número de siete, son: 1. Enseñar al que no sabe; 2. Dar buen consejo al que lo ha de menester; 3. Corregir al que yerra; 4. Perdonar las injurias; 5. Consolar al triste; 6. Sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos; 7. Rogar á Dios por nuestros hermanos vivos y muertos.

XVII. Toda la Religion de Jesucristo se resume por completo en estas dos buenas y excelentes palabras traídas del cielo por los Angeles:

¡Gloria á Dios! Paz á los hombres!

XVIII. ORACIONES ESENCIALES DEL CRISTIANO.

Señal de la Cruz.

En nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.
Amen.

Doxología.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo, como era en el principio, y ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amen.

Oracion dominical.

Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre, venga á nos el tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy, y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentacion, mas libranos de mal. Amen.

Salutacion angélica.

Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre Jesús.

Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen.

Símbolo de los Apóstoles.

Creo en Dios Padre todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo, su único Hijo Nuestro Señor, que fué concebido por obra del Espíritu Santo, y nació de Santa María vírgen. Padebió debajo del poder de Poncio Pilato, fué crucificado, muerto y sepultado. Descendió á los infiernos, y al tercero dia resucitó de entre los muertos. Subió á los cielos, y está sentado á la diestra de Dios Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos. Creo en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia católica romana, la comunión de los Santos, el perdon de los pecados, la resurreccion de la carne, y la vida perdurable. Amen.

Confesion general.

Yo, pecador, me confieso á Dios todopoderoso, y á la bienaventurada siempre Vírgen María, al bienaventurado

san Miguel arcángel, al bienaventurado san Juan Bautista, á los santos apóstoles san Pedro y san Pablo, y á todos los Santos, y á vos, Padre, que pequé gravemente con el pensamiento, palabra y obra, por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa. Por tanto ruego á la bienaventurada siempre Virgen María, al bienaventurado san Miguel arcángel, al bienaventurado san Juan Bautista, á los santos Apóstoles san Pedro y san Pablo, y á todos los Santos, y á vos, Padre, que rogueis por mí á Dios Nuestro Señor.

El Señor omnipotente se compadezca de nosotros, nos perdone nuestros pecados y nos lleve á la vida eterna. Amen.

Acto de Fe.

Creo firmemente, Dios mio, todo lo que cree y enseña la santa Iglesia católica, apostólica, romana; lo creo, ó Dios mio, porque vos lo habeis revelado, y porque sois la verdad misma, que no podeis engañarnos ni engañaros.

Acto de Esperanza.

Espero, Dios mio, con firme confianza que, por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, me daréis vuestra gracia en esta vida y la gloria eterna en la otra.

Acto de Caridad.

Os amo, Dios mio, con todo mi corazon, y más que todas las cosas, porque sois infinitamente bueno é infinitamente amable; amo tambien á mi prójimo como á mí mismo por el amor de Dios.

Acto de contricion.

Dios mio, tengo verdadero pesar de haberos ofendido, porque sois infinitamente santo y porque os desagrada el

pecado. Propongo firmemente, mediante vuestra santa gracia, no volver á pecar y hacer penitencia. Amen.

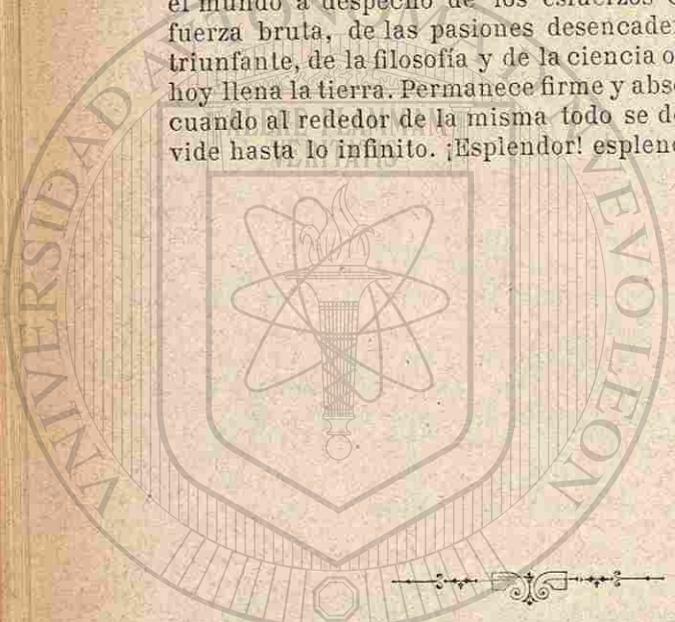
Al terminar, me apresuro á consignar el hecho de que esta exposicion, tan sencilla pero tan grave, es por sí sola uno de los más brillantes esplendores de la fe.

Estos misterios tan abrumadores para la razon, de los que no tendrían ni idea siquiera la inteligencia más elevada y la imaginacion más activa: el Sér divino, simple y al mismo tiempo infinito, inmenso, la Trinidad de las personas en la unidad de la naturaleza, una sola y misma persona Dios y Hombre todo junto, el cuerpo, la sangre, el alma la divinidad de Jesucristo realmente presentes debajo de las apariencias del pan y del vino, la sustancia del pan y del vino cambiada en la sustancia del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, etc., etc. Estos misterios tan abrumadores los han creído y los creen todavía despues de diez y ocho siglos muchos de los más ilustres talentos. La fe de los grandes hombres de los siglos más ilustrados de la historia con la fe cándida del carbonero. ¡Esplendor! esplendor!

Estos preceptos tan rigurosos, estas leyes tan severas, estos consejos tan superiores á la naturaleza, los han aceptado, observado, practicado despues de diez y ocho siglos acá innumerables multitudes de almas generosas, á menudo santas hasta el heroismo! Y aun actualmente, cuando la relajacion de las costumbres es tan profunda y universal, millones de cristianos llevan con felicidad y orgullo este yugo tan pesado. ¡Esplendor! esplendor!

Estas oraciones tan sencillas las repiten despues de diez y ocho siglos acá los labios más elocuentes, más puros, más dulces de la humanidad. Salen todavía solícitas y ardientes de millones de corazones amantes y de bocas piadosas. ¡Esplendor! esplendor!

En resumen, esta fe cristiana y católica, tan sensible en sus misterios, tan sublime en sus dogmas, tan austera en su moral, tan heroica en sus virtudes, ha conquistado el mundo á despecho de los esfuerzos conjurados de la fuerza bruta, de las pasiones desencadenadas, del vicio triunfante, de la filosofía y de la ciencia orgullosas, y aún hoy llena la tierra. Permanece firme y absolutamente una, cuando al rededor de la misma todo se desploma y se divide hasta lo infinito. ¡Esplendor! esplendor!



CAPITULO II.

La Fe es necesaria.

El que creyere en Él y se bautizare, se salvará; pero el que no creyere en Él, será condenado. (Ev. seg. san Marcos, cap. XVI, v. 16.)

El que no cree en el Hijo único de Dios ya está juzgado. No verá la vida. La ira de Dios permanece sobre su cabeza. (Ev. seg. san Juan, cap. III, v. 18 y 36.)

¿Quién pronunció, hablando de sí mismo, esta sentencia tan formal?

Jesucristo.

¿Á quién aludía Juan Bautista cuando formulaba este decreto tan temible?

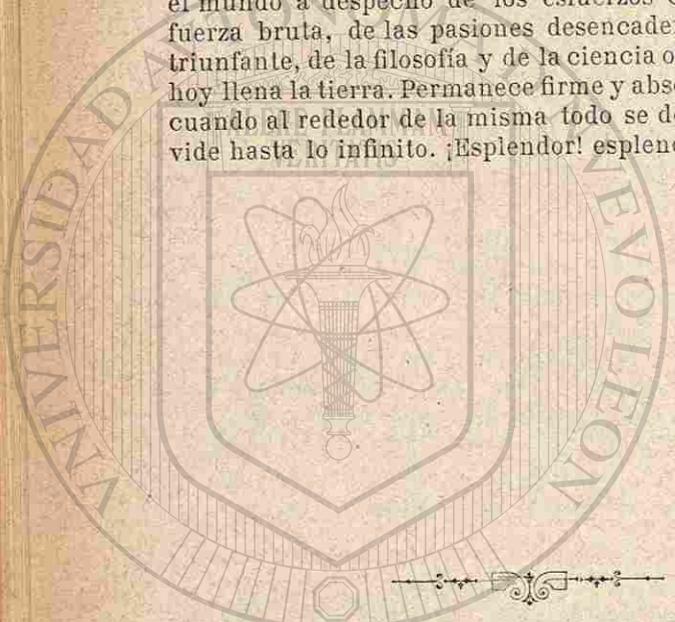
Á Jesucristo.

Juan, el apóstol muy amado, anunció con estos términos sublimes la aparición de Jesucristo en el mundo:

«Él es el Verbo, Hijo de Dios; Él estaba en el principio en Dios, y Él es Dios.»



En resumen, esta fe cristiana y católica, tan sensible en sus misterios, tan sublime en sus dogmas, tan austera en su moral, tan heroica en sus virtudes, ha conquistado el mundo á despecho de los esfuerzos conjurados de la fuerza bruta, de las pasiones desencadenadas, del vicio triunfante, de la filosofía y de la ciencia orgullosas, y aún hoy llena la tierra. Permanece firme y absolutamente una, cuando al rededor de la misma todo se desploma y se divide hasta lo infinito. ¡Esplendor! esplendor!



CAPITULO II.

La Fe es necesaria.

El que creyere en Él y se bautizare, se salvará; pero el que no creyere en Él, será condenado. (Ev. seg. san Marcos, cap. XVI, v. 16.)

El que no cree en el Hijo único de Dios ya está juzgado. No verá la vida. La ira de Dios permanece sobre su cabeza. (Ev. seg. san Juan, cap. III, v. 18 y 36.)

¿Quién pronunció, hablando de sí mismo, esta sentencia tan formal?

Jesucristo.

¿Á quién aludía Juan Bautista cuando formulaba este decreto tan temible?

Á Jesucristo.

Juan, el apóstol muy amado, anunció con estos términos sublimes la aparición de Jesucristo en el mundo:

«Él es el Verbo, Hijo de Dios; Él estaba en el principio en Dios, y Él es Dios.»



«Por Él fueron hechas todas las cosas, y sin Él no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas.

«En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.

«Él es la luz verdadera que alumbrá á todo hombre que viene á este mundo.

«Él se hizo carne, y habitó en medio de nosotros, lleno de gracia y de verdad.»

El divino Precursor le saludaba de este modo:

«Venido en pos de mí, es antes que yo.

«Es el Hijo único de Dios, que vive en el seno de su Padre.

«Yo no soy digno de desatar la correa de su zapato.

«Es el cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

«Yo no le conocía cuando, confundido con la multitud de los pecadores, ha venido á orillas del Jordán, pidiéndome el bautismo de la penitencia; mas el que me envió á bautizar con agua, me dijo: Aquel sobre quien vieres que baja el Espíritu y reposa sobre él, ese es el que bautiza en el Espíritu. Yo he visto al Espíritu descender del cielo en forma de paloma y reposar sobre Él, y oí una voz del cielo que decía: Tú eres mi Hijo muy amado en quien tengo todas mis complacencias, y le doy este testimonio de que Él es el Hijo de Dios.»

Jesucristo era la bondad misma. Su voz no resonaba estrepitosa en la plaza pública. No acababa de romper la caña medio quebrada, ni apagaba la mecha que aún humeaba.

Cordero de Dios, nos exhortaba para que aprendiéramos de Él á ser mansos y humildes de corazón.

Llamóse nuestro padre, nuestro hermano, nuestro amigo, el esposo de nuestras almas.

Se nos mostró con las tiernas parábolas del padre del hijo pródigo, del buen samaritano, del amo de la viña, generoso hasta el exceso.

Para inspirarnos ilimitada confianza, se ocultó debajo

de los símbolos más atractivos. «Yo soy agua viva y pura, que apaga por siempre la sed; un pan delicioso que hace inmortales á los que de él se alimentan; una puerta siempre abierta, que da entrada á pastos abundantes; un camino angosto, pero seguro, que conduce á la mansion de la felicidad; una viña generosa, que comunica la vida y la fecundidad á todas las ramas; una luz suave y brillante, quien la siguiere no se extraviará.»

Á menudo exclamó: «Yo debo ser bautizado con un bautismo de sangre. ¡Cuánto me tarda que se derrame hasta la última gota esta sangre cuyo abrasado ardor me devora!»

Identificándose con cada uno de los hombres, les decía: «En verdad, en verdad os digo, lo que hicieris al más pequeño de los niños, me lo haréis á mí mismo. El que le ofende, me ofende en la niña de mis ojos.»

Toda su vida no fué más que un prolongado acto de amor de Dios y de los hombres. Dos palabras resumen toda su historia: pasó haciendo bien, es decir, amando á los hombres. Cada uno de sus pasos iba marcado por un nuevo beneficio, por un milagro de amor. Ya era un paralítico á quien mandaba que andara, un ciego á quien devolvía la vista, un sordo á quien hacía oír, un mudo á quien hacía hablar, un leproso á quien curaba, algunos panecillos que multiplicaba lo bastante para saciar á millares de personas, el hijo del príncipe de la Sinagoga que arrancaba de las puertas del sepulcro, la hija de Jairo, el hijo de la viuda de Naim, Lázaro á quienes resucitaba, la Samaritana á quien instruía y convertía, Zaqueo á quien llamaba á la fe y santificaba, María Magdalena, cuyo corazón abría al arrepentimiento y á la virtud, etc., etc.

Escapábase de su sér una virtud divina que curaba todos los males.

Todo en él respiraba de tal modo la dulzura y la bondad, que los niños le acosaban para lograr sus caricias, y la

multitud suspendida de sus labios le seguía á la profundidad del desierto sin acordarse de ninguna de las necesidades de la vida.

Al mismo tiempo su majestad apacible inspiraba respeto y santo terror. Cuando la ira de sus enemigos estaba más desenfadada, les detenía con una mirada, se desprendía de sus brazos que quedaban inmóviles, y desaparecía.

El dolor físico ó moral no podía aquejarle sino en la hora fijada voluntariamente por Él en su amor infinito de Dios su Padre, y de los hombres sus hermanos.

Porque nos amó y porque lo quiso:

Nació en un establo que hizo resonar con sus dolorosos vagidos; pasó treinta años en la oscuridad trabajosa de un humilde taller; fué el blanco durante toda su vida pública de las privaciones de la pobreza, de las persecuciones y afrontas de muchísimos é implacables adversarios; en el jardín de Gethsemaní estuvo triste su alma hasta la muerte, entró en espantosa agonía, salió la sangre de todas sus venas é inundó la tierra. Fué vendido por un discípulo ingrato y sacrilego, que le entregó á sus verdugos abrazándole; su divino rostro fué abofeteado y escupido, su cuerpo fué desgarrado á golpes, su cabeza coronada de espinas; tuvo por cetro una caña, por manto real un trozo de púrpura; se le pospuso á un sedicioso homicida.

Fué condenado á muerte. Caminó al Calvario cargado con el tosco instrumento de su suplicio, extenuado, arrastrado por soldados inhumanos. Tendióse sin quejarse en el altar del sacrificio. Levantado entre el cielo y la tierra, cubierto de heridas sangrientas, oyó las blasfemias de los sabios y de los grandes que le insultaban, y del pueblo extraviado que le maldecía. Empapada su alma de amargura, no obtuvo ni siquiera de su Padre celestial el consuelo sensible que pedía. Murió entre los más horribles dolores lanzando un gran grito.

Al recibir el cielo su postrer suspiro, se oscureció, la tierra tembló hasta en sus cimientos, partiéronse las pe-

ñas, desgarróse el velo del Templo, el centurion y los suyos se golpearon el pecho y exclamaron: «Verdaderamente era el Hijo de Dios.»

Resucitado ya, no se acercaba á sus apóstoles sino para decirles: «Soy yo. No temais. Os traigo la paz, os doy la paz.»

Y cuando, subido al cielo, les perdía de vista, les bendecía aún y llenaba su corazón de celestial gozo.

Y él fué quien dijo:

Dios amó tanto al mundo que dió por él á su Hijo único, á fin de que todos los que creyeren en él no mueran, sino que entren en la posesion de la vida eterna. Quien creyere en él no se condenará, mas el que no creyere en él como á Hijo único de Dios, ya está juzgado y condenado.

Y el divino Precursor, el más grande y santo de los hijos de los hombres, iba gritando á todos:

El que creyere en Jesús, Hijo de Dios, tendrá la vida eterna. El que no creyere en Jesús, Hijo de Dios, no verá la vida; la ira de Dios permanece en él.

¡Qué anatema! Los hombres que no creen en Jesucristo, y que duermen tranquilos sobre lo pasado, felices de lo presente, descuidados de lo venidero, están juzgados! No verán la vida! La ira de Dios descansa en ellos!

Jesucristo decía también á Marta, hermana de Lázaro:
Yo soy la Resurreccion y la Vida. El que cree en mí, vivirá, aunque muriere. Y el que vive y cree en mí, no morirá jamás.

Y Marta exclamaba: *Yo he creído que vos sois el Cristo, Hijo del Dios vivo, venido á este mundo para salvarle.*

La fe es necesaria. Toda la religion cristiana viene á parar á esta terrible alternativa. El que cree y es bautizado se salvará. El que no crea se condenará.

Nuestros símbolos cristianos comienzan por esta declaracion solemne: *Todo hombre que quiere ser salvado, debe guardar la fe católica, porque si no la guarda entera é inviolable, morirá indudablemente para la eternidad.* Y termi-

nan de esta manera: *Esta es la fe católica, el que no la creyera fiel y firmemente no puede salvarse.*

La fe en Dios es absolutamente necesaria, porque «sin ella, decía san Pablo, es imposible agradecerle. El primer paso que debe dar el que quiere acercarse á Dios es creer que existe, y que recompensa á los que le buscan.» La fe es el solo lazo que une el hombre á Dios, la tierra con el cielo.

La fe en Jesucristo es absolutamente necesaria, porque en Jesucristo solo reside la salvación, y no hay otro nombre que el de Jesús por el cual puedan los hombres salvarse.

La fe es absolutamente necesaria á los individuos. Puede estar abierto su corazón á pasiones culpables; pueden haber despreciado las leyes de la religión natural ó revelada; pueden haber pisoteado mucho tiempo los mandamientos de Dios y de la santa Iglesia; si la fe permanece ó renace, la puerta está todavía abierta al arrepentimiento. Y cuando el ministro del perdón venga á visitarnos en nuestro lecho de muerte, podrá tranquilizarnos, diciendo á Dios con voz suplicante: «No os acordéis, Señor, de sus iniquidades. Olvidad la embriaguez á la que le arrojó tan á menudo la levadura de los malos deseos; porque, aunque ha pecado, y pecado mucho, no ha negado al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; sino que ha creído, cree; se arrepiente.» Todo está salvado.

Sin la fe, la tierra no es ya un destierro, una cárcel pasajera, sino un presidio perpétuo comenzado en el tiempo y que continuará en la eternidad, sin un rayo de esperanza para sus infortunados habitantes.

«Tú ordenaste las tinieblas, decía á Dios el Rey profeta (salmo CIII, v. 20), y quedó hecha la noche: en ella transitará toda fiera del bosque. Rugen en busca de presa los

cachorros de los leones, y claman á Dios por el alimento. Mas así que el sol apunta, retiranse todos á tropel, y van á meterse en sus guaridas. Sale entonces el hombre á su ocupación y á su trabajo hasta la noche.»

Pues bien, si el hombre no tiene la fe, si no puede mirar al cielo con mirada llena de esperanza y amor, ¿en qué se distinguirá su suerte de la del bruto? No será acaso más desgraciado que éste, pues tiene mucho más que éste la conciencia de los males que le alcanzan? Cuando ¡ay! al asomar la aurora, veo en las largas y anchas calles de la capital, en un crudo día de invierno, la multitud atareada de hombres, mujeres, muchachos y muchachas que van á pedir á los cuatro puntos del globo el pan que tanto les cuesta ganar, y que recogíendome interiormente, me veo reducido á decirme que muchos de ellos ya han perdido la fe, y que por consiguiente para esos infortunados ya no hay víctima que puedan ofrecer por sus pecados, mi corazón se oprime en mortal angustia, y lloro. Y me indigno contra los millares de falsos apóstoles que van conspirando continuamente contra el Salvador de los hombres, para borrar su nombre de la tierra de los vivientes, y cerrarle todo acceso al corazón de la humanidad.

Impios, solidarios, libre-pensadores, escritores impuros y vanidosos, afiliados de las sociedades secretas, ¿qué hacéis cada día del pobre Abel vuestro hermano? Su fe perdida, más aún que su sangre derramada, pide venganza contra vosotros. Dios le había elevado á la cumbre de los honores, le había hecho casi igual á los ángeles, le había colmado de beneficios y de gloria. Engañado por vosotros, no ha comprendido ya sus elevados destinos, se ha rebajado al nivel de las criaturas ininteligentes, y se ha hecho semejante al bruto. ¡Ah! el que fué la santidad y la misma bondad dijo de vosotros: «Mas quien escandalizare á uno de estos parvulillos que creen en mí, mejor le sería que le colgasen del cuello una de esas piedras de molino que mueve un asno, y así fuese sumergido en el profundo del mar.»

La fe es absolutamente necesaria á las naciones y á los pueblos. ¡ Ah! no me habéis de las naciones y de los pueblos sin Dios, sin Jesucristo. «No les llameis dichosos, decía David. Quizás sus hijos son como renuevos de plantas llenas de exuberante juventud; sus hijas avanzan por su belleza semejantes á altares ambulantes, ataviadas con adornos espléndidos; sus tesoros llenos de oro rebosan por todos lados; sus ovejas son superabundantemente fecundas; sus rebaños salen ufanosos de sus establos; sus bueyes son gordos; sus casas están sin lagartos, y las paredes de sus ciudades sin grietas; ningun grito de penuria resuena en sus plazas públicas: pero no está aquí la dicha. Sólo es dichoso el pueblo, cuyo Señor amado y bendito es Dios.»

Para los pueblos pastores que rompieran con Jesucristo y volvieran á los errores del paganismo, podrá haber aún alguna felicidad; pero ¡cuán espantosa sería, si apostalara, la suerte de un pueblo ilustrado, civilizado, condenado á las crueles exigencias de la industria y del progreso modernos! La miseria y el libertinaje tomarían terribles proporciones, y, por servirme del lenguaje de Jesucristo, sería muy pronto la abominación de la desolación. La tribulación alcanzaría un nivel que el mundo no ha visto aún. Y si Dios, en su amor por sus elegidos, no abreviara los días de infortunio universal, toda la humanidad perecería física y moralmente.

Por esto, antes que la fe desaparezca enteramente de la tierra, suena la última hora del mundo. El sol se oscurece, la luna pierde su luz, las estrellas se conmueven en el firmamento; el Hijo del Hombre aparece en las nubes, coronado de poder y gloria; los ángeles han reunido de los cuatro vientos del horizonte la gloriosa multitud de sus elegidos que entran con Él en la vida eterna, mientras que el rebaño impuro de los impíos ó de los pecadores es arrastrado hácia el abismo de los infiernos.

Pero, hé aquí que lá osada escuela del positivismo y de

la moral independiente se atreve arrogantemente á aspirar á convertir la razón y la ciencia en fuente no solamente de toda verdad, sino de toda santidad y prosperidad.

«Es ley de la naturaleza, dice, que la ciencia y el perfeccionamiento material y moral del hombre vayan inevitablemente unidos.» ¿Perfeccionamiento material? Sí, hasta cierto punto, hasta cierto límite, porque el progreso material exagerado, y emancipado del elemento religioso, llevará forzosamente á la barbarie, como acabamos de decirlo. ¿No vemos ya por ventura al pauperismo crecer visiblemente? ¿Perfeccionamiento moral? no, mil veces no. La ciencia, sin la fe, sin la gracia, es impotente, por regla general, para hacer á un hombre honrado.

Y añade: «La ciencia y el dominio de la naturaleza adquiridos por el fatigoso trabajo de los pensadores, ó por la virtud oculta que se infunde en ellos de improviso, van siempre acompañados de una manera indisoluble con las virtudes domésticas y civiles, y con todos los demás factores de que resulta la felicidad de las naciones.»

Hablar de esta manera es desconocer completamente la naturaleza y las pasiones del corazón humano. Los escritores del siglo de Augusto, Lucrecio, Ciceron, Séneca, Plinio, etc., nos asombran aún actualmente por sus sentimientos elevados. Pues bien, san Pablo, en su Carta á los Romanos, ha hecho la historia de los filósofos de ese siglo grande. Es un testigo ocular y digno de toda confianza. En lugar de virtudes, ¡cuántos vicios abominables! Por otra parte, las ciencias serán siempre, quieras que no, la herencia de muy pocos. Nunca serán sabias las multitudes. Si la ciencia constituyera la virtud, esta sería también el patrimonio del menor número. ¿Y no nos prueba acaso la experiencia de todos los días que la ciencia y el vicio no se excluyen siempre?

«Una feliz disposición de alma puede hacer dulce y justo al que vive en la ignorancia; pero, con más frecuencia, la porción animal y salvaje del hombre, excitada y atormentada por la violencia de las cosas, á las que no sabe

oponer compensacion, sacude el freno de la conciencia y se rebela contra el deber.»

¡Qué ridícula ingenuidad en esta increíble pretension de que la ignorancia de las ciencias físicas y naturales conduce, lo más á menudo, á la rebelion contra la sociedad, y que al contrario el conocimiento de las ciencias puede solamente encadenar los instintos salvajes del hombre! Pero hé aquí el colmo de la ceguedad:

«No puede suponerse que un hombre (como no sea loco) quiera, á sabiendas, hacer lo que le daña directamente ó por via indirecta, perturbando el desarrollo de la Asociacion á que pertenece.» En este punto el positivismo es una loca utopia, que supone la ignorancia absoluta del hombre y de la historia, que rehusa hasta voluntariamente mirar de frente al mundo contemporáneo. Si hay un hecho más claro que la luz del dia, es que el hombre hasta instruido, hasta sabio, es libre y fatalmente suicida, homicida, fraticida. ¡Qué! estos hombres tan grandes por su saber, no conocen ya tampoco la famosa frase de Ovidio, que es el gran secreto de las veleidades humanas: *Video meliora proboque, deteriora sequor*: veo y apruebo lo mejor, pero hago lo peor; ni el grito de dolor del grande san Pablo: *Non enim quod volo bonum hoc facio; sed quod nolo malum hoc ago*; no hago el bien que yo quisiera, sino el mal que no quiero.

«En las leyes de la naturaleza y no en otra parte deben buscarse, pues, las reglas capaces de hacer al hombre mejor y más feliz. Quizás la voluntad humana se verá hasta menos tentada de sustraerse de ella, cuando sepa que no se le imponen las leyes por un libre albedrío (dios), sino que representan las condiciones indispensables para nuestro pleno desarrollo, para nuestro más rápido perfeccionamiento.»

¡Idea quimérica! sueño insensato! ceguedad homicida! Yo amo y admiro la ciencia, la hago mia tanto y más que no la haceis vuestra, vosotros que tanto la cacareais; pero, por favor, dejadme mi fe y á mi Jesús redentor. Toda la

historia de lo pasado y de lo venidero de la humanidad está en estas dos líneas de san Pablo: *Donde Jesucristo no ha reinado, ó donde no reine, abundan ó abundarán los pecados, y con ellos la muerte. Donde Jesucristo ha reinado, ó reinare, la gracia será victoriosa, y por la gracia la justicia y la vida en este mundo y en la eternidad*

Muy vanos y pecadores son los apóstoles de la moral independiente.

Escuchad su retrato é historia hechos por mano maestra, por uno de los más excelentes ingenios y de los más grandes corazones de la humanidad, san Agustin: «Hay y habrá filósofos afanosos para persuadir á los hombres que vivan conforme, pero que no sean cristianos, disertando de las virtudes y de los vicios con estrepitosa y refinada sutileza, dividiendo, disecando, definiendo, amontonando unos sobre otros los más agudos argumentos, llenando libros, haciendo resonar muy alto, á son de trompeta, la sabiduría que se desborda en ellos, fogosos por decir á sus contemporáneos: si quereis vivir felices, seguidnos, afiliaos á nuestra secta. ¡Ay! entran en el redil, no por la puerta, como el buen pastor, sino por la ventana, como el lobo hambriento. Quieren perder, degollar, matar.»

Vosotros, sucesores suyos, como ellos, *perderéis, degollaréis, mataréis*.

Nos convidais locamente «en la época en que, merced á la ciencia, el predominio del hombre sobre las cosas, la seguridad de la vida, la rectitud, la bondad, el amor reinarán en la tierra.» Expresais la hipócrita esperanza «de que entonces cesarán nuestras iras, cuando seremos dichosos y tendremos á orgullo gozar de todos los bienes salidos de la *ciencia libre y sola*,» cuando escribiremos con vosotros: «LA CIENCIA LIBRE Y SOLA ES PODER Y VIRTUD (1).» ¡Ilusion! ilusion! Jamás llegará vuestra edad de oro. La

(1) Estas afirmaciones tan altaneras salen de un discurso solemne pronunciado este año en la apertura de los cursos de la Universidad de Turin.

edad de la ciencia libre y sola será de cada vez más la EDAD DE HIERRO. Desdeñosa la ciencia ó enemiga de la Religión como la quereis, será, quieras que no, desdeñosa y enemiga de la humanidad.

La fe es absolutamente necesaria. ¡Ah! qué desesperación, si la falsa ciencia llegara á ahogar completamente la voz de Aquel que dijo: Venid á mí, todos los que estais agobiados por el peso del trabajo y del dolor, y yo os aliviaré.

Resumamos:

Un personaje histórico y santo, modelo incomparable de austeridad, que tiene por túnica un fragmento de piel de camello, por cinturón un pedazo de cuero, por alimento un poco de miel silvestre y algunas langostas de los campos, señala á todos un hombre más jóven que él y exclama: Conviene que ÉL crezca y que YO mengüe. Quien no cree en él como en el Hijo único de Dios, no se salvará.

El más santo, el más dulce de los hijos de los hombres, se llama Hijo de Dios, igual á Dios; se deja adorar como Dios, afirma que quien no cree en él, Hijo único de Dios, está ya juzgado, condenado. Y la fe en él y el amor de él han llenado el mundo. ¡Esplendor! esplendor!

CAPÍTULO III.

La Fe es rara.

Vendrá tiempo en que los hombres no podrán sufrir la sana doctrina, sino que teniendo una comezon extremada de oír, recurrirán á una caterva de doctores, propios para satisfacer sus DESEOS, y cerrarán sus oídos á la verdad y los aplicarán á las fábulas. (Segunda Carta de san Pablo á Timoteo, capítulo IV, v. 3 y 4.)

La fe es rara, muy rara. No nos forjemos ilusiones, nos acercamos á los desdichados tiempos de que habló el divino Maestro: *Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿creéis que encontrará fe en la tierra?*

La atmósfera que respiramos en esta grande capital, que se respira en el mayor número de las ciudades de nuestras provincias, que se comienza ¡ay! á respirar en las aldeas de varios de nuestros departamentos, es una atmósfera no solamente de indiferencia religiosa, sino de muerte espiritual, de incredulidad ya que no razonada, á

edad de la ciencia libre y sola será de cada vez más la EDAD DE HIERRO. Desdeñosa la ciencia ó enemiga de la Religión como la quereis, será, quieras que no, desdeñosa y enemiga de la humanidad.

La fe es absolutamente necesaria. ¡Ah! qué desesperación, si la falsa ciencia llegara á ahogar completamente la voz de Aquel que dijo: Venid á mí, todos los que estais agobiados por el peso del trabajo y del dolor, y yo os aliviaré.

Resumamos:

Un personaje histórico y santo, modelo incomparable de austeridad, que tiene por túnica un fragmento de piel de camello, por cinturón un pedazo de cuero, por alimento un poco de miel silvestre y algunas langostas de los campos, señala á todos un hombre más jóven que él y exclama: Conviene que ÉL crezca y que YO mengüe. Quien no cree en él como en el Hijo único de Dios, no se salvará.

El más santo, el más dulce de los hijos de los hombres, se llama Hijo de Dios, igual á Dios; se deja adorar como Dios, afirma que quien no cree en él, Hijo único de Dios, está ya juzgado, condenado. Y la fe en él y el amor de él han llenado el mundo. ¡Esplendor! esplendor!

CAPÍTULO III.

La Fe es rara.

Vendrá tiempo en que los hombres no podrán sufrir la sana doctrina, sino que teniendo una comezon extremada de oír, recurrirán á una caterva de doctores, propios para satisfacer sus DESEOS, y cerrarán sus oídos á la verdad y los aplicarán á las fábulas. (Segunda Carta de san Pablo á Timoteo, capítulo IV, v. 3 y 4.)

La fe es rara, muy rara. No nos forjemos ilusiones, nos acercamos á los desdichados tiempos de que habló el divino Maestro: *Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿creéis que encontrará fe en la tierra?*

La atmósfera que respiramos en esta grande capital, que se respira en el mayor número de las ciudades de nuestras provincias, que se comienza ¡ay! á respirar en las aldeas de varios de nuestros departamentos, es una atmósfera no solamente de indiferencia religiosa, sino de muerte espiritual, de incredulidad ya que no razonada, á

lo menos habitual, cuya fatal influencia sentimos todos más ó menos.

La fe práctica es rara, muy rara, como lo prueba el abandono casi universal de los Sacramentos, sobre todo por parte de los hombres. ¡Los hombres! son sin embargo los hermanos mayores de Jesucristo, los primeros que se sentaron á la mesa eucarística en la persona de los Apóstoles. ¿Habrían, como Esaú, vendido su derecho de primogenitura? ¿Habríanse resuelto á dejar á sus mujeres é hijos las bendiciones de Dios y el cielo? Se resignarían fatalmente á la maldición y al infierno?

La fe teórica es rara, muy rara, como lo prueban, en el mayor número, una manera de pensar enteramente opuesta al Evangelio, máximas absolutamente contrarias á las doctrinas de Jesucristo. ¿En dónde buscar actualmente la creencia sencilla, la adhesión franca á las verdades que Dios nos reveló por Jesucristo, y que su santa Iglesia nos enseña?

La fe, en una palabra, en todas las formas, es rara, tan rara, que me pregunto involuntariamente si existe aún, fuera de un pequeño grupo de elegidos.

Excluid del número de los creyentes á los que profesan abiertamente la incredulidad y el odio contra la Iglesia de Jesucristo.

Excluid á los que se atreven aún á llamarse religiosos, pero que se disculpan de ser cristianos.

Excluid á los que ya no creen en los misterios, dogmas y milagros del Evangelio; que van diciendo muy alto que la fe humilla en demasía su razon; que es buena quizás para las mujeres, niños y pueblo, pero que ellos no la necesitan para nada, porque las luces de su inteligencia y los instintos de su alma les bastan plenamente para portarse bien.

Excluid á los que no pertenecen al cristianismo sino por su bautismo y una primera comunión de que no se acuerdan ya; que en toda su vida van apenas alguna vez al templo, y siempre para probar en él por su increíble

comportamiento que no saben ya que una iglesia es una casa de oracion.

Excluid á aquellos cuya alma es sensual y está agitada por la duda, que, como las nubes vacías de que habla el apóstol san Judas, son traídos y llevados á todas partes por los vientos de los errores y de las pasiones.

Excluid á los que creen maquinalmente, sin saber lo que creen y por qué lo creen, cuya instruccion religiosa se manifiesta por una profunda ignorancia, y el celo religioso por una indiferencia absoluta.

Qué quedará? Cuando el Hijo del Hombre venga á la tierra, ¿creéis que encontrará fe en ella?

Los fieles creyentes son como los restos que la tempestad y el naufragio han arrojado esparcidos en la inmensa superficie de los océanos.

Apparent rari nantes in gurgite vasto.

Preguntad al acaso por su fe, no á un hombre ignorante y sin educacion, sino á uno de los sabios, uno de esos sabios que forman el encanto y la gloria de nuestras sociedades modernas.

¿Conoce los primeros elementos de la Religion santa que sus padres honraron con tantas virtudes? Para instruirse en ella, debiera consagrarle un tiempo precioso que debe á ocupaciones incomparablemente más importantes.

Pero ¿cuál es su religion? ¿cuál su culto? Si le oís, caso de que se digne contestaros, su respuesta os helará de espanto. Os creeréis trasladados á los tiempos de Atenas y Roma. «Adoro, os dirá, al Sér supremo, criador y conservador del universo, pero que, tranquilo en la mansion de su gloria, cierra los ojos acerca de las acciones de sus criaturas, demasiado poco dignas de fijar sus miradas.» Hé aquí sus dogmas. Cree en el Dios ilusorio que osaron llamar el Dios de la gente de bien.

«Esfuérzome por no hacer á los demás lo que yo no quisiera que me hicieran á mí. En la administracion de mis

intereses respeto cuanto puedo los intereses ajenos.» Aquí está toda su moral.

Y sin embargo, está perfectamente contento de sí mismo, porque se cree y se llama hombre honrado. Si entra en el templo, iría directamente al altar, alta la frente, y exclamaría: «Te doy gracias, Dios mío, porque no soy como el resto de los hombres, ladrón, injusto, egoísta, adúltero, sino buen esposo, buen padre, buen ciudadano.» Reiríase con desden del publicano que, prosternado en tierra, se golpearía el pecho y pediría á Dios que le perdonara, porque es gran pecador. Importaría muy poco salir del templo abrumado por el odio que Dios tiene al pobre orgulloso, mientras que el publicano entraría justificado en su humilde habitacion.

¡El fariseo hombre honrado! hé aquí el tipo característico del siglo décimonono.

La fe es rara, muy rara; pero su escasez es un argumento de más á favor de su divinidad: porque es el cumplimiento palpable de las predicaciones de Jesucristo y tambien de los Profetas y de los Apóstoles.

Es la eterna historia, contada por Isaías, de los hijos que alimenta, engorda, exalta, pero que acaban siempre por traicionar y despreciar á su madre.

Es la viña de todas las edades. Se la ha cercado con un seto tutelar, se la ha limpiado de las piedras que obstruían su suelo; se ha edificado en su seno una torre para guardarla y un lagar para extraer el zumo de sus uvas; se la cultiva con amor, se la poda con habilidad, y en lugar de la vendimia que se le pedía, no produce más que cambrones y espinas.

San Pablo vió que llegaría un tiempo en que los hombres no podrian ya sufrir la sana doctrina; en que, empujados por deseos insensatos, por una extremada comezon de oír, se rodearian de maestros propios para satisfacer sus deseos, huirian de la verdad y se aficionarian á las fábulas.

Jesucristo dijo: Cuando yo venga, ¿creeis que aún encontraré fe?... En los dias de incredulidad general que precederán á la fin del mundo, si Dios, por amor á sus elegidos, no abrevia el tiempo de la tribulacion, habrá zozobrado toda fe.

La fe es rara, muy rara; lo confesamos gimiendo, pero no admitimos con nuestros adversarios que sea imposible en lo sucesivo, y que haya huido delante de la ciencia como un ave nocturna huye delante de la luz.

Muy recientemente, un escritor célebre, miembro de la Academia francesa y senador, muerto ya, escribia desgraciadamente á un jóven católico-liberal una carta de la cual copiamos las siguientes líneas que nos entristecieron profundamente, pero contra las cuales protestamos con toda la energía de nuestra alma:

«Siéntase ó no, la fe ha desaparecido, porque la ciencia, dígame lo que se quiera, la destruye. Para las inteligencias vigorosas y sensatas, alimentadas por la historia, armadas de crítica, que estudian las ciencias naturales, ya no hay medio de creer en las antiguas historias y en las antiguas biblias. En esta crisis no queda más que una cosa por hacer para no decaer y vivir en la decadencia: ir aprisa y caminar firme hácia un orden de ideas razonables, probables, encadenadas, que da convicciones á falta de creencias, y que, mientras deja al resto de las creencias vecinas toda libertad, toda seguridad, prepara en las inteligencias nuevas y robustas un punto de apoyo para lo venidero. Se crea lentamente una moral y una justicia de base nueva, no menos sólida que por lo pasado, más sólida aún, porque no entrará en ella nada de los temores pueriles de la infancia.»

La fe es rara. Diariamente desaparece de cada vez más. Es verdad, absolutamente verdad. Acabamos de afirmarlo. Y muy pronto diremos francamente por qué desaparece. Pero lo falso, absolutamente falso, y lo probaremos

tambien hasta la evidencia, es que la ciencia haya matado y mate necesariamente la fe; que (y lo hemos dicho ya de sobras) la *moral independiente*, que no es más que una palabra hueca, si se la separa de la religion natural, pueda ofrecer una tabla de salvacion en el naufragio, un punto de apoyo para lo venidero.

Cuando hayamos dejado bien asentado que el hombre es cada dia menos formal, más niño, más mal niño, más *pilluelo*, dispénsenos la palabra, se comprenderá mejor lo que hay de ridículo en la loca pretension de que sea un medio de moralizarle el librarle de los temores pueriles.

El materialismo y la literatura materialista, uno de cuyos más ardientes apóstoles era nuestro falso profeta, es lo que mata la fe, lo que infaliblemente matará la ciencia, la moral, la civilizacion, y nos llevará forzosamente á la barbarie. ¿Por ventura la ciencia francesa no está ya considerablemente menguada? ¿Acaso en el seno de nuestros matemáticos, físicos, botánicos, etc., de la segunda generacion, veis levantarse una de las grandes figuras que se imponen y prometen crear escuela? Las matemáticas se van, la física se va, la botánica está muerta, etc. ¡Hé aquí lo que continuamente oimos repetir en torno de nosotros!

Preguntad á los grandes y antiguos maestros si no temen por la ciencia, tanto y más que por la fe, la fatal invasion del positivismo, el exceso de audacia de vuestros supuestos talentos vigorosos y sensatos, armados de una vana crítica, estudiosos, no de las leyes sino de los hechos de la naturaleza, que hacen de la ciencia un templo sin Dios, un cuerpo sin alma, un caos de fenómenos sin causas ni objeto.

El estudio de las ciencias ha absorbido mi vida, y mi fe es tan viva como en los días tranquilos de mi juventud bretona. Y estoy en el caso de demostrar, hasta la evidencia, que en la ciencia, aun en la más adelantada, no hay ningún hecho, ninguna teoria verdadera en oposicion con la fe cristiana y católica.

Y comprendo mejor cada dia que la fe, que no es en realidad, —como voy muy pronto á asentarlo,—que el telescopio de mi razon y de mi corazón, aumenta en proporcion enorme los horizontes y las aspiraciones de la ciencia.

Y vuelvo á encontrar en mí más que nunca los sentimientos que expresaba en estos términos, veinticinco años há, en la primera edicion de mi *Tratado de telegrafía eléctrica*:

«En setiembre de 1845 estaba yo en el puente de Londres, centro y punto culminante de la civilizacion material más adelantada que jamás existió. Mi imaginacion estaba vivamente exaltada por el espectáculo, único en el mundo, de los centenares de buques de vapor que hendian las aguas del gran rio con velocidad excesiva, de las locomotoras que partian mugiendo para devorar el espacio, de los hilos metálicos usurpados al rayo, y que lanzaban á todos los puntos del horizonte mensajes rápidos como el relámpago, de las mil chimeneas más altas que los obeliscos del antiguo mundo, y que hacian caer sobre la inmensa ciudad las oleadas de su lúgubre humo.

«Pero mi inteligencia estaba más iluminada que nunca por las luces de la fe.

«Pero mi corazón vibraba mejor que nunca al unísono inspiraciones consoladoras y eminentemente humanitarias de la religion cristiana.

«Pero yo comprendia mejor que no la habia comprendido hasta entonces la doctrina celestial: ¡Gloria á Dios! Paz á los hombres de buena voluntad! Sólo el reinado de Dios puede traer á la tierra el reinado de la justicia y la felicidad. La única verdadera libertad es la de los hijos de Dios y de los hermanos de Jesucristo.

«Y hé aquí el sentimiento que me agitaba.

«El hombre ha llegado á ser gigante más aún por la invencion de la telegrafía eléctrica que por el empleo del vapor. Pues bien, la Sagrada Escritura nos refiere que ya lo fué en los tiempos primitivos. Sí, antiguamente hubo una

raza de gigantes, y, si no nos tenemos cuidado, su historia lamentable podrá convertirse en la nuestra. El hijo de Dios encontró bellas á las hijas de la tierra. Un loco amor depravó repentinamente su corazón, y ofuscó su razón. El espíritu llegó tristemente á identificarse con la carne. Esta unión insensata y criminal produjo los gigantes.

«Y efectivamente, cuando el genio del hombre concentra toda su actividad, toda su energía en la materia, cuando en cierta manera la anima con su soplo de vida divina, se vuelve como un gigante. Pero entonces también, en la embriaguez de su triunfo, se cree Dios; ya no levanta sus miradas al cielo; se concentra en sí mismo; se encarna de cada vez más en la materia, cuya masa acaba en cierto modo por absorberlo. Pero muy pronto comienza una espantosa reacción. La materia convertida en reina enerva y subyuga á su rey. Esclavizado, embrutecido por los sentidos, pierde el espíritu todo su aliento; la ciencia se apaga, la industria muere, y comienza otra vez la barbarie.»

Triste es decirlo, pero lo dicho es como el fatal resumen de la historia de la humanidad. Tan pronto como el ángel de luz extiende sus alas y vuela hácia una región nueva para traerle con la fe el beneficio de la civilización, el ángel de las tinieblas sale á su vez del abismo, y va á minar el terreno que, tarde ó temprano, deberá entreabrirse para engullir á una nación corrompida.

La fe es rara, pero rara solamente en los límites señalados previamente, de tal manera que su rareza no sea, como ya lo hemos dicho, una objeción contra su divinidad.

Hay efectivamente una Iglesia en la que la fe es todavía sana y viva, en condiciones que son para ella un verdadero esplendor; una Iglesia en la que el número de los que creen con una fe sincera y práctica es relativamente muy grande. Esta Iglesia es la católica, apostólica, romana.

Jesucristo, su divino fundador, al darle por jefe al mismo jefe de su apostolado, había dicho: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra yo edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.—También había dicho: Yo rogué por tí, Pedro, para que tu fe no se extinga. Tú tendrás tu hora de debilidad, pero te levantarás prontamente, y, convertido, confirmarás á tus hermanos en la fe.—Finalmente, separándose, para subir al cielo, de Pedro y de los demás compañeros de su apostolado, les había dicho: Id, enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y hé aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación de los siglos.—Pedro y los apóstoles se fueron, bautizaron, enseñaron, enseñaron á guardar los mandamientos. La Iglesia católica ha llenado y llena aún el mundo. Y en todas partes es una en su fe, una en sus dogmas, una en su moral, una en su disciplina, una en su liturgia. ¡Esplendor! esplendor!

Los católicos que creen, que oran, que comulgan en toda la superficie del globo, no han cesado de formar una multitud imponente.

Los cabecillas del libre pensamiento, en la gran Babilonia de los tiempos modernos, habían organizado para el Viernes Santo, 26 de marzo de 1869, una manifestación impía. Habíanse dado cita para comer manjares prohibidos al aire libre. Era el eco popular y brutal de una comedia aristocrática representada el año anterior en la casa del grande escritor que quería que la ciencia hubiese muerto para siempre á la fe. Á pesar del llamamiento hecho con mucho bombo por los periódicos de la moral independiente, el número de los convidados de esos monstruosos agapes llegó apenas á ochocientos; el mayor número parecían estar avergonzados de encontrarse juntos; las pocas mujeres que se habían dejado llevar como arastradas allá, apenas si se atrevían á levantar los ojos, y poco faltó para que no terminara el banquete por un violento alboroto.

El santo día de Pascua, 28 de marzo de 1869, á las 8 de la mañana, la antigua y vasta basilica de Nuestra Señora de París veía arrodillados en su recinto á tres ó cuatro mil hombres, lo más selecto de la sociedad honrada, laboriosa, útil. Con los brazos cruzados sobre el pecho, la frente inclinada pensativa hácia el suelo, el corazón ardiente de amor, adelantáronse todos hácia la sagrada mesa; todos recibieron la divina hostia, exclamando desde el fondo de sus almas: ¡Vos sois mi Señor y mi Dios! Y de sus ojos corrían lágrimas de felicidad, y las antiguas bóvedas resonaban con el bendito canto: ¡Oh! cuán dulce y grato es para hermanos habitar juntos á la vista y en el corazón de Dios: *Quam bonum, et quam jucundum, habitare fratres in unum!*

Y en todas las catedrales de todo el mundo se daba, en aquella misma hora, un espectáculo igualmente grandioso y tierno.

Y en aquella misma hora también, en todas las iglesias católicas resonaban cantos de alegría de las piadosas compañeras de los hombres, que, por su parte, iban á recibir el pan que hace á los fuertes, el vino que hace á los puros. ¡Esplendor! esplendor!

Pero, hé aquí un espectáculo más grandioso aún, y que por sí solo será en adelante uno de los más magníficos esplendores de la fe católica.

El 11 de abril de 1819, el día solemne de Pascua, en la capillita de Santa Ana de los Carpinteros, el joven conde Mastai, ordenado de sacerdote la víspera, celebraba su primera misa, en presencia de algunos parientes, de unos cuantos amigos, de los niños huérfanos de *Tata Giovanni*, de quienes había cuidado tanto el piadoso levita, y que tan dichosos eran por hacerle en tan grande día un cortejo de honor. Simple sacerdote en Roma por espacio de cuatro años, no se dispensó el abate Mastai ninguna de las fatigas del santo ministerio, de la predicación y del ejercicio de una caridad activa. Siendo en 1823 auditor

de Monseñor Mazi, delegado y vicario apostólico en Chile, compartió durante cuatro años las gravísimas dificultades de una misión que se hizo imposible por la malevolencia de un gobierno mal constituido. Vuelto á Roma en 1827, y consagrado obispo de Espoleto, gobernó cinco años, y evangelizó como apóstol aquella vasta diócesis, multiplicando en todas partes las obras de misericordia, embelleciendo las iglesias excesivamente pobres, devolviendo su esplendor al culto menoscabado. Delegado extraordinario del Sumo Pontífice Gregorio XVI, en aquella misma provincia de Espoleto, cuando la violenta insurrección del carbonarismo italiano, hizo prodigios de fuerza y de dulzura, con su elocuencia personal y persuasiva desarmó á las partidas rebeladas antes de que, penetrando en las ciudades, lo hubiesen pasado todo á sangre y fuego, y, como por encanto, ¡tan grandes fueron sus liberalidades! reparó los males causados por la revolución. Esta heroica conducta le valió el ser nombrado en 1832 cardenal obispo de Imola, y en este nuevo teatro se mostró más activo aún su celo. Restauró su catedral, el palacio arzobispal y muchísimas iglesias; abrió una casa de ejercicios espirituales, ó de retiro anual para sus sacerdotes; fundó sucesivamente un seminario para los jóvenes levitas, una institución encargada de dar á los niños pobres el alimento, la instrucción, la educación, un obrador para las jóvenes huérfanas, dos escuelas para los niños, un asilo donde pasar la noche los vagabundos, un refugio para las muchachas arrepentidas, etc., etc. Introdujo en Italia la obra admirable de la Propagación de la fe, realzó las misiones, restableció las visitas diocesanas, reorganizó las predicaciones de Adviento y de Cuaresma, etc., etc. No se escapaba ni un solo pormenor á su extraordinaria vigilancia; y los obstáculos que en todas partes se levantaban delante de él, no quebrantaron ni un solo momento su invencible constancia.

Tan elevada y vasta inteligencia del bien, un corazón tan grande y tan bueno, un carácter tan noble y afable,

le habian conquistado el cariño y respeto de todos. Al morir Gregorio XVI, el cardenal Mastai fué llamado para sucederle. Jamás hubo un supremo pontificado tan largo, más glorioso y fecundo. Tres grandes jerarquías eclesiásticas establecidas en Inglaterra, América y Holanda, y convertidas como en milagrosa señal de la vuelta á la religion católica de inmenso número de ovejas descarriadas; ciento diez episcopados nuevamente erigidos en el universo; treinta y dos delegaciones apóstolicas confiadas á los piadosos misioneros de la Propagacion de la fe; muchísimas misiones entre las naciones infieles ó en diversas regiones del Oriente, fundadas ó restablecidas; siete concordatos concluidos con diversos gobiernos de Europa; el dogma de la Inmaculada Concepcion definido; la condenacion de todos los errores de la herejía, del racionalismo, del tradicionalismo, del liberalismo, significada de nuevo al mundo cristiano en condiciones de vigor y solemnidad extraordinarias; la canonizacion de muchísimos santos, con circunstancias particulares que caracterizan una inspiracion verdaderamente divina, un conocimiento sobrenatural de las necesidades imperiosas de las sociedades modernas; la restauracion de una multitud de templos; la creacion de innumerables establecimientos de instruccion, educacion y caridad; un nuevo aliento impreso á la tipografía católica y al estudio de las letras y ciencias: los medios ofrecidos á los artistas más eminentes de consagrar á la Religion las obras maestras de su arte; los derechos de la Santa Sede sostenidos con indomable energía contra todas las pasiones y los odios conjurados; la inmensidad de males aliviados, de dolores consolados, etc., etc.; este es el resúmen fiel de los veinticuatro años memorables del supremo pontificado de Pio IX.

Las cualidades del cuerpo están en él en perfecta armonía con las cualidades eminentes de la inteligencia y del corazon. Todo su sér respira dulce majestad, pero sin ningun orgullo; su rostro es noble y bueno, su mirada límpi-

da y serena, sus labios abiertos y risueños, su habla viva y agradable, su voz sonora y armoniosa. Camina rodeado de una atmósfera de afabilidad y amabilidad.

Su vida es tambien la del justo. Se levanta á las 6 de la maña, se viste, hace una larga visita al Santísimo Sacramento, celebra el Santo Sacrificio, y oye una segunda misa dicha por uno de sus capellanes. Da audiencia al cardenal secretario para los negocios de Estado, al mayordomo del Sacro Palacio para los asuntos de su Casa, lee las muchas cartas que se le dirigen, y da á su secretario particular las instrucciones necesarias para contestar. Al mismo tiempo se desayuna con una simple taza de café templado con chocolate y un vaso de agua clara. De las diez á las dos da las audiencias oficiales; y á las dos hace su principal comida de extremada sencillez y frugalidad, cuyo gasto total es á lo más de un escudo romano, cinco pesetas apenas. Á las tres sube en coche; llegado extramuros de la ciudad, baja y hace á pié un corto paseo, devolviendo á los más pobres el saludo que le dan, dirigiendo la palabra á los más pequeños, bendiciendo á los ancianos, etc. Regresa entre cinco y seis, y recibe algunas veces hasta las diez. Entonces reza Pio IX su breviario, hace una oracion ferviente y prolongada, y va á un humilde cuarto enladrillado, sin muebles y sin fuego, á dormir el sueño del justo, como ha vivido la vida del justo.

Ésta digresion era necesaria, porque la santidad de la vida y la fecundidad de la administracion de Pio IX, que no habria tenido ocasion de recordar en otra parte, son uno de los esplendores de la fe. Prueban que Dios está siempre con su Iglesia, que vela constantemente por ella, y que á medida que se hacen más difíciles los tiempos, cuida de escogerle jefes segun su corazon, que dan el ejemplo de todas las virtudes. Pio VI, Pio VII, Leon XII, Pio VIII, Gregorio XVI, Pio IX, ¡qué noble y gloriosa sucesion de santos! Estos pormenores, finalmente, harán re-

saltar mejor el alcance del hecho maravilloso que he de referir.

El año quincuagésimo del sacerdocio de Pio IX comenzaba el 10 de abril último, el piadoso Pontífice debía celebrar al día siguiente su Jubileo de oro, y la divina Providencia había decretado que esta fiesta íntima sería la señal de una manifestación extraordinaria, sin precedente en los anales de la Iglesia. La idea de organizar á favor de Pio IX un glorioso triunfo surgió en todas partes á un mismo tiempo, en Europa, América, Asia, África y en las islas más remotas. Como la chispa de las divinas Escrituras, que, en un abrir y cerrar de ojos, invade una inmensa extensión de cañas, este pensamiento llenó de repente toda la tierra. En todas partes se abren suscripciones, y en todas partes se cubren de millares de nombres de todas las clases de la sociedad. Los vapores y ferro-carriles traen á cada instante nuevos dones. Los telégrafos comunican solícitas felicitaciones de todos los soberanos, de Bélgica, Prusia, Baviera, Grecia, de la reina de Inglaterra, de los emperadores de Francia, Austria y Rusia, del Gobierno provisional de España, etc., etc. Las legumbres, las frutas, las flores, los tejidos, los adornos, las obras de arte, las bolsas ó cajitas llenas de oro, van amontonándose continuamente en los salones de la exposición del Vaticano; se valúa en más de doce millones el valor de los objetos ofrecidos á la entusiasta admiración de los romanos y extranjeros. Cerca de cien mil peregrinos han acudido á Roma, y véñese cruzar en todos sentidos los grupos de jóvenes, lo selecto de la Italia del porvenir, las procesiones de muchachas, las comitivas de los pacíficos habitantes de las campiñas.

El 11 de abril de 1869, á las ocho y media, sube Pio IX al altar de la Concepción de San Pedro, en presencia de los cardenales y de los embajadores, rodeado de ochenta mil cristianos fervorosos, conmovidos hasta derramar lágrimas, y orando con toda la efusión de su alma. Á igual hora, millones de católicos dispersos en la superficie de

la tierra, pero no formando más que un corazón y un alma, recibían la sagrada comunión en acción de gracias, y bendecían á Pio IX. En París, Burdeos, Lyon, Marsella, Viena (Austria), ha sido tan entusiasta como en Roma el fervor de los pueblos.

Tres años há, un periódico libre-pensador, que cuenta cuarenta mil suscritores y dos millones de lectores, había abierto con mucho bombo una suscripción para la estatua de Voltaire, y reunía apenas ¡treinta mil francos! En 1869, un periódico detestado, porque es muy resueltamente cristiano y católico, abre á su vez la suscripción del Jubileo de Pio IX, y en unas cuantas semanas alcanza la cifra relativamente enorme ¡de trescientos mil francos! El Pontífice-Rey ha vencido y humillado al Rey-Voltaire. ¡Esplendor! esplendor!

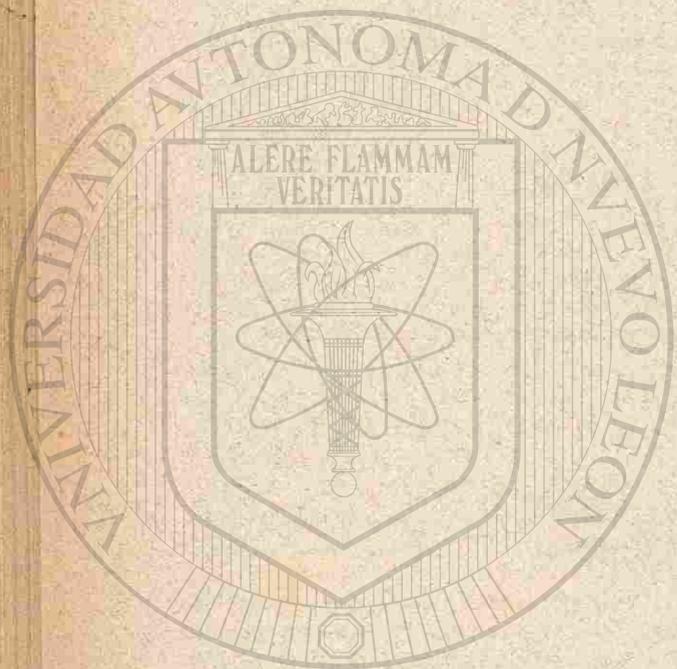
No faltaron los gritos de indignación. « Dar tanto oro á Pio IX, ha gritado un periodista incrédulo y rencoroso, cuando tantos pobres no tienen lo necesario. Ensalzar una colecta de trescientos mil francos, en el mismo instante en que un pobre padre de familia muriéndose de hambre se arroja al Sena. ¡Qué escándalo! ¡Ah! ¿quién me dirá lo que piensa Jesucristo de tanta prodigalidad? » ¿Lo que piensa Jesucristo? Que os haceis el eco insensato y desgraciado de Judas Iscariote. Vos no sabeis, pues, esta conmovedora historia. Jesús, en la víspera de su Pasión, (ay! quién sabe si Pio IX no está en vísperas de su martirio!) había aceptado la hospitalidad de los piadosos habitantes de Betania. María Madalena se levanta, toma un vaso lleno de un aroma de mucho valor, lo derrama en la cabeza y piés del divino Salvador, que enjuga luego con su larga cabellera, y la casa se encuentra embalsamada con el delicioso olor. Madalena, como los fieles de Pio IX, había echado sus cálculos sin contar con Judas, que grita indignado: ¿A qué viene este derrochamiento? el aroma valía á lo menos trescientos dineros, y estos habrían saciado á una multitud de pobres. El Evangelio añade: No es que Judas se inquietara gran cosa por los pobres, pero era

avaro y ladrón. Sentía los trescientos dineros que su codicia no había podido recoger.—Indignándose á su vez Jesucristo, elogió á María Magdalena por su generoso fervor, y pronunció estas palabras sencillas, pero profundas, que jamás meditaremos bastante: «¿Por qué entristeceis á esta santa mujer? acaba de hacer una buena obra que los míos le agradecerán siempre más. Siempre teneis pobres con vosotros, pero no siempre me teneis á mí.» Sí, los pobres son, no diremos una de las grandes necesidades, pero una de las más desesperantes realidades del mundo. Y es un hecho lamentable: el pauperismo aumenta siempre á medida que Jesucristo reina menos en las almas y se hace más rara la fe en Jesucristo. Digámoslo también con la seguridad de no desmentirnos; el día en que la fe haya desaparecido, el pauperismo inundará y devorará el mundo. Dad á Jesucristo, si quereis, ya que no extinguir, conjurar á lo menos el pauperismo. Jesucristo es el amigo, el abogado, la salvación del pobre. Sólo pena de anatema, quiere que se den alimentos al hambriento, bebida al sediento, vestidos al desnudo, libertad á los cautivos, salud á los enfermos, consuelos á los afligidos. ¿No veis surgir continuamente del seno de la Iglesia de Jesucristo generaciones de bienhechores de la humanidad, que gastan á favor de los pobres todo cuanto tienen de inteligencia, corazón, fortuna, fuerzas y vida? Un óbolo dado á Jesucristo ó por Jesucristo, al Sumo Pontífice, su vicario y representante en la tierra, se centuplicará en provecho de los pobres. Y me atreveré á valuar en centenares de millones lo que producirá para los pobres el magnífico arranque impreso á la fe católica por la milagrosa ovación del Jubileo de oro.

Uno de los cargos más envenenados que el escritor de quien hablo se atreve á formular contra Pío IX, es por haber canonizado á José Labre. Para él no es nada menos que un atentado contra la humanidad el poner sobre los altares los harapos y la alforja del ilustre mendigo. La inteligencia esclavizada por los sentidos no comprende

nada de los pensamientos de Dios. ¡Pobre hombre! Cuando Pío IX canonizaba á José Labre, obedecía evidentemente á una inspiración divina. Veía crecer al coloso del pauperismo en el seno de una sociedad sin fe, y quería á toda costa santificar al pobre glorificándolo; porque el pobre impío, desesperado, furioso, es un enemigo implacable para la sociedad. ¡Ah! si amarais sinceramente á la humanidad, debiera excitar vuestra ira la satánica prodigalidad de los hombres del día en el arrebató de sus vergonzosos caprichos. ¿Quién dirá las sumas enormes que arrojan al vicio en todas sus formas, al orgullo de la vida, al lujo, á la gula, á la lujuria, al juego, etc.? ¿Quién contará las fortunas engullidas en los salones de los cortesanos, en los bastidores de los teatros, en las orgías de las cenas impuras? El vicio llama al vicio, la pasión engendra la pasión, y vosotros glorificáis el vicio y la pasión, y lo estimuláis, y lo inspiráis, y lo infundís en todas las almas. Reservais todas vuestras iras para la caridad cristiana, para la limosna católica, que tienen también su contagio, pero su contagio santo y benéfico.

La fe es rara, pero su rareza es una prueba de su divinidad. ¡Esplendor! esplendor!



CAPÍTULO IV.

Causas comunes ó generales de la pérdida de la fe.

EL ESPÍRITU PAGANO.

La causa fatal de la pérdida de la fe en la espantosa proporción que hemos consignado, y que deploramos amargamente, es la invasión de las ideas paganas y revolucionarias.

El espíritu pagano recobró su imperio en el siglo decimoquinto, en la época del Renacimiento, y continúa sus estragos por la enseñanza literaria que no ha cesado de inspirar y dominar.

El espíritu revolucionario verificó su irrupción en 1789 por la declaración de los derechos del hombre, y se desencadena de cada día más y más.

De esta doble invasión de las ideas paganas y revolucionarias, resultó que el mundo está como sumergido en una atmósfera profundamente viciada, y al mismo tiempo

violentemente agitada, de sensualismo que se desborda por todas partes, de independencia de espíritu y de voluntad que saca de quicio á todas las almas. En el seno de esta atmósfera pérfida no ha perdido solamente la fe sus dos elementos esenciales, el SENTIMIENTO Y LA COSTUMBRE DE LO SOBRENATURAL, el RESPETO Y EL AMOR DE LA AUTORIDAD, sino que está además de tal manera sacudida, discutida, insultada, ojeada, que se debilita ó se pierde necesariamente cada día más.

El alma humana, en el siglo décimonono, es como un terreno ingrato y flojo hasta el exceso, atormentado continuamente en su superficie por vientos impetuosos. La buena semilla del Evangelio, la fe, puede apenas germinar en él dando vida á un tallo débil y muelle. Si de tarde en tarde sucede que haya echado bastante profundas raíces para llegar á ser un árbol, en una hora dada, se hace de tal manera irresistible el huracan, que el árbol bendito es cruelmente arrancado y hecho pedazos.

En nuestra época, tambien, son los fieles creyentes como Daniel en la cueva, ó como los niños en el horno. Para librarles de los mortíferos dientes de los leones ó del ardor de las llamas devoradoras, es necesaria la intervencion milagrosa de Dios ó de su ángel.

Trataré en primer lugar del espíritu pagano y de los obstáculos invencibles que encuentra la fe en el modo actual de enseñanza y educacion, tomando por guia á un escritor cuyas convicciones ardientes y valor apostólico admiro sinceramente. El paganismo en la enseñanza es verdaderamente el GUSANO ROEDOR de las sociedades modernas; y si su libro (1) ha excitado tantas iras, si le ha valido tantos desdenes, burlas é injurias, es porque ha puesto

(1) EL GUSANO ROEDOR DE LAS SOCIEDADES MODERNAS, ó el *Paganismo en la educacion*, por Monseñor Gaume.—En 8.º de VII—114 páginas. París, Gaume, hermanos, 1851, 4 fr. 50.

LA REVOLUCION. Investigaciones históricas acerca del origen y propagacion del mal en Europa, desde el Renacimiento hasta nuestros días, por Monseñor Gaume.—12 tom. en 8.º París, Gaume, hermanos, 42 fr.

en la llaga profunda pero oculta su dedo inspirado, hierro agudo, boton de fuego que ha hecho exhalar gritos violentos, pero que quizás si no se le hubiese fatalmente apartado, habria podido curar un mal enorme.

No se me oculta que este capítulo es el más delicado y difícil de mi libro. Debo hablar una lengua desconocida, ó á lo menos completamente olvidada, que ya no se entiende, ó que no se quiere ya entender, la lengua de lo SOBRENATURAL. Lo sobrenatural, como el aire del ave, como el agua del pez, es un medio excelente por sí mismo, que bendicen los séres acostumbrados á vivir en su seno, pero que evitan y maldicen aquellos á quienes la naturaleza ó la costumbre han organizado para otros medios. Este es el secreto de la repulsion contra la fe que va ensanchándose cada día; hé aquí, tambien, por decirlo de paso, lo que debe hacernos tolerantes para las personas, en el mismo instante que detestamos cuanto podemos las doctrinas.

Cuando un órgano no ha sido excitado nunca, ó ya no lo es desde mucho tiempo, por el agente natural de su funcionamiento, se atrofia ó paraliza. Los peces y los crustáceos que viven en los rios subterráneos de las cavernas gigantes del Kentucky en donde la luz no ha penetrado jamás, como tambien las aves acuáticas alimentadas en las profundas y tenebrosas entrañas de las salinas de Polonia, son ciegos: su ojo, abandonado á sí mismo, ha quedado en el estado rudimentario.

De la misma manera se hace como imposible la percepcion de lo sobrenatural para aquellos á quienes la desgracia de su nacimiento, sus relaciones sociales, la atraccion de sus pasiones, la especialidad de sus estudios, ó la multiplicidad de sus negocios les ha llevado á un mundo en que la luz de la fe no puede ya alcanzarles. *El hombre animalizado*, dijo el grande Apóstol, *no percibe lo que es del espíritu de Dios; para él es locura; no puede comprenderlo, porque debiera juzgar por el espíritu, y él se ha hecho carne*. El ojo de su inteligencia, si es que la ceguera no

se ha hecho completa, es como un ojo enfermo al que la luz deslumbra y ofende.

Los hombres ilustrados que, en el dominio de la naturaleza de las ciencias y artes, creerían que les insultais si les hablarais de una comida sin cocinero, de un reloj sin relojero, de un cuadro sin pintor, de una estatua sin escultor, de un poema sin poeta, de un libro sin autor, sin compositor, sin impresor, se engullen como el agua la enormidad del universo sin Dios, de las maravillas de la organización sin mecánico supremo, de los fenómenos y leyes del movimiento y de la vida sin primer motor, sin soplo creador, sin legislador supremo. Luego que los sacáis del pequeño mundo en que se han encerrado, el sistema absurdo de los efectos sin causa es el único aceptado por su razón; se han colocado en el terreno de lo imposible, y en este terreno, lo falso es lo que tiene razón, y lo verdadero es lo que carece de ella.

Todo cuanto hay para nosotros de más sencillo, natural, de más absolutamente cierto, de más esencialmente necesario, la existencia de Dios, de los espíritus buenos y malos, de nuestra alma inmortal, de la vida futura, de la eternidad bienaventurada ó desdichada, etc., todo esto es para ellos ininteligible ó ridículo. Es como si se hablara á un ciego de nacimiento de la luz y de los colores, á un sordo de nacimiento de los sonidos y de la melodía. Pero si tuvieran á lo menos la modestia del ciego y del sordo! Estos no desprecian, no compadecen á sus hermanos más felices que ven y oyen; les reconocen el derecho de llorar por su desgracia.

Para dar una idea de la influencia de los medios, de la costumbre y educación acerca de nuestros juicios é ideas, séame permitido acudir á un ejemplo que nos lleva á la invasión del espíritu pagano.

Tan identificado estaba Fenelon con las bellezas clásicas de Atenas, que no vaciló en formular en sus cartas sobre la elocuencia este dictámen verdaderamente extraño: «Los inventores de la arquitectura llamada gótica cre-

eron sin duda aventajar á los arquitectos de Grecia. En un edificio griego todo es sencillo, todo está medido, todo está regulado por el uso, limitado por la verdadera razón. Al contrario, la arquitectura gótica levanta sobre pilares muy débiles una bóveda inmensa que sube hasta los cielos; todo está calado como carton, todo abierto, todo al aire. ¿No es natural que los primeros arquitectos góticos se hayan lisonjeado de haber aventajado por su vano refinamiento la sencillez griega...? Lucano debía naturalmente creer que era superior á Virgilio. Séneca podía imaginarse que brillaba mucho más que Sófocles. El Tasso ha podido esperar dejar tras de sí á Virgilio y Homero.» De este modo los autores gigantes de los magníficos monumentos, que en nuestro siglo sin fe excitan unánime y entusiasta admiración, en concepto del ingenioso autor del *Telémaco*, libro cristiano en una forma ¡ay! toda pagana, eran para los arquitectos de la mitología lo que Lucano es á Virgilio, Séneca á Sófocles, el Tasso á Homero. Entremos en materia.

La religión cristiana había vencido al paganismo, la fuerza bruta, al sofisma y herejía; había finalmente conquistado el mundo. En medio del embrutecimiento más vergonzoso de los ánimos y caracteres, en el seno de un imperio gobernado por eunucos é invadido por los bárbaros, los Padres de la Iglesia, Atanasio, Ambrosio, Agustín, han llegado á ser los ecos elocuentes y escuchados de la doctrina más pura, de la moral más sublime. Su genio permanece solo en pié en la decadencia universal. Levántanse como fundadores en medio de ruinas. Y es que efectivamente son los arquitectos del grande edificio religioso y político del porvenir. El imperio romano se derrumbó; la Europa es civilizada por el Evangelio.

Falta desarraigar todavía un postrer fondo de salvajismo y rudeza; pero ya la sociedad es cristiana en su lenguaje, en sus instituciones, en sus leyes y en sus artes. Se ha dado el impulso á los ánimos, á las inteligencias y á las imaginaciones. Las pasiones son todavía vivas y bruscas;

no están absolutamente ahogadas las antiguas levaduras del paganismo; fermentan hasta en el santuario, en la Iglesia, en el seno del clero, cuyas costumbres no son siempre edificantes; pero la fe lo domina todo, y por ella queda en gran manera minorado el escándalo. Cada cual recuerda la frase del divino Maestro que selló la boca de Judas en su compañía: Haced lo que os dicen, y no hagáis lo que hacen.

El cristianismo, rey del mundo durante más de mil años, se ha formado una lengua propia para expresar sus pensamientos más sencillos, más elevados, más profundos. Ya no es el culto absoluto de la forma, necesario al paganismo para ocultar la desnudez y pobreza del fondo; la forma al contrario se borra todo lo posible á fin de no trasladar al segundo plan la majestuosa belleza del fondo. Una multitud de genios, san Leon el Grande, san Gregorio el Grande, san Anselmo, el venerable Beda, Lanfranc de Cantorbery, san Bernardo, san Francisco de Asís, san Buenaventura, santo Tomás de Aquino popularizan la expresion perfecta de las ideas y de los sentimientos cristianos.

Los cantos de los trovadores, los cuentos, las novelas de caballería, las poesías de Dante y del Petrarca abren nuevos horizontes á la imaginacion y á la literatura.

El cristianismo habia creado ya obras maestras de arte desde los primeros siglos de la Edad media; pero á principios del siglo XI, se le ve como poseido de entusiasmo divino. Entre todos los pueblos se deja sentir una rivalidad sublime, acerca de quién levantará monumentos más bellos. Jamás los romanos, para edificar sus gigantescos, pero pesados edificios, sus acueductos, sus circos, sus anfiteatros, hicieron correr rios de oro en tanta abundancia, como los que hicieron correr nuestros piadosos antepasados para levantar sus catedrales y adornarlas. Apenas han pasado tres siglos desde que Europa se presenta á las deslumbradas miradas resplandeciente en obras incomparables de arquitectura, escultura, pintura y cinceladura.

Personajes desconocidos lanzan al aire las naves, las torres, las agujas góticas de proporciones gigantescas, pero perfectamente armoniosas. Los escultores, animados por divino soplo, cortan á manera de encajes millares de agujas, cuyas afiladas puntas parecen lanzar oraciones hácia el cielo, y hacen brotar de la piedra, ó del mármol, pueblos enteros de admirables estátuas, por la majestad de su posicion, lo natural de los ropajes, la sublimidad y delicadeza de las testas animadas. El pincel de los pintores, de Cimabue, Fra Angélico, Pisani, Giotto, Bellini, Hemmelinck, Alberto Durer, Vanucci, etc., escribe de una manera magistral la maravillosa epopeya del Cristianismo, y lleva la expresion de las fisonomías á una perfeccion que desespera. Los mosaistas convierten los pavimentos, bóvedas y ventanales de nuestros templos en jardines esmaltados de flores y dibujos de mil colores: los pintores de cristales trasladan las narraciones del Evangelio por medio de rasgos de luz y fuego arrebatadores é inimitables. Los cinceladores, los plateros, los joyeros, los bordadores rivalizan con tanto vigor y buen éxito, que no hay una humilde iglesia, ni un pobre monasterio que no tenga su tesoro de objetos de arte. El Occidente se convierte en inmenso museo, museo casto y moral de obras maestras inspiradas por un arte sobrehumano.

La razon, hija dócil de la fe, y tomando por punto de partida las verdades que aprendió en esta escuela infalible, procuraba descubrir sus relaciones ocultas, hacia resaltar su riqueza y variedad infinita, les pedia aplicaciones fecundas en resultados útiles. Unidas íntimamente las ciencias formaban una familia perfectamente subordinada. La teología era la madre y la reina; las demás ciencias eran sus hijas y súbditas. La madre mandaba é imprimia la direccion; las hijas trabajaban cada una en su esfera para el bien comun. De ahí salen las grandiosas síntesis que hacen de las obras de san Agustin, san Anselmo, Alberto el Grande, Alejandro de Alés, san Isidoro, y, sobre todo, de santo Tomás de Aquino, vastas auroras

que iluminan con su esplendor todas las cuestiones más abstractas del orden religioso, político, civil y doméstico. Las ciencias de raciocinio, herederas de la filosofía de los Padres de la Iglesia, apoyadas en creencias inquebrantables, unidas y firmes en principios ciertos, alcanzan en trabajos seculares una grandeza y extensión que después no se han igualado jamás. La filosofía era entonces una antorcha luminosa que alumbraba con espléndida luz todas las cuestiones relativas á Dios, al hombre y á las sociedades. Ya no faltaba más que sondear los misterios del mundo material y viviente, y veíanse ya aparecer en el horizonte los fundadores de la química, de la física, de la astronomía y de la fisiología modernas, Roger Bacon, Ramon Lull, Paracelso, Guttenberg, etc. El genio del hombre había conquistado ya la brújula, la pólvora, la imprenta, etc.

En resumen, la Edad media, ó mejor dicho, porque es su verdadero nombre, la EDAD DE PL, tan rebajada, tan calumniada, tenía la verdadera grandeza. En vano se buscaría en la historia de todo el mundo entero un rey más grande que Carlomagno ó más perfecto que san Luis; un genio más profundo y más universal que santo Tomás de Aquino; un escritor más atractivo, un orador más elocuente que san Bernardo; monumentos más vivificados por el espíritu cristiano, que nuestras antiguas catedrales; decoraciones más resplandecientes, mejor inspiradas, más instructivas que las vidrieras de nuestras catedrales basilicas; más fervor generoso y verdadero valor que en los cruzados; más intrepidez caballeresca que en las órdenes militares y hospitalarias; más abnegación y amor al pueblo que entre los Frailes mendicantes; más caridad sublime que en los religiosos consagrados á la redención de cautivos. No, jamás se vieron tan grandes creaciones y tan grandes hombres, por la razón de que nunca hubo tampoco tantos santos de virtudes heroicas.

El paganismo queda completamente vencido y como borrado de la tierra.

Habiase visto realizarse en cuanto es posible en este mundo el reinado de Dios, el reinado de Jesucristo que dirigía, gobernaba y mandaba por su santa Iglesia. Toda la Europa se muestra para con ella llena de sumisión y abandono filial en su fe, en sus costumbres públicas y privadas, sus instituciones, su filosofía, sus artes, lenguaje, etc. Es verdaderamente el campo del padre de familia perfectamente depurado, profundamente trabajado, ricamente estercolado, sembrado con extremo cuidado. Todo parece prometer una rica cosecha.

Por desgracia, al cabo de algunos años, amenazan desvanecerse tan brillantes esperanzas. Harto confiados, durmiéronse los guardas del campo; llegó el enemigo, y sembró la cizaña á manos llenas. Por de pronto no se advirtió nada, pero cuando hubieron crecido los tallos, cuando estuvieron formadas las espigas, el trigo se dejó ver invadido por la mala yerba. Espantados los centinelas, corrieron al padre de familia y le gritaron desde lejos: ¿No habiais sembrado buena semilla en vuestro campo?—Es indudable!—¿Por qué, pues, abunda tanto en él la cizaña? Aquí está la mano del enemigo, del espíritu pagano, que esperaba con mucha paciencia la hora en que pudiera tomar su desquite.

Expulsados en 1453 de Constantinopla que acaba de sucumbir á los ataques de Mahomet II, acuden en gran número á Florencia griegos literatos, trayendo consigo las obras de la filosofía, elocuencia, poesía y arte paganos de que son entusiastas admiradores, y gritando llenos de fanático orgullo: Instrúyete, bárbaro! Estaba entonces Europa trabajada por el espíritu de rebelión, á consecuencia del gran cisma de Occidente: y un eco inmenso respondió á la voz seductora de los nuevos apóstoles. Han pasado muy pocos años apenas, y ya no se habla sino de escritores y artistas de Roma y Atenas, de obras de los siglos de Augusto y Pericles. Salúdase con grande entusiasmo lo

que se llama el Renacimiento, y que no era en realidad más que un retorno fatal al paganismo.

Por sus frutos se conoce el árbol; juzguemos por sus frutos el árbol del Renacimiento, veamos rápidamente lo que produjo en el terreno de la literatura, de las artes, de la filosofía, de las ciencias, de la enseñanza y de la religión. Dejemos empero ante todo que un escritor distinguido. M. Michiels, exprese con elocuencia un asombro que nosotros no sabríamos deplorar bastante (*Revista contemporánea*, entrega de enero de 1853, p. 632): «Es un espectáculo curioso para el hombre reflexivo, ver la civilización greco-romana herida de muerte y enterrada por el cristianismo, salir lentamente de su sepulcro, llena de odio y sedienta de venganza, precipitarse á su vez sobre su enemigo, hostigarle, combatirle continuamente, empujarle con la punta de la espada en el cuello, y precipitarlo finalmente al abismo del protestantismo, del filosofismo, del volterianismo y finalmente de la Revolución. ¡Qué raro reyés de fortuna! Qué extraño efecto de la gran ley de báscula que se encuentra en todas partes! No es menos curioso ver la Francia empleando primeramente el hierro, el fuego, la rueda y la horca para comprimir en su seno la reforma, aceptarla despues con un traje prestado, y dejar que los filólogos, anticuarios, poetas, moralistas, fabulistas y dramaturgos derramen en los ánimos la duda, el amor de la licencia, el sensualismo, los principios anticristianos de los pensadores griegos. Mimar de este modo á su adversario, partir con él el agua y el fuego, la mesa y la cama, porque ha tomado otro nombre, se ha vestido otro traje! Hé aquí lo que se llama dar pruebas de discernimiento! Y lo que aún debe parecer más extraordinario, es que el clero, dueño de toda la enseñanza, le abriera sus puertas, le ofreciera un asiento junto al hogar, y le entregara las llaves de su habitación! ¿Podía acaso esperarse que los mismos jefes de la religión la entregaran, como lo hicieron, sin defensa al politeísmo y al escepticismo disfrazados?»

Luego que se hubieron estudiado y comentado sin descanso las obras literarias de los antiguos, se adoptaron sus principios, penetráronse de su espíritu, y se efectuó una inmensa revolucion en las ideas. Lo bello y lo maravilloso de los Libros Santos fueron por siempre condenados; el genio moderno se puso á remolque de la estética pagana, y resultó de ahí una literatura que degrada al talento, rebajándole al papel de copista inhábil por necesidad (1).

El movimiento pagano se hace inmenso y lo arrastra todo. Fué aquello una manía universal. La mitología pagana invade la literatura y sube á los teatros. Hace ostentacion de principios y sentimientos enteramente carnales que presenta á la vista, y hace resonar en los oídos, é insinúa en las almas de sus pinturas y descripciones. Los maestros de la antigüedad pasan á ser los supremos reguladores de las costumbres y del gusto. «Ciceron, exclama Erasmo, uno de los corifeos del Renacimiento, me hace mejor por su divina elocuencia y su santidad (la santidad de Ciceron!).» El fanatismo pagano se ha hecho dueño de todos los ánimos: la literatura es pagana, la poesía es pagana, hasta el lenguaje es pagano.

Las artes á su vez sufren una direccion más pagana aún. El pincel de los pintores ya no se inspira más que en las divinidades y las fábulas del paganismo. Los dioses y las diosas del Olimpo, en estado de completa desnudez, adornan las galerías y los museos públicos ó secretos de los palacios de los magnates. No se ven en todas partes más que Venus, Ninfas, Gracias, etc. Hasta se ultraja la santidad de los templos del verdadero Dios. Los ángeles se convierten en genios desnudos; los santos, las santas, las virtudes son hombres y mujeres apenas vestidos. ¡Qué monton de carne, por ejemplo, no hay en el harto

(1) ¿Cuál puede ser, efectivamente, en un poeta cristiano, la inspiración que le arrastre á pedir la vida de su protector, de su Mecenás, al YERNO DE CERES? Lamartine es mucho menos pagano, y hé aquí por qué su lirismo sobresaie tanto al de J. B. Rousseau.

célebre cuadro del Juicio final de Miguel Angel! ¿No se diría que son los gigantes amontonando Polion sobre Osa, y deteniéndose espantados ante la ira de Júpiter tonante? Entrad en el santuario por excelencia del arte pagano del Renacimiento, el palacio Pitti en Florencia, formado de doce salones consagrados cada uno de ellos á una divinidad pagana que brilla en el techo con sus atributos impuros. ¡Qué inimitable perfeccion en los asuntos profanos! La regularidad de las proporciones, lo natural de las posiciones, la expresion de las fisonomías, la verdad y riqueza del colorido, la belleza de las formas, la delicadeza del sentimiento, nada, absolutamente nada dejan que desear. Pero ¡qué doloroso contraste para los asuntos religiosos! El pintor los hizo á su antojo, ó más bien á imágen de sus modelos paganos. Los santos, las santas, los ángeles, los mártires tienen un aire de familia con Apolo, Júpiter, los héroes y las heroínas de la antigüedad. En todas partes hay la inspiracion pagana, en todas partes la carne, que, destacándose con desearo, hace bajar la vista de la inocencia ó salir los colores al rostro de la virtud. Á contar desde el Perugino ó de los primeros años del Renacimiento, no hay un solo lienzo que ore, que haga vibrar los corazones al unísono de los sentimientos cristianos, que exclame *Sursum corda!*

Á su vez la escultura reproduce á porfía los dioses y las diosas en bronce, mármol, piedra, barro cocido y yeso. Júpiter, Apolo, Venus, las Gracias, las Ninfas, los Sátiros se levantan triunfantes en las plazas de las ciudades, adornan las fuentes, pueblan los paseos públicos, embellecen los parques y los jardines; encuentran un pedestal hasta en el seno del hogar doméstico, etc., etc. El grabado sobrepuja todavía á la pintura y escultura, y multiplica á lo infinito las apoteosis de la sensualidad y del vicio.

Vemos, pues, que hay una revolucion completa en la literatura y en las artes: la resurreccion universal de las costumbres disolutas, la glorificacion de la carne. Además, ¿cuál es el enemigo más implacable de la fe? la carne.

Siempre llega el hombre á la incredulidad por el triunfo de la carne. El impío dice en su corazon depravado, antes de decirlo en su razon extraviada: no hay Dios. La carne es débil hasta el exceso, y sus inspiraciones son mortales. Sus obras, dijo el grande Apóstol, son fatalmente la fornicacion, la inmundicia, la impureza, la lujuria, las envidias, las discusiones, las iras, el homicidio. Y san Pedro añadia: Los que siguen la carne se convierten como en animales sin razon, prendados de sí mismos, despreciadores de la autoridad, osados y rebeldes. ¿Cuándo, arrepiñtiéndose Dios de haber criado al género humano, resolvió aniquilarlo? Cuando el hombre se hubo entregado á los placeres de la carne. ¿Quién seria capaz de contar el inmenso número de almas á quienes el desbordamiento del espíritu pagano arrancó y arranca todavía todos los dias de la fe cristiana y católica?

El Pontífice por siempre célebre que se hizo el protector declarado de las letras paganas, que no titubeó en pagar cinco mil francos, cantidad entonces enorme, por el manuscrito de los primeros libros de Tácito, que celebró con entusiastas fiestas el descubrimiento de algunas estatuas de la antigüedad, que mereció se diera al siglo del Renacimiento el nombre de siglo de Leon X ó de Médicis, que permitia le dijeran los poetas de su época que era Sumo Pontífice por los decretos de los dioses inmortales, vivió lo bastante para ver las espantosas consecuencias de su fatal ligereza, y oír la terrible reprension que el piadoso y sabio cardenal Pallavicini no temió dirigirle: «Vos habeis faltado á vuestro deber, descuidando el estudio de las letras cristianas. Habeis agravado vuestra culpa, entregándoos con pasion al culto frívolo de la antigüedad. Llevais la justa pena de esta doble falta, cuyas consecuencias desastrosas han recaído sobre la misma Iglesia.»

No podria negarse, efectivamente, que el Renacimiento fué la madre de la supuesta Reforma protestante. Los reformadores Lutero, Zuinglio, Calvino, Melancton, Enrique VIII, eran no teólogos, ó filósofos, sino literatos ó,

como se les llamaba entonces, humanistas apasionados por los autores paganos, adoradores de la carne, insurreccionados contra las leyes harto severas para ellos de la disciplina religiosa, de la abstinencia, de la continencia, del celibato, de la santidad del matrimonio. Erasmo, tan parlanchín y ruidoso, iba repitiendo por todas partes y en todos los tonos: «El Renacimiento es el huevo, la Reforma es el ave que de él ha salido.» Zuinglio dijo también: «Las nuevas luces que se han derramado desde el Renacimiento de las letras debilitan la credulidad del pueblo, abriendo los ojos acerca de una multitud de supersticiones, y le privan de adoptar á ciegas lo que le enseñan los curas.» El animoso síndico de la Facultad de Teología de París en 1526, Beza, decia muy alto: «La herejía se propaga por los literatos enemigos jurados de la Edad media y orgullosos de su jefe (Erasmo). Porque tienen una ligera tintura de las bellas letras, se creen capaces de discurrir acerca de todas las ciencias sagradas. Merced á esta táctica, el mal aumenta y se hace tanto más incurable, en cuanto los médicos llamados para curarlo, es decir, los maestros de la religion son tratados de teologastros por los humanistas, que los desprecian como hombres completamente ignorantes de lo que enseñan. El objeto de estos grecizantes no es otro que hacerse pasar por los verdaderos maestros de la ciencia sagrada. Nosotros, dicen ellos, estudiamos las Escrituras en los textos originales..., nosotros leemos las obras de los antiguos doctores... Hé aquí los títulos que se atribuyen los humanistas...; al mismo tiempo califican á los doctores de la escuela de botarates, mugrientos, ignorantes en materia de bellas letras, y por esto mismo de enemigos de las luces.»

Finalmente, un historiador protestante, Buhle, escribió: «Esta revolucion memorable que Martin Lutero, Felipe Melanchton y sus amigos ó sectarios comenzaron en 1517, fué obra del perfeccionamiento de la filosofía, seguida del Renacimiento de las letras.» Y añadía: «Sembrad

humanistas, y recogeréis protestantes.» No hay un historiador sincero que no diga con un escritor moderno, M. Altonry: «Para producir un incendio, la antorcha de la Reforma tuvo que encenderse en la del Renacimiento.»

Hé aquí, pues, cuál fué la primera hazaña del espíritu pagano resucitado. Al través de los torrentes de sangre y fuego arrancó de la fe cristiana la mitad de Europa, Alemania, Inglaterra, Holanda, Suiza, Dinamarca, Suecia y Noruega. Digo de la fe cristiana, y no solamente de la fe católica, porque el veneno de la Reforma, el dogma fatal de la infalibilidad de las Sagradas Escrituras dejadas, fuera de toda autoridad, á la interpretacion individual, es un veneno mortal que mata á la fe en su raíz. Las naciones protestantes son naciones cristianas, más cristianas aún que nuestra Francia, de la que puede casi decirse que ya no lo es: los reyes de Prusia é Inglaterra y el presidente de los Estados-Unidos, todavía actualmente, convidan á sus pueblos, en nombre de Jesucristo, á las públicas preces, á ayunos universales, lo que no se permitiría al emperador de los franceses. Pero si estas naciones son cristianas, no lo son la inmensa mayoría de los individuos ó de las almas. De hecho, lo ha invadido todo el socinianismo, es decir, la negacion de la divinidad de Jesucristo y de todos los misterios de la religion cristiana. Ensalzando á la fe hasta el punto de querer que ella justifique sin las obras, se la ha extinguido realmente. Lo que aquí afirmamos es la expresion de una conviccion sincera, resultado de una larga residencia en Alemania é Inglaterra, y de íntimas relaciones con los hombres más ilustrados de esos dos países.

Tengamos mucho cuidado. Las naciones que tienen sus virtudes y sus vicios, tienen también sus recompensas y sus castigos no menos que los individuos. La apostasía, como nacion, de nuestra querida Francia podría acarrear catástrofes que quizás se perdonarian á Inglaterra, Alemania y América.

Los reformadores eran adultos cuando se apoderó de ellos el vértigo del Renacimiento; el espíritu pagano aún no había corrompido en su fuente á las jóvenes generaciones, y por consiguiente los millones de almas violentamente arrancadas á la fe no podían ser más que el comienzo de los grandes dolores.

La enseñanza hace á las generaciones. El joven continúa siendo en general lo que es al dejar los bancos de la escuela: *Adolescens iuxta viam suam, etiam cum senuerit non recedet ab ea.* Y un poeta pagano dijo:

Quo semel imbuta fuerit recens, testa dtu sercabit odorem.

La tierra blanda aún conserva largo tiempo el olor del perfume de que primero estuvo impregnada. Lo que un proverbio francés traduce con harta aspereza: *La banasta siempre huele á sardina.* Los sabios de todas las épocas lo han dicho: La educación hace al hombre y la sociedad civil y religiosa. *Non parum sed totum est, qua quisque disciplina imbuatur a puero,* ha dicho uno de los grandes maestros del arte de las artes, el arte de formar las inteligencias y los corazones: *Ars artium regimen animarum.* No son poca cosa sino que lo son todo, las doctrinas y las reglas de que ha estado cada uno imbuido en su juventud. Los judíos, aunque tengan la íntima convicción de la abolición de su ley, no se convierten, porque beben con la leche el veneno del error, y las extravagancias del Talmud se identifican con ellos desde su infancia. Los musulmanes y los tártaros son inconvertibles, porque no tienen más que un libro, el Corán. Los herejes y cismáticos griegos quedan obstinados en sus supersticiones y creencias insostenibles, porque el martilleo, por decirlo así, de una educación exclusiva les ha como remachado en su cabeza las falsas opiniones de sus padres.

Hace diez y ocho siglos que dijo el Evangelio: *Los hijos de las tinieblas son más prudentes en sus negocios que los hijos de la luz.* Efectivamente, escuchad cómo un orgu-

lloso y ardiente republicano, Chazal, sostenía contra el director de un Instituto la acusación de enseñanza monárquica:

«SE RECOGE LO QUE SE HA SEMBRADO; tolerad que se siembre la monarquía y se recogerá la monarquía. LA INSTRUCCION LO HACE TODO. Por ella se soporta actualmente el despotismo en las islas de Grecia, en donde se adora la igualdad. Nosotros mismos levantamos nuestras frentes inclinadas bajo la servidumbre de la monarquía, porque la dichosa incuria de los reyes nos dejó formarnos en las escuelas de Esparta, Atenas y Roma. Cuando niños, nos hemos tratado con Licurgo, Solon, los dos Brutos, y los hemos admirado. Cuando hombres, no podemos dejar de imitarles. Nosotros no tendremos la estupidez de los reyes. Todo será republicano en nuestra República. Castigaremos á los traidores que en ella profesaren su odio, pero hasta exigiremos que en ella se profese su amor. El postrer suspiro del hombre libre debe ser para su país, y no se obtiene sino obteniendo su primer sentimiento. Vosotros los maestros lo haréis nacer, ó se os arrancará el sagrado depósito de la Patria. Nosotros se lo arrancaríamos al mismo padre, si organizara para ellos el oprobio y el suplicio de la servidumbre.»

Los monjes del Occidente habían piadosamente recogido y multiplicado por medio de la caligrafía las obras escogidas de la literatura, de la poesía, de la historia y de la filosofía antiguas; pero estas obras no tenían en la enseñanza más que una parte muy débil. Esperábase que las inteligencias estuvieran en sazón, los corazones muy formados, las costumbres bien sentadas, para ponerlas en las manos de las jóvenes generaciones. «¿No sería el último grado de la crueldad, decían entonces todos los maestros de la juventud, arrojar á la arena de la literatura pagana, en medio de tantos enemigos conjurados, á pobres niños que no son capaces de defenderse por sí mismos?»

Durante todo el período de la Edad media, los libros clásicos fueron exclusivamente cristianos. La opinión

universal é invariable era que la literatura pagana no convenia en manera alguna al genio de la religion de Jesucristo; que convenia necesariamente estudiar la que nacia naturalmente del cristianismo, que se convertia en su expresion fiel y que respiraba su espíritu; que el único medio de formar generaciones cristianas era fundirlas en un molde absolutamente cristiano. Como lo hemos visto, el éxito más brillante habia coronado tantos esfuerzos inteligentes y generosos.

Pero apenas han transcurrido unos pocos años desde el Renacimiento de las letras, y ya no se trata en la enseñanza más que de los autores paganos de Roma y Atenas. ¡Atrás los clásicos cristianos! En adelante serán los maestros de la juventud católica la historia de los dioses del Olimpo, las fábulas de Fedro y Esopo, Quinto Curcio, Ovidio, Virgilio, Homero, Jenofonte, Demóstenes, Ciceron, etc.

«Siempre será uno de los asombros del porvenir, dice un autor protestante, M. de Gasparin, que una sociedad cristiana haya acabado por consagrar los siete ú ocho hermosos años de la infancia y de la juventud al estudio exclusivo de los autores profanos.»

Hé aquí cómo el molde cristiano fué roto y reemplazado por el solo molde pagano en la literatura, en las ciencias y artes.

Cerrábase escandalosamente el oído á la voz de los oráculos de la tradicion católica.

De san Juan Crisóstomo: «¿No veis cuán criminal es la costumbre que seguís de dar por primeros libros á la juventud las historias de los héroes antiguos, que se le enseña á admirar, aunque estaban entregados á todas las pasiones? Nosotros recogemos los frutos de semejante educacion, que tiende á poblar la sociedad de hombres arrebatados, sin freno y sin moralidad, acostumbrados como están á revolverse en el fango.» (*In Epist. ad Ephes.* t. IX, p. 183).

De san Basilio: «La lectura de los autores profanos es

siempre peligrosa, predica el sensualismo y enseña á admirar á hombres virtuosos solamente de palabra.» (T. I, p. 246).

De san Jerónimo: «No leais ni los filósofos, ni los oradores, ni los poetas paganos. No tengais confianza en el estudio de sus obras. Es un pecado beber al mismo tiempo en el cáliz de Jesucristo y en el del demonio. (*Epist. ad Eustoch.*) «Yo no podia privarme de la biblioteca que me habia compuesto en Roma con un cuidado extremo é infinito. Robaba el sueño á mis noches para leer á Ciceron, saborear á Platon... Yo despreciaba á los Profetas... Oí la voz del supremo Juez que me dijo: Tú eres cicero-niano y no cristiano... en donde está tu tesoro, está tambien tu corazon... Juré que si alguna vez me sucediera conservar libros paganos, queria ser mirado como apóstata...» (*Ibidem.*)

De san Agustin: «¡Ay de tí, torrente de la costumbre!... ¿Acaso no nos muestra la Fábula un Júpiter tonante y adúltero?... La ficcion hace que los pecados no son pecados, y que cometiendo semejantes infamias, se aparenta imitar no á hombres perversos, sino á dioses inmortales... De este modo he bebido yo el vino del error y del vicio que nos presentaban maestros embriagados... Aprendí á llorar á Dido que se habia muerto por haber amado demasiado... Aplaudíase al que habia burlado mejor la ira y el dolor de una diosa imaginaria... ¿Es maravilla, Dios mio, que todas estas vanidades me hayan alejado de vos; que el estilo, las ideas de las divinas Escrituras me hayan parecido indignas de ser comparadas con la majestad de Ciceron?...» (*En el libro V de sus CONFESIONES y en sus CARTAS.*)

Y en otra parte: «Instruir á los niños con libros paganos, no es solamente enseñarles cosas inútiles, sino que es quitárselos á Dios y sacrificarlos al demonio. ¿Es así, pues, como conviene educar á la juventud? ¿Son esos los modelos que conviene presentarles? Obrando de este modo, no ofreceis ni aves, ni animales, ni aun la sangre hu-

mana, sino, lo que es mucho más abominable, inmolaís en los altares de Satanás la inocencia de la juventud.» (*Epist. ad Nectarium.*)

Cerrábase el oído á la tradicion de toda la Iglesia, resumida en estos términos en las *Constituciones apostólicas*, ecos fieles del espíritu puramente cristiano: «Absteneos de todos los libros de los gentiles; ¿qué os importan esas leyes extranjeras y esos falsos profetas? Estas lecturas han hecho perder la fe á las inteligencias superficiales... Absteneos, pues, absolutamente de todas las obras profanas y satánicas.» Á lo cual añadía san Jerónimo: «La filosofía, la poesía, la retórica paganas son el alimento de los demonios.» (Lib. I, c. IV.)

La literatura antigua que las edades de fe permitian estudiar entonces solamente cuando no era peligrosa, y con el solo objeto de hacer servir los despojos del Egipto para el adorno del santuario, llegó á ser como la leche con la que las jóvenes generaciones aspiraron el veneno del paganismo.

Cuando los espantosos estragos del protestantismo hubieron abierto los ojos acerca de sus peligros, ¿quién no habria esperado una reaccion profunda? ¿quién no habria pensado que á lo menos las Órdenes docentes, suscitadas por Dios para luchar cuerpo á cuerpo con el monstruo de la rebelion de las inteligencias y de los corazones, y preservar de sus ataques á las nuevas generaciones, sentirian la necesidad absoluta de romper violentamente con el pasado, cegar para siempre las fuentes impuras del paganismo, y dar, así en la instruccion como en la educacion, amplia participacion al elemento cristiano? ¡Ay! nada de esto. Tenemos á la vista la nomenclatura de los libros clásicos adoptados por maestros venerables en la apertura de sus colegios modelos, fielmente guardados por ellos hasta el dia fatal de su dispersion en 1764, proseguidos por los mismos el dia feliz de su restauracion, y con dolor averiguamos que, excepto el Nuevo Testamento griego y algunas homilias de san Juan Crisóstomo, seña-

ladas para la clase de segunda, todos los libros de texto para la enseñanza son exclusivamente paganos. No me siento con valor para consignar yo mismo el triste alcance de esta dolorosa ceguera y sus tan deplorables consecuencias. Dejaré que hablen dos jesuitas tan piadosos como sabios. El uno, el P. Possevino, vió nacer la Reforma y la Compañía de Jesús su implacable adversario; el otro, el P. Grou, muerto hácia 1803, vió cerrarse el colegio de Luis el Grande, y el teatro en el cual desempeñando el joven Voltaire el papel pagano de Bruto, en la tragedia del P. Porée, su ilustre maestro, exclamaba: «Mi hijo ya no existe; Roma es libre; demos gracias á los dioses!»

El primero, ante una manía tan universal, no temió dar este grave aviso: «¿Qué causa pensáis que es la terrible que precipita las almas al abismo de sus apetitos, á las deshonestidades, usuras, blasfemias y al ateísmo, sino que desde la juventud, en las mismas escuelas que son el plantel de los Estados, se enseña todo, excepto la piedad; se explica todo, excepto los autores cristianos; ó, si se hace estudiar un poco de religion, se encuentra mezclado todo con lo más impuro y lascivo, verdadera pérdida de las almas? Dígaseme por favor, ¿de qué sirve derramar en un tonel de grande medida un vaso de vino puro, delicioso, muy clarificado, y verter en el mismo al propio tiempo torrentes de vinagre y vino maleado...? En otros términos: ¿qué significa un poco de catecismo á la semana, con la enseñanza diaria de las impurezas é impiedades paganas? Si quereis salvar á la república, aplicad sin dilacion la segur á la raíz del árbol. Desterrad de las escuelas á los autores paganos, que, so pretexto de enseñar á nuestros hijos la hermosa lengua latina, les enseñan la lengua del infierno... Olvidan muy pronto el poco latin que aprendieron; pero no olvidan los hechos y las máximas impuras que leyeron y aprendieron de memoria; estos recuerdos les quedan de tal manera grabados en la memoria, que toda su vida prefieren oír las cosas vanas y hasta las más deshonestas que las útiles y honestas...» (*Ragionamento... p. 2.*)

El segundo fué más explícito aún, porque el resplandor de las teas ordinarias de la Revolución habia iluminado su vista: «Nuestra educacion es enteramente pagana. En los colegios y casas de educacion no se les hace leer á los niños más que poetas, oradores é historiadores profanos; se les da de ellos la más elevada idea; se les presentan como los modelos más perfectos en el arte de escribir, como los genios más excelentes, como nuestros maestros. Á fin de facilitarles su inteligencia, se va muy allá en el pormenor de las genealogías y aventuras de los dioses y héroes de la Fábula. Se les traslada á Atenas, á la antigua Roma. Se les pone al corriente de las costumbres, usos y religion de los pueblos antiguos; se les inicia, por decirlo así, en todos los misterios, en todos los absurdos del paganismo: efectivamente, todo es objeto de una infinidad de comentarios que los sabios han compuesto acerca de cada autor. Este sistema de estudios debilita el espíritu de piedad en los niños. No sé qué confusa mezcla se forma en su cabeza de las verdades del cristianismo y de los absurdos de la Fábula; de los verdaderos milagros de nuestra religion y de las maravillas ridiculas referidas por los poetas; sobre todo, de la moral del Evangelio y de la moral toda humana, toda sensual de los paganos. No reflexionamos lo bastante acerca de las impresiones que recibe el cerebro tierno de los niños; pero no dudo que la lectura de los antiguos contribuyó á formar el gran número de incrédulos desde el renacimiento de las letras (ya en 1623, contaba el Padre Mersenne cincuenta mil ateos en París sólo). Nunca habria sucedido esto, si la juventud no hubiese estado prevenida de admiracion servil hácia los grandes nombres de Aristóteles, Platon y otros. Esta educacion acostumbra á los niños á alimentarse de ficciones y mentiras agradables. De ahí procede el evidente afan por las representaciones teatrales, los poetas, aventuras, novelas y todo lo que agrada á los sentidos, á la imaginacion, á las pasiones. De ahí la ligereza, frivolidad, aversion á los estudios serios, la falta de buen

sentido y de sólida filosofía. Tambien en los colegios se aficionan los niños á las obras apasionadas, obscenas, peligrosas en todos conceptos para las costumbres: porque así son la mayor parte de los poetas antiguos.»
(*Moral de san Agustín.*)

Sé muy bien que un escritor, hombre de Estado, Mr. Thiers, cuya voz es tan universalmente escuchada y admirada, no ha temido decir, en el calor quizás de un movimiento oratorio:

«No se enseñan palabras solamente á los niños, al enseñarles el griego y el latin, sino *nobles y sublimes cosas*, la historia de la humanidad en imágenes sencillas, grandes, indelebles... La segunda enseñanza forma lo que se llama las clases ilustradas de una nacion, y si las clases ilustradas no son la nacion toda entera, la *caracterizan*. Sus vicios, cualidades, inclinaciones, buenas y malas, son muy pronto las de toda la nacion, *hacen al mismo pueblo por el contagio de sus ideas y sentimientos*... La antigüedad es lo más bello que hay en el mundo. Dejemos á la infancia en la antigüedad como en un asilo tranquilo, pacífico, sereno, destinado á conservarla fresca y pura.»

¿Qué son, empero, estas frases huecas, pálido reflejo del arte declamatorio pagano, en comparacion de los acentos de sublimes pesares salidos de la grande alma de Napoleón I, purificada é ilustrada por el fuego del infortunio, calmada por el frio del destierro?

«Pensemos un momento, exclama, sí, pensemos un momento en la extremada locura de los que pretenden educarnos. Deberian seguramente esforzarse cuanto pudiesen por alejar de nuestros ánimos la idea del paganismo y de la idolatría; porque si algo puede debilitar el sentimiento de la fe, es ciertamente un comercio continuo con los absurdos de la estupidez pagana. Y no obstante, ¿qué hacen los sabios preceptores? Nos trasportan á la sociedad griega y romana entre innumerables divinidades de su absurda mitología. Esto me sucedió en mi infancia, y yo sé el efecto que esto produjo en mi ánimo. Precisa-

mente en el momento en que hubiera sido más necesario alimentarme en los sentimientos de la fe, cuando estos sentimientos eran aún vigorosos, me llenaron aquellos imbéciles de todas las tonterías de la antigüedad, y descargaron un golpe terrible sobre las convicciones de mi infancia, de manera que la duda entró en mi ánimo en la edad en que apenas gozaba yo de mi razón. Sí, esta fué mi desgracia cuando todavía no era yo más que un niño!» (*Memorial*.)

¡Qué lección tan elocuente y dura! Y no se ha cuidado de escucharla! La causa fatal de la pérdida de la fe está más que nunca en acción, y sus estragos se perpetúan en una proporción ascendente, cuya sola idea hiela de espanto. «Cuando veo, dice M. Bastiat, en su libro acerca del socialismo y bachillerato, á la sociedad actual que echa á los jóvenes por docenas de miles en el molde de los Brutos y Gracos, para lanzarlos despues, incapaces de todo trabajo útil, á la prensa y á la calle, asómbreme que resista esta prueba, porque la enseñanza clásica no tiene solamente la imprudencia de sumergirnos en la vida griega y romana, sino que nos sumerge en ella acostumbrándonos á apasionarnos por ella, á considerarla como el bello ideal de la humanidad, tipo sublime, colocado demasiado alto para las almas modernas, pero que debemos esforzarnos por imitar, sin pretender jamás alcanzarlo.» Y sin embargo: «¿Qué es el patriotismo, el excelente costado del mundo antiguo? El odio del extranjero, destruir toda civilización, ahogar todo progreso, pasear por el mundo la tea incendiaria y la espada, encadenar mujeres y ancianos en los carros triunfales. ¡Á estas atrocidades estaban reservados el mármol de los estatuarios y los cantos de los poetas! ¡Cuántas veces no palpitaron de admiración nuestros jóvenes corazones ante este espectáculo! De esta manera nos preparaban para la vida cristiana nuestros profesores, sacerdotes venerables, llenos de cuidado y caridad.»

Los hechos, empero, son más elocuentes que todos los discursos. Para juzgar definitiva é irrevocablemente á la

enseñanza clásica, tal como la han comprendido el clero y la Universidad, basta consignar que ha engendrado la filosofía del siglo décimooctavo, el volterianismo.

Al Obispo de Langres que, desde lo alto de la tribuna de la Asamblea nacional, acusaba á la Universidad de haber educado á la generación socialista de 1848, replicaba M. Cremieux por un terrible argumento *ad hominem*: «Vosotros, el clero, los jesuitas, sois los que educasteis á la generación de la filosofía incrédula del siglo décimooctavo y á la generación revolucionaria de 1793.» Uno de los corifeos del 93 dijo: «La Revolución reconoce á Voltaire y Rousseau por sus padres... Pero Voltaire y Rousseau son hijos del Renacimiento... El puesto estaba ocupado por el Paganismo. Los jesuitas no fueron más que nuestros pasantes... Las naciones paganas fueron nuestros antiguos maestros...» Rousseau iba diciendo en todas partes que la lectura de Plutarco le habia hecho lo que era... Voltaire, Diderot, d'Alembert, Mably, Raynald, todos los enciclopedistas, casi todos educados ¡ay! por jesuitas, son evidentemente almas ébrias del paganismo, vacías de cristianismo... Todos han tributado solemne homenaje al Renacimiento... «La Edad media, dijo d'Alembert, creía que era inútil buscar modelos de poesía en las obras de los griegos y romanos, y tomaba por la verdadera filosofía de los antiguos una tradición bárbara que la desfiguraba... Pero finalmente, la luz viene de todas partes... Devórase sin distinción lo que los antiguos nos habian dejado en cada género; se los traduce, se les comenta, y por una especie de reconocimiento se pone á adorarlos.» La adoración del mundo pagano, hé aquí, efectivamente, en qué consiste toda la filosofía del siglo décimooctavo. Sus adeptos, sin excepción, son paganos en sus ideas, en su vida, en sus costumbres, en su muerte. Todas sus doctrinas acerca de Dios, del mundo, del alma, de la moral, de la virtud, de las penas, de la sociedad, de la forma de los gobiernos, son ecos desvergonzados del paganismo; en todas estas grandes y graves cuestiones

no hay una extravagancia pagana que ellos no hayan renovado. «Nuestros verdaderos modelos, decía Helvecio, han sido Hércules, Cástor, Ceres, Baco, Rómulo, Sócrates, Escipion, Aristides, Timoleon... Por esto nuestros estudios han sido cien veces más honestos que los de los cristianos que se hubieren alimentado de santos, á quienes se hubiese dado por patronos frailes viles, Domingo, Antonio, etc., etc.»

Calculad el número inmenso de almas que la filosofía del siglo décimooctavo ha extraviado, hombres que aún actualmente tienen á Voltaire por maestro, rey y dios, y decid si he exagerado, al afirmar que la primera de las grandes causas de la pérdida actual de la fe había sido la invasión del espíritu pagano en el siglo del Renacimiento.

¿Y qué será cuando á la incredulidad de la filosofía se le unan los trasportes de la Revolucion francesa, su hija tan terrible, la nieta tan desenfrenada del Renacimiento? «¿Quién podría negar, decía el célebre publicista cristiano Donoso-Cortés, que somos los hijos del Renacimiento antes de serlo de la Revolucion?» «La Revolucion no fué más que la representacion de los estudios del colegio... Se personifica en Bruto el héroe de la tragedia del P. Porée, el héroe también de la tragedia de Voltaire. Estaba ya hecha en la educacion. De antemano se tenia ya ganada la admiracion para las instituciones de Licurgo y los tiranicidas de los Panateneos.» Así se expresaba M. Nodier, y añadía: «Es un testimonio que la filosofía del siglo décimooctavo no ha podido dejar de prestar á los jesuitas, á la Sorbona, á la Universidad... El colegio es el que ha producido la Revolucion con todos los males de que es origen.» (*Souvenirs.*)

Todos los apóstoles y todos los ecos de ese gran drama afirman esta misma filiacion. Dupuy: «Yo era republicano antes de la Revolucion, á consecuencia de mis estudios...» Fourcroy: «Los colegios fueron la cuna de la Revolucion. Las escuelas públicas eran fuentes en las que la juventud bebía hiel y odio contra los gobiernos que no

fueran la República.» Andrieux: «La influencia de los libros que servian para nuestra educacion, la admiracion por esta bella literatura griega ó latina, todo exaltó el entusiasmo, todo nos sumió en la exageracion...» Michelet: «La bárbara imitacion de los republicanos de la antigüedad era el punto de vista que dominaba durante la Revolucion...» Chazal, citado ya: «La incuria de nuestros reyes no dejó formarnos en las escuelas de Esparta y Atenas.» Schlegel: «La influencia del *Telémaco* ha sido grande... Contiene todos los principios del día... Renacimiento... erudicion griega y romana... espíritu del siglo... más ciudadanos de Roma y Atenas, que hombres de su época y cristianos.» Debe añadirse con un célebre conspirador de nuestra época: «La educacion pública es toda republicana. Es una declamacion perpétua contra la monarquía, el panegirico incesante de la democracia.»

Los hechos acusan todavía más esta filiacion desesperadora. ¿Qué querian todos los campeones de la Revolucion? Saint-Just: que todos poseyéramos la dicha de Esparta y Atenas, y que todos los ciudadanos llevaran debajo de su traje el cuchillo de Bruto. Carrier: que toda la juventud tenga continuamente vueltos los ojos al brasero de Escévola, á la muerte de Ciceron y á la espada de Caton! Rabaud Saint-Etienne: que, siguiendo el ejemplo de los cretenses y espartiatas, se apoderara el Estado del hombre desde la cuna y aun antes de su nacimiento. La seccion de los *Quinze-Vingts*: que se consagrara un templo á la libertad, que se erigiera en él un altar en el que ardiera un fuego perpétuo alimentado por jóvenes Vestales. La Convencion en masa: que nuestros municipios no tuvieran jamás y en todas partes más que Brutos y Publícolas.

En realidad de verdad, toda la Revolucion no es más que el eco lúgubre y fatalmente entusiasta del lenguaje, de las costumbres y hechos de la antigüedad, cuya enseñanza clásica no había cesado de saciar la inteligencia de la juventud. Atenienses de Metz, Bruto-Franco-Conda-

dos, etc., etc., asignados de Bruto, de Catón, de Publícola; fiestas todas paganas, sacerdotes de la Naturaleza; decenviros, triunviros, cónsules, procónsules; triunfos romanos; altar de la Razon; apoteosis, etc.; diosas, genios, trajes, corridas, carreras, luchas, juegos olímpicos, etc., etc.; en todas partes, siempre el paganismo.

Esto basta y sobra; es exactamente el árbol juzgado y condenado por sus frutos amargos. Fué una tempestad espantosa que desarraigó la fe de todas las almas. Cuando estuvo calmada, y aunque el exceso del mal abrió los ojos á los más ciegos, la incredulidad reinó todavía por mucho tiempo como soberana. Hasta diez ó quince años despues no se vió á algunos hombres de las clases elevadas é instruidas reconciliarse abiertamente con la fe, y volver á las prácticas esenciales de la vida cristiana.

El clero y la universidad prosiguieron su grande obra de la enseñanza y educacion de la juventud; pero ¡ay! sin tener para nada en cuenta la experiencia adquirida, sin cambiar nada de sus programas y de los libros clásicos, sin ceder ningun puesto al elemento cristiano, dejando al elemento pagano su dominacion en cierto modo exclusiva.

Para hacer evidentes á todo el mundo los resultados de esta nueva campaña, no menos fatal que las primeras; para hacer resaltar plenamente la extension de los males causados por la cuádruple influencia sucesiva del Renacimiento, del Protestantismo, del Volterrianismo y de la Revolucion, séame permitido bosquejar rápidamente la historia de la filosofía moderna, ó de las ciencias de racionamiento, cuyo objeto especial es la investigacion de las verdades intelectuales, y demostrar el horrible caos de doctrinas contradictorias á que han fatalmente conducido las teorías anticristianas. Y obsérvese bien que los extravíos del corazon son incomparablemente menos desastrosos que los de la inteligencia; la depravacion de las costumbres es incomparablemente menos fatal que la perversion de las inteligencias, ó lo que yo llamaria la pérdida universal del buen sentido, del sentido comun. La inmo-

ralidad es un gran mal á no dudarlo, pero este mal no es absolutamente incurable. Si la inteligencia ha quedado abierta para la verdad, para los primeros principios, nacerá muy pronto el disgusto del abuso, los remordimientos acabarán tarde ó temprano por hacer sentir su aguijón, y no se hará esperar el retorno á la virtud. Pero cuando la razon está extraviada, cuando la inteligencia descarriada ha perdido el sentimiento de la verdad, cuando las bases de la certeza han sido echadas por los suelos, cuando en medio de las más opuestas aserciones se hace moralmente imposible distinguir lo verdadero de lo falso; cuando sobre todo la creencia casi universal es que lo verdadero y lo falso no tienen nada de absoluto, que son solamente fenómenos de persona, tiempo ó lugar, ¿cómo podria verificarse la conversion sin un brillante milagro? Por esto, cuando habremos demostrado que en la hora actual no hay en filosofía ningun fondo comun de verdad, ningun principio en el que estén perfectamente de acuerdo todas las inteligencias, se comprenderá fácilmente que la fe se haya ido alejando de ellas, y se vaya alejando siempre cada vez más. Efectivamente, la primera condicion de la fe, es que el alma esté en posesion de la verdad.

Veamos, pues, lo que ha llegado á ser la filosofía, y dejemos primeramente que un autor protestante, M. Matter, inspector general de la Universidad, muy al corriente por lo tanto de la enseñanza filosófica, nos indique con grande imparcialidad el origen de la emancipacion y de los extravíos de la razon moderna.

«Cuando los griegos expulsados de Bizancio abordaron á Italia, la Europa tenia una retórica, una lógica, una filosofía, una teología, en una palabra, la ciencia del mundo... En todas partes habia la misma fe, en todas partes el mismo pontífice padre de todos los fieles. La situacion moral y política de todos era semejante, en todos los corazon reinaban los mismos deseos. El cristianismo habia fundado y civilizado todos los imperios... El clero habia creado, reglamentado todas las escuelas; y eran obra

suya casi todas las instituciones... La Europa estaba tan bien gobernada por la religion, que, por cima de los códigos se cernian los decretos del derecho canónico, que regulaban á la vez el Estado y la familia... Este orden de cosas descansaba en un fundamento sagrado, en leyes divinas y por consiguiente eternas. Los refugiados de Bizancio han venido á quebrantarlo hasta en sus fundamentos, á desgarrar el pacto de la religion y de la filosofía, de la política y de la moral cristiana, á llevar á efecto una doble emancipacion, sustituyendo á la autoridad la discusion, el progreso á la inmutabilidad.»

M. Cousin, menos sospechoso aún que M. Matter, dijo casi en iguales términos: «Júzguese del modo que se quiera el incidente memorable que modificó poderosamente, en el siglo xv, la forma del arte y de la literatura en Europa, no puede negarse que el mismo incidente haya tenido tambien inmensa influencia en los destinos de la filosofía... Cuando la Grecia filosófica apareció en Europa, en el siglo xv, juzgad qué impresion debieron producir los numerosos sistemas que trae una independencia tan entera sobre los filósofos de la Edad media: esta impresion debía ser una especie de encantamiento y fascinacion... La Grecia no inspiró solamente á la Europa: la embriagó... Despues de haber servido á la Iglesia en la Edad media, la filosofía, en los siglos xv y xvi, juró por la palabra de los filósofos antiguos. Si se quiere, era aún autoridad; pero, qué diferencial. No podia pasarse inmediatamente de la escolástica á la filosofía moderna, concluir de una vez con toda autoridad, saltar de la esclavitud absoluta á la independencia absoluta.» ¡Qué confesion tan ingénua y cruel! La filosofía moderna es la negacion de toda autoridad divina y humana. Los discípulos, más osados que el maestro, han sacado las consecuencias: «¡Ya no hay cristianismo! necesitamos una religion, ¿quién la hará? La razon, que ha vencido al cristianismo sobrepujándole. Á ella le toca reemplazar lo que ha destruido.» (*Libertad de pensar*. Enero de 1851.)

El Renacimiento fué, pues, verdaderamente la madre legítima de la filosofía moderna. Los dos grandes sistemas filosóficos de la antigüedad, el idealismo de Platon y el empirismo de Aristóteles, se dividieron las escuelas desde su aurora; y el espíritu pagano hizo tantas y tan rápidas conquistas, que antes de haber trascurrido un siglo se habria podido grabar en las frentes de casi todos los filósofos de fama: *Oficinas de todos los absurdos*. Vióse efectivamente realizarse de nuevo el fenómeno consignado por Ciceron: *Nihil tam absurdum quod non dicatur ab aliquo philosopho*. No hay absurdo que no lo haya enseñado algun filósofo. Desde principios del siglo décimoséptimo, Descartes, discípulo de la enseñanza pagana, talento independiente, novador atrevido, dió por base única á la filosofía la autoridad de la razon individual, el derecho que tiene de examinar y juzgar toda especie de doctrina; era en realidad convidar á los filósofos á que se hicieran protestantes en filosofía, como Lutero habia convidado á los cristianos á hacerse filósofos en religion. No puedo hacer más que indicar á grandes rasgos las etapas sucesivas recorridas por la razon delirante, antes de llegar al escepticismo absoluto, que es toda la filosofía actual.

«La historia de la filosofía moderna, dijo Ancillon, escritor distinguido y ministro protestante, que la conocia mucho, no presenta más que un verdadero caos. Las nociones, los principios, los sistemas se suceden en ella, luchan en la misma unos contra otros, sin que sepa uno el punto de partida y el fin de todos estos movimientos, el verdadero objeto de esas construcciones tan atrevidas como poco sólidas. Es del todo impotente para descubrir la verdad, y omnipotente para engendrar el error.»

Locke habia buscado en la sensacion el único origen de todas las ideas. Condillac inventó al hombre estatua... Los escritores del siglo décimooctavo, Maillet, d'Holbach, Helvecio, Laméttrie reconstituyeron el monstruoso conjunto de todos los absurdos y de todas las torpezas del materialismo antiguo para llegar á divinizar el dogma de

Epicuro: la verdad es una quimera; el placer es la única ley, el supremo deber... Cabanis inventó que los nervios son el principio del pensamiento, la causa de la idea, que el hombre, por consiguiente, es una máquina calórica, química ó eléctrica. Destutt de Tracy elevó á la altura de una doctrina metafísica el materialismo de Cabanis: Volney hizo del mismo el catecismo de la moral pública y privada. «Conservarse es la gran ley de la naturaleza humana. El bien es todo lo que tiende á la conservacion del organismo humano; el mal, todo lo que tiende á deteriorarlo y destruirlo... El bien supremo es la vida, la salud; el mal supremo, el dolor y la muerte.»

Algunos talentos generosos, Royer-Collard, Cousin, Jouffroy emprendieron en nuestra época la resistencia contra el nuevo epicureismo y la restauracion del espiritualismo; pero, ¡ay! privados de las luces de la fe, se echaron sin miedo ni reserva al eclecticismo y panteismo, errores menos groseros, sin duda, que el epicureismo, pero no menos desastrosos, porque conducen directamente al escepticismo ó á la negacion práctica de toda certeza: «La verdad completa, tal como debe ser para satisfacer á todas las necesidades de la razon y de la humanidad, está todavía por hallar... Ningun sistema filosófico, ninguna religion, ni siquiera el cristianismo, es su expresion adecuada... Es necesario pedir á cada sistema, á cada religion lo que tienen de verdadero, para formar de todas estas verdades esparcidas un simbolo completo... Tócanos á nosotros forjar las doctrinas que deben presidir á nuestra vida moral, religiosa, política, literaria, ya que nuestros padres no nos han legado más que cosas estériles y gastadas.» Admitiase de pronto la religion cristiana á tratar de igual á igual con la filosofia, á compartir con ella el imperio del hombre, dando á la primera la soberanía de la inteligencia y á la segunda la direccion del corazon... De la religion y de la filosofia se hacian dos hermanas, «nacidas el mismo dia en que Dios puso la religion en el corazon del hombre y la filosofia en su inteligencia, y que

deben vivir la una al lado de la otra.» Pero muy pronto los lógicos del paganismo se quitaron la máscara y afirmaron descaradamente que «la religion no es más que un principio de oscurantismo y corrupcion; que sólo la filosofia es soberana.» «Edad de la imaginacion, edad religiosa; edad de la razon, edad filosófica... El movimiento intelectual comienza por la religion y acaba por la filosofia.» (*Vacherot.*) «Probaré primeramente que el catecismo embrutece á la infancia; despues probaré que la corrompe.» (M. Jacques, en la *Libertad de pensar.*)

Despues del eclecticismo vinieron sucesivamente el *panteismo utilitario* de Saint-Simon y de los sansimonianos: «Dios es todo lo que es... Todas las instituciones deben tener actualmente por objeto la mejora física, intelectual y moral de la clase más numerosa y más pobre... la santificacion de los goces sensuales, la glorificacion de la industria, la rehabilitacion de la carne.» La escuela positivista de Augusto Comte, que osó escribir en el frontispicio de su templo: «Reorganizar sin Dios ni rey y por el culto sistemático de la humanidad.» El cristianismo eterno y universal de los libre-pensadores que prohíbe creer ya en la realidad del sér metafísico llamado Dios, ya en la realidad del sér histórico llamado Cristo. Y finalmente el escepticismo erigido en teoria: «*El pensamiento, verdaderamente libre, profesa que la inteligencia humana no está jamás segura de poseer la verdad.*» (*Le Temps*, diciembre 1869.)

En Inglaterra, en Alemania y en todas las regiones entregadas al libre exámen, la filosofia pagana ha llevado á abismos más profundos aún. HOBBS: No existe en realidad todo lo que no puede expresarse por las matemáticas... No hay ningun pensamiento que no sea engendrado por las sensaciones. No hay otros móviles de la voluntad que las sensaciones de placer y pena. HUME: Las nociones fundamentales de causa, libertad, virtud, de principio de los seres ó de Dios creador, no son como conocimientos objetivos más que hipótesis, ideas ficticias desprovistas de

todo fundamento en la inteligencia humana. BERKELEY: El mundo material no es más que un fenómeno y no existen sino espíritus. SPINOSA: La sustancia es una; las sustancias finitas no son distintas de la sustancia infinita. KANT: No puede inferirse nada de la certeza subjetiva á la objetiva. Nuestras ideas de alma, universo, Dios, no tienen ninguna certeza objetiva, ó no tienen realidad fuera de nosotros. FICHTE: «Dónde estaría el que quisiera ver en el mundo exterior algo de independiente del yo y que tenga poder sobre el yo?» HEGEL: La idea engendra al alma, la sociedad y al mismo Dios; la idea es alternativamente espíritu subjetivo, espíritu objetivo, espíritu absoluto. Engendra al alma objeto de la psicología, la sociedad objeto de la moral, á Dios objeto de la religion. GOETHE, espíritu eminentemente pagano, deploraba amargamente la revolucion moral que ha sustituido la Virgen pálida y enfermiza á la Venus antigua, y la flaca imagen de un Crucifijo, zamarreado por cuatro clavos, al Apolo de Belvedere; al morir hacia poner al pié de su lecho una cabeza colosal de Júpiter y le dirigía su oracion de la mañana; habia llegado á ver con igual ojo la verdad y el error, á aceptar todas las ideas y todas las creencias, á excepcion del cristianismo, que declaraba detestar igualmente que el *tabaco y las chinches*. Panteismo vago, indiferencia general, odio instintivo del cristianismo, en esto consistia toda su filosofia, y esta es desgraciadamente la del mayor número de las personas literatas de la época actual. TENERBACH, finalmente, ha sacado de la enseñanza pagana sus últimas consecuencias: «No hay más que ignorantes ó talentos superficiales que puedan dirigir á la antigüedad la censura de materialismo... El espiritualismo cristiano es en el fondo mucho más material... Todas las ideas falsas que hay en el mundo en materia de moral y estética, han venido del cristianismo... La ciencia que un hombre tiene de su Dios no es más que otro nombre para designar la ciencia que tiene de sí mismo, la conciencia que tiene de su yo...» En el exceso de su locura anticristiana, de-

claraba preferir la nada al encuentro en la esfera de las sombras de Sócrates ó de san Agustin, é invitaba á sus discípulos á que adoraran la muerte.

Esto basta y sobra. ¿Quién podria no comprender que la fe es imposible sin milagro, en medio de este desbordamiento de doctrinas impías, repetidas continuamente por todos los órganos de una publicidad estrepitosa; echadas á todos los vientos del horizonte sobre almas absolutamente vacías, sin principios establecidos, sin convicciones fijas, mecidas desde la infancia por una multitud de errores y de muy pocas verdades? Las invaden, se amontonan en ellas y producen una espantosa confusion en la que la fe no encuentra un rinconcito donde refugiarse.

El escepticismo pagano pasó muy naturalmente de la filosofia á la ciencia, que se conjura á su vez contra la fe para acabar de desterrarla del mundo moderno. La ciencia del día no es solamente anticristiana; obstínanse en hacerla atea, ó mejor, ella se ceba en hacerse atea. Ha rechazado muy lejos, como no teniendo nada de comun con ella, la idea de una voluntad inteligente y libre, primer origen de la constitucion del universo, de un Dios personal criador y supremo gobernador del mundo. No quiere ya ver é invocar más que la naturaleza, conjunto impersonal de todos los seres. Desvia violentamente como inaccesible, como imposible de hallar, toda cuestion de comienzo y fin, de origen y objeto, de causa y *por qué*, só pretextando de que el hecho presente basta plenamente para la realidad de la vida. Ni siquiera comprende que pueda preocuparse todavía por causas finales ó por un designio que presida á los fenómenos de la naturaleza. Á este bello pensamiento de Aristóteles: «la causa final de todas las cosas es el bien, porque el bien es el fin de todas sus producciones,» opone esta sentencia de Bacon: «Las causas finales han dificultado la investigacion de las causas físicas; el hombre no es bastante instruido para alcanzarlas; además, las refiere más á su naturaleza que á la del universo, y hace de su aplicacion un raro abuso.» Se rie de

Ciceron que osó exclamar: «¡Qué! la esfera de Arquímedes prueba la existencia de un obrero inteligente que la ha fabricado, y el sistema real del universo de que esta máquina no es más que la imitación, ¿no tendría la misma fuerza?» Se ríe del mismo Voltaire, simple intérprete del buen sentido, cuando decía: «Afirmar que el ojo no está hecho para ver, ni la oreja para oír, ¿no es el más enorme absurdo, la más irritante locura que haya ocurrido á la inteligencia humana?... Esta demencia me parece evidente, y yo lo digo.»

¿Qué resultó de todo esto? Que la inmensa mayoría de los literatos y sabios se duermen con este sueño insensato de que el mundo es eterno, que los seres vivientes se han sucedido continuamente y se sucederán sin cesar unos á otros indefinidamente; que el hombre ha existido y existirá siempre; que la vida humana, caso de que no acabe en el sepulcro, continuará incesantemente por una serie de transformaciones, ó de pruebas sucesivas, especie de etapas hácia un ideal que no alcanzará jamás, pero por el que no debe inquietarse en manera alguna. Este es en el fondo todo el símbolo religioso del siglo XIX, y este era el de Sainte-Beuve, como me lo había dicho él mismo.

Pero todavía hay más. En el exceso de su temeridad la escuela que se envanece llevando con mano firme la bandera de la ciencia del presente y del porvenir, llega hasta decir que la ciencia positiva, la ciencia de los hechos de la naturaleza y de las sociedades humanas, es la única fuente posible de la fe moderna, que los dogmas cristianos han caducado ya por siempre y que no son más que una quimera.

Hé aquí á dónde nos ha llevado la invasión del espíritu pagano en la enseñanza. Y si del terreno de la teoría ó de la abstracción descendemos al de la realidad y de la práctica, si nos preguntamos qué han llegado á ser en el seno de ese naturalismo idólatra, la familia, la sociedad, la religión, ¡cuán tristes nos quedaremos!

La familia. El divorcio ha pasado hoy al estado de ley

en la mitad de Europa; en todas partes se le reclama además en alta voz, ponderando sus beneficios. Se ha separado el contrato civil del matrimonio religioso, que lo ennoblecía santificándolo; y hé aquí que el mismo contrato civil es combatido como una preocupación, una desgracia, casi un crimen. Los cónyuges del código civil comienzan á llamarse los presidiarios del matrimonio. No se alaba solamente el concubinato, tiéndese cada día más y más á considerarlo como la condición normal del hombre y de la mujer, con esperanza de verla convertida en regla universal. El hijo no es ya el objeto sagrado de la unión de los esposos, el culto de sus afecciones, sino un incidente, un accidente, una superfetación de la que se libran lo más pronto posible confiándolo á manos mercenarias. El hogar doméstico ya no es más que un mito, un recuerdo vago de un pasado que ya no existe; los dioses lares han elegido domicilio en los círculos, los clubs, los tabucos de las cortesanas, los cafés, las tabernas, etc., etc.

La sociedad. Resúmese en estos tristes gritos de guerra: Odio de Dios, odio de los sacerdotes, odio de los reyes, odio de la autoridad, odio de todo freno; república, democracia, socialismo, soberanía no del pueblo, sino del populacho, mandato imperativo de los revolucionarios.

Y no lo olvidemos: Donoso Cortés dijo de este período de violencia que nos pone en vísperas de la última de las revoluciones: «El socialismo pagano ha comenzado en Europa con la restauración del paganismo filosófico, del paganismo religioso, del paganismo político.»

La religión. Los hombres tienden invenciblemente á dividirse en dos clases, *Francmasones* inconsecuentes y *Solidarios* consecuentes. *Francmasones*, equivale á la negación de la fe sin violencia: «Juro predicar por todas partes donde estuviere los derechos del hombre, y no seguir jamás otra religión que la que la naturaleza graba en nuestros corazones (*juramento del caballero de Asia*).» *Solidarios*, equivale á la negación de la fe con odio é ira: «El despotismo religioso no puede ser extirpado sin que

se salga de la legalidad. Ciego llama contra sí la fuerza ciega. Nada de tregua con el injusto. No acepto ninguna. Mientras que la fuerza esté en las manos del racionalismo, ¿qué debe hacerse? Abandonar en masa al catolicismo; salir de la vieja Iglesia las mujeres y los niños; salir por todas las puertas abiertas. Los hombres ilustrados, convencidos de los horribles males causados por la religion católica y de los incesantes peligros con que amenaza á la humanidad, se comprometen por siempre á limitarse ellos y sus familias á la observancia de la ley civil en lo tocante al nacimiento, matrimonio, defuncion, á rechazar todos los sacramentos religiosos. El ideal debe ser el racionalismo puro, la investigacion de la verdad por el órgano de la naturaleza y de la razon. La consigna será el entierro sin ninguna ceremonia religiosa para llegar á la supresion de todas las prácticas católicas.» Es el secreto de la muerte de Sainte-Beuve, alma vacía tambien por desgracia de cristianismo y ébria de paganismo.

Hé aquí á lo que han venido á parar la familia, la sociedad, la religion. En todas partes amenazas terribles de un naufragio universal. Y la causa de todas estas tempestades, digámoslo muy alto, sin respeto humano y sin disfraz, es la invasion del espíritu pagano en la enseñanza y en la educacion. Contra este enemigo irreconciliable debemos, pues, dirigir en primer lugar nuestras armas; una enseñanza cristiana, una educacion cristiana, es la única palanca con la que podemos levantar la piedra enorme que parece ya cerrar el sepulcro de la civilizacion y producir una resurreccion gloriosa.

En el siglo xvi se violó una gran ley social. El manantial de leche generosa que debía alimentar á las jóvenes generaciones, ha cedido el puesto á un brebaje emponzoñado, y hemos visto desarrollarse nuevamente con espantosa celeridad todas las ideas y los vicios todos del paganismo. Ya es tiempo, pero de sobra, de poner un término á esta extraña aberracion. Conviene absolutamente que se restablezca el orden en la educacion, para que pueda

renacer en la sociedad. Es preciso que los filósofos, los retóricos y los poetas de Atenas y Roma no sean ya ni los solos ni los principales pedagogos de la juventud; en adelante deben ser autores cristianos los que desempeñen este noble y delicado cargo.

Pero, se dirá, excluir á los autores paganos de la enseñanza clásica equivale á volver á la barbarie literaria. No, y mil veces no. Pero, aun cuando fuera así, ¿podríamos vacilar? Qué! cuando se trataba de formar atletas ó guerreros se encontraba admirable que Esparta inmolará en el altar de la patria las ciencias, las letras y las artes; ¿y titubearíamos nosotros en tomar una resolucion enérgica, dependiendo de ella el porvenir de la religion cristiana y de las sociedades humanas? Oigamos á Juan Jacobo Rousseau: «¿Olvidaria yo que en el seno de Grecia fué donde vió levantarse esta ciudad (Esparta) tan célebre por su AORTUNADA IGNORANCIA como por la sabiduría de sus leyes, aquella república de semidioses más bien que de hombres, por lo superiores que parecian sus virtudes á la humanidad? ¡Oh Esparta, oprobio eterno de una vana doctrina! Mientras que los vicios llevados por las bellas artes se introducian en Atenas, mientras que un tirano reunia con tanto cuidado las obras del principe de los poetas, tú expulsabas de tu recinto á las artes y á los artistas, á las ciencias y á los sabios.» ¡Qué leccion! Cuán imprudentes y culpables seríamos, si no nos aprovecháramos de ella!

Un prelado ilustre de quien se creía poder decir que el celo de la casa de Dios le devoraba, tiene actualmente el valor de reprender á un periodista eminente y cristiano la vigorosa campaña que hizo en otro tiempo contra los clásicos paganos. «Hubiera hecho caer, exclama, todas nuestras casas de educacion en el más profundo desprecio, si la Iglesia os hubiese seguido.» El desprecio, ¡oh no! Habriase admirado, habriase bendecido á la Iglesia de Francia, si, veinticinco años há, hubiese roto violentamente con las fatales tradiciones del paganismo literario y filosófico. El desprecio ¡ah! habrá podido encontrar su

razon de ser en la triste ceguera señalada en estos términos por M. de Gasparin, que es no obstante calvinista: «Será uno de los asombros del porvenir saber que una sociedad cristiana ha dedicado los siete ú ocho años más excelentes de la juventud de sus hijos al estudio exclusivo de los paganos.» ¡El desprecio! ¿Está seguro el piadoso prelado de que los académicos y los profesores célebres que él convidaba con tanta satisfacción para que honraran con su presencia la representación en el teatro de su seminario menor, en lengua griega, de la *Antígona* de Sófocles, ó de la *Ifigenia* de Eurípides, de las *Nubes* de Aristófanes, no se reían interiormente de sus dulces ilusiones?

Además, el *Univers* no había hecho más que repetir los gritos de alarma de los Padres de la Iglesia, los reglamentos de los concilios, las amonestaciones de los Sumos Pontífices. Y nadie ha censurado más que Mgr. Dupanloup el deplorable sistema de educación y enseñanza de los tres últimos siglos. Leed las páginas enérgicas de su hermoso libro acerca de la educación, tomo I, introducción, páginas 2, 3 y 4: «La educación es la que por la *influencia decisiva* que ejerce sobre el niño y sobre la familia, elementos primitivos de toda sociedad, prepara milagros inesperados de restauración intelectual, moral y religiosa. La educación hace la grandeza de los pueblos y conserva su esplendor; hace su decadencia, y en caso necesario los levanta de su caída. Efectivamente, ¿qué se necesita para sostener ó regenerar una nación? Antes que todo, ¡hombres! Las naciones no se forman, no crecen, no se conservan y no se renuevan sino por los hombres. ¿Cuándo se ven debilitarse los pueblos, caer de su grandeza y precipitarse hácia su ruina? Cuando les faltan los hombres. Pues bien, Dios es quien da los hombres: pero, queriéndolo así Dios, es la educación la que los forma. ¿Qué más sucede acerca de esto? Que ya desde mucho tiempo, presentamos un raro espectáculo. Jamás estuvo la Francia cubierta de un pueblo más numeroso, activo, agitado... Todas las sendas de la fortuna, todos los caminos de la

vida social están destruidos. Los individuos se oprimen, se molestan, chocan y fatigan unos á otros. Y sin embargo, de todas partes se oye decir: Los hombres faltan, ¿en dónde están los hombres? Este es el grito y la queja universal. Antiguamente, Diógenes, con su linterna en la mano, buscaba un hombre en mitad del día, y nosotros nos le parecemos.»

Por una parte, no tenemos hombres, y la educación es la que los hace; luego pues, según lo dice el mismo monseñor Dupanloup, la educación es mala, esencialmente mala.

Pero, ¿es verdad que el abandono de los clásicos paganos sea la vuelta á la barbarie literaria? ¡Ah! por más que se me acusara de paradoja, yo abogaría de buena gana á favor de lo contrario con la certeza de salir vencedor. No puedo aquí extenderme mucho.

Primeramente, casi nadie en Francia sabe ni el latín ni el griego; ó á lo menos casi nadie tiene en Francia el gusto depurado de la literatura latina ó griega. Luego, pues, si cincuenta años atrás se hubiese suprimido en Francia el estudio de los clásicos griegos y latinos, nos encontraríamos exactamente en el punto en que estamos actualmente. ¡Cuántos examinadores de la Universidad han declarado solemnemente que las versiones tan fáciles exigidas para el bachillerato (no hablo de los temas que son abominables) están siempre mal hechas; que, concentrándose en sí mismos, se ven obligados á acusar de cobardía las bolas blancas que se escapaban de sus manos complacientes! Á menudo he oído, en las solemnes sesiones del concurso general de París, los discursos latinos pronunciados por las eminencias de la Retórica universitaria, y declaro, sin temor de ser desmentido, que el latín del mejor de esos discursos no era solamente inferior á la más descuidada de las homilias de los Padres de la Iglesia, sino que era apenas el latín afrancesado que se designa irónicamente con el nombre de latín de cocina, ofensivo á los oídos y al gusto de los muy raros

conocedores de la bella latinidad. ¡Latin de cocina! hé aquí el *non plus ultra* de los más afamados maestros; hé aquí el resultado final de un estudio tenaz, durante largos años, de todas las obras maestras de la antigüedad. ¿Qué sería, si yo delatara al mundo las tesis latinas de nuestras escuelas de derecho, atentados deplorables contra el buen gusto, vergüenza de la enseñanza francesa? Esta inferioridad desesperadora, mejor dicho, esa nulidad absoluta no es solamente un hecho; puedo y debo decir que es una necesidad, de que no podremos librarnos, sino sustituyendo á los autores griegos y latinos del paganismo los autores griegos y latinos del cristianismo. Efectivamente, las ideas modernas, quieras que no, son cristianas, porque la sociedad es la obra del cristianismo que la ha concebido, engendrado, alimentado, dirigido, inspirado durante muchos siglos. Por consiguiente, las lenguas de Ciceron y Demóstenes son lenguas absolutamente muertas, que expresan ideas y sentimientos que ya no existen. Al contrario, el latín y el griego de los Padres que no son otros que el griego y el latín de las naciones cristianas, son lenguas realmente vivas, que expresan las ideas y los sentimientos á la órden del día, que han dado origen á los idiomas europeos. Resulta de este hecho innegable que el francés no difiere en realidad del latín de san Leon el Grande sino por la forma exterior, por el traje, si puedo expresarme así, como el bajo-breton difiere del parisien del siglo décimonono. De manera que un niño, con su diccionario francés en las manos, puede llegar, en algunos dias, á conocer, mejor dicho, á ver intuitivamente, sin peligro de olvidarlo jamás, la significacion de la inmensa mayoría de las palabras latinas, á adivinar el sentido del latín del *Epítome historie sacræ*, de los Salmos, del Nuevo Testamento, de la liturgia eclesiástica; al cabo de algunos meses de lectura animosa, á comprender bastante, para interesarse vivamente en ellos, el mayor número de los autores latinos clásicos. Sí, me atrevo á afirmarlo, sin temor de ser des-

mentido, porque tengo para mí una larga experiencia, el verdadero y único medio de llegar á hacer saber el latín á las jóvenes generaciones, consiste en excluir de las clases inferiores, quinta, cuarta y tercera, el latín del paganismo, y dar ámplio lugar al latín de la Iglesia. Complétese la enseñanza comenzada de esta manera por muchísimos fragmentos de las obras maestras de la antigüedad, completamente expurgadas de las manchas del vicio y de los excesos de la demagogia. Esta depuracion sería en el fondo un considerable beneficio en el punto de vista del gusto; porque, como lo decia muy bien, pocos dias há (en su prefacio á los *Diálogos de Fenelon sobre la Elocuencia*), M. de Sacy, una de nuestras grandes autoridades literarias: «Los primeros sin disputa entre los pensadores, los poetas, y los escritores de la antigüedad, son aquellos cuyo talento se aproxima más al genio del Evangelio.» Y añadía: «Y nosotros que hemos sido iluminados por esta inmensa luz, si alguna vez cerráramos voluntariamente los ojos á ella, ¿cómo no caeríamos, hasta en materia de arte, elocuencia y poesía, mucho más bajo que los paganos, cuya razon natural y la rectitud de su inteligencia por sí solas habian hecho casi cristianos?»

En resumen: la reforma que llamamos á voz en grito es urgente y oportuna. Mgr. Dupanloup puede y debe asociarse á ella sin temor de ningun menosprecio, con la certeza de conquistar una gloria sólida, con tanto mayor afán, en cuanto ella sola puede defender del naufragio á las lenguas latina y griega, y salvar el sentimiento de sus bellezas literarias.

Esto será un nuevo cumplimiento de la promesa evangélica: «Buscad primero el reino del cielo y la justicia, y lo demás se os dará por añadidura.»

¿No vemos, efectivamente, á pesar de los elogios exagerados prodigados á la enseñanza clásica actual, á pesar de las afirmaciones tan categóricas de su necesidad, que el estudio del latín y del griego se muere, y que muy

pronto no será más que un recuerdo? Tengo á la vista el *Periódico general de Instrucción pública* del jueves 25 de noviembre de 1869; y veo en él que, haciéndose eco de los deseos generales, un profesor agregado de la Universidad, muy formal y muy acertado, pide que se supriman inexorablemente, como dolorosas inutilidades, los versos latinos, la narración latina, el discurso latino, etc., etc., «para no conservar más que el tema y la versión; porque después de diez años de estudios penosos, estos deberes están completamente fuera del alcance de los alumnos, aun de los que figuran como primeros de su clase.» ¡Qué desgarradora confesión para la Universidad! ¡Qué triunfo para la causa que yo defiendo! La enseñanza pagana no enseña ni el griego, ni el latín, y hace perder con la fe todo amor de la autoridad. Sin volver, pues, á la barbarie, sin comprometer en manera alguna el desarrollo del buen gusto literario, podemos, y, por consiguiente, debemos inaugurar una enseñanza absolutamente cristiana, con la certeza de aprender á leer y hablar el griego y el latín cien veces mejor que no se ha hecho hasta ahora.

Fuera de esto, sólo el odio de la religión pudo dar una apariencia de razón á esta mentirosa é interesada acusación. La lengua de los Padres de la Iglesia, latinos y griegos, tiene todas las cualidades apetecibles: espiritualismo, riqueza, sencillez, dulzura, unción, flexibilidad, claridad, elegancia, etc. El latín de san Gregorio el Grande, de san Ambrosio, de san Bernardo, es una lengua tipo y modelo, la sola que puede apropiarse á los tiempos modernos, la sola verdaderamente viva. Lo ha dicho un grande escritor: «Por la extensión de los conocimientos, por los principios de la más pura filosofía, por su aplicación y desarrollo, por la exactitud de las conclusiones, por la dignidad del discurso, por la belleza de la moral y de los sentimientos, no podrían compararse á san Agustín más que Platon y Ciceron.» Pero Platon y Ciceron flotan demasiado frecuentemente en la duda, y caen más frecuentemente aún en extravagantes aberraciones.

Si aquí fuera lugar oportuno, recordaría que el mismo Erasmo, el apóstol exaltado del Renacimiento, cuando las exageraciones de los sectarios le traían á sentimientos de equidad, les decía: «Vosotros sosteneis que el latín cristiano es una lengua medio bárbara, y que para hablar bien es preciso sustituirle la lengua de Ciceron. Hagamos, pues, una experiencia: tomemos una simple frase de la lengua latina cristiana; pongamos esta frase en buen latín del siglo de Augusto, y veamos lo que ganará en armonía, exactitud y belleza.» Transformada de esta manera la frase, se había hecho salvaje hasta el ridículo. Orgullosos con este primer triunfo, entra Erasmo en materia, y defiende con elocuencia que prueba su sinceridad, esta tesis que es la nuestra: 1.º El latín cristiano es un latín muy bueno y muy bello; 2.º es el único que puede servir de intérprete á las naciones modernas; 3.º los estudios clásicos ejercen en la religión y la sociedad la más desastrosa influencia. Nuestra manía por la antigüedad pagana nos engaña y corrompe. *Paganitas nostra nos seducit*. Con el pretexto de aprender la bella literatura, dejamos de ser cristianos para convertirnos en paganos. Esto es lo que observo en ciertos jóvenes que nos vienen de Italia y sobre todo de Roma (*Epist. dedic. ad Jon. Vlaten., p. 2.*) «Se nos ha dicho que las palabras de los autores paganos eran cultas y de buen gusto, y las de los autores cristianos groseras y bárbaras. El paganismo, creedme, el paganismo es quien nos persuade esto, engañando nuestros oídos y falseando nuestra inteligencia. No somos cristianos sino de nombre: *titulo duntaxat sumus christiani*. Nuestro cuerpo ha sido purificado por las aguas del bautismo, pero nuestra inteligencia no lo es; la cruz está marcada en nuestra frente, pero nuestra alma se avergüenza de ella; confesamos con la boca á Jesucristo, pero en el corazón llevamos á Júpiter y á Rómulo (*Ibid.*)» Invito de todas veras á mis lectores á que lean el excelente prefacio que Mgr. Gaume ha puesto al frente de sus *Selecta Sancti Bernardi Epistole*, uno de los tomos de su biblioteca de los

autores cristianos; quedarán asombrados del buen sentido de Erasmo, y ya no pensarán más en acusarnos de exageración. Lean también el prefacio de los *Hechos de los Apóstoles con los comentarios de San Juan Crisóstomo*, y quedarán convencidos por las más imponentes autoridades de que la lengua del Evangelio según san Lucas, de los Hechos de los Apóstoles y de los escritos de los Padres, es del griego perfectamente puro, al que no se puede tampoco reprender sus hebraicisms, como no puede tampoco reprenderse á Jenofonte sus palabras persas, ni á Cicerón sus grecismos. Luego es verdadero que las preocupaciones injustas y satánicas que han extraviado tantas inteligencias desde algunos siglos, y acarreado prevenciones invencibles, se desvanecen, como sombras, ante la luz de una crítica leal y desinteresada.

Pero, se dirá, ¿cómo os atreveis á hablar siquiera de la reforma que proponéis en presencia de los reglamentos inexorables del bachillerato? La discusión profunda de esta objeción sin valor real, sería aquí una digresión. Básteme refutarla en breves palabras: 1.º La prueba actual del bachillerato es, en concepto de todo el mundo, irracional, irrisoria y cruel hasta el exceso; deja todas las probabilidades de éxito á la ciencia ficticia, y pone á la ciencia verdadera en las condiciones más desventajosas: estimula á la ignorancia osada y desalienta el saber modesto; impone la repulsa de personas excelentes y manda la admisión de nulidades deplorables. 2.º El bachillerato, tarde ó temprano, deberá transformarse en exámenes de fin de año, sufridos en las mismas casas de educación autorizadas por la ley y con arreglo á los programas de su enseñanza. 3.º El bachillerato está evidentemente instituido para el bien de la sociedad, es el medio, pero no el fin; la sociedad no está instituida para el bachillerato; por consiguiente, debe desterrarse de sus programas toda cuestión impía, impura y revolucionaria. Sería un crimen imponer clásicos que no estuvieran suficientemente expurgados, exigir la iniciación en los misterios infames de la

mitología pagana. ¿Qué examinador se atrevería á reprobar con una bola negra á un candidato capaz, únicamente porque se negara á referirle los amores adúlteros de Júpiter, ó explicar un discurso excesivamente incendiario? 4.º Todo lo que hay derecho de exigir de un bachiller es que sepa interpretar con facilidad el texto de los principales autores clásicos; pues bien, el que haya aprendido el latín, como lo hemos indicado, en las obras de la literatura sagrada, estará perfectamente en disposición de satisfacer á sus jueces. Avancemos, pues, sin temer que el bachillerato sea una de las deidades infernales que no puedan apaciguarse sino por sacrificios humanos.

Al clero tócale dar el ejemplo; sus jóvenes aspirantes son los que tienen mayor necesidad de beber en fuentes más sanas y puras, á fin de que su fe sea más viva y fuerte. El clero es además, pero el clero solo, quien dará su postrer asilo á las lenguas latina y griega. En el seno de las civilizaciones muy avanzadas, como en la Edad media, las obras maestras de la literatura antigua se ampararán á la sombra de las antiguas iglesias católicas. Dejemos que trascurren pocos años más de progreso material, y en este siglo utilitario, que no es realmente más que la edad del hierro y de la hulla, el latín y el griego no serán comprendidos, leídos y hablados sino en la calma de nuestros seminarios.

Aquí hago alto, pero no, sin embargo, sin haber señalado en el modo actual de enseñanza y educación abusos muy graves, que son al mismo tiempo causas á lo menos indirectas y excesivamente eficaces de la pérdida de la fe.

1. La manía para los colegios de internos es demasiado pronunciada, y se hace comenzar á los niños demasiado pronto la vida de cuartel. Ni siquiera disimularé que la creación de los pequeños colegios que tantas muestras de orgullo han producido, ha sido una falta muy grande. «Actualmente, dice el profesor agregado cuyo testimonio invocaba yo no há mucho, la escala coja de los estudios, de la clase preparatoria á la clase de filosofía, impone á

los alumnos un mínimum de diez años (y para llegar lo más á menudo á qué resultado!). Parece que por un acuerdo tácito con las familias, no se les guarda tanto tiempo en los bancos sino para librarlas de un obstáculo importuno. La Universidad no debe ser una inmensa casa de servidumbre.» La clase de externos tiene tambien sus peligros; deja la puerta más prontamente abierta á la inmoralidad; pero la clase de internos, sobre todo si se prolonga excesivamente la permanencia en el colegio, es incomparablemente más peligrosa, y me atreveria á decir que es fatalmente mortal. Sin ser menos inmoral, mata la fe y gasta los caracteres; no hace ni hombres ni cristianos. ¿De qué se compone actualmente la generacion de hombres de letras? De incapaces, de mal reprimidos, de glotones, que es la palabra característica. La experiencia, una muy larga experiencia me ha probado que los niños que entran en el colegio á los siete ú ocho años para salir de ella á los diez y ocho ó á los diez y nueve, despues de haberse arrastrado penosamente en los bancos de diez clases, desde la novena hasta las matemáticas especiales, están predeterminados á la depravacion, y, lo que es aún más que la depravacion, á una nulidad absoluta. Al cabo de dos ó tres años lo han gastado todo, la disciplina, la autoridad, los castigos, las exhortaciones, las reprensiones, la religion, la gracia: oponen una inercia desesperadora á todos los estímulos de la inteligencia y del corazon. Su familia y sus maestros deben resignarse á no ver en ellos más que tristes personas, ya que no malas personas. «El hombre, decia el Sabio, es inclinado al mal desde su infancia;» y nosotros vemos algunas veces que el vicio, como una serpiente, alcanza á los niños en la cuna. Un niño solo es como un solo leño invadido ya en el interior por un fuego que quizás lo consumirá, pero que puede estar mucho tiempo oculto. Dos niños, tres niños, cien niños son como una hoguera cuyos elementos todos se inflaman y arden con espantosa actividad. Todos los moralistas están unánimes en proclamar que el acuartelamiento prolongado es

profundamente deletéreo, que hace enervados, pero no hombres. Y hé aquí cómo los colegios son criaderos sucesivamente fecundos de viciosos, inútiles, incrédulos, revoltosos, socialistas sin costumbres y sin freno. Es necesario, pues, absolutamente que los primeros estudios se hagan en la familia, que no se comience á ser interno sino en la quinta, y que no se continúe jamás más allá de cinco á seis años.

2. Es necesario tambien que, á lo menos para los externos, se ejecute todo el trabajo á la vista de los profesores, y que no se imponga á los alumnos, fuera de las clases, deberes que deban cumplir por la noche ó la mañana, en el seno de su familia. El arco demasiado tirante se rompe, ó á lo menos pierde toda su elasticidad. Además, los deberes cumplidos en medio de las distracciones de la familia están necesariamente mal hechos, y es profundamente inmoral condenar á niños á cumplir siempre mal. Es tambien un medio infalible de gastarlo todo en ellos, inteligencia, corazon, carácter, fe, etc., etc.

3. Con el corazon profundamente oprimido me atrevo á indicar otro origen de mal, imposible por desgracia de conjurar. Muchos padres de familia y maestros de los colegios no tienen fe. ¿Cómo será posible que los mismos alumnos no carezcan de fe? No hay fe sin prácticas religiosas; pues bien, ¿cómo podrán los niños juzgar absolutamente necesarias esas prácticas religiosas, cuando no se sujetan á ellas sus padres y maestros? ¿Cómo podrán adquirir buenos hábitos, sabiendo de antemano que su primer acto al salir del colegio será abandonarlos? No nos forjemos ilusiones; la más soberanamente eficaz de todas las enseñanzas es el ejemplo del padre y del maestro, ejemplo siempre presente, que, sin tener siquiera conciencia de él, se ejerce en todas sus acciones, en todas sus palabras, obra en todas partes y siempre. Amados profesores, queridísimos compañeros míos, mi corazon está lleno para vosotros de sentimientos de cariño respetuoso, que merecéis por una conducta moral y honrosa las más

de las veces, y sin embargo me siento llevado á compadeceros amargamente, á espantarme de la responsabilidad terrible que os asumís sin advertirlo. Cada sér engendra necesariamente un sér semejante á él, cuando no engendra un mónstruo. Si el profesor es indiferente, incrédulo, engendra forzosamente indiferentes, incrédulos. Si nada en su sér respira la fe, hará fatalmente perder la fe á sus discípulos. Y perder la fe es la más irreparable de las desgracias. Y Dios pedirá cuenta al maestro del alma de su discípulo perdida por la eternidad. Y Jesucristo dijo que debiera atarse una muela de molino al cuello del que escandaliza al más pequeño de sus hijos. La enseñanza, la educacion son funciones divinas; para desempeñarlas es necesario ser santo, á lo menos por deseo y aspiracion. Siento tocar una cuerda que produce sonidos excesivamente desgarradores; pero al propio tiempo he puesto el dedo en la causa más activa de la pérdida de la fe en la época presente. Comprenderáse en adelante cómo y por qué va debilitándose en una proporción geométrica ó excepcional; cómo y por qué su conservacion en tan gran número de almas es un milagro de la omnipotencia divina y un esplendor de la misma.

4. No queria hablar de otra cuestion más candente aún, pero las consideraciones en que acabo de entrar me llevan á decir algo de ella. ¿Qué amigo sincero y desinteresado de la religion, de la moral, de la sociedad no se horrorizaria por tantos esfuerzos acumulados para hacer sabias á las jóvenes, en una época en que la mujer tiene para la maternidad y las funciones esenciales de la maternidad una repugnancia como instintiva é invencible; en que la inmensa mayoría de las madres se apresuran á librarse de la carga de sus hijos, abandonándolos á manos mercenarias, sin inquietarse siquiera por la espantosa mortalidad que diezma y más que diezma las criaturas robadas al seno maternal? Toda la gloria de la mujer está en el fondo de su corazón y no en el de su inteligencia; debe ella concentrarse en el interior de su familia, *omnis*

gloria filiae regis ab intus. Las bellas cualidades de la mujer deben manifestarse por virtudes domésticas. Que sea instruida, está bien. Que su instruccion sea mucha, está bien; pero, antes que todo, sea útil esta instruccion y sea exclusivamente dada por maestros cristianos. ¿Acaso seria ser demasiado escrupuloso y exagerado, espantarse ante la idea de las trescientas jóvenes inglesas que en los salones de Kensington ó Museum están como suspensas, varios dias cada semana, de los elocuentes labios de un naturalista eminente, que ha roto de frente con todas las doctrinas y tradiciones de la religion cristiana, que hace insurreccionar la ciencia contra la fe, que da un mono por primer padre al género humano, que ha declarado solemnemente que toda su filosofía es impotente para demostrarle la existencia de un alma humana distinta del cuerpo, que la conciencia de la libertad no es quizás más que una ilusion, que el hombre, por consiguiente, podria muy bien no ser libre, etc., etc.? ¿Es verdaderamente posible que unas convicciones cambiadas en segunda naturaleza, no se revelen á cada instante, y no hagan muy pronto vibrar al unísono las imaginaciones jóvenes y vivas, las inteligencias delicadas é inexpertas, en una comarca sobre todo en que la fe es tan traqueteada, en que las prácticas religiosas están tan relajadas y son tan raras? Mi conciencia me vedará siempre reconciliarme con la idea tan de moda de la instruccion pública secundaria para las jóvenes. Esta enseñanza se me presenta como una causa inevitable de la pérdida de la fe, y la más temible de las causas, porque la influencia de una madre indiferente ó incrédula es mil veces más deletérea que la de un padre sin religion. Quizás se me califique de muy atrasado ó hasta ridiculo á mí que soy el porta-estandarte tan decidido del progreso en todas sus formas (1); pero no vacilo

(1) Ya que he dicho tanto, permítaseme expresar mi pensamiento todo entero acerca de la actitud que el clero podria y deberia tomar para asegurar la vuelta á la fe por la enseñanza.

en declarar que la agitacion de estos últimos años á favor de la enseñanza pública de las compañeras del hombre es una agitacion imprudente, y que sus consecuencias serán rápidamente desastrosas.

Muy largo ha sido este capítulo, pero no lo siento; ya dije que era al mismo tiempo el más importante y el más delicado de mi libro. Debía sostener una gran tesis, repa-

Después de haber tomado consejo de la Santa Sede, y autorizados por el Supremo Pontífice, los Obispos tomarían las medidas siguientes. No ordenarian de Sacerdote, en tesis general, entre los jóvenes levitas sin fortuna, sino á los que se comprometieran á desempeñar, durante cinco ó diez años, los cargos de maestro de instruccion primaria. Exigirian de los jóvenes de familia ó de los que mostraran disposiciones más felices, el diploma de bachiller, de licenciado, de doctor en teología ó en ciencias matemáticas, físicas, naturales, con el compromiso tambien de participar, si fuera necesario, de la enseñanza de los seminarios menores y de las instituciones eclesiásticas: llegará necesariamente un día en que el examen de licenciatura, como el de bachillerato, se reducirá á una sola condicion legitima de examen de fin de año de la clase superior de filosofía. Darian á los profesores de sus pequeños ó grandes seminarios y de sus casas de educacion un sueldo á lo menos igual al de los primeros vicarios de las villas ó de los profesores de los liceos ó colegios comunales, para realzarlos á sus propios ojos, á los de los alumnos y del clero, para alentarles á asegurar mejor la prosperidad del establecimiento por una instruccion más sólida y brillante. Uno á lo menos de los pequeños seminarios, establecido en el seno de un pueblo grande ó de una capital de distrito, no tendria más que muy pocos internos ó pensionistas; el mayor número de los alumnos serian externos, estarían de huéspedes en familias de la poblacion, escogidas de entre las más cristianas. Comenzada la enseñanza de la quinta, se terminaria en seis años á lo más con un año primero de filosofía, y comprendería el conjunto de las materias exigidas ahora para el bachillerato. Las parroquias rurales, en cuanto fuera posible, estarían confiadas á dos sacerdotes, un párroco y su vicario. El párroco daría las primeras lecciones de latin á los niños que revelaran más disposiciones para abrazar el estado eclesiástico ó para seguir una carrera liberal. El vicario daría la clase á los párvulos. El párroco y el vicario, iniciados en el grande ó en el pequeño seminario en los principios de la agricultura y de las industrias agrícolas y domésticas, harían cultivar bajo su inspeccion un campo grande ó jardin de experimentos, con establo y corral, y enseñarian á los habitantes, en conferencias públicas, á producir en abundancia y baratura los géneros alimenticios necesarios y útiles, volatería, huevos, leche, miel, legumbres, uvas, frutas, flores, etc.

Se acerca la época en que el sacerdote no podrá contar ya ni con la subvencion del Estado que ya se le disputa furiosamente, ni con los productos del adventicio, cuya sola idea suscita actualmente tanta

rar males enormes y conjurar espantosos peligros, y lo he hecho con valor y conciencia. Fáltame levantar mis ojos y mi voz hácia Pio IX y el Concilio Vaticano, conjurándoles que impongan, al clero á lo menos, una educacion cristiana en el fondo, con exclusion de toda mala levadura pagana. Y quizás despues de una violenta conmocion, justa expiacion de los extravíos pasados, consecuencia de la fatal ceguera que habia llevado á las generaciones á abandonar las aguas puras de la fe, para volver á las cisternas vacías del paganismo, volverá la Francia á ser cristiana.

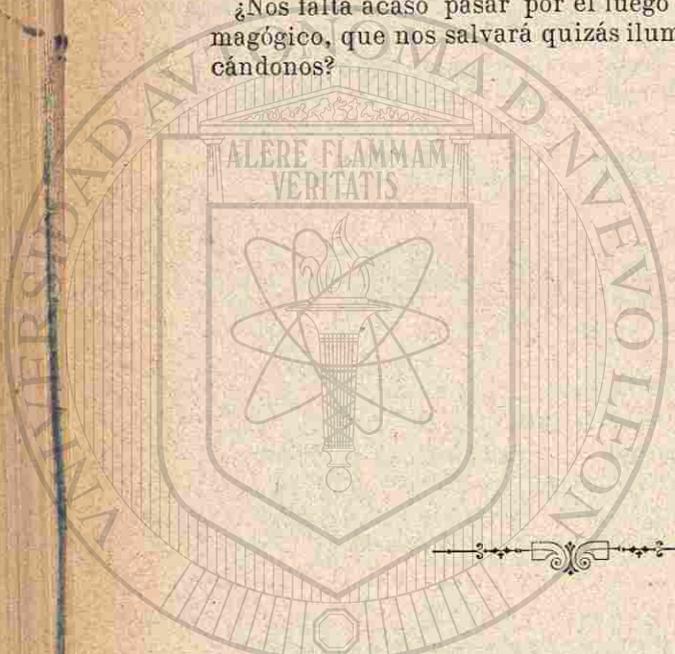
Tambien habré demostrado hasta la evidencia, que tan pronto como hubo cesado la fe de presidir á la enseñanza de las jóvenes generaciones, y que el espíritu cristiano hubo cedido el puesto al espíritu pagano, se precipitó la sociedad hácia el abismo; pasando sucesivamente del Renacimiento al Protestantismo, del Protestantismo al Volterianismo, del Volterianismo á la Revolucion, de la Revolucion francesa, por los mismos caminos y bajo la influencia de las mismas causas, á la Indiferencia absoluta en materia de religion, á la Incredulidad sistemática, al Naturalismo, al Materialismo, al Solidarismo, y más

repugnancia y odio, y que disminuye cada vez más todos los días. Será menester, pues, que, haciendo un acto de fe viva, y armándose de valor, no cuente ya más que en Dios y en su trabajo. Si, ha casi llegado el momento en que, fiel al consejo y ejemplo de san Pablo, *deberá ocuparse seriamente y trabajar con sus manos en algun ejercicio honesto, para tener con que subsistir y dar al necesitado.* (Epist. á los Efes. cap. IV, v. 28.) No le espante esta perspectiva, al contrario tranquilícele y animele. Entonces será en todos los puntos de vista el hombre de la divina Providencia. Con la dignidad, la independecia y la consideracion que son las más bellas herencias de su divino ministerio, encontrará otra vez su poder sobre las almas; las conservará fieles, ó las conducirá á Dios. *Da mihi animas, cætera tolle tibi* (*).

(*) La nota anterior no pasa de ser una hermosa teoría de nuestro autor, quien no advierte que esto anularía el carácter sacerdotal, que es enseñar con el ejemplo y la palabra lo necesario para la salud eterna, según aquello de N. S. Jesucristo: *Docete omnes gentes sercare omnia quæcumque mandavi vobis.* (Nota de los Editores.)

aún al envilecimiento y desaparición de los caracteres, á la negación casi universal de las virtudes que constituyen al hombre, al ciudadano, y sobre todo al cristiano.

¿Nos falta acaso pasar por el fuego del socialismo demagógico, que nos salvará quizás iluminándonos y purificándonos?



CAPÍTULO V.

Causas comunes y generales de la pérdida de la Fe.

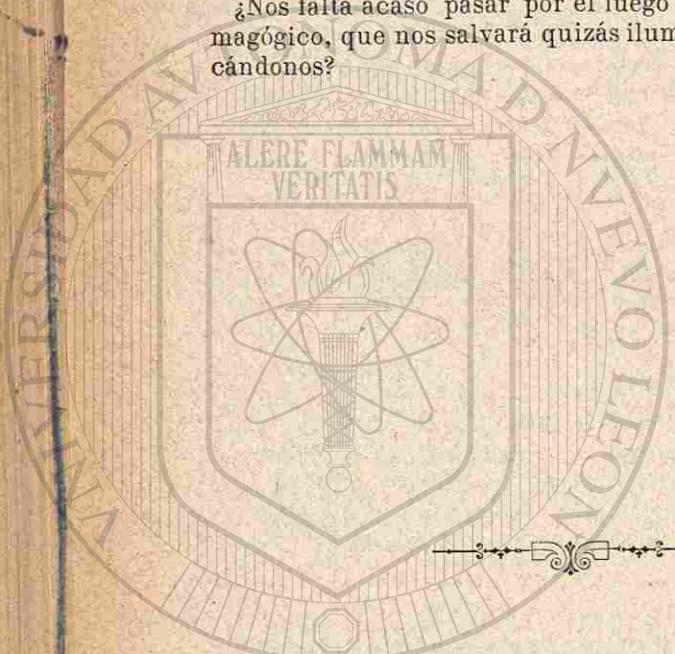
EL ESPÍRITU REVOLUCIONARIO.

El espíritu revolucionario, consecuencia fatal del espíritu pagano, se ha convertido á su vez en Francia en causa soberanamente eficaz de la pérdida de la fe, y no tiende sino á anonadarla. Estalló en 1789 y 1791 con la declaración de los derechos del hombre. Se deshizo en tempestad de 1791 á 1793 y lo derribó todo: Iglesia, Religión, Sociedad. Sus propios excesos agotaron en parte su violencia de 1795 á 1799. Despertóse en 1830 y 1848. En 1869 agita las cabezas más sensatas, y apasiona los ecos exaltados de una minoría furibunda que sueña en el comunismo democrático, y llega hasta amenazar la seguridad y la propiedad, puestas por la Revolución en la línea de los derechos sagrados del hombre. ®

Entiendo por espíritu revolucionario, no el espíritu liberal que inspiró lo que actualmente se llama los *immor-*

aún al envilecimiento y desaparición de los caracteres, á la negación casi universal de las virtudes que constituyen al hombre, al ciudadano, y sobre todo al cristiano.

¿Nos falta acaso pasar por el fuego del socialismo demagógico, que nos salvará quizás iluminándonos y purificándonos?



CAPÍTULO V.

Causas comunes y generales de la pérdida de la Fe.

EL ESPÍRITU REVOLUCIONARIO.

El espíritu revolucionario, consecuencia fatal del espíritu pagano, se ha convertido á su vez en Francia en causa soberanamente eficaz de la pérdida de la fe, y no tiende sino á anonadarla. Estalló en 1789 y 1791 con la declaración de los derechos del hombre. Se deshizo en tempestad de 1791 á 1793 y lo derribó todo: Iglesia, Religión, Sociedad. Sus propios excesos agotaron en parte su violencia de 1795 á 1799. Despertóse en 1830 y 1848. En 1869 agita las cabezas más sensatas, y apasiona los ecos exaltados de una minoría furibunda que sueña en el comunismo democrático, y llega hasta amenazar la seguridad y la propiedad, puestas por la Revolución en la línea de los derechos sagrados del hombre. ®

Entiendo por espíritu revolucionario, no el espíritu liberal que inspiró lo que actualmente se llama los *immor-*

tales principios de 1789. Cosa rara, pero que no se ha observado bastante: las bases de los derechos y de los deberes del hombre, puestas en el frontispicio de las constituciones de 1791, 1793 y 1795 son en realidad la manifestacion inconsciente del sentimiento cristiano, el anhelo espontáneo de una nacion que el cristianismo ha modelado, inspirado y dirigido durante largos siglos. Estas máximas fundamentales: *Todos los hombres nacen y mueren libres é iguales en derecho. Todo hombre puede empeñar sus servicios, su tiempo, pero no puede venderse ni ser vendido. No puede existir más que un compromiso de sumision y de reconocimiento entre el hombre que trabaja y el que le emplea. Todos los deberes del hombre y del ciudadano derivan de estos dos principios grabados por la naturaleza en los corazones: No hagas á otro lo que no quisieres que te hicieran á tí; haced constantemente á los otros el bien que quisierais recibir de ellos, etc.*, son máximas evangélicas. Su glorificacion es un homenaje involuntario quizás, pero real, á la dignidad, á la libertad y á la fraternidad cristianas. *Haced á los otros lo que quisierais que os hicieren.* Es tambien el heroismo de la caridad que Jesucristo vino á traer á la tierra. La vida de San Vicente de Paul, como la del divino Salvador, está contenida por completo en esta sola palabra: *pasó haciendo bien*, es decir, haciendo á los demás lo que habria querido que le hicieran. Y estos otros preceptos: *Vivir sujeto á las leyes y respetar á los que son sus órganos: Nadie es buen ciudadano, si no es buen hijo, buen padre, buen esposo, buen amigo: Nadie es hombre de bien, si no es franca y religiosamente observador de las leyes, etc.*, ¿no son por ventura ecos de las costumbres católicas?

Son exactamente los principios de 1789; pero no es esto lo que yo llamo espíritu revolucionario. Con este nombre comprendo en primer lugar la fatal tendencia que ha hecho suprimir de las constituciones, de las declaraciones de los derechos y de los deberes del hombre, toda mencion explícita de Dios y de Jesucristo para ir á parar á una invocacion tardía é hipócrita al Sér supremo. El Sér

supremo; ay! no era para quien le proclamaba más que la naturaleza ó el Dios impersonal de los panteistas. Llamo espíritu revolucionario á la negacion implícita de toda religion revelada, que supone la emancipacion comprendida bajo las exageradas palabras: libertad de pensamiento, libertad de exámen, libertad de conciencia, libertad de cultos, libertad de imprenta, etc., etc. Esta emancipacion no debia salir necesariamente de los principios del 89; al contrario, estos principios, é importa muchísimo consignarlo, eran la negacion de estos excesos. Efectivamente, por ejemplo, esta exageracion de la libertad de imprenta: *Todo ciudadano puede, pues, hablar, escribir, imprimir libremente, excepto la responsabilidad del abuso de esta libertad en los casos determinados por la ley*, ¿no está condenada previamente por esta definicion misma de la libertad: *La libertad no consiste sino en poder hacer todo lo que no dañe á otro*; y por este precepto de caridad: *No hagais á los demás lo que no quisierais que se os hiciere?* Efectivamente, ¿no es una justicia y una reparacion irrisorias para aquel contra quien se han desencadenado la maledicencia y la calumnia, ver á su adversario castigado con la libertad excesiva que se ha tomado? Es evidente que el insultado habria preferido mil veces que el ofensor se hubiese abstenido de calumniarle ó de ultrajarle.

Comprendo finalmente con el nombre de espíritu revolucionario las contradicciones lamentables que inducen á los gobiernos por una parte á separar la Iglesia del Estado, á negar el pago del culto de la mayoría de los ciudadanos, hasta despues de haber confiscado sus bienes; por otra parte, á reglamentar sacrilegamente los cultos, como lo hacia la asaz célebre Constitucion civil del clero; á suprimir las anatas y todo otro tributo pagado voluntariamente por los católicos al Jefe de la Iglesia; á someter á formalidades administrativas las relaciones de orden meramente espiritual del Supremo Pontífice con los Obispos y los fieles; á asimilar los votos de religion,

que no son más que el legítimo ejercicio de la libertad de conciencia, á compromisos contrarios á los deseos de la naturaleza del hombre; á negar explícita ó implícitamente el sacramento del matrimonio y autorizar el divorcio, etc., etc.

Hé aquí lo que entiendo por espíritu revolucionario. Definido de esta manera, ¿es una causa activa y evidente de la pérdida de la fe? ¿Deben ó pueden pactar con él los cristianos católicos? ¿Es permitido ser y llamarse católico liberal?

¿Puede suceder que estados ó sociedades se crean autorizados para permanecer civilmente fuera de toda creencia religiosa, en razon, por ejemplo, de la multiplicidad y diversidad de los cultos ó iglesias particulares, en razon tambien de las disposiciones actuales de la mayoría de los espíritus impacientes de todo yugo religioso? ¿Y de manera que la condicion normal de las sociedades sea la separacion absoluta de la Iglesia y del Estado, el abandono de todos los cultos á sí mismos, y el ejercicio legal de todas las libertades revolucionarias? ¿Es esta poco más ó menos la condicion de la América septentrional ó Estados Unidos de América?

¿Es la legislacion así establecida el bello ideal de las sociedades modernas? ¿Puede convertirse en objeto de los deseos de los católicos siquiera fervientes?

En el punto de vista cristiano ¿puede considerarse como un bien? Al contrario, ¿se la debe considerar en sí misma como un mal, y debe resignarse solamente á soportarla cuando se imponga forzosamente?

Admitiendo que sea un mal, y cuando no ha invadido aún todas las sociedades modernas, ¿no es justo y bueno que el Sumo Pontífice la anatematice, para detener un instante á lo menos el contagio?

Este programa es verdaderamente espantoso. No lo abordaré sin recordar principios que desgraciadamente ya no son de este mundo, y que sin embargo pueden solos justificar las soluciones impopulares que me veré forzado á dar á estas cuestiones ardientes.

Una vez más: *sursum corda*. El corazon arriba.

En concepto de la fe, el tiempo, la vida presente, los dones de la naturaleza y de la inteligencia, los beneficios de la educacion y de la civilizacion, la riqueza, la libertad, la ciencia, los progresos de la industria y de las artes, etc., etc., son bienes reales que aprecia, que tiende á procurar y procura, cuando no se ponen obstáculos á su libre expansion, pero bienes ó intereses secundarios, que se debe estar dispuesto á sacrificar á los bienes é intereses esenciales de la eternidad. *Quid hoc ad eternitatem...?* El gran precepto cristiano es este: *Buscad el reino de Dios y la justicia, y lo demás se os dará por añadidura*. Las grandes máximas cristianas que no deben olvidarse nunca son: *¿Qué sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? Si tu ojo te escandaliza, arráncalo y arrojalo lejos; vale mil veces más que muera uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea arrojado al fuego del infierno... Si tu mano derecha, si tu pié son para ti un motivo de escándalo, córtalos; vale mil veces más entrar en el cielo manco ó cojo, que ser arrojado con piés y manos á las llamas que no se apagarán jamás*. Jesucristo dijo tambien: *No traigo la paz sino la guerra. He venido á separar el hijo de su padre, la hija de su madre, la nuera de su suegro, el esposo de la esposa, porque sucede por desgracia á menudo que los de la familia del hombre son sus más crueles enemigos. El que no aborrece á su padre, á su madre, á su mujer, á sus hijos, á sus hermanos, á sus hermanas, y hasta á su alma, cuando son un obstáculo para su salvacion, no puede ser mi discípulo*. Y no está aquí todo: repitamos tambien el terrible anatema tan olvidado: *El que escandaliza al más pequeño de los que creen en mí, merece que se le cuelgue al cuello la muela que hace rodar el asno, y que se le arroje al profundo de los mares*. En épocas de fe, el gran grito de los cristianos era: **CORTA Y QUEMA EN ESTE MUNDO QUE PASA, Ó DIOS MIO, CON TAL QUE ME PERDONE EN LA ETERNIDAD.**

Y obsérvese bien que no es solamente la Iglesia católica, sino que es el Evangelio, es Jesucristo quien nos im-

pone como un deber sagrado el defender nuestra fe y la de los demás á costa de todos los sacrificios en caso necesario. Nadie tiene el derecho de decir que Jesucristo es dulce, que el Evangelio es bueno, que sólo la Iglesia fué cruel. El temible dogma que manda sacrificar su propia vida, todo lo que hay de más excelente y precioso en el mundo, y con mayor motivo unos bienes secundarios, cuando se convierten en obstáculo para la salvacion, es un dogma cristiano y evangélico.

Tomad al cristianismo tal cual es, ó desechadlo sin ni siquiera discutirlo. Para los que no creen en la vida futura, en el cielo, en el infierno, el cristianismo no tiene objeto, no existe, no debe existir. Pero los que creen en Jesucristo, en la inmortalidad de las almas, en la eternidad feliz ó desgraciada, estarian en abierta contradiccion consigo mismos y con su fe, si vacilaran en sacrificar á la vida futura, cuando es necesario, la vida presente con todos sus bienes, los derechos del hombre, la libertad, la fortuna, etc., etc.

Aquí está toda la filosofía del cristianismo.

Colocándonos en este punto de vista, veremos desvanecerse todas las dificultades. La separacion de la Iglesia y del Estado, el Estado ateo, la igualdad de todas las creencias ante la ley, la libertad de cultos, la libertad de pensamiento, la libertad de exámen, la libertad de conciencia, la libertad de imprenta, etc., etc., pueden ser una necesidad de los tiempos, en razon del estado de los ánimos y de las voluntades; pero evidentemente, esta necesidad sirve mal á los intereses eternos de los pueblos.

Esta sed de independenciam prueba demasiado ¡ay! que la fe está menguada, y el satisfacerla es realmente quererla menguar aún. Hasta podria decirse sin exageracion que este estado de los ánimos es ya el triunfo definitivo de la vida presente sobre la futura, del tiempo sobre la eternidad.

Querer forzar á la fe á reconocerla y proclamarla como

el orden normal y regular de las sociedades cristianas, equivaldría á condenarla fatalmente á renegar de sí y suicidarse.

La Iglesia católica, depositaria é intérprete de la fe, fué instituida por su divino Fundador con el solo objeto de que sus *fieles discípulos encuentren por ella y en su seno los medios propios para llevarlos al cielo*. No existe, pues, sino con el objeto de la salvacion de las almas y en vista de la eternidad. Quitad la eternidad, quitad la salvacion de las almas, y la Iglesia no tiene ya ninguna razon de ser. ¿Cómo, pues, aceptaria ella, cómo no rechazaría con divina energía lo que la haría mentir á sus celestiales destinos, lo que la pondría más y más en la imposibilidad de salvar á las almas que su divino Fundador le confió?

Y nótese bien que no es el hecho, sino el derecho ó el principio, lo que la Iglesia no puede aprobar y lo que rechaza.

Que un gobierno que se da todavía el nombre de cristiano, decrete la separacion absoluta de la Iglesia y del Estado, la igualdad de todos los cultos ante la ley, el pleno ejercicio de todas las libertades; hé aquí el hecho. Que la separacion de la Iglesia y del Estado, que la igualdad de todos los cultos ante la ley, el pleno ejercicio de todas las libertades sean un bien, caractericen un gobierno más perfecto, porque dan satisfaccion á las exigencias de los pueblos y de los tiempos, es la cuestion de derecho ó de principio. La Iglesia abandona el hecho á la responsabilidad de los gobiernos, no sin haberles advertido caritativamente del peligro: lo acepta cuando está realizado. En cuanto al derecho ó al principio, esta emancipacion absoluta del Estado y de los individuos es fatal, y debe declararlo en voz alta. Los adversarios de la Iglesia son los primeros en reconocer que el derecho nuevo le es hostil. No lo piden á voz en cuello, no se insurreccionan para conquistarlo, sino para llegar á desembarazarse de ella y hacerle perder su dominio sobre las inteligencias y los corazones. Exigir de

ella que los aprobara equivaldria, pues, á forzarla á apostatar cobardemente. Mil veces más valdria usar contra ella de todas las medidas de rigor. En una palabra, pretender hacerla salir de la cuestion de hecho, hacerla entrar en la cuestion de derecho, seria una odiosa tiranía, un atentado evidente contra la libertad de conciencia y contra la fe.

Un gobierno liberal ó hasta revolucionario es una de las fatales necesidades de nuestra época, porque la masa de los individuos no quiere ya ser gobernada de otra manera. Constituido sobre todo el poder civil para administrar los intereses materiales y morales, se ve forzado á veces á ceder á exigencias, que, si no se satisficieran, le harian odioso é imposible. ¿Se insurreccionará la Iglesia contra estas fatales concesiones? ¿Armará á sus hijos contra estos gobiernos revolucionarios? ¿Los excomulgará? ¿Dispensará de la obediencia que se les debiera? ¿Les hará rehusar el juramento de fidelidad? ¡Oh no! No dejará ella de ver en esos poderes rebeldes los depositarios de la autoridad divina, y dirá á sus hijos: «Someteos á las autoridades que os gobiernan, porque no hay autoridad que no venga de Dios. Quien resiste á los poderes establecidos resiste á la orden de Dios, y el que resiste á la orden de Dios atrae sobre él la condenacion. Someteos no solamente por temor del castigo, sino por conciencia. Pagadles el tributo como á los ministros de Dios, porque le sirven gobernando. Dad á cada uno lo debido: el impuesto á quien tiene derecho de establecerlo, el arbitrio á quien tiene el derecho de cobrarlo, el temor á quien está en posicion de inspirarlo, el honor á quien lleva las insignias de la autoridad.» Mientras que los gobiernos no exijan nada contrario á la fe ó á la salvacion eterna, encontrarán en los hijos de la Iglesia católica sus súbditos más fieles, más prontos á someterse á las leyes. Si lo que se les manda es contrario á su fe, se negarán, ó se les oirá repetir este grito de los Apóstoles: ¡NO PODEMOS! Para nosotros es un deber sagrado obedecer á Dios antes que á

los hombres.—Pero no se sublevarán, no se armarán; al contrario, se dejarán degollar, aún cuando fueran una legion, la legion tebana ó fulminante.

Cedan, pues, los gobiernos, si á ello se creen forzados, á la fatalidad que los arrastra, constitúyanse revolucionariamente, den vuelo á los derechos del hombre en toda su plenitud y exageracion, no se armará la Iglesia con espada, ni siquiera espiritual. Si la libertad consiente á extenderse hasta ella, no se moverá la Iglesia; se doblegará todo lo que sea necesario al nuevo orden de cosas; se reducirá su puesto tanto como se quiera, dichosa con dedicarse aún á la mayor gloria de Dios, á la salvacion de las almas y al mismo bien de los gobiernos.

En resúmen, la Iglesia acepta el hecho con resignacion, porque el hecho debe sufrirse, y su mision divina le impone un deber riguroso de procurar la salvacion de las almas bajo todos los gobiernos; pero queda inflexible acerca de los principios.

Un publicista eminente felicitaba pocos meses há á un religioso francés, á quien el liberalismo moderno ha fatalmente llevado á sacudir estrepitosamente el yugo de la obediencia, por haber ido á respirar el aire más propicio *de un país en donde la Iglesia tolera la libertad*. Habria debido decir *de un país en donde la libertad tolera á la Iglesia*. Efectivamente, la Iglesia ha tolerado siempre la libertad civil como un hecho dependiente de la voluntad de los gobiernos y de los pueblos, pero la libertad ¡ay! que degenera casi infaliblemente en licencia, no la ha tolerado la Iglesia siempre, ni está ahora más dispuesta tampoco á tolerarla que en tiempos pasados. Obstínase, al contrario, en considerarla como á su más mortal enemiga, y hasta quisiera obligarla á la más tonta de las apostasias. No le basta que los católicos acepten el hecho de su gobierno revolucionario; quiere absolutamente, y hay católicos bastante cándidos para dejarse arrastrar á esta fatal abdicacion, que proclaman contra su razon, su conciencia y su fe, el derecho ó la legitimidad de esta emanci-

pacion absoluta de las inteligencias y de las voluntades.

La Iglesia representada por su jefe infalible no hará jamás lo que han podido hacer algunos católicos engañados; y los mismos que parecen querer hacer violencia, aprueban en el fondo su resistencia enérgica, y la despreciarían si llegara á flaquear. Aquel día, por lo demás, habría cesado de existir la Iglesia católica. En lugar de obligar á esta madre incomparable á glorificar un orden de cosas que lleva inevitablemente á la pérdida universal de la fe y de las almas, bendicidla por tener el valor de declararos sin rodeos que un gobierno, en que los intereses sobrenaturales de los pueblos y de los súbditos están gravemente comprometidos, es un gobierno menos favorable hasta para los intereses materiales. Si Dios no guarda la casa, la ciudad, el gobierno; el gobierno, la ciudad, la casa estarán mal guardados.

Para hacer más palpable la inconsecuencia de las inteligencias alucinadas que quisieran ver á la Iglesia aprobando y estimulando su liberalismo, séame permitido invocar una comparacion pasmosa sacada del Evangelio. El hijo pródigo se acerca un día á su padre y le dice: «Padre mio, el fastidio me mata en la casa paterna; esta vida regular y monótona se me ha hecho insoportable; dadme lo que me legó mi madre y la posesion de vuestra herencia que debe corresponderme, é iré á una region lejana á satisfacer libremente los deseos de mi corazon: El padre, que temia irritar á su hijo muy amado é impelerle á cosas extremas si se mostraba inflexible, le dió lo que le pertenecía. La antigua leyenda lo muestra introduciendo al joven insensato en la sala de las alhajas de la familia, y partiéndolas generosamente con él. Partió el pródigo, llevándose lo que poseía; y apenas pasaron algunos años, cuando, despues de haberlo disipado todo en una vida de licencia y orgías, cae en profunda miseria, vende vergonzosamente sus servicios, acepta la condicion de guardar cerdos, y se encuentra reducido á envidiar los restos que se echaban á su vil piara. En el mundo político así como

en el individual, la libertad está muy cerca de la más odiosa esclavitud. El 89 se da la mano con el 93. El pueblo soberano es muy pronto el pueblo explotado por tiranos sanguinarios. Mirabeau y Robespierre se dan la mano.

Pero volvamos á nuestra comparacion. ¿Qué se diría si moralistas complacientes se atrevieran á afirmar que el padre del hijo pródigo no habia hecho bastante aún; que no debía limitarse á partir con su hijo la herencia de la familia; que además debiera haberle alentado á seguir el camino deplorable que emprendia? Tú tienes razon, hijo mio, la casa paterna es harto fastidiosa, el yugo de la virtud es demasiado pesado; es preciso disfrutar en la juventud; parte, diviértete, suelta la rienda á todas las pasiones; entrégate sin remordimientos á las exigencias de las cortesanas; inscribe tu nombre en los fastos del libertinaje, y desciende hasta el nivel de los más viles libertinos. Pues bien; los revolucionarios y algunos católicos quieren por desgracia imponer por fuerza á la santa Iglesia de Jesucristo ese papel infame, que los más depravados no se atreverian á aconsejarlo al padre del hijo pródigo.

Las naciones modernas le piden con grandes gritos que rompa los lazos ya muy flojos, sin embargo, que las unen aún á ella; no quieren más concordatos, reclaman á voz en cuello la separacion de la Iglesia y del Estado, la odiosa quimera de la Iglesia libre, es decir, de la Iglesia despojada de todos sus bienes, de todos sus privilegios y de todos sus derechos, en el Estado libre, es decir, en el Estado ateo y déspota; la igualdad de todos los cultos ante la ley; todas las libertades, en fin, que se reducen en último análisis á la libertad de los malvados y del mal.

La Iglesia, porque su responsabilidad se extiende á todos, y tiene cura de almas para la eternidad, opone naturalmente más resistencia que el padre del hijo pródigo, cuya tutela tenia simplemente por objeto proteger los intereses materiales y morales de su hijo. Arroja un grito de terror; lanza sus encíclicas, formula su *Syllabus*, re-

cuerda los oráculos de la eterna Verdad, señala los escollos ocultos, muestra el abismo abierto bajo los pasos de los novadores. ¿Puede obrar de otra manera? ¿No la despreciaríais si pactara con la rebelion, si dejara libre paso al torrente de la independencia y de la incredulidad, si no protestara contra doctrinas que evidentemente no tienden á nada menos que á imposibilitar el cumplimiento de su mision divina, la salvacion de las almas, si no estigmatizara unas reformas temerarias que no se reclaman sino para llegar á oprimirla?

Todo lo que ella puede hacer es que tolere esas doctrinas, esas reformas, si se las hace pasar al estado de leyes; que se resigne á ellas y se acomode á las mismas lo mejor que pueda.

Ved la América septentrional. Todo está consumado allí. La separacion é independencia mútua de la Iglesia y del Estado están francamente aceptadas, todas las libertades reinan como soberanas, pero la Iglesia católica no se queja, y trabaja activamente, eficazmente para la salvacion de las almas; y el gobierno, antiguamente tan intolerante, ensalza sin respeto humano los inmensos servicios prestados por los jesuitas á los soldados de sus ejércitos, les da gracias con efusion por haberles enseñado á soportar sin murmurar privaciones casi superiores á fuerzas humanas. Al mismo tiempo, tambien, la Prusia protestante bendecia á las hermanas francesas de la caridad por los cuidados que habian prodigado á los heridos en los campos de batalla y en sus hospitales, con admirable heroismo. Sin embargo, el liberalismo francés persigue con tanto odio á estos mismos jesuitas, á estas mismas hermanas de la caridad. Este año se ha reunido un concilio nacional de todos los obispos católicos de los Estados Unidos en Baltimore, y ha guardado el más absoluto silencio acerca de todo lo tocante á la política, á los gobiernos y á los gobernados.

¿Proseguirá y continuará el Concilio general del Vaticano, reunido en Roma, la santa y fuerte obra de Pio IX?

¿Hará suyo el *Syllabus*? Los revolucionarios lo temen, y dejan ya oír gritos de ira y venganza. Los gobiernos inquietos se mantienen á la defensiva, y se reservan el derecho de protestar cuando llegue el momento. Los católicos liberales participan de las inquietudes pusilánimes de los gobiernos, y conjuran á la Iglesia para que no rompa los últimos lazos que, dicen ellos, unen aún á ella las generaciones nuevas. Su timidez, consecuencia fatal de una fe excesivamente menguada, les ciega hasta el punto de que ya no distinguen entre el derecho y el hecho, entre la teoría y la práctica, entre los principios y las personas; lo que les reduce á dar el doloroso y escandaloso espectáculo de una desconfianza alarmada de los oráculos del Espíritu Santo. Muy culpables serian si no supieran que condenando nuevamente los errores del *Syllabus*, no tendrá en manera alguna el Concilio la pretension de hacer violencia á los gobiernos y á los pueblos. No. Les dejará libres para ceder al torrente que los arrastra, pero á lo menos habrá cumplido con su deber, mostrando con el dedo los terribles escollos contra los cuales iria á estrellarse la fe del mayor número, previniendo los ánimos prudentes contra los inminentes peligros de una legislación que parece más conforme con las necesidades de los tiempos, porque estos tienden desgraciadamente á la incredulidad, al odio de todas las verdades, al amor de todos los errores; mostrándose asustada de reformas que sus partidarios piden á gritos, porque comprenden que les libran de la influencia detestada de la Iglesia.

Si, si se estremecen las naciones, si los pueblos meditan siniestras conspiraciones, si los reyes y los príncipes se conjuran contra Dios, contra el Cristo y su Iglesia, es porque hemos alcanzado los tiempos de los que decia el grande Apóstol á su fiel discípulo Timoteo: *Los hombres ya no tolerarán las sanas doctrinas; estimulados por deseos insensatos y una comezon enfermiza de los oídos, se rodearán de maestros de su agrado y se volverán hácia las fábulas.* Esos maestros que meten tanto ruido en la tribuna

de las reuniones públicas y en los periódicos, son exactamente aquellos cuyo retrato hizo san Pablo: *amadores de sí mismos, codiciosos, arrogantes, orgullosos, blasfemadores, impacientes de todo yugo, calumniadores, duros, sin corazón, sin bondad, insolentes, etc.* Y si Pio IX hace resonar la voz de un pastor vigilante, no hace más que cumplir la orden dada por el grande Apóstol: *Advierte, insiste oportuna é inoportuna, reprende, suplica, amenaza con paciencia, con doctrina, con autoridad.*

Hay también un principio que importa recordar antes de probar directamente por algunas consideraciones rápidas cuán peligrosos son para la fe los supuestos beneficios que las sociedades modernas piden con tanta instancia.

Hemos consignado ya que la fe es un tesoro incomparable, y muy pronto lo consignaremos mucho más aún, pero traemos este tesoro en vasos excesivamente frágiles. Si la carne está pronta, el espíritu es ligero, y la fe se pierde más fácilmente quizás que la inocencia, que un soplo puede sin embargo empañar. De la fe sobre todo puede decirse: quien ama el peligro, perecerá. Ved á Pedro, tan presuntuoso y tan seguro de sí mismo, y la voz de una criada bastó para hacerle infiel; afirma con juramento, con anatema, que jamás conoció á Jesucristo; y le adoraba, exclamando: Tú eres el Cristo hijo del Dios vivo; tú tienes la palabra de la vida eterna.—Una vacilación, una duda voluntaria hacen perder á veces en un instante el don sobrenatural de la fe. Luego, puesto que es absolutamente necesaria, puesto que el que no cree en el Hijo único de Dios, está ya juzgado, que no verá la vida, que la ira de Dios descansa en él; se necesita absolutamente que todos nosotros estemos en la disposición fuerte y generosa de proteger nuestra fe por las precauciones más delicadas, de hacer todo cuanto podamos para que no esté comprometida, de estar prontos á sacrificar todo lo que pudiera amenazarla de cerca ó de lejos. Examinemos con esta luz divina y pura, que da á los obje-

los sus verdaderos colores, las ideas revolucionarias que tanto enamoran al siglo XIX. Separación de la Iglesia y del Estado, libertad é igualdad de cultos ante la ley, libertad de exámen, libertad de conciencia, libertad de imprenta.

Para nosotros, todo esto son al mismo tiempo efectos funestos y causas activas de la pérdida de la fe.

La separación de la Iglesia y del Estado. ¿Cuál es el orden natural de las ideas en materia de gobierno? El ser que ha sido el objeto inmediato y último de la voluntad divina, el ser que Dios ha criado para su gloria, que destinó á una dicha eterna, es el *individuo* ó el hombre individual. Para el individuo, ha constituido Dios el padre y la madre, ó la *familia*, que es de derecho divino. Las familias, como los individuos, dan nombre por su esencia á la *sociedad*. La sociedad establece entre los individuos y las familias *intereses privados y comunes* que deben ser *regulados y asegurados*. La necesidad de ese reglamento, de esa seguridad, lleva consigo la existencia de un poder superior ó *gobierno* que presida al conjunto de las familias. El gobierno no es esencialmente, como la familia, de derecho divino, ni es en manera alguna indispensable que, como los jueces y los primeros reyes de Israel, sea instituido inmediatamente por la voluntad del mismo Dios; puede serlo por la voluntad comun de las familias y de los individuos que gobierna. Pero ninguna persona racional negará que la autoridad ejercida por un poder cualquiera es necesariamente una emanación, una delegación de la autoridad divina; que todo poder debe gobernar en nombre de Dios, que ha creado los intereses privados y comunes, de Dios, origen de todo ser y de toda autoridad, de Dios, que sanciona, asegura y vengá todos los derechos.

Dios, el INDIVIDUO, la FAMILIA, el ESTADO, hé aquí, pues, el orden inmutable que la razón debe reconocer y confesar, que la voluntad debe aceptar y respetar. Los gobiernos pasarán, la familia pasará, Dios y el individuo quedarán solos eternamente. El individuo debe tender hácia

Dios que es su fin; la familia debe ayudarle en esta tendencia divina, que es el derecho de Dios y el deber del individuo; el gobierno ó el Estado debe hacer posible y fácil á la familia esta santa tutela, que es el derecho del individuo y el deber de la familia. Entre el Estado y el individuo, hay, pues, la familia, y es absurdo decir que el individuo pertenece al Estado, como fuera absurdo decir que el fin pertenece al medio.

Los deberes del Estado nacen radical y exclusivamente de los intereses privados ó comunes de las familias y de los individuos; les son correlativos. En general, no hay más poder que el que es imperiosa y estrictamente necesario para hacer eficaces el reglamento y la seguridad de dichos intereses; va más allá de sus derechos, usurpa, desde que manda ó prohíbe fuera de los intereses privados y comunes; comete una injusticia más ó menos irritante, se hace tirano, cuando los desprecia ó pisotea.

Un gobierno perfecto será evidentemente aquel, que, tomando al hombre en su síntesis, tal como está presentado y definido por la naturaleza, la razón y la fe, el hombre material y espiritual, el hombre del tiempo y de la eternidad, de la naturaleza y de la gracia, el hombre, en una palabra, de los intereses materiales, morales, religiosos y sobrenaturales, quiere, por todo su poder, regular y asegurar igualmente esos intereses diversos y múltiples, que son para él sagrados en igual grado. Tal fué, por ejemplo, en los siglos XVI y XVII, el gobierno que hizo á la España tan santa, tan fuerte y tan grande.

En un gobierno perfecto, la religión conocida y aceptada, como única verdadera y divina, por el conjunto de las familias, es ley del Estado; no en el sentido de que la ley pueda entrar en el dominio íntimo de la conciencia, prescribir actos interiores, castigar infracciones que no se manifiestan exteriormente, porque el santuario de la conciencia no es gubernamentalmente accesible más que á Dios; sino en el sentido de que toda desobediencia á la religión manifestada por actos exteriores se hace justiciable

por las leyes; que la ley debe castigar un atentado exterior contra la fe de un individuo, como castiga el atentado cometido contra su honra ó contra sus bienes. En un gobierno semejante, un poder ó tribunal intermedio entre el Estado y el individuo, que tenga por misión conocer, por medios legítimos y honestos, infracciones exteriores de la ley religiosa, juzgarlas y castigarlas, es también tan natural y lealmente instituido, como los tribunales llamados á perseguir los delitos contra las personas, su reputación ó su fortuna. En este orden de cosas también, el individuo que denuncia al que no ha temido tender lazos á su fe, está igualmente en su derecho, que el que denuncia el atentado cometido contra su persona ó contra sus bienes.

¿No es evidente por sí mismo, y no lo prueba de sobra la historia, que un gobierno perfecto, tal como acabamos de definirlo, es eminentemente favorable á la fe, que tiene de eficazmente á conservarla y hacerla aumentar, que existe hácia ella entonces una especie de atracción universal é irresistible? Pero desgraciadamente el reino del bien, como el de Dios, no es de este mundo, y la corrupción de lo óptimo se convierte fatalmente en la peor de las corrupciones, *corruptio optimi pessima*.

Cuando la religión ha cesado de ser una en un país, cuando la fe ya no es general, cuando la preponderancia de los intereses sobrenaturales ó eternos está puesta en duda, sucede que los gobiernos no quieren ó no pueden ya considerar más que al hombre del tiempo y á sus intereses materiales y sociales, y de ninguna manera al hombre de la eternidad. El Estado no ve ya en el hombre más que su presente, su fortuna, su honra, y no quiere ya ocuparse en manera alguna de su fe y de su inmortal porvenir. Éntrase entonces más ó menos francamente en el régimen de la separación de la Iglesia y del Estado, de la igualdad de todos los cultos ante la ley, etc., etc. ¿Quién pudiera negar que esta secularización más ó menos absoluta de la legislación es mucho menos favorable al ejerci-

cio de la fe, aunque muchísimos hechos más claros que la misma luz no lo probaran del modo más innegable?

Por la misma razón de que el gobierno, que es la autoridad suprema, se constituye igualmente ateo, guarda entre todos los cultos una neutralidad oficial, no se ocupa tampoco del hombre religioso como si no existiera, etc.; la fe y los intereses sobrenaturales descienden al último lugar, y ceden el paso á los intereses materiales y sociales. La negación, ó si así se quiere, la indiferencia del Estado tiende invenciblemente á convertirse en la negación é indiferencia de las familias y de los individuos. La fe mengua y se pierde en proporción y con rapidez verdaderamente desesperadoras; pero al mismo tiempo la autoridad ejercida por el Estado pierde parte de su poder y prestigio. Ya no tiene en igual grado el carácter de autoridad divina; ya no es, si puede expresarse así, un dogma visible y palpable, sino solamente un hecho de fuerza material; aflójanse los lazos que la unen á las familias é individuos, afirmase cada día más la anarquía y corre peligro el orden social.

Sin embargo, como por una parte este gobierno meramente humano no es esencialmente malo, y por otra parte es quizás el único posible en adelante, creemos necesario recordar las condiciones con que mantendrá el orden y cumplirá su misión providencial, es decir, los principios que deberán presidir en su ejercicio regular.

I. Luego que una acción, sea cual fuere, no es en manera alguna contraria á los intereses privados y comunes, queda por derecho cierto é inviolable de los individuos y de las familias. El Estado no puede sin cometer un crimen dificultar el ejercicio de dicho derecho; puede solamente y debe vigilarlo, al objeto solamente de que no llegue jamás á ser contrario á los intereses de todos y de cada uno, y sería ilegal todo otro medio de vigilancia. Si un tercero pretende oponerse al ejercicio de este derecho legítimo, el Estado debe castigarle.

II. Por lo mismo que el Estado abdica relativamente

ciertos intereses que no quiere ni debe reglamentar, los derechos relativos á estos intereses vuelven á la familia y al individuo, y es un deber riguroso para el gobierno asegurar plenamente á la familia y al individuo el libre ejercicio de estos derechos.

III. Cuando un gobierno ha repudiado lo concerniente á los intereses sobrenaturales que reconoció, por consiguiente, la libertad de conciencia, la igualdad de todos los cultos ante la ley, prevarica si deja que los hombres investidos de su poder ataquen un culto cualquiera, y su falta será mayor, si el culto atacado es la religión de la mayoría de las familias que gobierna.

IV. La intervención del Estado en la Iglesia debe ser enteramente exterior ó material; habrá en ella usurpación, violencia, y por consiguiente, peligro, todas las veces que, en sus relaciones con la Iglesia y los diversos cultos, salga el gobierno de la esfera de los intereses materiales y civiles, que es su dominio único y absoluto.

En el orden de cosas lógico y consiguiente consigo mismo, que acabamos de definir, las diversas comuniones religiosas conservarán plenamente su independencia; el mismo Estado ejercería más libremente su autoridad suprema; conservaría sobre todos los cultos la vigilancia paternal, cuyo único efecto debe ser proteger los intereses materiales y morales de que es árbitro supremo. La Iglesia, como los consistorios, como las sinagogas, no sería ya un Estado en el Estado; el obispo, el presidente del consistorio y el gran rabino no tendrían poder sino en una esfera en que el gobierno no puede ni debe penetrar. Fuera de esta esfera, se convertirían en simples individuos ó súbditos, para quienes no es en manera alguna necesario crear la jurisdicción excepcional del Consejo de Estado, y que serían justiciables por los simples tribunales, cuando, de una manera cualquiera, hubiesen atentado, en el orden material ó moral, contra los derechos del gobierno ó de los terceros.

Si en Francia fuera posible este orden de cosas, si el go-

bierno, despues de haber restituido al clero católico una parte suficiente de los bienes de que la revolucion le despojó violenta é injustamente, dejándole la facultad de adquirir y poseer, pudiera habituarse á tener la balanza exactamente en el fiel; si antiguas y mezquinas tradiciones no le impusieran prevenciones injustas, si el respeto de los derechos de cada uno pudiera entrar en nuestras costumbres, la fe ganaria quizás á la libertad, mientras que ahora está demasiado á menudo comprometida y ahogada bajo el régimen inconsecuente y perseguidor de la inmixtion del Estado en el gobierno de la Iglesia.

Por razon de la suerte que su origen y su fin sobrenaturales le constituyen necesariamente en la tierra, suerte que su divino Fundador ha como consagrado por esta profecía dolorosa: *Servís hasta el fin de los siglos objeto de odio por mi causa*, tiene tanto que temer del favor como de la repulsion de los poderes constituidos. Poco le faltó para que no expiara cruelmente en 1830 las simpatías del gobierno de la Restauracion; y las desconfianzas del gobierno de Julio le valieron en 1848 una ovacion popular, cuando pudiera haberse prometido violentas persecuciones.

Una sociedad franca y ámpliamente liberal, tal como la hemos definido, será un terreno neutral que la Iglesia cultivará con éxito, salvando á las almas y consolando todos los dolores.

Esto es lo que se realiza en América, en donde la libertad, menos bella no obstante de cerca que de lejos, se extiende á la religion. «En 1785, escribia recientemente el corresponsal del periódico el *Univers*, habia doscientos católicos en Nueva-York; ahora somos cien mil. Ved del Norte al Sur el cinto con que Dios adorna el Atlántico, y que del Maine al Tejas encierra joyas que deben ser la admiracion del cielo. ¡Qué luces divinas arrancan de estas sedes episcopales, establecidas por los sucesores de san Pedro...! Ved empero más lejos la luz de la fe que derrama sus rayos por la llanura infinita. ¡Albani, Rochester, Buffa-

lo, Cincinnati, San Luis! Y más lejos, más allá, detrás de los grandes lagos, en las praderas sin fin, en medio de las Montañas Peñascosas, hasta en los desiertos sin nombre que hasta entonces sólo habian pisado las fieras, en todas partes se establece la Iglesia; y muy pronto, no lo dudamos, habrá convertido todas las pobres sectas, cuyos miembros más distinguidos vienen cada dia á reunírseos para apagar su sed en la fuente de vida, que en vano buscan en otras partes.»

Sí, pero con el régimen de emancipacion del Estado y de libertad absoluta, la fe cristiana, fuera de la Iglesia católica, no es más que una palabra, la violencia y la inmoralidad se desbordan y la tierra tiembla debajo de sus piés.

Aquí podríamos hacer alto, y dispensarnos de probar, lo que es más evidente que la luz, que todas las inspiraciones del espíritu revolucionario, la libertad de exámen, la libertad de conciencia, la libertad de imprenta, la libertad de asociacion, etc. etc., son verdaderos peligros para la fe. Añadamos sin embargo dos palabras.

Libertad de exámen. Los incrédulos pretenden que se deben examinar y comparar todas las religiones, todos los sistemas, para llegar á la verdad. Olvidemos que esta comparacion y discusion son superiores á las facultades de la inmensa mayoría de los hombres. Parécese esto á un médico, que condenara á su enfermo á probar todos los alimentos sanos ó malsanos para llegar á descubrir el mejor régimen. Equivale esto á que antes de creer en el testimonio de los sentidos, se nos condenara á refutar todas las objeciones de los idealistas. Quieren tambien que antes de admitir un dogma, comience cada uno por examinar si es verdadero ó falso en sí mismo para juzgar si Dios lo ha revelado, lo que es no menos absurdo, porque Dios tiene el derecho de revelarnos lo incomprendible, y él mismo es un profundo misterio. Afirman los protestantes que para saber si un dogma es revelado, debe el fiel ver por sí mismo si está ó no enseñado en la Sagrada Escritura. ®

Esta investigacion es superior á sus fuerzas y le lleva á los más contradictorios errores. Tertuliano lo dijo hace ya mil seiscientos años: «Quien busca la verdad no la tiene aún, ó la perdió ya. Quien busca el cristianismo no es cristiano; quien busca la fe es infiel. Si deben discutirse todos los errores del universo, buscaremos siempre y jamás creeremos.» La libertad de exámen no es en realidad más que la negacion y la ruina del catolicismo, que es esencialmente la religion de autoridad. La historia está llena de esta gran leccion.

Libertad de pensar. La libertad de no creer nada y de no tener ninguna fe, no es lo solo que hay en el espíritu del siglo, sino tambien el derecho de predicar la incredulidad, de hablar, escribir y publicar invectivas contra la religion, de declamar contra las leyes y contra el gobierno. Quiérese además que dicha libertad sea un derecho natural, que no puede dificultarse sin absurdo é injusticia. Es siempre la negacion absoluta de toda autoridad y de toda religion.

Libertad de conciencia. En el sentido que le da el espíritu revolucionario, no seria solamente el derecho que se atribuirian algunos ciudadanos de servir á Dios en particular, como ellos lo entienden; sino la libertad para todos los disidentes de establecer una religion nueva, de ejercerla públicamente, de levantar altar contra altar. Esta lucha de las religiones es evidentemente el menoscabo de todas. Y por otra parte, la libertad de conciencia no es para el error más que una palabra. Donde quiera que el protestantismo y el calvinismo han sido dueños absolutos, en Escocia, Suecia, Dinamarca, Noruega, no han tolerado ningun ejercicio de la religion católica. Raro espectáculo, la Francia, nacion católica, tiene para todos los demás cultos cristianos la más entera tolerancia, y sufre que en naciones protestantes, aliadas y amigas, la religion católica esté puesta fuera de la ley.

Libertad de imprenta. Debe tolerársela, ¿pero quién podría ni se atreveria á negar que es el triunfo de los malos

y de las malas doctrinas, la opresion de los buenos, de la verdad y de la virtud? Sólo la han reclamado imperiosamente los enemigos de Dios y de la sociedad, y la ejercen con espantosa tiranía. La libertad de imprenta es el error y el vicio lanzados cada día á los cuatro vientos cardinales; es la atmósfera continuamente apestada de gérmenes corrompidos y corruptores de las inteligencias. ¡La libertad de imprenta! Crea á las almas honradas y cristianas una situacion verdaderamente horrible. Por cierto que es excelente cosa la instruccion primaria, saber leer, escribir y contar. En una época en que los buenos libros circulaban casi solos, ó en que los malos libros eran la excepcion, como tambien en un país en que se comprendieran las obras elementales sin poder entender nada de la lengua de los prosistas, poetas, escritores, periodistas, no presentaba más que ventajas la instruccion elemental, y el clero era su más ardiente promovedor. Ahora en que abundan con exceso las producciones de una literatura impía, impura y subversiva, que más y más desencadenada la libertad de imprenta va multiplicando continuamente sus producciones deletéreas; en un país tambien como Francia, en que el niño que sabe el catecismo, se halla en estado de comprenderlo todo, la instruccion, sin dejar de ser excelente en sí misma, se convierte en agente fatal de propaganda desastrosa. ¡Á cuántos millares de almas hace perder la inocencia y la fe cada año la lectura de obras irreligiosas, de novelas inmorales! ¡Cuántas inteligencias se pervierten cada día por la lectura de los periódicos revolucionarios ó incrédulos! Y se quiere que no estemos aterrorizados!

La depravacion de la gente campesina aumentaba en proporciones de tal manera alarmantes, que conmovida la Asamblea nacional votó por una inmensa mayoría la ley del contraste y del buhonero. ¿Es creíble? Esta ley tan necesaria y que habia sido un grande alivio para las almas, no diremos cristianas, pero honradas, se ha hecho

ahora odiosa, insoportable, y el solo anuncio de retirársela excita trasportes de alegría verdaderamente satánica. Me detengo quebrantado y triste. Las pretensiones y exigencias de mis adversarios prueban de sobra la verdad de mi tesis. No quieren la libertad de imprenta, sino porque saben que muy pronto habrá maltratado á la fe.

En presencia de estas verdades innegables, de estos primeros y evidentes principios, séame permitido pedir justicia por las iras que acogieron la publicacion del *Syllabus* del inmortal Pio IX. Me bastará enumerar las proposiciones que más escandalizaron á los espíritus débiles é irritaron á los malos para hacer sentir, así lo espero, su arrebató irracional. Probaré al propio tiempo que si el concilio del Vaticano se asocia á los anatemas de Pio IX, cumplirá un deber sagrado, y no reprobará más que lo que debe reprobár. Obrando de esta manera, no quitará á los gobiernos nada de la autoridad de que tan celosos están, y les dejará su libertad de accion, porque no se declarará enemigo sino del principio y de ninguna manera de los hechos realizados ó por realizar.

Proposicion VI. «*La fe de Jesucristo es enemiga de la razon humana; y la revelacion divina no sólo no sirve de nada, sino que perjudica tambien á la perfeccion del hombre.*» Mentira declamatoria é impía.

Proposicion VIII. «*Como la razon humana corre parejas con la misma religion, las ciencias teológicas deben ser tratadas por igual que las ciencias filosóficas.*» Exageracion irracional condenada por el mismo positivismo.

Proposicion XV. «*Todo hombre es libre de abrazar y profesar la religion que está persuadido de que es la verdadera, dejándose guiar por la luz de la razon.*» Es el libre examen, negacion implícita de la fe.

Proposicion XXXIX. «*El Estado, que es el origen y la*

fuelle de todos los derechos, goza de un derecho que no admite límites.» Usurpacion insensata.

Proposicion XL. «*La doctrina de la Iglesia es contraria á los bienes é intereses de la sociedad humana.*» Afirmacion gratuita y odiosa, desmentida por la razon y los hechos.

Proposicion LV. «*La Iglesia debe estar separada del Estado, y el Estado separado de la Iglesia.*» La separacion se hará con gran perjuicio de la Iglesia y del Estado (1). El Sumo Pontífice Gregorio XVI, con la bula *Mirari vos* del 15 de agosto de 1832, condenó todos los extravíos del espíritu revolucionario á los que se habia dejado arrastrar la escuela católico-liberal de Félix de La Mennais, y dice en términos formales: «No más felices sucesos podemos presagiar para la religion y para los derechos de los príncipes, de los votos que hacen los que quisieran ver á la Iglesia separada del Estado y rota la mútua concordia del imperio con el sacerdocio. Porque es cierto que esta concordia, que fué siempre tan favorable y provechosa para los intereses de la religion y los de la autoridad civil, la temen los partidarios de una libertad desenfrenada.»

(1) Mientras escribo estas líneas el eco me trae este grito salvaje y satánico: «Si las religiones, sea cual fuere su naturaleza y vengan de donde vinieren, no constituyeran un atentado permanente contra todas las libertades y todos los progresos, los tiranos tendrian menos empeño en restaurar los auxiliares del absolutismo, luego que se apoderan del poder. Tenemos demasiadas esposas en las manos y grillos en los pies en la vida privada y política, sin forjarnos todavía otros para nuestra inteligencia y nuestro pensamiento. El primer deber de un pueblo que quiera emanciparse—¿y cuándo lo haremos si ahora no?—es rechazar toda traba que se llame una religion, y que lleva fatalmente á la esclavitud á los que no lleva á la locura.» (Enrique Rochefort á los libre-pensadores lioneses, 7 diciembre 1869.) *Et nunc reges intelligite: erudimini qui iudicatis terram!* Esto es la rabia, pero es muy comun actualmente, y tendrá su hora de sangre, porque es demasiado tarde para conjurarla. El rabioso añadía respecto del concilio: «Os felicito con todo mi corazón, ciudadanos, por haber tenido la idea fecunda de oponer á las procesiones y demás arrumacos de nuestros enemigos la sola comunión de que queremos usar, la comunión de las convicciones republicanas y de los sentimientos de fraternidad!»

Si en todo lo que acabo de decir se me ha escapado alguna afirmacion contraria á la letra ó al espíritu de la Encíclica y del *Syllabus* de Pio IX, la retracto de antemano. Apresúrome tambien á añadir que en un país como Francia, en donde la inmensa mayoría es católica todavía, la separacion de la Iglesia y del Estado, aun en las condiciones que puse, seria un crimen y una desgracia, que arrastraria forzosamente al Estado á hacerse ateo y perseguidor declarado de la Iglesia.

Prop. LXVII. «*Por derecho natural no es indisoluble el matrimonio, y la autoridad civil puede sancionar el divorcio.*» De hecho sí, pero no sin un grandísimo mal. De derecho no; el matrimonio es un sacramento, é indisoluble por derecho divino.

Prop. LXIV. «*Los ciudadanos tienen derecho á una entera libertad de manifestar alta y públicamente sus ideas, sean cuales fueren, de palabra, ó por escrito, ó de cualquiera otra manera, sin que la autoridad eclesidástica ó civil pueda ponerles ninguna dificultad.*» Este derecho es quimérico. Ya no es libertad, sino licencia (1).

Prop. LXVII. «*Debe abolirse la ley que en ciertos dias prohíbe las obras serviles en atencion del culto divino.*» Este séptimo día del descanso es de institucion divina; su supresion seria un atentado contra Dios y la negacion de la fe.

LXVIII. «*La familia tiene su razon de ser en el derecho civil. De la ley civil dependen los derechos de los padres sobre los hijos.*» Ya hemos probado que esto es el mundo al revés, la pirámide sobre su prisma.

(1) Las proposiciones LXIV y LXVIII, que el autor parece entresacar del *Syllabus*, no pertenecen propiamente á éste, sino que son tomadas de los párrafos 4.º y 7.º de la Encíclica *Quanta cura*. (Nota de los Editores).

LXXIX. «*Es falso que la libertad civil de todos los cultos, y el pleno poder concedido á todos de manifestar abierta y públicamente todas sus opiniones y todos sus pensamientos, precipiten más fácilmente á los pueblos á la corrupcion de las costumbres y de la inteligencia, y propaguen el indiferentismo.*» Esto es negar la luz del sol.

LXXX. «*El Pontífice romano puede y debe reconciliarse y transigir con el liberalismo y la civilizacion moderna.*» El fuego no transige con el agua, que tiene por efecto esencial su extincion. La tolera y resiste mientras puede.

Hé aquí el espantajo que tanto ha horrorizado. Nos le hemos acercado, y se ha desvanecido. Los hombres de buena fe que me lean, se avergonzarán de esa violenta insurreccion contra un ejercicio tan legítimo de la más fuerte y á la vez más dulce de las autoridades.

En este punto me encontraba de mi discusion demasiado larga quizás, pero que no podia abreviar sin comprometer la noble causa que defiende, cuando con gran sorpresa mia, pero tambien con mucha satisfaccion, he visto que el simple buen sentido de un escritor, muy poco cristiano sin embargo, venia á dar á estas doctrinas una sancion que yo estaba muy lejos de esperar. Francisco Sarcéy rechaza con energia en el *Journal de Paris* la declamacion de uno de sus cofrades contra las proscripciones de la Congregacion del Índice. Y nótese bien, su racionio se aplica á todos los anatemas de la Iglesia y del Supremo Pontífice, al *Syllabus* todo entero.

«En mi concepto, uno de los lugares comunes más tonfos de la declamacion libre-pensadora es el de gritar contra ciertos libros. ¡Cómo! Ved unos hombres que tienen un conjunto de creencias, que están encargados de protegerlas contra todos los ataques del exterior, que se forman de este deber un cargo de conciencia; leen una obra que se acaba de publicar, y dicen á los que participan de su misma fe: «¡Cuidado! Las ideas emitidas en este libro son

«á propósito para quebrantar los principios sobre los que «descansa nuestra creencia comun. Sin advertirlo, podrían sentir un secreto placer en ellos, y abandonaros «á novedades atrevidas; ocultan un lazo; os lo advertimos; «absteneos.» ¡Y bien! ¿Qué encontráis en este lenguaje que no esté conforme en todo al buen sentido y á la razon? Notadlo bien, si os place. La Congregacion del Índice no se dirige ni por pienso á los incrédulos. Sabe perfectamente que ninguna influencia tiene sobre éstos. Les deja absolutamente libres de comprar y aprender de memoria, si les parece bien, las obras que ella juzga á propósito condenar. ¿De qué pueden, pues, quejarse? Ella sólo atiende á los católicos, pero á los católicos convencidos, fervientes. Pregúntanle éstos, como hijos sumisos: «¿Madre, puedo leer este libro? ¿Me lo permites?» Y ella contesta: «¿No, hijos míos, habria en ello peligro para vuestra alma, acerca de la que tengo encargo de velar.» ¿En qué os ofende esta proscripcion á vosotros, suscritores del *Siccle* y de la *Opinion nationale*? ¿Acaso se aplican á vosotros las penas con que amenaza á los que los leen? Estas mismas penas, después de todo, no son más que espirituales y no alcanzan por consiguiente sino á los que reconocen la mano de donde salen. Si el *Index* se pareciese á la *censura* laica de los gobiernos modernos, comprenderia yo en rigor las iras que inspira á la tribu de las bestias libre-pensadoras. Efectivamente, la censura no se contenta con encontrar un libro nocivo y declararlo tal, sino que encierra al autor y suprime la obra, y no lo suprime solamente para los que han hecho voto de obedecerla, sino que confisca y destruye todos los ejemplares; prohíbe que pueda ni mirarlo ningun ciudadano, sea cual fuere la opinion que profese. Esto es intolerancia y despotismo. Si la censura se contentara con decir:—Este drama me ha parecido malsonante y atentatorio, recomiendo que eviten su lectura todos los suscritores del *Constitutionnel* y del *Public*, ¿estarían autorizados los del *Temps* á vomitar sapos y culebras? ¿Hay nada más sencillo, más natural, más

puesto en razon, que una prohibicion de tal clase, que no emplearia los medios coercitivos, que no usaria sino de su sola influencia en las inteligencias?

Esto es lo que hace la Congregacion del *Índice*. No anada las obras que condena; se contenta con designarlas como malsanas. Pone encima un rótulo: «Prohibicion de leerlo bajo pena de condenacion eterna.» Pero no hay ni sombra de polizonte para hacer respetar esta consigna, y los que no creéis en esta condenacion, podeis leerlo fácilmente sin temor.»

In carda venenum! M. Sarcey terminaba de este modo:

«Es muy verdadero que las condenaciones pronunciadas por el *Índice* romano son curiosas para estudio; pero solamente porque pueden servir para marcar el pobre estado de las ideas en el catolicismo moderno. Al ver proscribir tantas opiniones que en cierta manera forman hoy parte de nuestro sér, nos decimos con cierta sorpresa, mezclada de tristeza: ¡Dios mio! ¡cuán lejos están de nosotros! ¡y el abismo que nos separa se va ensanchando más todos los días!»

¡CUÁN LEJOS ESTÁN DE NOSOTROS! Este pensamiento entristece más aún mi alma que á la del hábil escritor. ¡CUÁN LEJOS ESTÁN DE NOSOTROS! ¿No es ¡ay! porque aspiramos nosotros á las cumbres de los cielos, y vosotros á las profundidades del infierno?

¡CUÁN LEJOS ESTÁN DE NOSOTROS! Abraham, el padre de los elegidos, decia al mal rico que habia preferido los bienes de la tierra á los de la eternidad...: «Entre yo y tú hay un inmenso abismo, de manera que los que quisieren pasar de aquí á tí, ó venir de ahí acá, no lo conseguirán jamás.»

¡CUÁN LEJOS ESTÁN DE NOSOTROS! ¿No sentís empero que la tierra tiembla debajo de vuestros piés? que no se necesitan nada menos que innumerables ejércitos para protegernos contra los excesos de la libertad? que muy pronto los mismos ejércitos serán impotentes para salvaros de la anarquía y del furor de la libertad de pensar?

¡CUÁN LEJOS ESTÁN DE NOSOTROS! Pero el hecho de una

religion desarmada, contra la que se han desencadenado, tanto como acabamos de decirlo, el espíritu pagano y el espíritu revolucionario, que la han asaltado tantos enemigos poderosos y encarnizados, y que, en pié todavía, después de mil ochocientos años de continua contradicción, cuenta por millones sus adherentes sinceros y adictos, ¿no es una prueba brillante é invencible de que la verdad está de nuestra parte, y el extravío de la vuestra? ¡Esplendor! ¡esplendor!

La Iglesia en sus condenaciones, como en sus proscripciones, sus decisiones disciplinarias y definiciones dogmáticas, tiene sobre todo en consideración á los católicos convencidos. ¿Es posible que esta verdad salida espontáneamente del buen sentido de un espíritu prevenido contra la fe, no la hayan comprendido algunos obispos, hasta muy ilustrados y muy celosos?

Ha llegado el momento en que debe ser definida dogma de fe la infalibilidad del Sumo Pontífice, hablando *ex cathedra* á toda la Iglesia y fallando acerca de las materias pertenecientes á la fe y á las costumbres. La inmensa mayoría de los católicos espera esta definición solemne del Concilio Vaticano. Y hé aquí que un piadoso y sabio obispo enuncia con grande estrépito, y quiere hacer participar á sus colegas, la opinion de que esta definición no será sin inconvenientes graves no sólo para los incrédulos, herejes y cismáticos, sino también para los ánimos flacos en la fe y aun para los fieles. Declara que no piensa sin estremecerse en el número de los que la definición alejaría quizás de nosotros para siempre. ¡Ah! ¡cuán necesario era ese quizás y cuán tristes son estos temores! La INFALIBILIDAD DE LA IGLESIA es lo que rechazan ó vacilan en creer los incrédulos, los cismáticos, los herejes, los cristianos débiles en la fe. Si se declara dogma de fe la infalibilidad del Sumo Pontífice, será por el libre ejercicio de la infalibilidad de la Iglesia, será la infalibilidad de la Iglesia en la persona del vicario de Jesucristo. ¿Cómo podrian los

fieles católicos inquietarse y alarmarse por esta especificación, sobre todo cuando saben que la identidad entre la infalibilidad de la Iglesia y la infalibilidad del Sumo Pontífice ha sido afirmada por el mismo Jesucristo? Efectivamente, Jesucristo dijo á san Pedro y á sus sucesores: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra yo edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella... Yo rogué para que no desfallezca tu fe. Convertido, confirma á tus hermanos en la verdad... Apacienta mis corderos;... apacienta mis ovejas... Yo te daré las llaves del reino de los cielos;... Todo cuanto atares será atado; todo cuanto desatares será desatado.* La infalibilidad del jefe de la Iglesia no es, pues, otra cosa que la personificación visible de la infalibilidad invisible de la Iglesia. En realidad nada añade la primera á la segunda; es la segunda que proclamará á la primera artículo de fe. Esta personificación visible es evidentemente una fuerza, un esplendor nuevo para la fe. Será el Concilio permanente, y la realización de la gran frase de san Ambrosio: *Ubi Petrus, ibi Ecclesia!* Luego que se levante alguna tempestad religiosa, Roma hablará; mandará á las olas que se calmen; su mandato se trasladará en seguida hasta los extremos del mundo por los mensajeros rápidos, instantáneos, del genio moderno, y renacerá la tranquilidad inmediatamente. Como sea más una, más fuerte será la Iglesia para resistir á todos los ataques. *Vis unita fortior.*

Ya en su época, para confundir á los herejes, mostrábalos san Jerónimo la sucesion de los supremos Pontífices. ¡Cuánto mas invencible será hoy este argumento cuando esta sucesion es más antigua de mil quinientos años, y cuando en el jefe de la Iglesia proclamado infalible podremos mostrar mejor al mismo Jesucristo, que prometió estar con Pedro y su Iglesia hasta la consumacion de los siglos! Añadiré que esta proclamacion asegura mejor á la Iglesia, hasta el fin de los tiempos, supremos Pontífices segun el corazon de Dios, santos y poderosos en obras y palabras. ®

Yo he creído este dogma bendito de la infalibilidad del Sumo Pontífice; lo he enseñado y he pedido su definición con mis más ardientes deseos, y el día en que se proclame será para mí de triunfo y alegría.

Se me acusará sin duda de hacer demasiado poco caso de la libertad, el gran ídolo del siglo décimonono. Es preciso distinguir: adoro la libertad del bien, pero me horroriza la libertad del mal; además, la libertad del mal es la que trae apasionado al siglo décimonono. Si miro al rededor de mí, veo que las almas á la vez honradas y cristianas tienen siempre demasiada libertad, que las desleales é impías no tienen nunca bastante y siempre piden más. ¿Cómo amaría yo la libertad, tal como se la comprende ahora? En mis convicciones católicas tan profundas no existe la libertad de la inteligencia y de la voluntad sino por la verdad y la fe. Jesucristo lo dijo en términos admirables y tiernos: *Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. Si el Hijo del hombre os liberta, solamente entonces seréis verdaderamente libres*, con una libertad que no comprometerá la de los demás y que será absolutamente benéfica. Jesucristo añadía: *Quien comete el pecado es esclavo del pecado*; las causas reales de la esclavitud son las pasiones. Los pecadores, decía el gran Pablo, son los *cautivos del demonio, que les hace hacer todo cuanto quiere*; y los cautivos del demonio se hacen fatalmente los tiranos de los demás. Nuestro siglo es más que otro alguno el siglo de los cautivos del demonio, de los posesos, de los rabiosos, que piden á voz en cuello la libertad para oprimir á los hijos de Dios. Dicho tambien de otra manera: no amo, temo y odio el torrente sin cauce, el rio sin dique, el corcel sin riendas, la locomotora sin freno, el genio sin regla, la imaginacion sin límites, la voluntad sin fe, el poder sin equilibrio, en una palabra, la libertad sin Dios; porque la libertad sin Dios va á parar á la confirmacion en el mal y al infierno eterno.

CAPÍTULO VI.

Causas comunes y generales de la pérdida de la Fe.

EL PECADO Á SANGRE FRIA.

Hácese á veces esta pregunta gravísima: Nuestro siglo ¿es peor ó mejor que los siglos anteriores? No pretendo hacerme el panegirista del tiempo pasado, *laudator temporis acti*. Cada siglo tiene sus virtudes y vicios; cada siglo, por consiguiente, tiene sus ventajas é inferioridades. El nuestro es ciertamente más ilustrado, más instruido, más civilizado; las ciudades están más oreadas, las habitaciones son más sanas, la vida media es más larga, las costumbres generales más dulces, las relaciones mútuas menos tirantes y amenazadoras; hasta hay, en almas escogidas, solicitud para el pobre, compasion y apoyo para el débil, deseo de hacer á todos más fácil y dulce la vida, etc.

Pero cada siglo tiene tambien su característica, y la característica de nuestro siglo es miserablemente, por una

Yo he creído este dogma bendito de la infalibilidad del Sumo Pontífice; lo he enseñado y he pedido su definición con mis más ardientes deseos, y el día en que se proclame será para mí de triunfo y alegría.

Se me acusará sin duda de hacer demasiado poco caso de la libertad, el gran ídolo del siglo décimonono. Es preciso distinguir: adoro la libertad del bien, pero me horroriza la libertad del mal; además, la libertad del mal es la que trae apasionado al siglo décimonono. Si miro al rededor de mí, veo que las almas á la vez honradas y cristianas tienen siempre demasiada libertad, que las desleales é impías no tienen nunca bastante y siempre piden más. ¿Cómo amaría yo la libertad, tal como se la comprende ahora? En mis convicciones católicas tan profundas no existe la libertad de la inteligencia y de la voluntad sino por la verdad y la fe. Jesucristo lo dijo en términos admirables y tiernos: *Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. Si el Hijo del hombre os liberta, solamente entonces seréis verdaderamente libres*, con una libertad que no comprometerá la de los demás y que será absolutamente benéfica. Jesucristo añadía: *Quien comete el pecado es esclavo del pecado*; las causas reales de la esclavitud son las pasiones. Los pecadores, decía el gran Pablo, son los *cautivos del demonio, que les hace hacer todo cuanto quiere*; y los cautivos del demonio se hacen fatalmente los tiranos de los demás. Nuestro siglo es más que otro alguno el siglo de los cautivos del demonio, de los posesos, de los rabiosos, que piden á voz en cuello la libertad para oprimir á los hijos de Dios. Dicho tambien de otra manera: no amo, temo y odio el torrente sin cauce, el río sin dique, el corcel sin riendas, la locomotora sin freno, el genio sin regla, la imaginación sin límites, la voluntad sin fe, el poder sin equilibrio, en una palabra, la libertad sin Dios; porque la libertad sin Dios va á parar á la confirmación en el mal y al infierno eterno.

CAPÍTULO VI.

Causas comunes y generales de la pérdida de la Fe.

EL PECADO Á SANGRE FRIA.

Hácese á veces esta pregunta gravísima: Nuestro siglo ¿es peor ó mejor que los siglos anteriores? No pretendo hacerme el panegirista del tiempo pasado, *laudator temporis acti*. Cada siglo tiene sus virtudes y vicios; cada siglo, por consiguiente, tiene sus ventajas é inferioridades. El nuestro es ciertamente más ilustrado, más instruido, más civilizado; las ciudades están más oreadas, las habitaciones son más sanas, la vida media es más larga, las costumbres generales más dulces, las relaciones mútuas menos tirantes y amenazadoras; hasta hay, en almas escogidas, solicitud para el pobre, compasión y apoyo para el débil, deseo de hacer á todos más fácil y dulce la vida, etc.

Pero cada siglo tiene tambien su característica, y la característica de nuestro siglo es miserablemente, por una

parte, la disminucion y la rareza de la fe; por otra, lo que yo llamo el pecado á sangre fria.

El pecado á sangre fria es, segun su más odiosa expresion, el pecado de Judas que ofreció, vendió y entregó friamente á su divino Maestro por un beso sacrilego y diabólico. Es tambien la negacion razonada y voluntaria, por un acto libremente consentido, de la verdad conocida y presente en la inteligencia, que el Evangelio llama pecado contra el Espíritu Santo, que no será perdonado en este mundo ni en el otro. Es finalmente el pecado que se comete, no solamente con deliberado propósito, sino sin sublevacion de los sentidos, sin empuje de las pasiones, sin furia de carácter, sin presion de circunstancias exteriores imperiosas, contra la razon, contra la naturaleza, y á veces contra la pasion.

Pecar por empuje de las pasiones, por arrebató del carácter, por sublevacion de los sentidos, por la seduccion del vicio y del ejemplo, es una falta, un mal de que quedamos responsables, porque, como lo decia Dios de Cain, nuestros apetitos están bajo el poder de nuestra voluntad, y podemos siempre dominarlos. *Sub te erit appetitus, et tu dominaberis illius.* Pero á lo menos aquellos pecados, aunque voluntarios y culpables, son como la consecuencia natural y espontánea de nuestra naturaleza. Tienen á nuestra fragilidad por disculpa, si no legítima, á lo menos atenuante. Somos una tierra mala, esta mala tierra ha dado malos frutos, y casi debia esperarse así. Dios nos perdonará; sabe que fuimos concebidos en la iniquidad; que *los sentidos y los pensamientos del hombre son inclinados al mal desde su juventud.* Los pecados de flaqueza no hacen perder la fe; á menudo, al contrario, una grande y pesada caida nos despierta y convierte humillándonos. La historia y la experiencia prueban que los arrebatos de las pasiones son hasta cierto punto más habituales y violentos en las edades y en las comarcas en que la fe es más viva. Los pecados á sangre fria, al contrario, que suponen ya una fe lánguida ó muerta, contribuyen con enorme pro-

porcion á hacerla perder enteramente. Casi me atreveria á decir que la matan, porque, siendo negacion de Dios consentida y calculada, extinguen en las almas toda accion del Espíritu Santo. Y porque los pecados á sangre fria abundan excesivamente en nuestro siglo décimonono, de modo que son como su moneda corriente, es preciso por un rechazo fatal y necesario que la fe haya desaparecido casi totalmente.

Los principales pecados á sangre fria, causas fatales de la ruptura casi universal con Dios que no podríamos deplorar tanto como se debe, los que discutiremos aquí sucesivamente, son: el trabajo del domingo, que hace á las naciones ateas; el reposo del lunes, que es la vergüenza y la ruina de las familias; el olvido voluntario de los preceptos de la Iglesia, de la abstinencia, del ayuno, tan higiénicos sin embargo y de tan buena economía política; la alteracion de las pesas y medidas, la fabricacion ó la sofisticacion de todos los géneros alimenticios y de más sustancias, crímenes odiosos de lesa-humanidad que piden venganza; el beneficio ilícito sacado de los precios de compra y venta en perjuicio del dueño, indelicadeza refinada que ahoga en el alma de los servidores todo sentimiento de honradez; finalmente y sobre todo la violacion de las leyes que deben presidir en la union del hombre y de la mujer, pecado monstruoso, lucha abominable del cálculo ateo contra la religion, la razon, la naturaleza, y hasta la pasion, origen desastroso de multitud de males, cáncer devorador agarrado al corazón de nuestra Francia y que prepara activamente su decadencia.

Entremos en materia, pero no sin haber recordado, segun nuestra costumbre, ciertos principios fundamentales sin los cuales no se comprenderian las verdades que hay que establecer, ni quedarian soltadas las dificultades que se suscitaban.

Si fueran verdaderas las doctrinas del ateo ó del deista, si Dios no existiera, ó si Dios no se tomara el menor cuidado por la suerte de sus criaturas, si la Providencia di-

vina no gobernara el mundo, si ella no velara sobre todos los séres, y no proveyera á sus necesidades esenciales para conducirlos á su último fin, podria ya no ser cuestion de la religion cristiana y de la fe; mi libro no tendria razon de ser y careceria de importancia. No pretendo ponerme en el terreno de los que, en nuestra época, y en muy gran número, repiten, creyendo haberlo inventado, lo que Minucio Félix pone en boca del filósofo pagano Cecilio: «Los cristianos quieren que su Dios, curioso, inquieto, sombrío, imprudente, se encuentre en todas partes, lo sepa y vea todo, hasta los más secretos pensamientos de los hombres, se mezcle en todo, hasta en sus crímenes, como si su atencion pudiera bastar ya para el gobierno general del mundo, ya para los cuidados minuciosos de cada particular. ¡Loca pretension! La naturaleza sigue su marcha eterna, sin que un Dios se meta en ello; los bienes y los males caen al azar sobre los buenos y los malos; los hombres religiosos son á menudo más maltratados por la fortuna que los impíos. Si las cosas estuvieran gobernadas por una sabia Providencia, es indudable que irian de muy distinta manera.» Admito con el Sabio y la revelacion, cuya realidad y verdad demostraré, que Dios cuida de sus criaturas; que su Providencia gobierna el universo, que todo le obedece, hasta la casualidad, en el sentido de que se echa la suerte en la urna, pero que el fallo viene de Dios, etc., etc.

No, hermano mio, no digas con el impío, *no hay Providencia, por temor de que Dios enojado de tus palabras, disipe la obra entera de tus manos.* Si tu inteligencia se espanta por la multitud infinita de pormenores que impondria á Dios el ejercicio de su bondad paternal, recuerda las palabras tan sencillas del gran Apóstol: *Nosotros somos, nos movemos y vivimos en él.* Si tu corazon se subleva ante el espectáculo de la paz del pecador y del infortunio del justo, pregúntales su fin postrero. Mira despues á Jesucristo muriendo en la cruz, abandonado de su Padre y lanzando un gran grito. No podríamos penetrar el miste-

rio en que se envuelve la sabiduria divina, pero, así como lo hizo todo *con número, peso y medida, atiende á todo de uno á otro extremo con fuerza, y dispónelo todo con suavidad.*

Para despertar, si estuviese adormecida, la fe en la divina Providencia, bastaria acordarse de las palabras tan tiernas salidas de la boca del divino Salvador, la verdad y bondad infinitas (S. Mateo, vi, 25): «No os acongojeis por el cuidado de hallar de qué comer. Mirad las aves del cielo cómo no siembran, ni siegan, ni tienen graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Pues no valeis vosotros mucho más sin comparacion que ellas? Y acerca del vestido ¿á qué inquietaros? Contemplad los lirios del campo cómo crecen. Ellos no trabajan, ni tampoco hilan; sin embargo, yo os digo que ni Salomon en medio de toda su gloria se vistió como uno de estos lirios. Pues si á una yerba del campo, que hoy es y mañana se echa en el horno, Dios así la viste, ¿cuánto más á vosotros, hombres de poca fe? Así que no vayais diciendo acongojados: ¿Dónde hallaremos qué comer y beber? ¿dónde hallaremos con qué vestirnos? como hacen los paganos, los cuales andan tras todas estas cosas; que bien sabe vuestro Padre la necesidad que de ellas teneis. En fin buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura. No andeis, pues, acongojados por el día de mañana; que el día de mañana harlo cuidado traerá por sí; bástale ya á cada día su propio afan. Y ¿quién de vosotros á fuerza de discursos puede añadir un codo á su estatura? Si no podeis las cosas menores, ¿cómo esperais en vosotros para las mayores?» Jesucristo, además, en la admirable oracion que se dignó enseñarnos, nos impone el deber de pedir cada día á nuestro Padre que está en los cielos el pan de cada día; y se dignó repetir á menudo con bondad más tierna aún: «Si alguno de vosotros pide pan, ¿le echará su padre una piedra? Si pide un pescado, ¿le dará una serpiente? Si pide un huevo, ¿le ofrecerá un escorpion? Si, pues, vosotros, por malos que seais, sabeis dar á vuestros hijos lo bueno que piden, con mayor ra-

zon vuestro Padre celestial dará el buen espíritu á quien se lo pida.»

Para el ejercicio incesante y universal de la divina Providencia hay puestas tres condiciones fáciles de cumplir con su gracia, que jamás nos faltará. La primera es la fidelidad en servirle: buscad primero el reino del cielo y la justicia, y lo demás se os dará por añadidura. La segunda es nuestra cooperacion ó nuestro concurso, en el sentido de que, por una parte, hagamos nosotros todo lo que depende de nosotros, como si nuestra dicha estuviera en nuestro solo poder; por otra parte, que lo esperemos todo de Dios, como si fuéramos la impotencia absoluta. De manera que hagamos cuanto podamos, pero con el sentimiento profundo de que somos siervos inútiles. La tercera condicion, finalmente, es la invocacion ó la oracion; Jesucristo no cesaba de decir á sus discípulos: «Pedid y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá. Hasta ahora no habeis pedido nada; pedid, pues, y recibiréis. In-sistid, si es preciso, hasta hacerlos importunos; Dios quiere á veces que se le haga violencia.»

Recordados estos principios, abordemos el pecado á sangre fria, cojamos animosamente al toro por los cuernos para inmolarlo á la santidad de Dios y á la salvacion de la humanidad. Ó el pecado á sangre fria cesará de reinar como soberano, ó se acabó la religion y el progreso bienhechor.

VIOLACION DE LA LEY DEL DOMINGO.

Descanso del domingo. Recordemos primeramente los términos en que fué dado este mandamiento sagrado al hombre en la montaña del Sinai. Dios se habia aparecido á Moisés en toda su gloria y con el inseparable terror de su majestad, en medio de relámpagos y truenos, y le habia dicho (*Exodo, c. XXXI, v. 13 y siguientes*): «Mirad que

guardéis **mi** sábado; porque él es un monumento establecido **entre** mí y vosotros y vuestros descendientes, á fin de que **reconozcais** que Yo soy el Señor que os santifico. Guardad **mi** sábado, porque es sacrosanto para vosotros; el que le violare será castigado de muerte; el que trabajar en **ese** dia, perecerá de en medio de su pueblo. Durante los seis dias trabajaréis, mas el dia séptimo es el sábado, **descanso** consagrado al Señor. Cualquiera que en tal dia trabajare, será castigado de muerte. Observen los hijos de Israel el sábado, y celebrenlo de generacion en generacion. Pacto es este sempiterno entre mí y los hijos de Israel, porque en los seis dias hizo el Señor el cielo y la tierra, y en el séptimo cesó de la obra, é impone este **mismo** descanso al hombre.»

Y obsérvese bien que esta tradicion del descanso del séptimo dia se encuentra en todos los pueblos, en los salvajes de América, como en el seno de las civilizaciones antiguas de la China y del Japon. El séptimo dia de descanso, que era en los judíos el sábado, dia de Saturno, ha pasado á ser en la religion cristiana el domingo, dia aniversario de la resurreccion de Jesucristo. El apóstol san Pablo, en su segunda carta á los Corintios, habla ya del domingo como primer dia de la semana, y san Juan en el Apocalipsis lo llama el dia del Señor. San Justino dice en términos formales: «En el dia llamado dia del Sol, todos los que viven en la ciudad ó en el campo se reunen en un mismo sitio, y allí se leen los escritos de los Profetas y de los Apóstoles.»

Luego, en adelante, el séptimo dia, el dia del sábado, el dia de Dios, el dia del descanso, es el domingo. El hombre tiene el derecho de trabajar los otros seis dias de la semana, pero es para él un deber riguroso el descansar el domingo. Este reposo es la condicion esencial y la señal de la alianza entre la Divinidad y la humanidad. Su observancia es declararse siervo é hijo de Dios; su violacion es quitar á Dios lo que le pertenece, lo que se ha reservado só pena de anatema; es realmente apostatar.

Este es el precepto. Es perfectamente digno de Dios que despues de haber dado por fin postrero al hombre el conocerle, amarle, servirle, se debia fijar á sí mismo el signo sensible por el cual reconociera el hombre su supremo señorío, y el momento en que pasaria á ser obli-gatorio el cumplimiento del sagrado deber de la sumi-sion, de la adoracion, del amor y de la oracion.

Está enteramente conforme con la naturaleza del hom-bre, motor animado muy perfecto, pero motor limitado en su fuerza, que reclama su dia de descanso semanal, como exige sus horas de alimentacion diarias y el sueño de sus noches. Sabemos solamente de una manera gene-ral que la máquina humana exige sus momentos de paro; pero Dios, de quien dice elocuentemente la Sagrada Es-critura que conoce los materiales y el conjunto de la má-quina salida de sus manos, *ipse cognovit figmentum nos-trum*, sabia que el séptimo dia era el más conveniente para el reposo. Este precepto, finalmente, está en per-fecta armonía con la segunda naturaleza del hombre, sér eminentemente sociable, que no es lo que es y todo lo que debe ser sino en sociedad. Efectivamente, el reposo ordenado es un reposo universal y comun á todos, al individuo, á la familia, al Estado, quienes, observándolo, declaran pertenecer á Dios. Llevados los demás dias por su trabajo, distantes unos de otros, los miembros de la grande familia humana deben aproximarse y reunirse aquel dia, para dar expansion á sus sentimientos de mú-tua dependencia, de igualdad y fraternidad. Este reposo del domingo está impuesto, además, por una multitud de motivos humanos, que Juan Jacobo Rousseau resume admirablemente en su célebre carta á D'Alembert. «¿Qué debe pensarse de los que quisieran quitar al pueblo las fiestas, los placeres y toda especie de diversion, como otras tantas distracciones que le desvian de su trabajo? Esta máxima es bárbara y falsa. Tanto peor si el pueblo no tiene tiempo sino para ganar su pan; faltale todavía para comerlo con alegría; á no ser así no lo ganará mucho

tiempo. El Dios justo y bienhechor que quiere que se ocu-pe, quiere tambien que descanse. Su naturaleza le im-pone igualmente el ejercicio y el reposo, el placer y la pena. El disgusto del trabajo abruma más al desgraciado que el mismo trabajo. Si quereis, pues, hacer á un pueblo activo y laborioso, dadle fiestas; ofrecedle diversiones que le hagan amar su estado, y que le priven de envidiar una suerte más dulce, y unos dias así perdidos darán más va-lor á los demás.»

Nada hay, pues, que esté más en armonía con la natu-raleza del hombre que el descanso del séptimo dia ó del domingo. Y sin embargo, en el seno de las sociedades mo-dernas se considera este reposo como una odiosa tiranía, contra la que han protestado con infernal energía. Y, ¡ re-cuerdo excesivamente doloroso! no están muy lejos de nosotros, y pueden aún revivir aquellos dias desastrosos en que la impiedad se atrevió á realizar este voto sacríle-go: *Hagamos cesar en la tierra los dias de fiesta del Señor*. Suprimióse el domingo, y se hizo observar rigurosamente el descanso del décimo dia ó de la década. Era á lo me-nos un homenaje inconsiderado, es cierto, hasta insensato, pero finalmente un homenaje real, tributado al principio de la institucion divina. No era la abdicacion vergonzosa de toda razon y de toda fe, que disculpa igual-mente hoy ya á los que por codicia no descansan nunca, ya á los que por antojo descansan cuando les parece bien, ya á los que por una costumbre impía trabajan el domingo y descansan el lunes.

¡ Cosa rara! con tal que la religion no entre por nada en la conducta y en las deliberaciones del hombre, con tal que no se trate ni de Dios, ni del deber, ni de la ley, todo va bien; pero si es la Iglesia la que viene á disputar un dia de los siete á los intereses y cuidados de la vida brutal, se la acusa de atentar contra el pan del pobre. ®

Triste es decirlo, pero en nuestra Francia sobre todo, el descanso del domingo se habria hecho odioso, y existia contra él una conjuracion verdaderamente espantosa.

Hemos visto á jefes de bazares que han obligado con violencia á gran número de operarios á trabajar el domingo y cerrar los talleres el lunes. Hemos visto á coroneles que han mandado arbitrariamente el servicio del cuartel y las revistas semanales de tal manera que fuera imposible á los soldados asistir á la santa misa. ¿Hay necesidad de añadir que á los que pedían la explicacion de estas exigencias odiosas, se les contestaba invariablemente: LA FRANCMASONERÍA LO QUIERE ASÍ? ¡Y quiérese que la francmasonería sea tan inocente y tan buena!

En estos últimos años se ha hecho una reaccion saludable; los habitantes de las ciudades especialmente, parecen tender con cierta unanimidad al reposo del domingo. Pero ¡ay! esta reaccion va acompañada de circunstancias que denotan cada vez más el rompimiento de las sociedades modernas con Dios. El sindicato de los obreros tipógrafos de una de nuestras más grandes ciudades comerciales, el Havre, hacia muy poco há la declaracion siguiente: «Considerando que el trabajo del séptimo día es en su esencia antisocial y contrario á los deseos constantes del hombre hácia la libertad; que el hombre tiene el derecho y la necesidad de descansar de su trabajo en uno de los siete días; que está en su interés bien comprendido el obrar de esta manera; que perseverar por más tiempo en la aplicacion de un sistema condenado por la razon y la experencia, seria en cierto modo sancionar la institucion de una servidumbre voluntaria, los infrascritos declaran formalmente y por su honor regarse á todo trabajo que exceda del sexto día de cada semana.»

¿Qué sucedió? Que los periódicos cristianos aplaudieron, y que los periódicos impíos se indignaron; que los obreros libre-pensadores protestaron contra esos elogios y contra esas iras. «Nosotros queremos un día de descanso cada siete días, para consagrar algunas de sus horas al estudio de nuestros derechos y de nuestros deberes de ciudadano, ilustrarnos mutuamente, aprender á conocernos y amarnos, á defendernos contra la arbitrariedad;

para emplearlo en hablarnos de nuestras madres, de nuestras hermanas, de nuestras mujeres, de nuestros hijos, y gustar las dulces alegrías del hogar doméstico. Queremos de siete días uno, porque el hombre necesita el aire saludable y el espacio claro; porque nuestra frente, nuestros ojos, nuestros músculos lo piden imperiosamente; porque el espíritu como el cuerpo se niega á atrofiarse en este círculo exclusivo, estrecho, enervante de las exigencias del taller. No admitimos el ilotismo profesional, y rechazamos enérgicamente el fatalismo útil. Queremos que el espectáculo de la naturaleza y los goces físicos de sus emanaciones salubres y vivificantes, el conocimiento de sus derechos por el estudio, los puros afectos de la familia amada, la satisfaccion completa de sí mismo, obrando poderosamente sobre su sér y sobre su conducta, hagan del hombre más que un esclavo resignado, un instrumento pasivo del pensamiento ajeno.»

Hé aquí, pues, que la voz del pueblo, que es á su manera la voz de Dios, nos lo recuerda elocuentemente: la naturaleza y la razon imponen al hombre un deber imperioso de descansar el domingo. Pero los operarios tipógrafos del Havre olvidan ó más bien rechazan á Dios; no toleran que se les hable de sus deberes de cristiano. ¡Ay! no saben que el descanso del domingo, sin la santificacion del domingo, deja la puerta abierta á todos los abusos. No les hará libres, aumentará al contrario la esclavitud de las pasiones, y esta acarreará la de las cosas, porque, como lo decia Epicteto, *la esclavitud de las cosas está muy cerca de la esclavitud de los hombres.*

Santificacion del domingo. Es un precepto riguroso que se expresa por la obligacion de consagrar á la oracion cierta parte del día, ó de un modo más exacto aún, por la obligacion de asistir cada domingo al santo sacrificio de la misa. La naturaleza, la razon, la fe se unen tambien aquí para aconsejarnos una obediencia fácil. Necesitamos de Dios, su concurso es indispensable para la completa

satisfacción de los intereses del individuo, de la familia, de la sociedad. ¡Ay! si no estuvieran ciegos por preven- ciones impías, afirmarían más enérgicamente aún nues- tros pobres hermanos la necesidad absoluta de la santifi- cación cristiana del domingo, condicion necesaria y eficaz del pleno ejercicio de la igualdad, de la fraternidad, de la libertad humanas.

Reunidos en el templo con sus amos, los criados, los siervos, los esclavos mismos oían antiguamente estas mis- mas verdades eternas: *Salido el hombre del polvo, por gran- de que se haga, se convertirá en polvo. Todos tienen un alma para salvar. Dios no tiene en cuenta más que virtudes y vi- cios. Resiste á los soberbios y da su gracia á los humildes.* Á consecuencia de esta nivelacion de todos delante de Dios, la autoridad venia á ser más dulce, la obediencia menos penosa, los dolores menos amargos. Al contrario, el do- mingo sin Dios deja al hombre á sí mismo, á sus solas fuerzas, á sus pasiones, á sus malos instintos, y muy pronto á un odio indomable contra la sociedad.

¿Por qué debe detenerse en mitad del camino la afortu- nada revolucion que se opera en los ánimos y en los há- bitos de los vecinos de las ciudades? El descanso del do- mingo sin la santificación del domingo, no es más que un vano paliativo. No detendrá en su curso al torrente impetuoso que amenaza arrastrarlo todo. Casi nadie tra- baja el domingo en Inglaterra, pero más de siete millones de ingleses no entran nunca en un templo, y ni oran poco ni mucho. Hé aquí porque crecen en horrible proporción la embriaguez, la disolucion de las costumbres y la mi- seria. En Francia sucede casi lo mismo; por esto crece el pauperismo tan notablemente; y porque la autoridad civil ha fatalmente abdicado, el reposo del domingo en el seno de la clase obrera tiende cada vez más á ceder el puesto al descanso del lunes.

El descanso del lunes. Nuevo pecado á sangre fria. Cons- piracion, inexplicable naturalmente, contra Dios, el hom- bre, la familia, la sociedad, el progreso; azote devastador

que comienza á espantar á la industria nacional. Oid los acentos de dolor de una comision encargada, por la Socie- dad imperial de Agricultura de Valenciennes, de estudiar los remedios para un mal tan grande.

«¿Cómo ha sucedido que se haya introducido entre nosotros, en nuestra Francia tan liberal, tan humana, tan cristiana, tan laboriosa, una costumbre tan funesta para la humanidad, la religion y el mismo trabajo? El mal existe y produce los más perniciosos efectos. Antiguamen- te podia el amo contar con seis dias enteros de trabajo, y el obrero con uno completo de descanso... Ahora ¿qué amo puede contar con seis dias de trabajo libremente consen- tido; qué obrero puede contar con un dia de descanso libre- mente concedido? El obrero es esclavo del amo, y éste de aquel; los dos son esclavos del más borracho, del más li- bertino, del más perezoso del taller. Deberá pedírsele á este último cuántos y qué dias se trabajará, cuántos dias se holgará. ¿Cuántas veces ha sucedido ver abandonar re- pentinamente el taller ó la obra, en el preciso momento de empezar á trabajar los obreros, en que la máquina se animaba, en que el martillo y la tijera desempeñaban su tarea, en que unos cantos alegres prometian para todos un dia fructuoso? Bastó para esto que un camarada bebi- do entrando en el taller reprendiera á aquellos holgazanes por trabajar un lunes, cuando tienen todavía dinero en su bolsillo. Resulta de esto que obligados á trabajar el do- mingo, los buenos obreros, esto es, los que tendrian más necesidad de reposo, no lo tienen absolutamente; que ar- ruinan sus fuerzas y su salud, abrevian considerablemen- te su vida, ó aceleran á lo menos la edad de las dolencias y de la ociosidad forzosa, hecha más penosa por el dolor que el mismo trabajo. Antes, toda la familia saludaba con alegría la tarde del sábado. La madre pensaba ya en que podia ir á pagar el pan y las ropas compradas durante la semana; la esposa se decia que iba finalmente á poder conversar más extensamente con aquel á quien despues de toda una semana no habia visto por decirlo así más que

de escondite. Los hijos bendecían el domingo, el bello día en que podían saltar mucho tiempo sobre las rodillas del padre. El esposo, el padre veía también con alegría el día en que le era dable finalmente levantar la cabeza, quitar el polvo y enjugar el sudor que cubrían su rostro, componerse para presentarse á su mujer, á sus hijos, para ir con ellos á orar en la iglesia, ó admirar por la tarde, en un paseo de familia, las maravillas de la naturaleza. El lunes, al contrario, no trae á nadie ni reposo, ni consuelo, ni dicha. Si hay en la semana un día en que la esposa es brutalmente golpeada, en que los niños lloran, el pan falta, en que nacen los pensamientos criminales en el corazón de muchachas crecidas ya y anhelantes de salir de aquel infierno, en el corazón de la esposa mucho tiempo virtuosa, y que acaba por ceder menos á la seducción que al desespero, ese día es el lunes, horroroso y criminal, como ha pasado á ser para nosotros.»

Todos comprenden el mal, pero para conjurarlo se necesitaria un vasto conjunto de medidas, imposibles ¡ay! de tomar bajo la presión de una minoría ruidosa y odiosa de libre-pensadores. La Sociedad de Valenciennes se limita á conceder medallas á los obreros que se le indican como mejores observantes del domingo. Si el Gobierno no puede ya imponer á los particulares el descanso del domingo, dé á lo menos animoso ejemplo. Ciérranse rigurosamente el domingo las obras de todas las administraciones, á no ser que haya urgentes necesidades, y póngase en plena actividad el lunes. Obrar de otra manera seria declararse ateo y excitar al ateísmo, que lleva fatalmente al socialismo.

¿Hay necesidad de contestar á objeciones sin valor?

El pueblo necesita pan y no fiestas. El pueblo necesita pan y fiestas, trabajo y descanso. Rousseau lo dijo elocuentemente haciéndose intérprete de la naturaleza y del buen sentido. Todos los pueblos tienen su día de descanso: más fácil seria encontrar un pueblo sin idioma que un pueblo sin fiestas. ¿Y no debe tenerse en cuenta

la voluntad de Dios que exige su parte del tiempo que nos concede?

El hombre debe vivir cada día; debe, pues, trabajar cada día. Sofisma impío. El hombre seria profundamente desgraciado, y debiera desesperarse de su suerte, si no ganara en seis días algo con que descansar el séptimo. Lo que era tan fácil para nuestros padres ¿se habria hecho imposible para nosotros? ¡La civilización habria, pues, retrocedido de una manera espantosa! ¿Habrian llegado á ser fatalmente homicidas los desarrollos de la industria? El hierro y la hulla no serian ya hechos para el hombre, sino que el hombre habria sido hecho para la hulla y el hierro. La vida entera se resumiria, pues, en este grito brutal: ¡HAN ENTERRADO UN HOMBRE, PERO SE HA ENTREGADO AL COMERCIO UNA TONELADA DE HIERRO (ó de hulla)! Si no le basta al hombre el tiempo para ganarse la vida, es evidentemente porque ha entrado en una senda desastrosa, de la que se le debe hacer salir á toda costa. Esta senda es el ateísmo pregonado por el pecado á sangre fría. Por regla general, jamás se bastará el hombre á sí mismo y á su familia sin Dios. Si no busca primero que todo el reino de Dios, carecerá muy á menudo de lo necesario. Sólo Dios puede darle su pan de cada día. Siempre hay un gran fondo de verdad, hasta con la ley evangélica del sufrimiento, en este oráculo del Rey Profeta: *Los que bendicen al Señor tendrán la tierra por herencia, los que le maldigan serán dispersados. Yo fui joven y he envejecido. Pues bien, durante toda mi vida jamás he visto al justo abandonado, ni á sus hijos mendigando su pan.* La miseria universal, el pauperismo que bulle de los tiempos modernos, tienen su único y necesario origen en el olvido de Dios.

¡Qué aberración la de excitar tanto al hombre á ganar dinero, y pensar tan poco en enseñarle á no gastarlo! Uno de los azotes de nuestros días, y es también un pecado á sangre fría, consiste en despilfarrar su haber. Es verdaderamente espantoso lo que la inmensa mayoría de los hom-

bres, hasta honrados, del siglo XIX, gastan fuera de su casa y familia. Los domingos y las fiestas les enriquecerían relativamente, mientras que la prodigalidad y la satisfacción de mil necesidades ficticias los arruinan y matan.

Quien trabaja ora. Sí, ora el que trabaja en el orden de la divina Providencia, bajo la dependencia de Dios. Ora el padre infortunado, á quien su mujer é hijos piden pan que no tiene, y que trabaja deplorando la fatal necesidad que le domina.

Pero no ora, sino que blasfema, apostata, el que trabaja sin necesidad.

¿Quereis conservar la fe, el más precioso de todos los bienes, don gratuito, es verdad, pero que Dios no niega á ninguno de los que lo imploran? Guardad y santificad el domingo. No lo consagreis ni al trabajo, ni á un reposo meramente humano, ni á excursiones recreativas, ni á partidas de campo ó de caza, etc., etc.

Orad con el corazon y con la boca tambien. Oid la santa misa, no una misa rezada en una capilla particular, por piadosa que pueda ser, sino la de vuestra parroquia, y en familia, si aspirais á que vuestra fe pase á vuestros hijos. Para ser verdaderamente cristiano, y engendrar cristianos, es preciso ser ante todo fiel parroquiano.

Leed, no novelas religiosas que halagan suavemente á la imaginacion, sin instruir ni conmover, sino libros serios que ilustran á la inteligencia, enriquecen el alma y enervorizan el corazon. Prohibíos la lectura de toda obra impía ó inmoral, y más aún, porque su accion de todos los dias es profundamente deletérea, la lectura de los periódicos que no son francamente cristianos.

Dad á vuestra alma su pan transubstancial; confesad y comulgad en las principales festividades del año.

Estos preceptos y consejos son duros para la naturaleza; convengo en ello; pero ¡cuánta dicha producen!

Dichosos los que temen al Señor y que siguen sus ca-

minos. Vosotros comeréis el fruto del trabajo de vuestras manos; seréis felices, y todo se os volverá en bien. Vuestra esposa será en vuestra casa como una viña fecunda; vuestros hijos rodearán vuestra mesa como tiernos retoños de olivos. Veréis reinar en Israel y en los hijos de vuestros hijos la paz del cielo.

VENTA CON PESAS Y MEDIDAS FALSAS, ALTERACION Y FALSIFICACION DE LAS SUSTANCIAS ALIMENTICIAS, MÉDICAS Y COMERCIALES.

Es evidentemente un pecado á sangre fria sentarse en una trastienda ó en un laboratorio secreto, y allí, friamente, cerrar el oido á la voz de la conciencia, falsear sus balanzas, ó añadir á alimentos, á remedios, á cualquiera clase de mercaderías materias inertes ó sin valor; fabricar toda clase de objetos, segun misteriosas recetas, compradas á veces á precio muy subido, productos artificiales que no tienen de comun con los productos naturales más que una apariencia engañosa, y que á veces hasta son venenos (1). Supone en general, en quien lo cometa, falta completa de toda idea de Dios, y en todos los casos su práctica habitual ha extinguido muy pronto todo sentimiento de fe.

Importa observar que este pecado es una consecuencia en cierto modo natural é inevitable de la violacion de la ley del domingo. El profeta Amós señaló en términos muy elocuentes esta filiacion culpable. (Cap. VIII, v. 4 y siguientes.) «Escuchad esto vosotros los que oprimís al pobre, y estrujais á los menesterosos del país, y decís: ¿Cuándo pasará el mes (ó la fiesta de la Neomenia), y venderemos los géneros, y pasará el sábado, y sacaremos fuera los granos, achicaremos la medida, y aumentaremos el peso del siclo, sustituyendo balanzas falsas, para ha-

(1) Se ha encontrado arsénico en vinagre fabricado indudablemente con ácido sulfúrico procedente del azufre de las piritas.

cernos con el dinero dueños de los miserables, y con un par de sandalias comprar por esclavo al pobre, y vender las echaduras del trigo?»

En las edades de se era raro este pecado, y la ley lo castigaba muy severamente. En la Edad media, en Londres, dice M. Letheby, el panadero que habia vendido un pan fraudulentamente preparado, era arrastrado sobre el cañizo, desde la casa consistorial á la suya, pasando por las calles más sucias, llevando en su cuello el pan sofisticado. Cogido segunda vez en flagrante delito, era arrastrado tambien sobre el cañizo, pero hasta el sitio de exposicion de los ajusticiados, para permanecer atado en el poste durante una hora á lo menos.

Ahora no se trata ya de actos aislados, sino de costumbres universales y permanentes. Excepcion hecha de los géneros vendidos tal como la naturaleza los produce, seria quizás imposible hallar una sustancia que se haya librado de la sofisticacion. Llega hasta á los medicamentos, que no pueden contener el mal y conjurar la muerte sino en cuanto son absolutamente puros. El *Diccionario usual de las alteraciones y falsificaciones* forma dos enormes tomos; y formaria cien y mil, si estuvieran al descubierto todas las prácticas odiosas de la industria y del comercio. Sustancias que antiguamente no tenian casi ningun valor, y que no tenian otro empleo que el de servir á la sofisticacion, son ahora unas sustancias preciosas que á su vez se sofistican. La audacia de los falsificadores excede todos los límites de lo posible. Se han visto torneros franceses que han enviado á las escalas de Levante cargamentos de estuches de boj, sin haberse tomado la molestia de dividirlos y vaciarlos, sin tomarse el menor cuidado por la pérdida inevitable de un comercio secular. Se han visto casas inglesas enviar á las islas del Sud millones de agujas sin ojo, y reirse friamente de antemano del contratiempo de las pobres mujeres insulares. En las exposiciones de la industria hemos visto solicitar recompensas para máquinas ingeniosas destinadas á transformar en

granos de café perfectamente imitados, tostados ó crudos, el orujo estrujado ó un polvo inerte aromatizado, para dar por trituracion á las cortezas de cacao bastante fluidez para poder servir para fabricar chocolate sin chocolate.

Cierto dia invitóme un hombre á quien habia yo prestado algunos servicios, á visitar una fábrica de chocolate que habia abierto. Cuando yo llegué, él estaba ausente, lo que me valió ser iniciado plenamente en los odiosos secretos de su fabricacion. Entré primeramente en una pieza bastante grande: muchísimas obreras rodeaban una mesa, en la que se levantaba una canasta ó cesta grande de mimbres llena de pastillas de chocolate. Todas las operarias echaban mano en ella una tras otra, y cada una de ellas envolvía su doble pastilla con un papel de color diferente, azul, amarillo, rosa, blanco, etc. Cada cubierta empero llevaba su etiqueta particular: chocolate de salud 70 c., 80 c., 1 franco, 1 franco 50 c., hasta medio kilogramo, encerrado en papel blanco, y que estaba fijado en 2 fr. 50 cs. De manera que un mismo peso de la misma sustancia tomaba un valor mayor cada vez segun el color del papel con que se la envolvía. ¡Qué exceso de impudencia! ¡Qué pecado á sangre fria! Bajé en seguida al taller de fabricacion, sitio muy húmedo en los bajos de la casa. Jamás habia entrado allí una almendra de cacao. Pero veíanse en sus cuatro ángulos montones de fécula de patatas, de cogucho, de cortezas de cacao y de sebo ó mala grasa. Merced á los brillantes progresos de la mecánica moderna, transformaba el todo en una pasta á la que se daba la apariencia, el gusto, el aroma ficticios del chocolate, y que se enviaba á todas las grandes ciudades de nuestra hermosa Francia con el nombre de chocolate de salud. El coste de fábrica de medio kilogramo de esta mala droga ascendia apenas, comprendido todo, á unos cuantos céntimos; la ganancia excedia, pues, de ciento por ciento. Adquirido empero de un modo contrario á la probidad, derretíase en cierto modo en la mano del falsificador, y su empresa criminal terminó con una bancarrota fraudu-

lenta. Quizás él se creía ser un hombre honrado. Quizás se felicitaba interiormente de haber sido algo comedido, de no haber como tantos otros añadido tierra á su chocolate, serrín, ó hasta cinabrio ó sulfuro rojo de antimonio, dos sustancias tóxicas que se ha tenido el horrible valor de mezclarle para darle un color más bello.

Casi me sonrojé de que me hubiesen llevado á descubrir esos hechos extraños y dolorosos; pero es muy necesario que se sepa á qué excesos puede llevar una civilización impía, si bien no es esto por lo demás sino una débil muestra de lo que se practica en inmensa escala. El olvido de Dios, la codicia, una concurrencia desenfrenada, auxiliada por una parte por el mal genio de la industria, por otro por una legislación insuficiente hasta el escándalo, y diría casi el delirio, han dado proporciones enormes á la más espantosa de las conspiraciones. «En estos momentos, la casi universalidad de los alimentos, de las bebidas, de los condimentos, de los medicamentos están alterados y desnaturalizados, hasta el punto de poder dar á menudo origen á enfermedades serias y quitar al médico los medios de combatir eficazmente las enfermedades más graves.» Así se expresa M. Chevallier, profesor en la Escuela de farmacia, autor del *Diccionario de las alteraciones y falsificaciones*. «Es verdad, añade, que la ley castiga por la primera vez con una multa de 10 á 50 francos, la segunda vez con algunos días de cárcel, al que ha engañado al comprador acerca de la naturaleza y del peso de la mercadería; pero se calla acerca del que detenta una mercadería falsificada, y deja impune al que va á encontrar al mercader para ofrecerle á precio de oro productos propios para falsificar sus mercaderías, que propone venderle un secreto para engañar al público, etc.»

Lo que desespera más aún que la debilidad de la legislación, que considera apenas como un delito y no eleva siquiera á la altura de un abuso de confianza un pecado inexcusable, es en el espíritu público un conjunto de dis-

posiciones irritantes, y que señalamos con profundo sentimiento.

Ciertas administraciones, obligadas por los reglamentos á subastar públicamente sus provisiones, aceptan rebajas imposibles, que obligan al licitador á sofisticar ó á perder. Por ejemplo: el aprovisionamiento de sulfato de quinina para las colonias, hasta para el Senegal, en donde las fiebres perniciosas causan tantos estragos, se ha hecho á menudo á un precio tan poco diferente del quinina sucio, que estaba lejos de cubrir los gastos de la preparación del sulfato de quinina.

En segundo lugar, los compradores aceptan no solamente, sino que exigen que se les entreguen los géneros á precios inferiores á los precios de la compra al por mayor; quieren por lo tanto que se les engañe á sabiendas; se constituyen voluntariamente los cómplices de los falsificadores, los encubridores de los ladrones.

Finalmente, se ha rebajado tanto el carácter de los pueblos, que cuando la autoridad manda arrojar á los arroyos cubos de vino artificialmente preparado, ó manda quitar para arrojarlas á los muladares carnes descompuestas ó corrompidas, se ve á los vecinos correr y disputarse estos productos malsanos de una industria culpable, de un comercio desleal. Estarian tentados á reprender á los agentes de la autoridad por no haberles llamado á repartírseles, ó por no haberlos distribuido á los pobres. Ante estas escenas tan repugnantes ¿cómo no han de sentirse animados los falsificadores *en su tráfico homicida?*

No olvidemos jamás esta doctrina divina: quien hace el mal, hasta por debilidad humana, teme instintivamente la luz; la evita, porque le muestra su pecado y tiende á inspirarle remordimientos que no quiere. Pero el que hace el mal con pleno conocimiento de causa, con deliberado propósito, debe llegar fatalmente á rechazar la luz, á odiarla, á hacerle la guerra; hé aquí cómo el pecado á sangre fría lleva invenciblemente á la incredulidad. Cada paso dado en el camino de la sofisticación es un paso dado

fuera del cristianismo. Digamos gimiendo cuán miserables son esos pasos, y comprenderemos cuántas almas hay actualmente sin fe.

Jamás leo sin temblar las palabras tan terminantes y enérgicas del Deuteronomio, capítulo XXV, v. 14 y siguientes: «No tendrás en tu bolsa diferentes pesas, unas mayores y otras menores, ni habrá en tu casa modio mayor y menor; tu peso será justo y fiel, y el modio cabal y entero, para que vivas largo tiempo en la tierra... pues tu Señor Dios abomina á aquel que hace tales cosas, y aborrece toda injusticia.» ¿Habriase Dios negado á prever que la audacia y la maldad del hombre llegarían hasta adulterar la mercadería?

OLVIDO DE LAS LEYES DE LA ABSTINENCIA Y DEL AYUNO.

Las leyes de la abstinencia y del ayuno son casi tan antiguas como el mundo, y su razon de ser fué siempre el bien del hombre y de la sociedad. Dios prohibió á Noé y á sus hijos hacer un alimento de la sangre, porque la costumbre de degollar á los animales, para beber ó comer su sangre, podia tender fatalmente á hacer cruel al hombre. Moisés proscribió la carne de varios animales llamados por él impuros, porque su carne era malsana en sí misma ó por razon del clima, y podia causar enfermedades graves, como la lepra ó la ténia. El uso del vino estaba prohibido al sacerdote todo el tiempo que estaba al servicio del templo, para que conservara plenamente su razon en el ejercicio de sus tan santas funciones.

El ayuno tambien, en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, es á menudo alabado y aconsejado como una mortificacion saludable, agradable á Dios y meritoria en gran manera. Jesucristo dijo que expele á los demonios y los vicios; él mismo quiso ayunar durante cuarenta dias al principio de su vida pública, y á ejemplo suyo se prepararon los apóstoles para su gloriosa mision por el ayuno y la oracion.

La mortificacion del espíritu y del cuerpo es una de las condiciones y virtudes esenciales del cristianismo. *Los que son de Jesucristo*, dice san Pablo, *crucifican su carne con sus vicios y concupiscencias... Castigo mi cuerpo y lo reduzco á servidumbre, por temor de que, despues de haber predicado á los demás, sea yo mismo reprobado.*

Hé aquí porque la Iglesia, sábia intérprete de los derechos de Dios, de los intereses y necesidades del hombre, con el solo objeto de que el alma conserve su dominio sobre el cuerpo, el espíritu no esté subyugado por la carne, y, en una palabra, porque el sér espiritual no esté absorbido por el sér material, ha regulado con mucha indulgencia la mortificacion cristiana, mandando la abstinencia de las carne en ciertos dias de la semana, el ayuno y la abstinencia de Cuatro Témporas, el ayuno y la abstinencia de la Cuaresma.

El hombre está enfermo, tiene en sí, considerado moral como físicamente, muchísimas señales de muerte. Pues bien, ¿hay algo más necesario al enfermo que la dieta y la abstinencia?

El hombre es tambien un atleta empeñado en una lucha formidable cuyo fin es la eternidad; pues bien, la abstinencia es la condicion indispensable de la victoria del atleta.

Estas dos comparaciones tan sorprendentes son de san Pablo.

Prescindid del precepto religioso, y consultad á médicos dignos de confianza. Os dirán que el uso constante de materias cargadas de azoe y fibrina, demasiado nutritivas en una palabra, como la carne, disponen para la plétora, las congestiones sanguíneas, las hemorragias, las palpitations, los ataques sanguíneos, las apoplejías, los sarpullidos, mal de piedra, gota, etc.; que los alimentos de vigilia tienen á menudo muchas ventajas; que además una de las condiciones de la buena alimentacion es la variedad; que, por consiguiente, es muy sano abstenerse de carne una ó dos veces la semana. Los médicos con-

vienen tambien en reconocer que la primavera es una época de movimiento general cuya influencia debe sentir el hombre; que es la estacion de la exaltacion de los sentidos, porque la sangre circula con mayor energía y á menudo con extraordinaria violencia. Seria entonces provocar accidentes graves dar bebidas alcohólicas y fermentadas, alimentos demasiado nutritivos. Una alimentacion vegetal es al contrario en extremo higiénica. «Entonces aguada mucho el vino, dice el sabio autor de *la Medicina en sus relaciones con la Religion*, el D. Vitteux de Saint-Desert, comed poco, ayunad en una palabra; estaréis menos expuestos al mal de piedra, á la gota, seréis menos barrosos; se harán mejor las digestiones, vuestra cabeza no estará tan pesada, vuestros ojos no parecerán saltarse de sus órbitas, vuestra alma se dilatará y radiará de alegría. Y porque la influencia de la estacion dura algunas semanas, es conveniente que vuestro ayuno se prolongue por espacio de cuarenta dias. La ley de la cuaresma es una ley de conservacion, y es admirable que la Iglesia no la imponga, sino cuando está completo el desarrollo fisiológico, cuando está completamente consolidado el sistema huesoso. Será bueno tambien que se renueve el ayuno en las Cuatro Téporas, porque son épocas de transicion y de grandes trastornos atmosféricos.

Si los economistas pudieran hacer abstraccion de sus prevenciones contra la religion, serian los primeros en aplaudir las leyes de la abstinencia y del ayuno. La carne será siempre cara, y si se convirtiera en alimento indispensable para todos, su precio llegaria á ser exorbitante. Seria preciso, y ya lo es, pedirla á una importacion ruinosa, y muy pronto no bastaria ya la misma importacion. La carne no es realmente necesaria sino cuando se trata de hacer en un tiempo muy corto un trabajo que extenua. Antiguamente los pueblos más excelentes de Europa eran aquellos cuyo régimen era enteramente vegetal; y el mayor número de las exenciones militares alcanza á los habitantes de los pueblos en donde se ha hecho

casi universal el uso de la carne. Las leyes de la abstinencia tienen además la ventaja de estimular la pesca, la piscicultura y muchísimas otras industrias que hacen vivir á muchas colonias obreras.

Como quiera que sea de estas consideraciones humanas, la Iglesia impone á aquellos de sus hijos que no están dispensados de ello por razones legítimas, un dia de vigilia por semana, cuarenta dias de abstinencia y el ayuno en la Cuaresma, la abstinencia y el ayuno de las Cuatro Téporas. Tiene derecho para imponerlo, y su divino Fundador dijo que el que no la escucha y obedece, debe ser considerado como un publicano, es decir como un pecador, ó hasta como un pagano. *Si Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut ethnicus et publicanus.* (S. Mateo.) La observancia de este precepto no es difícil. Su infraccion no está impuesta por una pasion súbita y violenta; si se le viola, se le viola á sangre fria, de manera que esta vez tambien cada violacion será un acto de fuga ó de odio de la luz, un menoscabo de la fe. Y sin embargo, ¡cuán grande es actualmente la multitud de los que voluntariamente no hacen ningun caso de estos preceptos tan prudentes! ¿Y se maravillaria uno de que la fe sea tan rara?

Esto es muy insignificante, dicen, y ¿por qué inquietarse por ello? ¡Esto es muy insignificante! Razon de más para obedecer; os costará tan poco. Naaman partia irritado, porque, sin ni salir de su celda, se habia contentado el profeta Eliseo, haciéndole decir por su servidor que, para curarse de la lepra, no debia hacer más que bañarse siete veces en las aguas del Jordan. Afortunadamente le calmaron sus criados con esta reflexion más que natural: «Cuando el profeta os hubiese mandado algo difícil, hubierais debido hacerlo; ¿cuánto más debeis obedecer cuando os manda una cosa tan sencilla?» Naaman bajó al Jordan, se lavó siete veces, y su carne se puso tan sana y fresca como la de un niño.

¡Esto es muy insignificante! Y sin embargo, prefiriendo Eleazar una muerte gloriosa á una vida que se le habria

hecho odiosa si hubiese hecho traicion á su fe, se dejó degollar antes que comer de la carne prohibida. Y toda las iras de Antíoco no consiguieron igual infidelidad de la ilustre madre de los Macabeos y de sus siete hijos.

A los hombres de poca fe que creyeren superior á sus fuerzas este precepto, recordémosles la tierna historia del jóven Daniel. Fiel á la religion de sus padres, rehusaba invenciblemente comer los manjares y beber los vinos de la mesa del rey, que sabia habian sido ofrecidos á los ídolos. Por su parte, el jefe de los eunucos se negaba á acceder á este deseo tan legítimo. —Temo, decia, que mi amo al ver vuestro rostro enflaquecido se enoje y me mande matar. —Os suplico, respondia Daniel, que lo probeis durante diez dias solamente. No me deis más que legumbres para comer y agua para beber. Despues, pasado este tiempo, compararéis mi rostro con los de los jóvenes que sólo se alimentan de los manjares y de los vinos del rey... —Hízose la prueba, y pasados los diez dias, el rostro de Daniel se mostró más fresco y brillante de salud que el de todos sus compañeros. Job dijo con infinita razon: *Los que temen la escarcha serán aplastados por la nieve.* La experiencia de todos los dias demuestra que somos demasiado á menudo víctimas de excesivas contemplaciones, á que nos arrastran nuestra cobardía y poca fe. *Modica fidei, quare dubitasti?*

¿Es necesario, es útil contestar á las objeciones ridículas de la incredulidad é indiferencia?

No mancha al hombre lo que entra en la boca, sino lo que sale de ella. No os cuideis, si así lo quereis, de la ley de Dios, pero no blasfemeis de ella. Tócale á la Iglesia y no á vosotros interpretar las palabras de su divino Legislador. No, no es el alimento material, el alimento grosero lo que mancha el corazon, sino la desobediencia á la ley de Dios. El fruto de la ciencia del bien y del mal era bueno y hermoso, pero estaba prohibido; y llegó á ser para el hombre un veneno material y espiritualmente mortal. Hay osadía para oponernos la recomendacion que Jesu-

cristo hacia á sus apóstoles: *Comed lo que se os sirva.* Estas palabras pueden significar simplemente: No seais apurados ni exigentes, contentaos con lo que se os ofrezca.—Los apóstoles eran pobres: quizás tambien les autorizaba Jesucristo para hacer como los pobres, comer lo que hubieran á mano. De esta manera ha comprendido la santa Iglesia lo dicho por el divino Maestro.

BENEFICIOS ILÍCITOS SACADOS POR LOS DOMÉSTICOS Á COSTAS DE SUS AMOS.

Desgraciadamente debia el pecado á sangre fria deslizarse hasta las clases más inferiores de la sociedad, para quitarles tambien á ellas la fe, única garantía formal de su honradez, móvil el más poderoso de su obediencia, y sobre todo el gran consuelo de las rudas tribulaciones de su condicion. El mal de que vamos á hablar existió quizás en todas épocas, pero solamente en la nuestra ha pasado á ser un hábito fatalmente universal.

Compréndese por qué ha sucedido en todas épocas y sucederá siempre que un criado ó una sirvienta arrastrados por la golosina, por la coquetería, por la pasion del robo, cometan hurtos. Es un robo como todos; sin embargo, porque es más fácil, al propio tiempo que constituye un abuso de confianza, la ley lo ha llamado *robo calificado* y lo castiga más severamente. No tengo nada más que decir de él. Quiero hablar de otro robo cometido sin pasion, por cálculo y por consiguiente á sangre fria. Trátase, efectivamente, de cosas tan pequeñas, de acciones que se suceden tan lentamente, que la pasion no puede entrar en ellas para nada. Es un hábito más bien que un acto de robo. Por una parte, los comerciantes ó proveedores, para atraerse á los domésticos, les dejan en cada compra el sueldo por libra, ó les entregan el cinco por ciento, que no concederian á sus amos. Por otra parte, los mismos dependientes, só pena de llevar su clientela á otra parte, exigen imperiosamente esta misma

entrega; ó que en todas las compras que hacen aumenten de cinco por ciento, y á veces de mucho más la cantidad fijada en la cuenta de su amo. Estas prácticas ilícitas están actualmente trocadas como en segunda naturaleza; constituyen sin embargo verdaderos robos, que por ser cometidos á sangre fría, son en gran manera criminales, y minan sorda, pero activamente, no sólo la probidad sino también la fe de los dependientes. En apariencia es poco esto, quizás se encuentre extraño que yo hable de ello; pero al contrario es cosa inmensa, y en esta fatal costumbre veo yo una plaga de las sociedades modernas. El príncipe de Gales, heredero presunto de la corona de Inglaterra, ha hecho sobre esta materia una profesión de fe animosa, que debiera haber tenido más eco. Ha declarado públicamente que no quería en su casa á ninguno de los domésticos que ellos mismos se forman su salario, porque le inspiran irresistible desconfianza.

¿Por qué estas prácticas detestables deben estar estimuladas por los proveedores, que llegan hasta ofrecer varias veces al año regalos á sus parroquianos; por los economistas que llegan hasta el descaro de elogiar desmedida y peligrosamente á los dependientes que llevan á la caja de ahorros cantidades, que suponen intereses más que dobles de sus intereses reales; por los amos que, atreviéndose á ofrecer á sus dependientes sueldos notoriamente insuficientes, les autorizan implícitamente para proporcionarse ellos mismos su salario? ¿Por qué no debieran darles al contrario un sueldo estrictamente necesario, una parte decente de lo que importara el sueldo por libra sacado de las compras de la casa?

Tolerar por más tiempo el robo que consiste, según la expresión vulgar, *en sisar en la compra*, sería, lo repito, querer la desmoralización inevitable y profunda de una de las clases más interesantes de la sociedad. Los amos serían las primeras víctimas de su fatal condescendencia. Muy pronto no encontrarían ya dependientes fieles

y adictos, y se verían obligados quizás á servirse ellos mismos.

Para demostrar cuánto han entrado en los hábitos universales los abusos que señalo, séame permitido citar un rasgo infantil. El padre del niño á que me refiero y que no tiene aún ocho años, le había prometido cincuenta céntimos si ganaba el premio de su clase. En el intervalo transcurrido entre la promesa del padre y el éxito del hijo, éste cometió alguna falta que le hizo perder sus derechos á la recompensa que esperaba. Esta pérdida le desconcertaba, y no queriendo resignarse á ella, se atrevió á pedir á su madre lo que su padre le negaba con tanta justicia.—Yo no tengo esos cincuenta céntimos, le respondió la madre, sería preciso pedirselos á tu padre y me los negaría.—Hágalo V. de otro modo mejor, madre mía, replicó el niño, aumente en cincuenta céntimos la primera compra que haga, y póngalos en cuenta de mi padre.—Se reirá, si se quiere, de mi sencillez, pero yo veo en esta salida del niño el indicio de una profunda gangrena.

VIOLACION DE LAS LEYES QUE DEBEN PRESIDIR Á LA UNION DEL HOMBRE Y DE LA MUJER.

Este es el más abominable y desastroso de los pecados á sangre fría. Una de esas violaciones, y no es la más culpable, constituyó el pecado de Onan: Dios le envió una muerte repentina, porque, dice la Sagrada Escritura, había cometido una acción detestable.

La unión del hombre y de la mujer no puede tener más que un solo objeto, la paternidad y la maternidad. Fuera de este objeto esencial, no podría permitirse ó autorizarse, y Dios la ha prohibido por uno de sus diez mandamientos. La más brutal de las pasiones del hombre no hace caso de esta prohibición; quiere á toda costa satisfacerse, pero satisfacerse sin tener que sufrir las consecuencias tan graves de su rebelión. Hé aquí cómo, en este siglo de fe extinguida y de egoísmo, en el seno del ma-

trimonio, como fuera del matrimonio, se acude á precauciones ó manejos culpables, que se han convertido en hábito cada vez más universal, vicio abominable, cáncer horrible pegado al corazón de las sociedades modernas, pero que las devorará.

El mismo Malthus, el harto célebre apóstol de la prudencia en el matrimonio y de la renuncia virtuosa, dijo en su libro de la *Poblacion* (edición francesa, página 606): «Rechazaré siempre, como inmoral, todo medio artificial y fuera de las leyes de la naturaleza que se quiera emplear para contener la población.»

Un cálculo ateo impone esta fatal costumbre en el matrimonio. El hombre que no cree ni espera en Dios, no cuenta más que en sus propias fuerzas, y por lo mismo una familia numerosa es á su vista una carga demasiado pesada, un espantajo que le persigue incesantemente. No quiere que una herencia repartida entre demasiados hijos les haga descender de la posición social que la clase y la fortuna les aseguran ó prometen. La mujer á su vez se hace la cómplice y á veces el ángel malo del hombre, porque para un alma que no tiene ya el sentimiento de la abnegación cristiana, las funciones de la maternidad son demasiado penosas é inconciliables con las exigencias del mundo.

Es ahora la ocasión más oportuna que nunca de recordar los principios.

En las ideas de la fe, como también en el orden de la naturaleza, la herencia del Señor, la señal y el sello de su bendición, son los hijos: *Hereditas Domini, filii*. La recompensa de la virtud es el fruto de las entrañas: *merces, fructus ventris*. Espérase de Dios á un tiempo mismo el aumento de la familia y su prosperidad.

En la propagación del género humano hace Dios presidir también unas leyes providenciales que no se podrían desconocer. Así por ejemplo, en el seno de las sociedades constituidas normalmente, cuando se guardan fielmente las leyes de la naturaleza y de la religión, es siempre ma-

yor el número de los nacimientos masculinos que el de los femeninos, en la relación de 22 á 21, ó hasta de 17 á 16. De la misma manera el término medio del número de los hijos por matrimonio está comprendido entre 4 y 5. Este término medio está en armonía perfecta con las leyes de la mortalidad, en el sentido de que asegura un aumento continuo y benéfico de la población. Está también perfectamente conforme con las necesidades del corazón del hombre y de la mujer. Cuando el amor paternal, y más aún el amor maternal, está llamado á manifestarse ó esparcirse en tres ó cuatro hijos, está en general perfectamente regulado; pero si, sobre todo por una mala voluntad, no tiene que ejercitarse sino en uno ó dos hijos, es muy de temer que llegue á ser excesivo. En lugar de vivificar este amor al hijo, desarreglado como es, le pierde, y hace á su vez la desgracia del padre y de la madre, que tienen comprometido su porvenir por el cálculo insensato y criminal. Hé aquí como sucede actualmente que tantos hijos deshonran y desesperan á sus padres. Como también, por una reacción desoladora, pero lógica, el temor y el disgusto de la paternidad y de la maternidad van creciendo en lamentable proporción.

Un atento estudio de las leyes de la mortalidad demuestra además que no es excesivo el número de tres ó cuatro hijos para tener certeza moral de salvar uno de ellos de los mil accidentes que amenazan su vida, y verle llegar á la edad adulta. De manera que los padres que oponen su voluntad á la de Dios, que se hacen sordos á la naturaleza, se exponen casi infaliblemente á ver que la muerte les quita á sus hijos, destinados sin embargo á convertirse en gloria y alegría suyas y á menudo en apoyo suyo. ¡Cuán triste es entonces ese interior vacío de hijos, sobre todo cuando se ven forzados á decirse interiormente y de continuo que los han perdido por su culpa!

En este siglo materialista el bueno y bello ideal es un par de hijos: ¡un hijo y una hija! Pero para el hombre de fe que reflexiona, este exceso de felicidad, cuando es el

resultado del cálculo humano, es casi una señal del abandono de la Providencia, ó á lo menos de predestinacion á crueles angustias. Es además evidentemente homicida, porque, si se convertía en regla general, estaria muy pronto acabado el género humano. Una familia de muchos hijos presidida por Dios y la fe, es al contrario, hasta en esta tierra de lágrimas, un paraíso anticipado, un manantial fecundo de gozes puros y duraderos.

Es falso, absolutamente falso, y este fué el grande error de Malthus, que el desarrollo natural y sin obstáculos de las poblaciones sea un espantajo continuamente levantado contra la humanidad, y contra el cual sea preciso conjurarse de manera que se haga de la *renuncia virtuosa* una práctica universal, una condicion esencial de la prosperidad de las naciones. Esta doctrina es primeramente impía. Efectivamente, Dios dijo al hombre: Creced y multiplicaos; y la prueba de que ese aumento es sin peligro, consiste en que el término medio de los hijos por matrimonio está comprendido entre cuatro y cinco. Es además contraria á la razon. Véase cómo uno de nuestros más célebres economistas, M. Federico Passy, combate los sofismas de Malthus: «El hombre debe desempeñar un cometido, pero tiene los medios para desempeñarlo. Tiene una boca que consume, pero tiene dos brazos, y con dos brazos la inteligencia y la voluntad que los dirigen. ¡Y qué! ¿seria natural regocijarse por el nacimiento de un becerro, porque llegará á ser un buey, y deberá llorarse por el nacimiento de un hijo, porque este hijo llegará á ser un hombre? El buey, se dice, debe proporcionar el equivalente de su gasto. ¿Y no sucederia lo mismo con el hombre? ¡con el hombre que hace trabajar al buey, y proporciona al suelo los elementos de su subsistencia! Dícese que le falta la tierra. ¿En dónde, pues, se ha visto esto verdaderamente? Veo que la tierra es al contrario grande, y que apenas está desflorada, porque estamos todavía al principio de nuestros esfuerzos para doblegarla

á nuestro uso. Para quien sabe ver, las sustancias tomadas ya en el reino vegetal, ya en el animal, aparecen do-
tadas, pero en grado muy superior al de la multiplicacion del hombre, de la facultad de multiplicarse más y más. (*El principio de la poblacion, Malthus y su doctrina*, p. 44 y siguientes.)

Finalmente, digámoslo, á riesgo de escandalizar á los mo-
jigatos del siglo XIX (la mojigatería, por desgracia, no es el pudor), la doctrina de la abstencion virtuosa ó de la prudencia en el matrimonio no es más cristiana de lo que es humana. El cristianismo y los apóstoles de la civiliza-
cion por el Evangelio conocen mil veces mejor la natura-
leza del hombre que los filósofos y los economistas filán-
trops, y faltaria yo á mi deber, si no recordara los conse-
jos de san Pablo contradictorios de los de Malthus: «*No os alejeis el uno del otro, á no ser por común consentimiento, para cierto tiempo, y para dedicaros á la oracion; reunios pronto, por temor de que vuestra incontinencia dé lugar á Satánas para arrastraros al mal.*» Lejos de recomendar la renuncia virtuosa, habitual, que supone naturalezas excepcionales y convenidas, se ve que san Pablo concede apenas un apartamiento momentáneo, con el objeto de unirse más á Dios, con pronto retorno á los deberes mú-
tuos de los esposos.

Dicho esto, veamos sin contemplacion lo que son las prácticas criminales de que hablamos, primeramente en el matrimonio.

1.º *Un atentado contra Dios, la negacion de su providencia, una lucha criminal é insensata contra su voluntad.* De intento se prefiere uno ó dos hijos con la maldicion de Dios, á una familia numerosa que se complaceria en ben-
decir. Ruptura voluntaria y calculada con las prácticas esenciales de la religion, la confesion y la comunión. Es ver-
dad que reservan presuntuosamente, si, lo que es casi im-
posible, se ha conservado una sombra de fe, volver á Dios cuando viejos. ®

2.º *Un atentado contra la familia.* Olvidando el hombre que no es, haga lo que quiera, más que un siervo inútil, se constituye en solo instrumento de la dicha de sus hijos. Condena á la nada á los seres cuyo nacimiento impide. Condena á menudo á una muerte prematura á la cómplice y víctima de sus cálculos impíos. ¡Cuántas mujeres jóvenes murieron de parto, de la fiebre puerperal, tan comun en nuestra época, porque un Dios lleno de misericordia no ha querido que el corazón de la joven madre se abriera al contagio universal! *Fué quitada del mundo de los pecadores por temor que el vicio falseara su inteligencia, ó que la ficción sedujera su corazón.* ¡Cuántos niños tambien han sido arrebatados por el croup, tan frecuente ahora!

3.º *Un atentado contra la sociedad.* El aumento de las poblaciones es hasta cierto punto la prosperidad y la fuerza de las naciones; su disminucion es un signo de decadencia. En Francia, el aumento de la vida media oculta tambien la disminucion enorme de poblacion que experimentamos fatalmente; pero muy pronto no habrá nada que pueda ocultarla; nuestra desnudez se revelará á la faz del mundo todo y se abrirán los ojos de los más ciegos. Ya en gran número de departamentos el número de los hijos por matrimonio no es ya más que de *uno y medio*, y la informacion agrícola ha señalado, en ciertos pueblos ricos, la falta casi completa de niños.

En la industria agrícola, sobre todo, los hijos son el estímulo más eficaz del trabajo, la fuerza en cierto modo de los autores de sus dias. No se trabaja con aficion, sino cuando piden pan muchas bocas pequeñas hambrientas. Hálo dicho el mismo Malthus, pero con términos muy pálidos, en el pasaje ya citado: «Si en cada matrimonio estuviera sujeto el número de los hijos á una limitacion voluntaria, habria motivos para temer un aumento de indolencia; y podria suceder que ni las diversas comarcas tomadas individualmente, ni la tierra entera mirada de una manera colectiva, llegaran ó se mantuvieran en el grado de poblacion que deben alcanzar.»

A la agricultura le faltan ya brazos, y el campesino está condenado á pagar muy caros los mercenarios llamados á reemplazar los de sus hijos. Ya tambien, en varios de nuestros departamentos, faltan mujeres para industrias seculares, los encajes, los guantes, los cepillos, y es preciso recurrir á la cooperacion del arte mecánica ó á la electricidad.

Además, el espantoso abuso de que hablamos, al mismo tiempo que disminuye en proporcion enorme el número de los hijos legítimos á cargo de sus padres, aumenta en proporcion mayor aún el número de los hijos ilegítimos, á cargo casi todos del Estado. La naturaleza y la pasion tienden invenciblemente á recobrar su imperio; contenidas en un punto, invaden otro.

Al propio tiempo ¡ay! el temor excesivo y repulsivo de los hijos ha más que centuplicado el número de los abortos é infanticidios. Ha hecho nacer horribles industrias, entre otras la de *artífices de ángeles*. En América, en donde la fe cristiana es apenas una palabra, se ha llegado á preguntar qué ley podria impedir á la mujer deshacerse de sus hijos.

Alejandro Dumas, hijo, no ha vacilado en escribir esta frase terrible: «Dejad que haga la mujer lo que hace, y dentro de cincuenta años nuestros sobrinos (entonces ya no se tendrán hijos, no habrá más que sobrinos) verán lo que queda de la familia, de la religion, de la virtud, de la moral y del matrimonio en nuestro bello país de Francia.»

El secretario general de la Sociedad protectora de la infancia contestaba con santa indignacion á uno de sus más ilustres cofrades que parecia exagerar las aberraciones de las mujeres de nuestra época, afirmando que la leche de mujer es insuficiente en Francia: «No; la leche de mujer no falta mas en Francia que en otro país del mundo para las necesidades que está destinada á satisfacer; como tampoco falta la leche de los animales para la conservacion de las especies, cuando la industria ó la mala voluntad humana no vienen á turbar las leyes de la natu-»

raleza... Por desgracia es demasiado cierto que en este siglo positivista, la noción del deber se oscurece sensiblemente, y que el culto de los placeres ó de los intereses materiales absorbe todo otro sentimiento en el mayor número. Resulta de esto que la familia es como una carga, y que se hace todo para huir de ella. Un hijo turbaría el reposo del marido y sería para la mujer una incomodidad de todos los instantes. Que salga en seguida y lo más lejos posible; se librarán de él por una corta cantidad de dinero; y si no lo vuelven, para sus padres que apenas lo han conocido, será como si no existiese ya. ¡Qué espantoso porvenir!

Sí, porque los niños son impertinentes, ó á lo menos su nacimiento es un embarazo harto cruel; porque para madres sin fe y sin entrañas, los deberes de la maternidad están muy por encima de sus fuerzas; así es que abandonan sin ningún escrúpulo sus hijos á manos extrañas, los entregan desde luego á madres asalariadas; es decir, los condenan á una mortalidad desesperadora, cuyo solo pensamiento hiela de espanto. Un proceso ruidoso demostraba hace algunos meses á la Francia alarmada, que setenta y seis madres habían visto á sus hijos confiados sucesivamente á una envenenadora cínica, condenada á veinte años de trabajos forzados.

Hay más aún. Hechos increíbles, pero ciertos, parecen demostrar que se habría organizado en Francia el homicidio lento y disimulado de los niños de cria, que en algunas localidades de nuestros departamentos existirían mujeres cuya industria sería recibir criaturas, sobre todo hijos naturales, para hacerlos morir á fuego lento. *Infandum!*

4.º *Un atentado en fin contra la naturaleza y la pasión.* ¿Quién hubiera creído que el hombre haría violencia al amor y resistiría al más poderoso de los atractivos? ¡Ah! si la religión hubiese dicho al torrente: Tú irás hasta allá, pero allá tus olas tumultuosas deberán estrellarse, ¡qué indignación no habría excitado! Un cálculo ateo é

infernál podía él solo exigir la sangre fría necesaria á esta guardia homicida de los sentidos! Y es la religión católica la única que tiene hoy día el valor de sostener entre todos y contra todos la causa de la pasión, de la naturaleza, de la sociedad, de la humanidad, de la familia, de Dios; á los celibatarios voluntarios de la santa Iglesia de Jesucristo estaba reservado ser en el transcurso de los tiempos los defensores de los derechos del matrimonio y de las generaciones venideras.

¿Qué es lo que ha resultado de estas perversiones extrañas del instinto paternal y maternal? que el sentimiento más dulce de la naturaleza ha desaparecido casi del corazón del hombre; que se ha hecho ridículo el amar. Hoy día es el vicio altamente confesado, el vicio públicamente desvergonzado, y no la afección, la que acerca el hombre á la mujer. Y hé aquí cómo los reyes de la moda han llegado á inventar á las hijas de mármol, las más odiosas de las cortesanas, cuyo abominable triunfo están condenadas á envidiar las esposas legítimas, vergonzosamente abandonadas. En una reciente conferencia, una de nuestras glorias médicas decía á la juventud que le rodeaba: «¡De qué sirve ir á ahogar en excesos más tristes aún que culpables todo lo que la naturaleza nos ha dado de bello, de bueno, de útil, de puro, de generoso! ¿Por qué buscar tan mal y tan lejos un placer del cual está como desterrado el corazón, cuando se puede ser feliz pura y santamente? Muy mucho se han de llorar y compadecer los que no conocen ó no conocerán jamás el nombre del celestial sentimiento que derrama la embriaguez misteriosa sobre las almas dignas de gustarla.»

Mas no lo olvidemos; si la sociedad cierra los ojos sobre los atentados cometidos contra sí misma, esto no pasa con la naturaleza. Ella protesta con energía por una multitud de enfermedades gravísimas, casi desconocidas en otro tiempo, hoy más comunes de lo que se puede ponderar. Mr. Bergeret, primer médico del hospital de Arbois (Jura), ha descubierto en su práctica, limitada solamente á la cir-

cunscripción de la capital de un canton, tan numerosos y terribles ejemplos de las consecuencias fatales de este olvido de las leyes de la naturaleza, que no ha podido menos que denunciarlos á la conciencia pública. En un libro intitulado: *Fraudes en el cumplimiento de las funciones generadoras*, despues de haber demostrado, por medio de setenta y ocho observaciones, unas más espeluznantes que otras, los males horribles causados por estas costumbres odiosas: metritis agudas ó crónicas, menorragias, metrorragias, hematóceles, tumores fibrosos, pólipos, hiperestusias uterinas, histeralgias, cólicos y nevrosas, neuralgias y obstrucciones, cánceres, tumores de los ovarios, uretritis, enfermedades de los órganos de la circulación, de la respiracion y de la digestion, esterilidad, impotencia, etc., etc., añade: «Las fraudes genésicas son una causa profunda de desmoralizacion; ellas hacen que los hombres lleven la seduccion hasta sus últimas consecuencias; convierten á la mujer en instrumento de las más innobles pasiones; hacen perder al hombre y á la mujer el gusto y lo aptitud de los placeres sexuales, y les conducen casi infaliblemente al dulterio y á la prostitucion.»

Este fallo, salido de una boca que no puede ser sospechosa, me dispensa de insistir sobre las terribles consecuencias, fuera del matrimonio, de las abominables costumbres que combato. Bastará decir que ellas abren la puerta á un libertinaje sin freno y sin límites, que imprimen á la disolucion de las costumbres un impulso irresistible, que sustituyen á la union santa del hombre y de la mujer la promiscuidad de sexos, que hace descender al hombre al nivel de los brutos. Nada detiene ya, no diré el arrebató, sino la animalidad de las pasiones. Una palabra cruel expresará el exceso del mal. En uno de estos departamentos que rodean á París, en donde el número de niños por matrimonio no es más que de uno y medio, un amigo de la familia reprochaba á una madre por-

que no vigilaba bastante á su hija, y le permitia tomar parte en todos los bailes de noche de los fisgones, cuando la madre, interrumpiéndole de pronto, exclamó: «Yo no temo nada por mi hija: ella está hartó bien instruida para que pueda sucederle jamás verse condenada á hacer público su deshonor.» Ved hasta qué abismo hemos caído.

Mr. Bergeret sin embargo no quiere que se diga que este abominable pecado de sangre fria conduce la sociedad al abismo. El escritor dramático, que he citado poco antes y que conocia muy bien su siglo, ha sido más animoso. Por sí mismos quizás estos vicios no acarrearían una ruina moral universal; pero, acompañados del abandono de la fe, cuyo efecto y causa son á la vez, nos perderán infaliblemente, tanto más en cuanto, en materia semejante, bajo el imperio aceptado de la influencia satánica, la conversión y el retorno son poco menos que imposibles. Podría ser con todo que, si, como lo esperamos, el Concilio Vaticano lanza sus más terribles rayos contra estas costumbres infernales, su voz solemne fuese quizá escuchada. ¡*Salvadnos, Señor, que perecemos!*

Séame permitido aún señalar algunos otros graves abusos relativos á esta tan delicada materia.

En las habitaciones estrechas del siglo XIX, á consecuencia de este tan gran descuido que confunde todos los rangos y todas las edades, los niños están sin cesar en contacto con los padres y los criados. Ellos lo ven todo, lo oyen todo, todo lo comprenden ó adivinan. Es por cierto una gran desgracia. Su inteligencia, hartó pronto des-pertada, se abre al mal con una facilidad extrema, y ¡ay! nos vemos obligados á decir con razon que ya no hay niños, sino pequeños hombres viciosos antes de la edad. Y ¡cuántas madres desnaturalizadas esperan apenas que estén crecidos para entregar su corazón á las pasiones de sangre fria! cuán incrédulas no serán las jóvenes generaciones!

En la mayor parte de las familias, los domésticos tie-

nen su cuarto fuera de la habitacion de los amos. Es una derogacion funesta de las costumbres antiguas, que el Evangelio nos recuerda en una de sus parábolas: *Mis servidores están conmigo bajo una misma llave*. Relegados en sótanos ó boardillas, unos arrastran á otros; ¡cuán espantosa es allí la promiscuidad de los sexos! Así se explica la rareza extrema de servidores castos y fieles. A estos servidores pervertidos los padres y madres abandonan en cierto modo á sus hijos.

En efecto, el santuario de la familia, lo que nuestro antiguo lenguaje llamaba el hogar doméstico, no existe ya. El padre hasta cierto punto es extraño á él; sale por la mañana para volver poco antes de la noche; se sienta apenas á la mesa comun. Los negocios, los casinos, los clubs, los cafés, los garitos, los teatros, las reuniones, las conferencias, lo absorben completamente; apenas ha entrado en casa, que ya le tarda el salir de ella.

Y la madre, ¡qué esfuerzos hace para escapar de esta tan triste soledad que sus hijos no llenan bastante! La vida de la fe, la vida del justo, ¿no es absolutamente incompatible con sus costumbres desordenadas?

En fin, la atención pública se pasma muy tarde ¡ay! de uno de los tristes extravíos de la ley francesa, en la que Dios, y por consiguiente la religion, la moral, la familia son sacrificadas hasta el punto de que se haya podido decir de ella que ha sido hecha atea. La primera protestacion enérgica contra este grande abuso ha salido tambien de la pluma de Mr. Alejandro Dumas, hijo; mas yo dejaré hablar á uno de nuestros más sabios médicos filósofos, el doctor Mr. Emilio Chauffard.

En su discurso sobre la mortalidad de los niños, pronunciado, el 28 de diciembre de 1869, en el seno de la Academia imperial de medicina, dijo: «A más de los favores indirectos de la ley francesa para con las uniones ilegítimas (ella prohíbe la investigacion de la paternidad, etc.), hay todavía más, hay grandes instituciones dirigidas contra el matrimonio; hay grandes aglomeraciones

de hombres jóvenes y robustos, lo más puro y ardiente de nuestra raza, á las cuales no se les deja otro recurso que las uniones pasajeras, la peor especie de las uniones ilegítimas. Quiero hablar de los grandes ejércitos permanentes, de estas quintas desapiadadas, que todos los años arrancan al hogar la flor de la juventud francesa, para encerrarla en malsanos cuarteles y entregarla á la vida ociosa de guarnicion... Considerad la situacion de cuatrocientos á quinientos mil hombres, jóvenes y vigorosos, á quienes está prohibido el matrimonio sin que hayan hecho el voto de continencia, y que se les echa al empedrado de las grandes ciudades, entregados y necesariamente abandonados á todas las seducciones... Y estos quinientos mil hombres robustos son arrancados en su mayor parte al hogar rural, á la agricultura, la más fecunda, la más moral, la más saludable de las industrias; y quitados al matrimonio, que es el solo que da á la poblacion el aumento y la fuerza... ¿Quién ignora los estragos ocasionados en el ejército por la tuberculosa y la sífilis? Y estos tuberculosos y estos sífilíticos, libres ó licenciados, llegan á ser padres, que legan á su descendencia, y frecuentemente á sus mujeres, afecciones contagiosas ó hereditarias, que se traducen por una mortalidad espantosa en la niñez.»

Yo no añado más, pero todos los lectores de buena fe reconocerán sin vacilar que la fe, que ha resistido á tantos enemigos conjurados y formidables, que cuenta aún hoy día tantas almas fieles, es necesaria y evidentemente divina. ¡Esplendor! esplendor!



otros, si no creyésemos á la veracidad infinita de Dios?

Mas S. Pablo ha dado de la Fe otra definicion eminentemente propia para hacer resaltar esta verdad capital, que nada es más racional, más honroso en sí y más noble para el hombre que la adhesion de la inteligencia por medio de la fe á la revelacion divina. Él dice en su magnífica carta á los Hebreos, c. XI, v. 1: *La fe es el fundamento de las cosas que se han de esperar, y el argumento de las cosas que no se ven.* SPERANDARUM SUBSTANTIA RERUM... ARGUMENTUM NON APPARENTIUM.

La Fe es el argumento de las verdades que no vemos; es decir, la manifestacion, la declaracion, la exhibicion de lo que nos es invisible, de lo que nuestra inteligencia no puede descubrir por sus propias fuerzas, de lo que quedará por consiguiente para ella desconocido, inaccesible, ininvestigable, de lo que en una palabra no es contrario á la razon, porque lo que es contrario á la razon es imposible ó no existe, sino que está sobre ó más allá de la razon, y que sin embargo tenemos grande interés en conocer y creer.

¿Es realmente de cosas que nosotros no podemos descubrir por las solas luces de la razon? Evidentemente. Negarlo seria el colmo de la locura. Nosotros no somos infinitos, estamos muy lejos de serlo. Físicamente, nuestro sér es muy limitado, ocupamos muy pequeño lugar en el universo; arriba, abajo, á derecha, á izquierda, nada hay ya de nosotros. El ojo más lince, la voz más sonora, el oido más fino no se extiende más allá de algunos kilómetros.

Moralmente, nuestro sér no es menos limitado. ¿Qué es la virtud de los más virtuosos y la sabiduría de los más sabios? Ved á David adúltero y homicida, ved á Salomon libertino é idólatra, ved á todos los sabios, á todos los filósofos de la Grecia y Roma, á Ciceron mismo, cuya memoria queda manchada de torpes vicios. Dios, que conoce á fondo nuestra pobre naturaleza humana, salida de sus manos y animada con su soplo, ¿no ha dicho por la



CAPITULO VII.

LA FE SUBJETIVA, LA ADHESION Á LAS LUCES DE LA REVELACION ES EMINENTEMENTE RACIONAL.

¿Qué es la Fe? La Fe, segun la definicion que da de ella la teología, es una virtud sobrenatural, por la que creemos firmemente todo lo que Dios ha revelado, porque él lo ha revelado y es la verdad misma que no puede engañarse ni engañarnos. Es una virtud, porque hay mérito y mucho mérito en creer; es una virtud sobrenatural y por consiguiente un don, una gracia, porque Dios se revela á quien le place, y porque él solo puede hacernos dóciles á su palabra y á la voz de su Iglesia santa. Es tambien una virtud teologal, porque su objeto inmediato es Dios, y su motivo es una perfeccion divina, la veracidad infinita de Dios.

Una vez admitida la existencia de Dios y de la revelacion divina, la fe, definida como acabamos de hacerlo, no es solamente necesaria, sí que tambien perfectamente legitima y racional. Porque ¿á quién creeríamos nos-

boca del Sabio por excelencia: «Los apetitos, los sentidos y deseos del hombre son inclinados al mal desde su mocedad?» El santo varon Job ¿no exclamaba en el profundo conocimiento de su miseria: «¡Dios mio! ¿por qué me habeis hecho vuestro contrario?» Y el gran Pablo, arrebatado hasta el tercer cielo é iniciado en los secretos de Dios, ¿no gemía amargamente porque no hacia el bien que amaba, y obraba el mal que aborrecia? no se indignaba él contra el ángel impuro que insultaba su debilidad? Los solos séres satisfechos de sí mismos son los fariseos malditos que se han divorcionado con todas las virtudes. El primer paso en el camino de la virtud es prosternarse en tierra y herirse los pechos, exclamando: Perdonadme, Dios mio, que soy un grande pecador!

En el orden de la inteligencia, ¿nuestro sér será más infinito? ¿Quién será tan necio para creerlo ni siquiera un instante? Una vez encontré en el paseo de Bicêtre á un pobre loco, que se creia y se decia sollozando el más desgraciado de los hombres, porque se habia hecho un gran libro de lo que él ignoraba. Se podria hacer no un gran libro, sino millares de lo que no sabrá el más enciclopedista de los sabios del siglo XIX y de los siglos venideros.

Por de pronto coloquémonos en el terreno de la ciencia al alcance del hombre, á lo menos en la apariencia. En las ciencias naturales, físicas, matemáticas, ¿qué sabemos nosotros? Nada ó muy poca cosa. Y lo que sabemos lo sabemos muy mal. No tenemos la última palabra deseada. ¿Qué son en el fondo todos los progresos de las ciencias? La multiplicacion de incógnitas y misterios. Para nuestros antepasados el mundo material era un misterio cuádruplo, compuesto de tierra, agua, aire y fuego. El agua ó el aire eran misterios simples ó únicos. Para nosotros que hemos descubierto sesenta elementos y más, el mundo es un misterio compuesto, quince veces más inaccesible; el agua, despues que la conocemos compuesta de hidrógeno y oxígeno, es un doble misterio; el aire, mezclado en proporciones poco menos que contadas

de oxígeno, azoe y ácido carbónico, es un triple misterio.

Espiritu, materia, éter, espacio, tiempo, afinidad, gravedad, electricidad, calor, luz, fotografía, telegrafia eléctrica, etc., etc., son otras tantas palabras, cuyo sentido está para nosotros rodeado de misterios insondables, otros tantos enigmas ó incógnitas que desesperan.

En el dominio de la filosofía no solamente sabemos muy poca cosa, sino que lo sabemos muy poco ó mal. Sin cesar tomamos lo falso por verdadero, y lo que lo prueba de una manera más clara que el dia, son los errores y las contradicciones que llenan el mundo. Casi hay tantas, no diré opiniones, sino convicciones como hombres. Cicerón habia ya dicho de su tiempo que era imposible imaginar un absurdo que no lo hubiese propalado algun filósofo, y nosotros hemos experimentado que no exageró nada. ¿Cuántas verdades hay del orden intelectual, sobre las cuales estén de acuerdo todas las inteligencias? Muy pequeño es su número, y yo no me atreveria á colocar en esta categoría la existencia de Dios y la espiritualidad é inmortalidad del alma. Porque hay una muchedumbre de séres humanos, aun entre los sabios, que se obstinan en pasar por ateos y materialistas, sin advertir siquiera que son en realidad demasiado pequeños y modernos para ser aun una materia organizada necesaria. La duda invade los espíritus que se tienen por más ilustrados y sensatos.

Cicerón, al final de sus cartas sobre la vejez, despues de una invocacion que entraña la inmortalidad del alma, vuelve tristemente sobre sí mismo y exclama: «Si me engaño creyendo en la inmortalidad del alma, con gusto me engaño, y yo no quiero que se me arranque un error que hace el encanto de mi vida.» En otro lugar (*Académica* II, lib. II, pár. 12) dice: «Casi todos los filósofos más celebrados, Sócrates, Demócrito, Anaxágoras, Empédocles han afirmado que *no sabian nada*, que no entreveian nada, no conocian nada...; que la verdad estaba como anegada en un profundo pozo, y que no quedaba ya lugar para ella.» Sócrates, en el *Gorgias*, dice á su interlocutor despues de su

exposicion de la inmortalidad del alma: «Sin duda tú tienes estos relatos como sueños de vieja delirante, y los desprecias. Yo mismo los despreciaría, si en nuestras investigaciones hubiésemos encontrado algo más cierto y saludable.» Séneca se lamenta en estos términos de la indiferencia de su tiempo por la verdad y de la impotencia de la filosofía: «Lejos de descubrir verdades desconocidas á los antiguos, todos los días se acaban las antiguas verdades. ¡Ah! Aun cuando nosotros consagráramos todos nuestros esfuerzos, y la juventud contribuyese con todo el ardor de su corazón, y la ancianidad con sus consejos recogidos ávidamente por las nuevas generaciones, apenas llegaríamos al abismo en que se oculta la verdad.» Séneca aún, cuyos sentimientos son algunas veces tan elevados y cristianos, que se quiere que haya estado en relaciones con el Apóstol, en su *Consolacion á Marcia*, se olvida hasta el punto de exclamar: «Los muertos no experimentan dolor alguno, y los terrores del infierno son una fábula. La muerte es el desenlace y fin de todos los dolores.»

También es él el que arrojó en el escenario la palabra impía tan aplaudida por la Roma de los Claudios y Neronés: «Después de la muerte no hay nada, y aun la misma muerte nada es.» *Post mortem nihil, ipsaque mors nihil.*

Diez y ocho siglos más tarde los jefes de la filosofía ecléctica se reúnen en congreso en París, y sobre estas mismas cuestiones de Dios y de la inmortalidad del alma se dividen sin que pueda aun formarse mayoría.

Si para resolver estos grandes problemas añadimos á los recursos de la razón los de la ciencia, no nos encontraremos más adelantados. El célebre naturalista Huxley, en enero de 1869, hacia esta dolorosa confesion: «Los filósofos se disponen á dar batalla sobre el último y más grave de todos los problemas especulativos. ¿La naturaleza humana posee un elemento libre, dotado de voluntad, ó es la máquina más artísticamente construida de todas

las que son obra de la naturaleza? Algunos, en cuyo número yo me cuento, piensan que la batalla quedará para siempre indecisa.» Uno de los físicos más eminentes de la escuela moderna, Tyndall, en un discurso pronunciado en Norwich en agosto de 1868, ha dicho: «El problema de la union del cuerpo y alma es tan insoluble en su forma moderna, como lo era en las edades precientíficas... Si preguntais de dónde viene la materia,... cómo y quién la ha dividido en moléculas, cómo y quién le ha imprimido la necesidad de formarse en grupos orgánicos, la ciencia se queda sin respuesta á estas cuestiones. Mas si la ciencia enmudece, ¿á quién atañe dar la respuesta?... A aquel á quien el secreto ha sido revelado. Inclíenemos nuestras frentes y reconozcamos nuestra ignorancia una vez por todas...» En fin el jefe mismo de la filosofía positiva, Augusto Comte, admite en los objetos de que se ocupa el pensamiento humano, lo *conocible* y lo *inconocible*; admite aun dos categorías de inconocible: el inconocible de la ciencia y el inconocible de la religion, y añade (*Curso de filosofía positiva*, t. 1, 2.^a ed., Introducción, pár. XLIV): «*Lo inconocible*, lo que está más allá del saber positivo, ya materialmente, como el fondo del espacio sin límites, ya intelectualmente, como el encañamiento de las causas sin término, es inaccesible al espíritu humano. Pero inaccesible no quiere decir nullo ó no existente. La inmensidad tanto material como intelectual está íntimamente unida á nuestros conocimientos... Es un océano que viene á lamer nuestra playa y para el cual nosotros no tenemos ni barca ni velas.»

Si en el dominio de las verdades naturales y de las ciencias humanas, el horizonte de nuestra inteligencia es tan limitado, ¿qué será, pues, cuando se encontrará en presencia de las verdades sobrenaturales y de las ciencias divinas? Apólogo ó historia: San Agustín se paseaba por la playa del mar de Cartago; sumergido en profunda meditación, se lisonjaba de poderse formar á lo menos una idea del misterio de la Trinidad santísima, cuando de

repente advirtió que no estaba solo. A algunos pasos de él, un niño de facciones angelicales habia cavado en la arena un pequeño hoyo; despues, tomando una conchita, fuése á la mar, la llenó y vacióla en el pequeño hoyo, y de nuevo volvió é hizo lo mismo una y muchas veces. Sorprendido de este extraño proceder y temiendo que la razon del pobre niño no se hubiese extraviado, san Agustin se acercó, y con voz dulce y triste á la vez le dijo: ¿Por qué tantas idas y venidas? qué es lo que pretendes, amado niño? —Lo que yo quiero, padre mio, es hacer entrar la mar toda entera en este pequeño hoyo que he cavado.—Esto es imposible. ¿Tan loco eres? ¿qué desgracia! —¡Yo loco! no, padre mio; ó á lo menos no soy yo el más loco de los dos. El Mediterráneo es grande, muy grande, es verdad; y mi concha y el hoyo son muy pequeños; pero en fin aquél no es infinitamente grande y éstos infinitamente pequeños, mientras que Dios, á quien quereis encerrar en la esfera infinitamente pequeña de vuestra razon, es infinitamente grande. —Despues de haber dado esta leccion, el niño desapareció, y san Agustin volvióse más humilde hácia Cartago.

Una cavidad minúscula delante de un océano de incógnitas y misterios: hé aquí en realidad lo que es nuestra inteligencia. ¿Y la creeremos tontamente capaz de alcanzarlo todo?

En el número casi infinito de las cosas que nos son invisibles, que no podemos saber por nosotros mismos, entre tantos misterios é incógnitas, ¿hay alguno que tengamos grande interés por conocer y alcanzar? Evidentemente: Dios, nosotros mismos, nuestro origen, nuestro último fin, nuestro destino futuro, nuestros deberes, el camino que nos llevará á la felicidad y á la felicidad eterna, etc., etc. El argumento ó el intermediario que nos revelará, que nos anunciará estas cosas, que las pondrá á nuestro alcance, ha de ser muy bien recibido. En haciéndole buena acogida, hacemos un acto de juicio muy iluminado y sabio; y lejos de avergonzarnos de ello,

deberemos estar santamente enorgullecidos de haberlo aceptado. Pues bien, este argumento, este intermediario glorioso y bienhechor es la Fe. *Fides... argumentum non apparentium*. Ella es la barca, ella es la vela que sola puede llevarnos á lo inconocible.

En las ciencias humanas, ó en las circunstancias ordinarias de la vida, cuando un objeto no nos aparece, ó una empresa está sobre nuestras fuerzas naturales, nos apresuramos á suplir nuestra impotencia por medio, si es menester, de largas investigaciones y de muchísimo dinero. Para sondear la profundidad de los cielos, la astronomía no ha vacilado un instante en armar su ojo insuficiente con un telescopio que agranda los objetos. Para tratar de arrancar á la naturaleza el secreto de la constitucion íntima de los cuerpos y llegar á comprender detalles de organizacion, que su pequeñez roba completamente á sus miradas, el naturalista se ha apresurado á recurrir al microscopio; el capitán de un buque en la mar y el general de ejército en campo raso se consideran felices y contentos con sus anteojos de larga vista, que suprimen en gran parte al menos la distancia y permiten conjurar muchas veces el peligro; el hombre de mundo en el teatro, en las fiestas públicas ó en presencia de los grandes espectáculos de la naturaleza, bendice su catalejo; el miope para mejor andar por la calle, el presbita para poder desempeñar sus trabajos de gabinete, no vacilan en hacer uso de anteojos. ¿Qué no se diría del energúmeno que pretendiese organizar una cruzada contra los telescopios, los microscopios, los catalejos, los anteojos, los lentes, etc., etc., bajo el pretexto de que son una ofensa á la dignidad humana y un insulto á la vista? Se le compararia á Omar; se le meteria entre estos locos furiosos, cuya memoria es un objeto de execracion. Pues la Fe, en la idea tan exacta que de ella nos da san Pablo, no es otra cosa que el telescopio, el microscopio, el antejo, el catalejo, el lente de nuestra inteligencia, cuyo alcance ella centuplica. *Argumento de lo que no vemos*. Por lo tanto

ella es evidentemente racional y gloriosa. Atacarla es un crimen, un suicidio intelectual.

Nosotros recordamos que en 1847 Francisco Arago hacia por última vez en el Observatorio real el curso de astronomía popular, que ponía á todo París en movimiento. Yo era uno de sus oyentes más asiduos, y aun habia redactado y publicado en la *Época* un cierto número de sus admirables lecciones. Todo el mundo sabe que Arago me tenia grandísimo afecto, pero mi fe viva le impacientaba algunas veces. — Creer, me decia, seria una humillacion profunda. Porque ¿cómo creer sin confesar al mismo tiempo que hay verdades que yo no comprendo, que desafian y superan mi razon y que deberé admitir bajo palabra? — Yo le respondia que no habia ninguna humillacion en reconocer un hecho más claro que el dia, el hecho de que la vista de la inteligencia tiene sus límites, como la vista de los objetos materiales tiene los suyos. Esta respuesta no le satisfacía, y yo me atreví un dia á decirle: Ayer, señor, os complacisteis en enumerar las maravillosas propiedades del ojo, demostrando cuán superior es por la multiplicidad de sus funciones espontáneas y vivas á todos los instrumentos creados por el genio humano. Exaltasteis su poder de recepcion, ó esta facilidad admirable con la cual condensa en un punto casi indivisible el más inmenso horizonte, su poder de acomodacion casi instantánea á todas las distancias, su acromatismo prácticamente tan perfecto, etc., etc. Y sin embargo vuestra vida de sabio no es más que una série de atentados contra la perfeccion del ojo. Vais proclamando sin cesar su impotencia, armándole con mil instrumentos diversos destinados á completarlo: telescopio, microscopio, micrómetro, polariscopio, polarímetro, refractómetro, fotómetro, espectroscopio, etc., que son otros tantos insultos á esta obra maestra inimitable, que vos tanto habeis hecho admirar. Romped, pues, todos estos aparejos, si quereis ser consecuente con vos mismo, porque mi fe no es nada más que el bendito telescopio de mi inteligencia.

—¿Cómo soñar ni siquiera un momento en romper estos *telescopios*, que muestran la luna mejor que no se ve el Mont-Blanc de Dijon, que nos han permitido llegar á conocer las desigualdades de la superficie de nuestro satélite mejor que no conocemos las desigualdades de nuestra tierra; que han resuelto en estrellas, y en estrellas dispuestas con admirable orden, estas nebulosas, de las cuales se hacia tan gratuitamente la primera materia de los nuevos mundos; estos *micrómetros*, que nos han servido para medir con una precision desconocida hasta entonces los dos diámetros de los planetas y hacer constar su desigualdad; estos *polariscopios*, que nos han revelado la verdadera naturaleza de la fotosfera solar; estos *espectroscopios*, que nos han dejado penetrar los más profundos misterios de los cielos? Hacer volver á la nada tantas y tan estupendas invenciones, que ponen al hombre en posesion, por decirlo así, de nuevos cielos y nuevas tierras, esto evidentemente seria un acto de barbarie.

—Sí, replicaba yo; pero desdeñar, rechazar, ultrajar la fe, que en realidad no es más que el telescopio, no ya de un ojo material, que nos es comun con los seres más inferiores de la creacion, sino de nuestra razon, de nuestra inteligencia, que nos hace reyes de toda la naturaleza entera y nos asemeja al mismo Dios, ¿no seria esto una locura mucho más irritante aún?

Y lo que decimos de nuestro ojo es asimismo verdad de todos nuestros órganos. Nosotros suplimos la fuerza de nuestros brazos por todas las fuerzas de la naturaleza, el agua, el viento, el fuego, la electricidad; nosotros compensamos la lentitud de nuestros piés por el velocípedo, la locomotora, la telegrafía eléctrica; y uno de los mayores pesares de la ciencia moderna es no haber podido aún agrandar el dominio del oido del hombre. ®

¿Cuál es, en último análisis, el fin ó la mision del genio y de la industria? La multiplicacion y el perfeccionamiento de los utensilios con que el hombre suplé la impotencia de sus órganos. Además, el carácter distintivo

del hombre, el signo incontestable de su superioridad sobre todos los seres animados de la creacion, es que él solo sabe crearse utensilios. El gorilla se arma de una rama separada del árbol ó de una piedra tirada por el suelo; pero jamás se ha compuesto una maza y ni siquiera una punta de flecha de sílex pulido. Evidentemente, en estas condiciones, el utensilio llamado en la ayuda de la insuficiencia de las fuerzas del hombre, lejos de humillarle, le ennoblece. De ahí este razonamiento harto sencillo y al mismo tiempo irresistible. Puesto que podemos y debemos, sin temor de humillar nuestras facultades físicas, antes bien con la certidumbre de completarlas, elevarlas y centuplicarlas, recurrir incesantemente á los instrumentos que el genio humano inventa cada dia, podemos y debemos, para ser consecuentes con nosotros mismos, completar nuestra inteligencia y razon, elevarlas, centuplicarlas, por el asentimiento dado á las luces de la revelacion divina, con la sola condicion de que la realidad y excelencia de esta revelacion bienhadada sean ciertamente demostradas.

¡Su realidad! el objeto principal de este libro es hacerla resaltar. ¡Su excelencia! las abundantísimas luces que comunica á la razon son más brillantes que las del mediodía.

Jesucristo ha dicho esta gran palabra: *Cuando el Espíritu viniere, él os enseñará toda verdad.* (S. Juan, c. XVI, v. 13). En efecto, el Espíritu, la revelacion, la fe ha venido, y ella ha enseñado al hombre de buena voluntad toda verdad: la verdad sobre Dios, la verdad sobre el prójimo, la verdad sobre nosotros mismos.

LA VERDAD SOBRE DIOS: 1.º *Su existencia, su naturaleza, su culto.*

La existencia de Dios. La razon ha sido como impotente para demostrarla y hacerla comprender. En su libro de la Naturaleza de los Dioses, Ciceron mismo decia: «Vos quereis probar por raciocinio la existencia de Dios... Bus-

cais el apoyo de la razon; soportad, pues, que mi razon combata la vuestra... Empleais toda clase de argumentos para probarme que existen dioses, y argumentando no haceis sino dudosa una verdad, que sola la tradicion de nuestros antepasados (es decir una revelacion primitiva) pone fuera de la más pequeña duda.»

La naturaleza de Dios. Sobre este punto capital la razon habia llegado al exceso espantoso de que todo era Dios, excepto Dios mismo. La embriaguez, el rapto, el incesto, el adulterio, la lujuria, el fraude, la crueldad, la ira eran sus atributos inscritos en el frontispicio de los templos; sólo el verdadero Dios no tenia altar, sino con el nombre de Dios desconocido. Al contrario, ¡qué admirable idea de Dios nos da la fe, de su eternidad, de su santidad, de su infinidad, de su inmensidad, de su omnipotencia, de su providencia, etc.! Por medio de cuántas imágenes elevadas y arrebatadoras, los libros santos nos revelan su grandeza y nos pintan su majestad! Con qué entusiasmo exaltan sus beneficios!

El culto de Dios. En la teología de la razon, el culto no pertenecia más que al cuerpo; el alma no tomaba parte en él, sino por el impulso violento comunicado á sus pasiones y vicios. «Lo que un hombre se ruborizaria de oír, los paganos, dice Séneca, no se avergüenzan de decirlo á sus dioses; y tienen la conciencia de su torpeza, puesto que, si alguno les puede escuchar, se callan. Manifiestan á la luz del sol lo que en la vida ordinaria se oculta en las más profundas tinieblas. En los ángulos secretos de los templos se cometen crímenes abominables contra la naturaleza.» La fe, al contrario, nos enseña á adorar á Dios en espíritu y verdad, por el respeto, el amor y la imitacion de sus perfecciones infinitas. *Sed perfectos*, nos dice, *como vuestro Padre celestial es perfecto.*

LA VERDAD SOBRE NUESTROS PRÓJIMOS. En la escuela de la razon las tres cuartas partes de los hombres eran esclavos; y la naturaleza queria, decian, que unos fuesen li-

bres y otros esencialmente esclavos, y el esclavo se diferenciaba apenas del animal. La ley no le hacia solamente vil, le ordenaba que se considerase como nada, *non tam viles quam nulli sunt*. Así los amos tenian sobre los esclavos un poder absoluto. La célebre constitucion de Constantino señalaba los excesos de todos los dias, cuando prohibia molerlos á palos, inferirles con un dardo heridas mortales, suspenderlos en el patíbulo, envenenarlos, hacerlos desgarrar por las uñas de animales feroces, abrir sus miembros por medio de carbones ardientes.

¡Y qué espantoso espectáculo el de los gladiadores condenados á matarse por pasatiempo de los ciudadanos de todos los rangos y sexos!

Y sin embargo, Trajano mismo, este pretendido y tan celebrado hombre de bien, de quien se ha querido hacer las delicias del género humano, para celebrar su triunfo sobre los Dacios ordenó espectáculos de gladiadores, que se prolongaron por espacio de *cientos veinte y tres dias*, y en los que se despedazaron *diez mil gladiadores* y *once mil fieras*. El mayor de los emperadores admitia sin emoción, sin rubor, los sacrílegos saludos de las nobles víctimas que iban á degollarse con sus propias manos. Y esto en los más bellos tiempos de Roma, cuando la razon y la filosofía alcanzaron su apogeo.

Al contrario, la fe desde su aparicion no ha visto en el esclavo sino un hijo de Dios. «Si la pobreza, decia ya el *Levítico*, c. XXV, v. 39-41, obligare á tu hermano á vendésete, no le oprimirás con la servidumbre de los esclavos, sino que será como jornalero; trabajará en tu casa hasta el año del jubileo, y despues saldrá con su mujer é hijos, y volverá á su familia y á la herencia de sus padres.» A la luz de la revelacion, todos, judíos y gentiles, esclavos y señores, formamos un solo cuerpo, animado de un mismo espíritu, y del cual todos somos miembros con igual título. «El ojo no puede decir á la mano: no tengo necesidad de tus servicios; ni la cabeza á los piés: vosotros no me sois necesarios. Todo al revés, los miem-

bros que parecen más débiles, son frecuentemente los más indispensables. Es menester, pues, que todos tengan unos mismos cuidados unos de otros, porque cuando un miembro sufre, todos los demás sufren, y cuando un miembro es glorificado, todos los otros se regocijan con él.» Despues vienen los admirables preceptos de la caridad cristiana.

LA VERDAD SOBRE NOSOTROS MISMOS. Esta escapa fatalmente á la razon, mientras que la fe nos certifica de la existencia de nuestra alma, de su espiritualidad, de su inmortalidad, de la eternidad dichosa ó desgraciada, de la resurreccion de los cuerpos, etc. Ella nos enseña los deberes que tenemos que llenar para con Dios, para con nosotros mismos y para con nuestros prójimos, y nos ofrece la gracia necesaria para cumplirlos fielmente.

Leed otra vez, carísimos lectores, ya que el momento ha llegado, la simple exposicion, que al comenzar hemos dado, del Símbolo, de los dogmas y de la moral de nuestra fe, y veréis qué inmenso tesoro de conocimientos especulativos y prácticos ofrece á nuestra inteligencia. Mientras que para la razon abandonada á sí misma todo son tinieblas profundas, contradicciones incesantes, dudas aterradoras, opiniones inciertas, que chocan y se destruyen unas á otras; para la razon completada por la fe todo sobreabunda de luz; es el esplendor del sol en pleno mediodía. Un niño cristiano, que sabe bien su pequeño catecismo, posee mil veces más verdades religiosas y morales que Sócrates, Platon, Ciceron, Séneca y demás filósofos de la antigüedad.

¿Quién no se ha encontrado por el camino con un prójimo ciego? Las más de las veces es llevado de la mano por un niño ó guiado por un perrito, compañeros fieles de su infortunio. A veces no tiene por guia más que su palo, con el que golpea continuamente el bordillo de la acera, para adquirir la certeza de que sigue la línea rigurosamente paralela y segura. Pero jamás habeis visto á un

ciego guiado por otro ciego: saben harto bien que apoyándose uno sobre otro los dos caerían en el precipicio, y harían más grave su caída.

Mas ¿cuál no sería vuestra indignacion si en medio de una plaza pública atravesada en todas sus direcciones por numerosos y rápidos vehiculos, un mal hombre, acercándose de repente al ciego, lo separase del niño, del perro ó del baston que lo guia, y le abandonase á sí propio con la seguridad de verlo muy pronto aplastado? ¡Qué crueldad! exclamariais todos. Y sin embargo aún se puede concebir un atentado mucho más odioso: el del infame, que, bajo el pretexto de tomar del platillo del ciego la moneda pequeña, con toda la sangre fria sustituye una moneda de cobre á una moneda de plata, cuya presencia estaba lejos de sospechar el ciego y que para su miseria hubiera sido un gran consuelo.

El ciego es la pobre razon humana sepultada en profundas tinieblas, que va tanteando, siempre fácil de extraviarse y caer en las aberraciones más lamentables. La fe es para ella, no solamente el baston, el perro fiel, la guia del niño ó de la esposa, si que tambien el ángel de luz, que la defiende de todos los peligros, la conduce al término de su viaje y la pone en posesion de la herencia tan deseada. Separar al ciego de su guia indispensable es quitar al alma la antorcha de la fe, abandonarla á sí misma, á sus tinieblas, á sus debilidades, á sus pasiones, á sus vicios, á todas las seducciones que la rodean, y empujarla hácia el abismo de la incredulidad y de la corrupcion. Quitar del platillo del ciego la moneda de plata y sustituirla por una moneda de cobre, es suplir la fe por la filosofía, otro ciego, que, lejos de iluminarla, quizá la deslumbre un momento, pero será para hundirla en más espesas tinieblas y precipitarla en errores, que ella no hubiera conocido, si hubiese marchado sola por su camino.

¡Ah! dejad por favor al alma el ángel guardian é iluminador de la fe; no cometais el robo abominable del platillo

del ciego, ó sino incurriréis en una responsabilidad por demás espantosa.

Mas nosotros no hemos aún desarrollado más que la primera parte de la definicion de san Pablo: *la fe es el argumento de las cosas que no se ven*; la segunda: *la fe es el fundamento de las cosas que se deben esperar*, es más instructiva todavía; ésta nos hará comprender cuán razonable, legitima y gloriosa es la adhesion de nuestra alma á la fe.

El hombre que no tuviese nada que desear aquí en la tierra, sería una especie de monstruo ó un fenómeno. Preciso es haber profundamente caido y estar fatalmente identificado con la materia, para no pedir nada fuera y más allá del bienestar ilusorio y pasajero de esta vida. El alma del hombre, al contrario, tiene una sed insaciable de felicidad; con razon el Sabio la compara á la mar, á la cual van á parar todos los rios sin hacerla rebosar y derramarse, á un fuego devorador que nunca dice: *basta*. Pues bien, esta felicidad completa y duradera, á la cual aspiramos con toda la energia de nuestro sér, instintivamente sentimos y conocemos todos los dias por una dolorosa experiencia que no es de este mundo, en el que el malestar es la regla general y el bienestar es la excepcion; en el que lo bello es sin cesar ahogado y oprimido por lo feo, el bien por el mal, lo justo por lo injusto, el orden por el desorden, la virtud por el vicio...; en el que, en una palabra, todo es vanidad y afliccion de espiritu. Este es el grito de dolor y de verdad que se escapó del alma desilusionada del hombre que estuvo más en posesion de todos los medios de llegar á la felicidad, y que los puso en obra sucesivamente con perseverancia inaudita.

«Yo he visto todo lo que hay debajo del sol... yo he sobrepujado en poder y sabiduria á cuantos existieron antes de mí; yo lo he examinado é investigado todo; he embriagado mi alma de delicias y me he entregado á todos los placeres; he levantado monumentos grandiosos, he edificado

espléndidos palacios, he plantado hermosos viñedos, he construido jardines y verjeles sembrándolos de árboles y plantas exquisitas, y regándolos con las aguas de mis estanques; he poseído muchedumbre de esclavos y esclavas, numerosa familia, muchísimos ganados de bueyes y ovejas; he amontonado el oro y la plata; he hecho tributarios á reyes y naciones; mis palacios se mecen en un mar de armonía; en mi mesa vino delicioso llena los jarros y vasos; nunca he negado á mis ojos nada de cuanto desearon, ni á mi corazón ninguno de los placeres de este mundo... Y cuando reflexioné sobre todas las cosas y me concentré en mí mismo, experimenté un vacío inmeso, sentí un amargo disgusto; conocí que no hay nada estable debajo el sol.»

Además Salomón añade—lo cual es para las almas justas una prueba superior á las humanas fuerzas—que en este mundo la desgracia es casi siempre el patrimonio de los buenos, y el bienestar la herencia de los malos. Escuchemos este grito de angustia que salió del corazón de David: «Mis pasos han vacilado, mis piés casi han resbalado, cuando he visto la paz de los pecadores, y me he sentido arrastrado á envidiar su suerte. Parece que la muerte no existe para ellos, que están al abrigo de todos los males de la humanidad. Ninguna parte toman en las fatigas de los demás hombres, y no les alcanzan las comunes aflicciones. Su iniquidad brota de la misma crasitud de sus carnes, y se abandonan sin freno á todos los deseos de su corazón. Sus pensamientos y discursos no tienen otro objeto que el mal; sin embargo cuando hablan, parecen emitir oráculos. Su boca está á la altura de los cielos, mientras su lengua estraga la tierra. Mi pueblo indignado los mira y se pasma de ver sus días llenos de iniquidad.» Escandalizado se pregunta: «¿Si tendrá Dios noticia de esto? ó si lo entenderá el Altísimo? Y aun yo mismo me he dicho: Si los pecadores y los que beben la iniquidad como agua están llenos de bienandanza y riquezas, en vano pues he guardado puro mi corazón é inocentes mis manos;

en vano he soportado con paciencia las angustias que los muchos años me han acarreado y los trabajos que me asaltaron desde mi mocedad. Mas si yo tuviera este lenguaje condenaría á la desesperacion y reprobria á la entera generacion de tus escogidos. Poníame á sondear este misterio, pero difícil me era comprenderlo, cuando entré en el santuario de mi Dios y conocí el triste paradero que han de tener... Esta prosperidad de los malos es un lazo que les tendéis, pues en el momento que se crearán más fuertes, los derribaréis. ¡Oh y cómo fueron reducidos á total desolacion! De repente fenecieron; su iniquidad los ha acabado; se han desvanecido como sueño de uno que despierta. ¡Oh Señor, reducirás á la nada en tu ciudad la imagen de todos ellos!»

Si, sin la fe todo es acá contradicciones y desesperacion. Que los insensatos que así lo quieren se condenen á esta desesperacion cruel, que se hundan en las aguas desoladoras de estas contradicciones lamentables; yo deseo poseer, porque es una necesidad imperiosa de mi naturaleza, esta dichosa fe, que, siendo el telescopio de mi corazón, como lo ha sido de mi inteligencia, me señala en lontananza el más hermoso y santo ideal, el término de mi destierro y de mis penas, una felicidad superior á los deseos de mi alma, á los sueños de mi imaginacion y á las aspiraciones de mi espíritu, felicidad que el ojo no ha visto, la oreja no ha oído, ni el corazón ha comprendido, pero que Dios reserva á aquellos que él ama y le aman. *La fe es la sustancia de los bienes que debo esperar.* ¡Cómo, pues, no ha de ser eminentemente racional, legítima y gloriosa!

Y lo que hemos dicho de la verdad, hemos de decirlo de la felicidad. La fe sola nos la da, porque ella sola destruye en nosotros todo lo que se opone á la felicidad, porque ella sola hace gustar consuelos y satisfacciones que constituyen la felicidad, porque ella sola nos conserva en la posesion de la verdadera felicidad.

¿Cuáles son los enemigos más irreconciliables del hombre? Las pasiones y vicios: el espíritu de inquietud y el

amor á los placeres que hacen el vacío en el corazón, el orgullo, el deseo de poseer, la envidia, la cólera, el odio, el despecho que irritan el ánimo, los movimientos desarreglados de los sentidos que levantan terribles tempestades en el alma. Pues la fe, y la fe sola, puede poner un freno á las pasiones, y guardar el corazón de los embates tumultuosos de los vicios. Su yugo además es suave, y la carga que impone ligera.

¿De dónde se escapan estos horribles gritos de dolor de la humanidad:—; Hemos sido unos insensatos, nos hemos pues engañado! ¿de qué nos ha servido nuestro orgullo? Hemos sido devorados por nuestra propia malicia. Collados, caed sobre nosotros; montañas, aplastadnos?...—De la boca de los impíos que han rechazado ó no han practicado la fe. Su bienestar no fué en realidad más que polvoredado levantado por el viento, espuma ligera llevada por la tempestad, vapor ténue disuelto en el aire.

¿De qué bocas en cambio han salido los gritos de satisfacción y alegría de corazones mucho más felices de lo que ellos podían desear?—; Yo sobreabundo de gozo en medio mismo de mis tribulaciones!—; Ó sufrir ó morir!—; Ó santa y querida cruz, cuánto tiempo te he deseado!—Veo á Jesús de pié, que tiene en la mano la corona que va á poner sobre la cabeza de su siervo.—; Basta, mi Dios, basta!—De la boca de los justos, que vivían de la fe y gustaban de la paz de Dios, infinitamente más dulce que todas las delicias de los sentidos.

El hombre entregado á sí mismo, á su sola razón; es fatalmente homicida y suicida; es el único sér que atenta á sus días. Espanta decirlo, pero es la verdad; y es más doloroso de hacer constar en cuanto esta sed del suicidio va creciendo con la civilización. En el estado salvaje, el hombre es homicida, á veces hasta antropófago. Sin embargo no se mata á sí mismo; tiene el profundo é imperioso instinto de su conservación. Mas apenas llega á ponerse en contacto con el hombre civilizado, que le comunica sus pasiones sin comunicarle la fe, el salvaje siente nacer en

él apetitos desordenados, que en su feliz ignorancia no sospechaba siquiera. Acerca á sus labios la copa de licores fuertes, y la intemperancia hace en pocos años lo que una guerra encarnizada no hubiera podido lograr; diezma esas poblaciones en otro tiempo tan robustas é inteligentes, y las hace marchar á grandes pasos hácia su destrucción. Así han perecido por todas partes las razas aborígenes engañadas y embrutecidas por traficantes del antiguo mundo. En lugar de estas avanzadas del comercio y de la industria, poned al apóstol de la fe, la antigua sotana negra, y el tránsito del estado salvaje al civilizado, lejos de ser homicida, será benéfico, y veréis renacer las admirables misiones del Paraguay.

Hoy día en Europa, y sobre todo en Francia, en donde la civilización está en su apogeo, ¿se diría que la grande ocupación del hombre es atentar contra su vida? Se mata por la sed de grandezas, por el tráfico de los negocios, por las angustias de la industria en grande escala, por la demora casi habitual en las atmósferas apesadas de los teatros, cafés y casinos, por el abuso del tabaco y licores alcohólicos, del absintio sobre todo, por los bailes desenfrenados que se prolongan toda la noche, por la pasión de montar y de las carreras, por los arrebatos del juego, por los atentados directos contra sus días, que van multiplicándose en una proporción que aterra, etc., etc.

Y las enfermedades terribles, casi desconocidas en otro tiempo, que ellas solas destruyen la mitad de las víctimas de la muerte, la sífilis, la fiebre puerperal, el croup, la fiebre tifóidea, la anemia, la clorosa, la tisis pulmonar sobre todo, que yo llamaria de buena gana el sello de la bestia, ¿no son ellas los tristes frutos y al mismo tiempo el castigo espantoso de una civilización sin fe?

¿Y la locura, endémica ó epidémica á su vez?

¡Cosa extraña! se acrimina á la fe por la abstinencia y los ayunos que exige con tanta discreción como dulzura, para guardar á sus hijos de la invasión de las pasiones homicidas, y no se hace cargo alguno á la incredulidad, de

los mil gérmenes de destrucción, de las mil respuestas de muerte que suscita debajo de sus piés en todas partes.

¿Será acaso por una fatal extensión á la razón de esta horrible manía del suicidio, que habrán de explicarse estas preferencias, yo no diré de los ignorantes, sino de los mismos sabios, y sobre todo de los sabios?

La fe da al hombre por origen y creador á Dios, por primer padre á Adán, que salió perfecto de las manos de Dios; mas el hombre prefiere nacer al acaso de una serie de transformaciones indefinidas y tener por primer padre al mono.

La fe le da un alma espiritual capaz de comprender y amar; mas él hace esfuerzos inauditos por no ser más que una materia organizada. La fe le manda elevar los ojos hácia el cielo en donde le aguarda, si la quiere, una felicidad eterna ó infinita, mas él juzga mejor hacer de la tierra su única patria y evocar la nada á grandes gritos.

Estas preferencias horribles, estas sacrílegas repulsiones de lo que es verdadero, bueno y hermoso, este odio encarnizado de la fe y de los bienes que acarrea, no tienen por cierto nada de humano. Son sobrenaturales, pero de un sobrenaturalismo infernal; y harto ciego sería el que no viese ahí una demostración patente de la divinidad de nuestra fe. El milagro del mal, como el milagro del bien, es un argumento invencible de la verdad. Hé aquí el milagro del mal: *Homo, cum in honore esset non intellexit; comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis*. EL HOMBRE POR LA FE LLEGADO AL COLMO DEL HONOR, NO LO HA COMPRENDIDO; HA QUERIDO DESCENDER AL NIVEL DE LOS ANIMALES DE CARGA, QUE SON IRRACIONALES, Y SE HA HECHO SEMEJANTE Á ELLOS!

Concluyo con otro texto, en que S. Pablo hace aún alusión á la fe como el telescopio de nuestra inteligencia y corazón. (Carta 1.^a á los Corintios, cap. XIII, v. 12-13): «Ahora nos miramos en el espejo de la fe, y lo que vemos queda aún en el estado de enigma. Pero un día veremos cara á cara. Hoy conocemos, pero en parte solamen-

te; un día conoceré como yo soy conocido. Acá abajo tengo tres grandes cosas: la fe, la esperanza, la caridad. En el cielo quedará sola la mayor de todas tres, la caridad, y con ella la felicidad sin nubes y la paz eterna de los cielos!»

¿Quién de nosotros, carísimos lectores, será tan enemigo de sí mismo, que prefiera á la tierra de los vivos por la fe, la tierra de los muertos sin la fe, que Job llama, en su tan enérgico lenguaje, *tierra de la miseria y de las tinieblas, siempre cubierta de la sombra de muerte, en donde no reina ningún orden y sí un horror sempiterno?*

¡Oh! sí, nada más excelente que la fe tan admirablemente descrita por S. Pablo y tan exaltada por él en su sublime y elocuente carta á los Hebreos: la fe de los tiempos antiguos, de Abel, Enoc, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, José, Moisés, Josué, Gedeon, Baruc, Sansón, Jefté, Samuel, David; la fe de los tiempos nuevos, de S. Juan Bautista, san Pedro, S. Pablo, S. Juan evangelista, S. Estéban; la fe de la Edad media, de S. Jerónimo, S. Agustín, S. Ambrosio, S. Gregorio, S. Leon, S. Juan Crisóstomo, S. Basilio, san Anselmo, S. Bernardo, Carlomagno, Sto. Tomás, S. Luis; la fe de los tiempos modernos, de S. Francisco Javier, san Francisco de Sales, S. Vicente Paul, Bossuet, Fenelon, Newton, Racine, Keplero, Corneille, Euler, Ampere, Cauchy y tantas otras celebridades literarias, científicas, teológicas y filosóficas; la fe por la cual tantos héroes de la humanidad han vencido al mundo, cerrado la boca á los leones, detenido la violencia del fuego, embotado el filo de las espadas, remediado males incurables, reportado grandes victorias, puesto en fuga á ejércitos extranjeros y resucitado á los muertos.

Se les ha visto sacrificarlo todo á la resurrección prometida por la fe, sufrir todos los tormentos, recibir azotes y escarnios, ser apedreados, aserrados, degollados, ó reducidos á errar por los desiertos,—ellos de quienes el mundo no era digno—cubiertos de pieles de oveja ó de cabra, corriendo de una á otra parte, en la indigencia, en la aflicción, entre angustias, ocultándose en soledades y montañas, en los antros y cavernas de la tierra.

Es siempre S. Pablo quien habla. «Nosotros, pues, viendo sobre nuestras cabezas una tan grande nube de testigos, despojándonos de las miserias y pecados, corramos con denuedo y paciencia hácia el objeto que nos ha sido propuesto, contemplando y adorando al autor y consumidor de nuestra fe, Jesús, sentado á la diestra del trono de Dios.»

Hemos llegado ya á esta conclusion capital: la fe es eminentemente racional y gloriosa, porque es el complemento divino del alma humana. Telescopio bendito dé mi inteligencia, la pone al alcance de las verdades que más le interesa conocer, y que no puede descubrir por sus propias fuerzas. Telescopio no menos bendito de mi corazon, le inicia en los bienes que puede y debe esperar, únicos que satisfarán su sed insaciable de felicidad. La fe, además de mostrar el camino que lleva á lo verdadero y lo bueno, es la fuente necesaria y eficaz de la felicidad, porque ella sola destruye en nosotros lo que á la misma se opone, ella sola hace gustar los consuelos y goces que constituyen la felicidad, ella sola nos conserva en la posesion plena y total de la felicidad. La fe, en una palabra, eleva, sublima, ennoblece al hombre; la ciencia incrédula lo abate, lo empequeñece, lo degrada.

¿Pero será que las verdades de la fe son contrarias á las verdades de la ciencia? Esta duda implica contradiccion en los términos. La verdad es una y no puede contradecirse á sí misma. Luego la revelacion y la ciencia son verdad todas dos, necesariamente una y otra han de marchar acordes.

En efecto, nosotros vamos á establecer, en los capítulos que seguirán y de la manera más verídica, el acuerdo más perfecto entre la revelacion y la ciencia. Salidas entrambas del mismo Dios, lejos de combatirse, estas dos hermanas se dan mutuamente la mano para remontarse al cielo y fundirse en la vision instintiva de la verdad, de la bondad, de la belleza infinita.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

APÉNDICE A.

LOS CLÁSICOS PAGANOS Y LOS AUTORES CRISTIANOS.

Uno de los capítulos más importantes de mi primer volumen es el que tiene por título: *El espíritu pagano considerado como una de las causas principales de la pérdida de la fe*. Yo lo he escrito con tanto mayor aplomo, en cuanto tenía que romper con tradiciones, que para mí eran como una segunda naturaleza. Largo tiempo, muy largo tiempo jesuita, habia tomado la costumbre de considerar á los clásicos paganos no solamente como indispensables en las clases de humanidades, sí que tambien como exclusivamente ó poco menos que necesarios para el estudio del latin y griego. Lo confesaré, no sin pesar mio: yo mismo he organizado los estudios del colegio de Brugelette y redactado los programas que se imprimieron, sin dar, como ¡ay! entonces se acostumbraba, ningun lugar á los autores cristianos. Los gritos de alarma del GUSANO ROEDOR hubieran de excitar en mí el pasmo y la repulsion, que excitaron en la mayor parte de mis colegas; y sin embargo, nera de algunas exageraciones más aparentes que reales,

Es siempre S. Pablo quien habla. «Nosotros, pues, viendo sobre nuestras cabezas una tan grande nube de testigos, despojándonos de las miserias y pecados, corramos con denuedo y paciencia hácia el objeto que nos ha sido propuesto, contemplando y adorando al autor y consumidor de nuestra fe, Jesús, sentado á la diestra del trono de Dios.»

Hemos llegado ya á esta conclusion capital: la fe es eminentemente racional y gloriosa, porque es el complemento divino del alma humana. Telescopio bendito dé mi inteligencia, la pone al alcance de las verdades que más le interesa conocer, y que no puede descubrir por sus propias fuerzas. Telescopio no menos bendito de mi corazón, le inicia en los bienes que puede y debe esperar, únicos que satisfarán su sed insaciable de felicidad. La fe, además de mostrar el camino que lleva á lo verdadero y lo bueno, es la fuente necesaria y eficaz de la felicidad, porque ella sola destruye en nosotros lo que á la misma se opone, ella sola hace gustar los consuelos y goces que constituyen la felicidad, ella sola nos conserva en la posesion plena y total de la felicidad. La fe, en una palabra, eleva, sublima, ennoblece al hombre; la ciencia incrédula lo abate, lo empequeñece, lo degrada.

¿Pero será que las verdades de la fe son contrarias á las verdades de la ciencia? Esta duda implica contradiccion en los términos. La verdad es una y no puede contradecirse á sí misma. Luego la revelacion y la ciencia son verdad todas dos, necesariamente una y otra han de marchar acordes.

En efecto, nosotros vamos á establecer, en los capítulos que seguirán y de la manera más verídica, el acuerdo más perfecto entre la revelacion y la ciencia. Salidas entrambas del mismo Dios, lejos de combatirse, estas dos hermanas se dan mutuamente la mano para remontarse al cielo y fundirse en la vision instintiva de la verdad, de la bondad, de la belleza infinita.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

APÉNDICE A.

LOS CLÁSICOS PAGANOS Y LOS AUTORES CRISTIANOS.

Uno de los capítulos más importantes de mi primer volumen es el que tiene por título: *El espíritu pagano considerado como una de las causas principales de la pérdida de la fe*. Yo lo he escrito con tanto mayor aplomo, en cuanto tenía que romper con tradiciones, que para mí eran como una segunda naturaleza. Largo tiempo, muy largo tiempo jesuita, habia tomado la costumbre de considerar á los clásicos paganos no solamente como indispensables en las clases de humanidades, sí que tambien como exclusivamente ó poco menos que necesarios para el estudio del latin y griego. Lo confesaré, no sin pesar mio: yo mismo he organizado los estudios del colegio de Brugelette y redactado los programas que se imprimieron, sin dar, como ¡ay! entonces se acostumbraba, ningun lugar á los autores cristianos. Los gritos de alarma del GUSANO ROEDOR hubieran de excitar en mí el pasmo y la repulsion, que excitaron en la mayor parte de mis colegas; y sin embargo, nera de algunas exageraciones más aparentes que reales,

yo me he asociado á las convicciones de Mgr. Gaume, haciéndome uno de sus ecos más fieles, no sin haber medido el alcance de la oposicion que levantaria y del perjuicio que ocasionaria á mis *Esplendores de la fe*. Mas mi conciencia habia hablado, y yo debia obedecerla. Por otra parte, yo mismo, en mi juventud, habia sido víctima de los clásicos paganos, aunque interpretados por maestros tan piadosos como hábiles. Habia visto nacer ante mis ojos, sin quedar yo libre de ellos, desórdenes que recordaban demasiado las costumbres del paganismo. No he ocultado á mis amados compañeros de religion, que me separaba enteramente de ellos en este terreno resbaladizo. Mi confianza les ha penado vivamente; me han pedido en gran manera suavizar á lo menos la expresion demasiado ardiente de mis nuevas convicciones; me han inspirado temores sobre la mala acogida que preparaba así á mi obra entre muchísimas personas; en fin me han obligado á volver á leer con mayor atencion: 1.º el muy estimado volumen del R. P. Daniel, *De los estudios clásicos en la sociedad cristiana*, en 8.º, 445 pág., París, Lanier, 1853; 2.º la carta del Emo. Cardenal Patrizzi á Mgr. el Obispo de Tloa, administrador de la diócesis de Quebec.... He obedecido y he consignado en este apéndice el resultado de mis últimos estudios. Ellos no me autorizan á modificar mis conclusiones; muy al contrario, las han afirmado más y más, y tendrán por resultado atraer á la opinion de Mgr. Gaume muchos de los que le hacen aún una oposicion formidable. Parece imposible, en efecto, que los jesuitas por sí mismos no se asocien á doctrinas, que son hoy dia las del Soberano Pontífice y de la mayoría de los Obispos; y no dudo en afirmar que, si el Concilio Vaticano se reúne un dia para continuar sus sesiones, como lo espero, declarará solemnemente que es necesario dar en la enseñanza literaria un lugar incomparablemente mayor á los autores cristianos, que el que hasta aqui se les ha dado; que deberán entrar con los autores gentiles en el programa de cada una de las clases de curso entero de la instruccion

y educacion, y que además los clásicos paganos deberán ser mucho más y mejor expurgados que no lo han sido en los últimos siglos.

I.—Voy ahora al libro del R. P. Daniel, escrito con respetuoso convencimiento, con moderacion aparente muy loable, pero que peca por exceso mismo de sus cualidades. Miembro de una corporacion docente, en la que todos los profesores, sin excepcion, son profundamente cristianos, él se identifica demasiado con su Instituto, y olvida que en este siglo XIX es muchísimo mayor el número de los profesores sin fe y sin principios. Si hubiese podido abstraerse de su Compañía, no se hubiera atrevido á escribir desde el principio, pág. 7: «El libro, sea quienquiera el que lo haya escrito, heterodoxo ó católico, no extiende su influencia más allá de las materias de que trata y de los preceptos que emite. En lo que concierne á la educacion, es un agente secundario, á veces indiferente y neutro, un instrumento que obedece á las manos del maestro, agente principal. En efecto, esta es una exageracion evidente, una ilusion que honra quizá al que participa de ella, pero una ilusion tanto más imperdonable en el padre Daniel, en cuanto despues de haber limitado el campo que acaba de recorrer, los estudios clásicos, añade: «¡Humilde campo! pero que importa principalmente cultivar con cuidado por razon de las tiernas plantas que crecen en él. HORACIO LO HABIA DICHO, más de un concilio, más de un Padre de la Iglesia lo han repetido: *Quo semel est imbuta recens, servabit odorem testa div.*» ¿Por qué citar aquí á Horacio, un autor pagano muy poco casto? El Sabio por excelencia habia dicho mucho tiempo antes que Horacio: *Adolescens justa viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea*; los concilios y los Padres se han hecho eco, no de Horacio, sino del Sabio.

El R. P. Daniel parte del siglo IV de nuestra era para no detenerse hasta el siglo XVII. Hace constar que entre estos dos términos, en que la sociedad cristiana se desen-

vuelve de una manera normal en la plenitud de su independencia, «la Iglesia distinguió siempre lo que perteneció al mundo griego ó romano... Ella no reprobó este pasado, y ordenó á sus hijos manejar esos instrumentos de fábrica extranjera, aunque cargados del moho del paganismo.» ¡Extraña preocupacion de espíritu! Para confirmar esta tesis que aceptamos, el P. Daniel cita estas palabras de la Encíclica *Inter multiplices* de Pio IX: *Adolentes... ita diligenter imbuantur, ut non solum germanam dicendi scribendique elegantiam et eloquentiam, tum ex sapientissimis sanctorum Patrum operibus, tum ex clarissimis ethnicis scriptoribus, ab omni labe purgatis, addiscere; sin ni siquiera advertir que la Encíclica da larga cabida á los autores cristianos ausentes por completo de los programas que acaba de defender, y de los cuales no se puede cambiar nada.*

De ningun modo pretendemos negar la primera conclusion del P. Daniel, pág. 29: «Los estudios literarios, en el tiempo de los Basilio y Gregorios Naciencenos, tenian por base la antigüedad profana: esto mismo fué antes y despues de la ley tiránica de Juliano.» Tampoco haremos valer contra su tesis las confesiones y remordimientos que pone en boca de tan grandes doctores. San GREGORIO NACIENCENO: «Me pedís mis libros, y os haceis niño hasta el punto de estudiar esa retórica que yo he dejado á un lado, despues que prevenido y ayudado por la gracia de Dios he vuelto los ojos hácia el cielo... Yo he debido sacrificar al Verbo esos discursos y todo lo que poseía.» San BASILIO: «Despues de haber perdido mucho tiempo en frívolas ocupaciones, empleado trabajosamente mi juventud en adquirir esa ciencia, que no es más que locura á los ojos de Dios, al fin he despertado como de un profundo sueño.» Estos pesares ó estos remordimientos, dice el P. Daniel, no impidieron á Basilio escribir un opúsculo, en el que demuestra á los niños que la lectura de los autores gentiles puede serles útil, y en el que les enseña cómo deben hacerla.

Las prácticas de S. Jerónimo y S. Agustin fueron las de S. Basilio y del Nacienceno; se sirvieron tambien de los autores paganos en la enseñanza de la literatura, ¿y nosotros no sacaremos ninguna consecuencia restrictiva del sueño de S. Jerónimo, que sin embargo pasma algun poco al P. Daniel, pág. 42: «Llevado á los piés del Juez soberano, á la primera pregunta de su interrogatorio, ha respondido: Yo soy cristiano.—Tú has mentido, replica Jesucristo, tú eres ciceroniano y no cristiano, porque en donde está tu tesoro allí está tu corazon.—Despues de lo cual es azotado y no obtiene gracia sino prometiendo solemnemente no leer más ni conservar ningun autor gentil?» S. Jerónimo ha podido, sin faltar á su juramento, explicar Ciceron y Virgilio á los jóvenes que se le confiaron en su soledad de Belen. Del mismo modo S. Agustin pudo leer Virgilio á sus alumnos, aunque en sus *Confesiones* critica altamente, dice el P. Daniel, pág. 32, á los entusiastas gramáticos que comunicaban á sus discípulos la loca embriaguez que ellos mismos bebían en la apasionada lectura de Virgilio.

Admitimos, pues, que, durante el iv, v y vi siglos, los clásicos paganos eran puestos en las manos de los niños desde el principio de su educacion literaria, de sus estudios propiamente dichos, para formar ciudadanos, inspirar la elocuencia, preparar á los intérpretes de la Escritura Santa, dotándoles de toda la erudicion, de toda la penetracion necesaria para este difícil trabajo.

Sin duda Carlomagno y Alcuino ayudaron con todo su poder el estudio de las letras, y esto con un espíritu eminentemente cristiano. «Os exhortamos, dice Carlomagno, en su circular de 778, á los Obispos y demás prelados, os exhortamos á no descuidar el estudio de las letras y á cultivarlas lo mejor que se pueda, con toda humildad y con la intencion que Dios no dejará de apreciar, de penetrar más fácilmente y con más seguridad el sentido misterioso de las Escrituras.» Se trataba, pues, de una enseñanza profundamente cristiana en su objeto, de la cual no se

excluía á los autores paganos, Virgilio, Ovidio, Lucano, pero en la que se introducía también á S. Próspero, Sedulio, etc. En la revista de los autores que leía el maestro Teodulfo, pág. 99, pone en primer lugar á los Santos Padres, en el segundo á los poetas cristianos; los poetas gentiles, Ovidio y Virgilio, están reservados á los gramáticos. Los sucesores de Alcuino marcharon sobre sus huellas; explicaban á Virgilio, Terencio, Ciceron, sin omitir á Prudencio, etc. Para alcanzar un objeto divino, tomaban de los gentiles el instrumento: *causam in divinis, instrumentum in gentilibus*. Pero al mismo tiempo Rabano Mauro declaraba en qué condiciones se permitía la lectura de los poetas gentiles, pág. 130: «El Deuteronomio ordenaba á los israelitas que querian tomar por esposa á una de sus esclavas cortarle las uñas y los cabellos; se tratará, pues, á la poesía pagana como á esta extranjera, se la despojará de todo lo que hay en ella de superfluo y peligroso: nuestra costumbre es obrar así.»

En las universidades de los siglos XIII y XIV los autores paganos quedaban por base de la instruccion, pero unidos á los autores cristianos, y la poderosa voz de Gerson hacia escuchar esta sapientísima regla: «En cuanto á los autores paganos, dáos á esta lectura sin entregaros á ella; haced en la misma algunas excursiones rápidas; en ello nada tendré que decir. Un gran número de pensamientos morales, de bellezas de estilo, de expresiones escogidas, un cierto conocimiento de la poesía é historia, hé aquí lo que encontraréis en ellos. Conviene tomarse algun descanso y variar las lecturas. Verdad es que estas mismas ventajas se encuentran en los doctores de la Iglesia, en la *Ciudad de Dios* de S. Agustín, en Orosio, en san Jerónimo, en Lactancio, y parece que podréis buscarlas en éstos con tanto provecho si no mayor.»

El R. P. Daniel conviene sin dificultad en que en tiempo del Renacimiento el número de autores paganos admitidos en la enseñanza clásica creció notablemente, lo cual no impidió que se abriese muy ancha puerta á los

autores cristianos, Prudencio, Juvenco, Sedulio, Arator, S. Gregorio Nacianceno, S. Basilio, S. Juan Crisóstomo, lo que no hacen los jesuitas en el siglo XIX. Esta invasion de paganismo á sangre fria no le espanta, pues dice aún con muchísima calma é ironía, pág. 187: «¿Os parece que las modificaciones introducidas en el programa de estudios de la Edad media son bastantes para echar abajo las creencias? ¿Y la impiedad moderna hubiera salido de allí y también el comunismo y socialismo? Es esta una convicción muy pertinaz. Nosotros tenemos dificultad en participar de la misma. *Que una montaña engendre un raton, eso lo creemos sobre la palabra del fabulista; pero nosotros no hubiéramos jamás imaginado que fuese permitido trocar los papeles.*» Esta frase es cruel. El espíritu pagano del Renacimiento no es un raton, sino un germen deletéreo capaz de emponzoñar un mundo.

¿Tendrá el Evangelio menos importancia que la fábula en los recuerdos del P. Daniel? Es Jesucristo quien ha hablado de la pequeña porcion de levadura que corrompe la masa enorme de la harina. Al menos seamos justos y exactos. El P. Daniel conviene, pág. 201, «en que en el principio este rio del Renacimiento destinado á fecundizar el campo del estudio (*sic*) ha roto sus diques, y ha levantado acá y allá un limo impuro, cuyo derramamiento ha podido llegar hasta las escuelas.» Él pone en boca de Eneas Silvio, despues papa bajo el nombre de Pio II, estas palabras para hacerlas valer en favor de su tesis, que el protestantismo lo ha hecho todo y el Renacimiento nada: «¿Con qué derecho nos traeis vuestros poetas de Italia y venís á corromper con la molicie enervadora de su lenguaje *las santas costumbres de Germania?*»

Vamos ahora al concilio de Trento. Prescribiendo para los discípulos el estudio de la gramática y artes liberales, conserva sin duda la enseñanza clásica y los autores paganos, que no señala, en el cap. 1.º de la sesion V: *De instituenta lectione sacrae Scripturae et liberalium artium*,

título que por sí solo indica la preeminencia que se ha de dar á la literatura cristiana. Mas el concilio vuelve á tratar de los autores paganos en la célebre regla 7.^o de su *Index*, pág. 238: «Los libros que *ex professo* tratan, refieren ó enseñan cosas lascivas ú obscenas, por lo mismo que hay que tener cuenta no solamente de la fe, sí que también de las costumbres fáciles de corromperse por la lectura de tales libros, son completamente prohibidos, y los que los conserven sean severamente castigados por los Obispos. En cuanto á los libros antiguos, escritos por gentiles, son permitidos por razon de la elegancia del lenguaje y la propiedad de los términos; pero bajo ningun pretexto pueden ser explicados á los niños, es decir, á los adolescentes, segun la interpretacion del concilio de Milan.»

La última frase de esta regla embaraza harto al P. Daniel, y le pone en tortura para demostrar que en esta segunda parte, como en la primera, se habla de libros que tratan *ex professo* de cosas lascivas ú obscenas. Mas esta interpretacion es evidentemente imposible, porque los libros que tratan *ex professo* de tales cosas son entredichos por las reglas del *Index*, aun á los hombres avanzados en edad. El solo sentido posible que hay que dar á esta proposición es, que no se deben leer ni explicar á los niños los autores paganos, que, sin tratar *ex professo* de cosas lascivas ú obscenas, sin embargo las contienen. Esto es lo que significa el decreto del concilio de Milan citado por el P. Daniel, pág. 244. En una palabra, nosotros no pretendemos de ningun modo que el concilio de Trento *proscribe los clásicos paganos*, sino que exige que sean completamente expurgados de toda frase lasciva ú obscena, por ejemplo del infeliz verso: *Formosum pastor Corydon ardebat Alexim*, que se le encuentra ó á lo menos se le encontraba en el Virgilio clásico de los Jesuitas. Nada de más preciso y sabio bajo este punto que las dos reglas de S. Ignacio reproducidas en la pág. 251: «Que se abstengan en las clases de humanidades de explicar á la ju-

ventud ningun libro que encierre cosas capaces de perjudicar á las buenas costumbres, á no ser que previamente se haya quitado todo pensamiento, toda palabra contraria á la honestidad... Si un autor, Terencio por ejemplo, no es susceptible de ser expurgado, se renunciará desde luego á verle, por temor de que en semejante caso el mismo sujeto no sea un tropiezo para las almas.» Hé aquí el verdadero espíritu del concilio de Trento.

La alocucion del R. P. Possevino á los habitantes de Luca, pág. 258, embaraza aún más al P. Daniel. De buena gana aceptamos sus explicaciones. El R. P. combatia, no el uso, sino el abuso de los autores paganos, y queria, pág. 26, que se observase el decreto del concilio de Letran relativamente á la enseñanza de la doctrina cristiana, y que los frutos de esta enseñanza no fuesen maleados por la lectura cotidiana de Terencio ó de otro libro lleno de impiedad, pág. 250: «Sus colegas eran paganos del mismo modo que él, ni proscribian á Ciceron ni á Virgilio, no *descuidando á veces la ocasion (sic)* de hacer admirar á sus discípulos la elocuencia de los Santos Padres, y colocando la poesía de la Biblia por encima de la de Homero.» Sabemos muy bien que la gran mayoría de los profesores jesuitas eran fieles á la regla de Jouvençy, pág. 262; «que la interpretacion de los escritores sea tal que, aunque gentiles y profanos, vengan á ser todos, en cierta manera, heraldos de Jesucristo.» Mas ¡ay! son muchísimos los profesores que no son jesuitas ó que no tienen el buen espíritu de la Compañía de Jesús, y resulta muy verdadera esta acusacion de Mgr. Gaume, que no iba dirigida á los jesuitas: «Exaltar á los gentiles y despreciar á nuestros padres en la fe, tal es desde tres siglos el fondo obligado de la educacion pública en Europa.» «Dejemos aparte, exclama el P. Daniel en su indignacion, y no hablemos más del autor ni del libro, *El Gusano roedor*, y prosigamos más bien nuestra visita por las escuelas de san Carlos Borromeo.» Nosotros vemos que no se proponían en ellas sino autores antiguos, entre los cuales debian ser contados san Basilio y san Juan Crisóstomo.

Sí, tenemos que reconocerlo, los jesuitas eran profesores, prosistas, poetas latinos y griegos, elegantes y fecundos; mas séanos permitido hacer constar que su superioridad era debida, no solamente al conocimiento que tenían de los clásicos paganos, sí que también al hecho de que los estudios subsiguientes les obligaban á familiarizarse con la lengua latina y griega de las divinas Escrituras y de los Santos Padres, lengua única que puede expresar las ideas modernas de la Iglesia y de la sociedad. Nosotros insistimos en creer y afirmar que, en donde quiera los autores paganos se emplearen solos en la enseñanza clásica, el latín y el griego serán necesariamente lenguas muertas. El mismo P. Daniel lo dice implícitamente cuando exclama, pág. 304: «que es menester comenzar por restituir al latín todo el terreno que ha perdido desde los siglos xvi y xvii, es decir, desde el Renacimiento. El latín era la lengua del mundo sabio, la lengua del clero, de la magistratura, y algunas veces de los príncipes y guerreros,» gracias á la liturgia romana, cuya influencia ha sido incomparablemente mayor que la de Cicerón y Virgilio.

Hemos llegado al capítulo principal del R. P. Daniel, el décimo y último capítulo: HAY ALGO QUE HACER. Nótese bien desde luego: para el P. Daniel esta no es una conclusión que él saca, sino una objeción á la que responde, un reproche del que se defiende, pág. 345: «Esta concesión á la que se nos invita no deja de tener sus inconvenientes; pues nos recuerda la famosa teoría de Sieyes: ¿Qué pide el tercer estado? ¿poder ser algo? ¿Conoceis bien qué cosa era este algo de Sieyes? El algo de nuestros contradictores podría encubrir también intenciones revolucionarias. Los clásicos cristianos no eran nada y deberán serlo todo. ¿No es esta su tesis?» Pág. 346: «Nosotros, dice, debemos conservar la enseñanza de los clásicos... Incontestablemente son los que han hablado con más pureza el griego y el latín.» Hay una edad para las lenguas como para los hombres; ellas suben de la infancia á la virilidad para descender á la decrepitud y vejez «El latín clásico es

el latín en su pureza primitiva.» Detenerse en los escrúpulos de la edad y de la pureza de estilo es moverse sobre la punta de una aguja y sacrificar lo accesorio á lo principal. Felizmente la cuestión ha adelantado, la gran mayoría de autoridades competentes y de maestros del campo se ha convencido de que hay mucho que hacer; conviene que el P. Daniel y sus colegas se dejen llevar de la corriente; esto es lo que resultará de lo que nos queda por decir aún.

El P. Daniel nos remite frecuentemente al pequeño volumen *Del Cristianismo y del paganismo en la enseñanza*, que el P. de Valroger ha escrito casi con el mismo objeto; he querido también leerlo de nuevo para que no se me pudiese echar en cara que no he estudiado bastante esta grave cuestión, y nada he encontrado en él que pueda hacerme abandonar mis profundas convicciones; solamente me he asegurado de que el sabio religioso está muy lejos de participar de las mismas. Hé aquí á qué se reducen sus argumentos, pág. 19: «A los paganos vivos y no al texto muerto de los libros griegos y latinos, hay que atribuir las tendencias paganas de nuestra juventud ilustrada... Los libros no ocupan sino un lugar secundario, y los clásicos latinos son de todos, los que tienen menos importancia.» Pág. 20: «Se puede ser pagano, racionalista ó escéptico burlándose de la mitología pagana... Para admirar la poesía bíblica, la elocuencia de los Padres... no es necesario creer en Dios...» Pág. 81: «Desde tres siglos al menos los grandes escritores de la antigüedad pagana se han usado casi solos para la enseñanza del griego y latín en nuestras escuelas más cristianas... Nada obliga á creer que el método adoptado es el mejor *para todos los casos y tiempos*, pero sería temerario y altamente injusto condenarlo como *esencialmente* funesto y pagano...» Pág. 87: «El texto muerto de los libros griegos y latinos no es casi nada; los maestros y los condiscípulos lo son casi todo.» Pág. 93: «Sirviéndose únicamente de los clásicos paganos en la

enseñanza del griego y latín, quedan aún muchísimos medios para iniciar á los jóvenes en el conocimiento de las obras maestras literarias inspiradas por el cristianismo...» Pág. 108: «Con libros exclusivamente cristianos, la educación y enseñanza clásica podrian tener un carácter *profundamente pagano*. Bastaría para esto que los maestros encargados de explicar los clásicos cristianos se mostrasen habitualmente paganos en su lenguaje ó solamente en su conducta... Se puede ser del todo pagano burlándose de la idolatría griega y romana.» Pág. 155: «No sin viva inquietud veríamos que la explicación de nuestros libros sagrados y de nuestros santos doctores llegase á ser en nuestras escuelas el primero y el principal medio de aprender el latín y griego... Ninguna edad es más burlesca que la infancia, y nadie puede menos que ella resistir á la influencia de la chanza.» Pág. 162: «El latín cristiano no es esencialmente ni pagano, ni cristiano, y enseñarlo á niños no será jamás, por más que se diga, enseñarles á vivir y pensar bien.» Pág. 170, hablando en una nota de la costumbre introducida en algunos colegios de la universidad de hacer aprender de memoria algunos versículos de la Vulgata, el P. de Valroger añade: «La religión no ha perdido nada en la apariencia con la supresión de esta costumbre que provocaba mayores blasfemias que piadosas reflexiones.» Es ir muy lejos, pero mucho más es aún conocer la profundidad del mal de la enseñanza pagana. Pág. 181: «La gloria de la Iglesia no es hacer inútiles las obras maestras del genio de la antigüedad, sino enseñar á usarlas bien y darles, purificándolas y completándolas, una fecundidad que no tienen.» El consejo evidentemente no puede aplicarse sino á las clases superiores ó á los estudios que siguen la enseñanza clásica. Pág. 185: «Una sola página de los clásicos cristianos piadosamente meditada en un traducción francesa, tendrá para los niños más utilidad que cien páginas de texto latín ó griego, traducidas penosamente en forma de ejercicio gramatical ó de estudios poéticos ú oratorios.» Página 189: «El estudio de los grandes escritores latinos ó grie-

gos inspirados por el cristianismo merece ocupar un lugar de honor en todos los grados de la enseñanza literaria... Pero nosotros pedimos que no se haga jamás un medio habitual ó comun de aprender el latín y griego.» Página 203: «Hacer de nuestros libros santos un medio habitual y ordinario de aprender el latín y griego sería á nuestros ojos una imprudencia y una profanación.» El R. P. de Valroger se resume á sí mismo en estos términos, página 168: «Si yo tuviese el honor de dirigir los estudios de un pequeño seminario: 1.º conservaría, *en todas las clases*, los grandes clásicos paganos, y quisiera que los penosos ejercicios de traducción necesarios para enseñar bien, sea el griego, sea el latín; continuasen haciéndose *exclusivamente* sobre estos autores; 2.º escogería entre los nuevos clásicos de Mgr. Gaume lo que encierran de más bello y útil en el fondo... de más correcto y elegante en la forma... Emplearía estos *trozos escogidos*, no para la enseñanza gramatical de las lenguas antiguas, sino para la instrucción religiosa y la elevada educación literaria.»

En realidad, para el R. P. de Valroger, como para el R. P. Daniel, no hay nada que hacer. He analizado fielmente el volumen, y este análisis prueba que verdaderamente no ha opuesto á Mgr. Gaume argumentos serios y sólidos. Con pesar lo digo, me parece que no ha entrado en el fondo de la cuestión, ó que no la ha comprendido. Desde el momento en que conviene con Mr. Foisset, pág. 213, en que «la Universidad en que los clásicos paganos dominan como señores desatiende el latín desde veinte años,» como lo reconocen todos los hombres competentes y como nosotros lo hemos probado superabundantemente, no ha de tener inconveniente, al contrario será una gran ventaja el cambiar de método. No dudo, pues, en concluir que conviene en las clases inferiores abandonar el exclusivo empleo de los clásicos paganos, para dar lugar á los clásicos cristianos que, por lo mismo que las ideas que desenvuelven son más familiares á los alumnos, y que la lengua en que las ideas están expresadas son las de los

libros litúrgicos puestos en sus manos desde la infancia, están más naturalmente llamados á ser el texto de las explicaciones y traducciones diarias, facilitando en una proporcion enorme la enseñanza de las lenguas latina y griega. No puede tratarse entonces de desarrollar ni aun de despertar el gusto literario; se trata únicamente de familiarizarse con dos lenguas, que tendrían casi el derecho de contarse entre las lenguas vivas. Cuando se sepan bastante el latín y griego para comprender casi á la primera lectura las obras maestras de la antigüedad pagana, su explicacion, sin peligro entonces, producirá los frutos de cultura de espíritu y de depuracion del gusto que se puede y debe esperar. La educacion é instruccion se completarán ó se acabarán por la lectura razonada de los grandes clásicos franceses, literatura, filosofia, historia, etc., á la cual el P. Valroger da con razon tanta importancia. Entonces todo quedará conciliado, el orden será restablecido, y el Cristianismo escapará á esta dolorosa afrenta de ser despues de diez y ocho siglos la enseñanza de sus escuelas exclusivamente ó principalmente pagana.

II.—CONSULTA DE MGR. BAILLARGEON, *Obispo de Tloa, administrador de la diócesis de Quebec*, 14 de mayo de 1867.

«He pedido á la congregacion de la Inquisicion y del Santo Oficio, si el uso exclusivo de los autores paganos, tal como se observa en los institutos de Roma, en la mayor parte de los seminarios y colegios del mundo católico, y en particular en nuestro seminario diocesano, á donde he remitido al mismo tiempo el programa de los estudios; si este uso no es más que tolerado por la Iglesia, y si ella lo tolera á causa de la mucha dificultad que habria en hacerlo desaparecer; si en los Concilios de Letran y de Trento, en la Encíclica *Inter multiplices* y otros documentos auténticos, la Iglesia ha querido que los escritos de los Santos Padres tuviesen más ancho lugar en los estudios clásicos; y si en particular hay que entender la

segunda parte de la 7.^a regla del *Index* en el sentido de que ella prohíbe á los niños la lectura de los autores paganos; si el estudio de los clásicos gentiles, tal como se acostumbra en nuestros colegios, viene por su naturaleza á inculcar el paganismo en el espíritu de los jóvenes, á poner en peligro su fe y costumbres, á hacer escépticos é incrédulos, y si en fin este estudio es realmente una de las causas de todos los males que hoy amenazan á la sociedad, como se ha querido pretender, de modo que uno de los medios de salud para la sociedad cristiana sería dejar de enseñar los clásicos paganos, á lo menos en las clases inferiores.»

Respuesta del Cardenal Patrizzi. «Segun la carta que me escribisteis el pasado año, los Emos. Cardenales que conmigo están encargados de la Santa Inquisicion, han sabido con gran disgusto que en vuestra diócesis se han levantado graves discusiones, sobre todo entre los eclesiásticos, que aun hoy dia agitaban los ánimos, porque en la enseñanza de las humanidades, tanto en vuestro seminario diocesano, como en los demás colegios en que estudian los niños y los jóvenes, y que están sujetos á vuestra inspeccion y autoridad, se explican los autores paganos, aunque sean expurgados. Por cierto estos eclesiásticos no han de creer que sea necesario dejar aparte estos libros en la enseñanza literaria, ni demostrarse respecto de esto tan inquietos y alarmados. El asunto ha sido examinado y ha recibido la sancion que da un uso constante y antiguo: *los jóvenes levitas pueden sin ningun peligro aprender muy bien el arte de hablar y escribir correcta y elegantemente, tanto en las obras eminentemente sábias de los Santos Padres, como en los autores paganos mas célebres, purificados del todo.* Esto no es solamente tolerado por la Iglesia, sí que tambien del todo permitido, como nuestro Santo Padre el Papa Pio IX lo ha declarado expresamente en su carta encíclica á los Obispos de Francia, en fecha de 31 de marzo de 1854. Desde el momento, pues, que los libros paganos, ya griegos, ya latinos, que se emplean en el se-

minario y colegios mencionados arriba, no son de los que tratan de cosas lascivas ú obscenas, que las refieren ó enseñan, y que además han sido purificados de todo lunar con el mayor cuidado posible, como vos mismo de ello dais buena garantía, no hay por cierto nada que se pueda razonablemente censurar en el uso de libros semejantes.»

Se notará. 1.º que el eminente Cardenal no responde directamente á la cuestion primera y capital: «Si el uso casi exclusivo de los autores paganos, tal como se practica en los grandes Institutos de Roma, en la mayor parte de los seminarios y colegios del mundo católico, no es más que tolerado por la Iglesia, y si ella lo tolera por razon de la gran dificultad que hay para hacerlos desaparecer: el Cardenal responde solamente que el uso de los clásicos paganos perfectamente expurgados está permitido. Mas los clásicos de los seminarios y colegios del Canadá son los de la casa editorial Hachette; luego ninguno de estos clásicos, ni Virgilio, ni Horacio, ni Ciceron, ni Salustio, ni Fedro, ni Cornelio Nepote, etc., están perfectamente expurgados.

2.º El cardenal Patrizzi coloca las obras eminentemente sábias de los Santos Padres al lado de las de los autores paganos más célebres, y declara, como resultado que ha recibido la sancion de un uso constante y antiguo, que los jóvenes clérigos pueden sin ningun peligro aprender en unos como en otros el arte de escribir con elegancia.

3.º Los establecimientos de instruccion y educacion en los cuales, como decia Mgr. el Obispo de Tloa del seminario y de los colegios del Canadá, se hace empleo casi exclusivo de los autores paganos, son evidentemente menos conformes á la letra y espíritu de la respuesta del cardenal Patrizzi, quien pone en el primer lugar á los autores cristianos, de suerte que, si fuese verdad que esta decision fuera definitiva y que se le pudiese aplicar el gran proverbio, *Roma locuta est, causa finita est*, la causa estaria juzgada claramente á favor de los que, como nos-

otros con Mgr. Gaume, se limitan á pedir: 1.º el expurgo más severo ó perfecto, en cuanto fuese posible, de los autores paganos; 2.º la introduccion más amplia de los autores cristianos; 3.º la enseñanza cristiana de los mismos autores paganos, si no hay contradiccion en los términos. Decimos si esto es posible, porque los autores paganos son esencialmente impuros, ó á lo menos esencialmente paganos y esencialmente republicanos. Un escritor, que no podrá ser sospechoso, Mercier, el autor del *Cuadro de Paris*, de quien se ha dicho que pensaba por la calle y escribia en la esquina, no ha dudado en decir en una hora de buen sentido, libro I, c. LXXX: «Es cierto que del estudio de la lengua latina se saca algun gusto por las repúblicas antiguas, y que se quisiera resucitar aquello cuya grande y vasta historia se lee: es cierto que oyendo hablar del Senado, de la libertad, de la majestad del pueblo romano, de sus victorias, de la justa muerte de César, del puñal de Caton, que no pudo sobrevivir á la destruccion de las leyes, se siente pena por salir de Roma y no encontrarse uno habitante de la calle de los Nogales. Sin embargo, es en una monarquía donde se entretiene á los jóvenes con ideas tan peregrinas, que deben perder y olvidar muy pronto por su seguridad, su posicion y sosiego; y es un rey absoluto, quien paga los profesores para explicarnos gravemente todas estas elocuentes declamaciones lanzadas contra el poder de los reyes; de suerte que un alumno de la antigua universidad de Paris, cuando se encuentra en Versalles y que tiene un poco de buen sentido, sueña á su pesar en Tarquino, en Bruto, en todos los fieros enemigos de la realeza. Entonces su pobre cabeza no sabe ya en dónde está; es uno que ha nacido loco ó esclavo, y necesita tiempo para familiarizarse con un país, que no tiene tribunos, ni decemviros, ni senadores, ni cónsules.»

III.—DISCURSO DE MGR. FREPPEL, Obispo de Angers, sobre la urgencia de la reforma de los estudios y la necesidad del

uso de los autores cristianos en la enseñanza clásica, pronunciado el 13 de julio de 1874, en la distribución de premios del pequeño seminario de Beaupreau (Extracto).—«Admito de buena gana que una parte de nuestra niñez se pase desembrollando el caos de la mitología griega, por más singular que pueda parecer la importancia que se da á las aventuras de los dioses del Olimpo. ¿Pero no es extraño que la juventud cristiana salga de nuestros institutos, ignorando casi completamente la Santa Escritura, la historia de la Iglesia, las obras de los Padres, toda esta gran literatura con todo lo que tiene de luz y superioridad moral? No me opongo, si se quiere, absolutamente á que se nos haga admirar á los dos Brutos, á Harmodio, á Aristogiton y otros personajes semejantes de la antigüedad griega ó latina, aunque no esté interesado en ello el orden público; pero los Apóstoles, estos intrépidos misioneros de la verdad en el mundo; los Mártires, estos heroicos campeones de la libertad de las almas; los Padres de la Iglesia, estos nobles representantes de la ciencia y santidad reunidas, ¿no son figuras que debieran colocarse continuamente ante los ojos de la niñez, como tipos los más puros y elevados de abnegacion, de fortaleza, de magnanimidad? Por lo menos hay en nuestro sistema de educacion moderna un gran vacío, que todo espíritu serio ha de reconocer y confesar. Ante todo, ni nuestros hábitos, ni nuestras creencias, ni las condiciones de nuestro estado doméstico, civil ó social, nos ponen en comunicacion de ideas con los griegos y romanos. Si nuestra lengua recuerda la suya bajo muchos conceptos (y yo lo reconozco buenamente), nuestra civilizacion, hija del Cristianismo, es del todo diferente. ¿De dónde arranca nuestra civilizacion? Del Evangelio explicado y comentado por los Padres... En sus escritos hay que buscar, como en fuente siempre pura y fecunda, las ideas de derecho, de justicia, de responsabilidad personal; los sentimientos de amor recíproco, de fraternidad, de pureza y delicadeza moral, que han constituido la familia, el Estado y la sociedad

moderna. Pasar por alto estas fuentes de enseñanza, mientras no se deja ignorar á la juventud cristiana ninguna de las aventuras de Júpiter ó Apolo, verdaderamente son estas exageraciones que no pueden subsistir ante la sana apreciacion de las cosas.

«...Los autores cristianos no tienen, se dice, la elegancia y correccion de los escritores del paganismo; viviendo ellos en una época de decadencia literaria, llevaron en sus obras esta alteracion del gusto y de la lengua. La respuesta es fácil; dejad sus defectos para tomar sus buenas cualidades; y por otra parte no exageremos esta inferioridad relativa. Un sabio que llegara á escribir el griego como san Basilio ó el Crisóstomo, seria por cierto el primer helenista de la época, y los literatos de todas las universidades del mundo temblarian delante quien hubiere aprendido á manejar la lengua tan bien como Lactancio y san Jerónimo... Hay que convenir en que no damos á la literatura eclesiástica una parte bastante amplia en la instruccion de la juventud. Esta, pues, es materia susceptible de mejoras, porque la tan importante cuestion de la reparticion de los autores cristianos ó gentiles en la enseñanza clásica merece la atencion de todo aquel que se interesa, no digo, solamente por la religion y la moral, sí que tambien por los adelantos de la filología y bellas letras.

«El Consejo superior de Instruccion pública no ha vacilado en entrar por este camino. El año último los Padres de la Iglesia tomaban lugar por primera vez en el programa de la licenciatura de letras. En el año próximo el estudio de los Padres griegos en tercer curso y de los Padres latinos en el segundo, será obligatorio para todos los establecimientos de pública instruccion. Nosotros nos apresuraremos á dar á la literatura cristiana mucho mayor espacio que en los pasados tiempos.»

IV.—Breve de Su Santidad Pio IX á Mgr. Gavme en 19 de Marzo de 1774.—«Amado hijo... que las oposiciones y

críticas malignas de algunos no os alteren, puesto que, como tú dices, el único fin de tus escritos en la cuestión de los estudios ha sido mantener las reglas que tú conoces son aprobadas por Nos; esto es, hacer estudiar á la juventud las obras clásicas de los antiguos paganos, expurgadas del todo, y los mejores escritos de los autores cristianos. Por lo cual juzgamos muy del caso que desterréis toda ansiedad, y que más bien descanséis con perfecto sosiego... Llenaos, pues, de aliento y fortaleza...»

Se ha dicho de este breve que en el fondo el Santo Padre se limitaba á repetir la solución, aceptada por todos, de la Encíclica *Inter multiplices*, dirigida á todos los Obispos de Francia en 1854. Pero su importancia es evidentemente mucho mayor. 1.º El Santo Padre exige claramente la formal introducción de los autores cristianos en la enseñanza clásica; ahora bien, según nuestro claro entender, esta introducción no ha tenido lugar aún; en los establecimientos célebres que ocupan el primer rango entre los institutos cristianos, no figura todavía un solo Padre latino en los programas, y los Padres griegos figuran por uno ó dos discursos de san Juan Crisóstomo. ¿Y esta es la parte poco menos que igual que suponía la Encíclica *Inter multiplices*, la cual, como el breve, coloca en primer rango á los autores cristianos? 2.º El Santo Padre exige el expurgo absoluto, *sine labe*, de los autores paganos; pues bien, este expurgo está muy lejos de haberse hecho en los establecimientos modelos de que acabamos de hablar. Virgilio, el casto Virgilio, de quien Ovidio mismo no dudaba escribir que era uno de los más peligrosos autores, está todo entero en manos de los alumnos sin que se haya quitado el harto famoso verso de la sexta égloga, *Formosum pastor Corydon ardebat Alexim*. No, de las tres exigencias de la enseñanza cristiana: dar una parte suficientemente amplia á los autores cristianos, expurgar enteramente á los autores paganos, explicar cristianamente á estos últimos, una sola, la postrera, es muy poco observada en los establecimientos célebres. Digo

muy poco, porque el comentario añadido á Virgilio, especialmente editado para uno de estos establecimientos, encierra fábulas muy poco edificantes, por ejemplo, la de Pasífae, en la égloga sexta.

Si es verdad que Pio IX, lo mismo que el Episcopado francés, no han pensado en desposeer á las obras maestras del paganismo del rango que la experiencia de los siglos y la misma Iglesia les hubiese atribuido (*Estudios religiosos*, número de junio 1814), también es verdad que los más ardientes defensores de la reforma no han pedido jamás la exclusión de los autores paganos; siempre se han contentado con la partición sensata que la Encíclica, *Inter multiplices*, la carta del cardenal Patrizzi al Arzobispo de Quebec y el breve dirigido á Mgr. Gaume suponen, y que, por más que se diga, aún no ha estrechado suficientemente á todos los católicos.

El breve dirigido á Mgr. Gaume ha sido mucho mejor comprendido por un gran número de Obispos extranjeros y franceses: citemos algunos de estos gloriosos auxiliares.

Mgr. Philippi, obispo de Aquila, 25 de marzo de 1874.— «Después del testimonio auténtico que os ha dado el Pastor supremo de la grey de Jesucristo, podeis estar hasta tranquilo. Podeis estar muy cierto, como os lo asegura el Santo Padre, que sosteniendo vuestra gran tesis, vos habeis seguido siempre las reglas establecidas por su autoridad suprema...

«Podría deciros que por este solemne breve del Vicario de Jesucristo quedan anonadadas todas las objeciones contra el plan de instrucción formulado por vos.

«Según mi humilde parecer, este breve es una dulce y paternal amonestación para los establecimientos de educación cristiana, que hasta ahora no se han conformado á las prescripciones del Jefe de la Iglesia, y aun las han mirado como no enunciadas... ¡Pluguiera á Dios que sin retardo, por todas partes y á la letra, fuesen puestas en práctica las invitaciones y prescripciones del maestro y

doctor universal, introduciendo en la enseñanza de la juventud el elemento literario cristiano con toda la amplitud que conviene! Quién sabe cuántos jóvenes que, ahora como en otro tiempo, se entregan á las audaces y criminales locuras de la revolución, hubieran sido los sustentáculos de nuestra pobre Italia...!»

Mgr. de Aranzo, obispo de Calvi y de Teano.—«Este breve es realmente precioso, respecto de la cuestion de la enseñanza clásica... Es hoy día cierto que, en la intencion del augusto Pontífice, los autores cristianos deben ser estudiados con los autores paganos expurgados de toda mácula. Recibí mis plácemes por un auxilio tan grande, que os viene de tan alto.»

Mgr. de Ladone, obispo de Nevers, en 26 de noviembre de 1875.

«Cuando el Renacimiento en el siglo xvi, la Europa tuvo que sufrir una invasion más espantosa aún que la invasion musulmana. La cimitarra de los turcos no abatió más que los cuerpos, la revolución pagana tendió á pervertir las almas. A partir de esta época, los esfuerzos de la nueva escuela no parecieron tener otro objeto que deestimar las obras de la civilizacion cristiana, exaltando las obras de la pretendida civilizacion pagana. Vos habeis emprendido, amado y respetable señor, rehabilitar el latin cristiano, la literatura cristiana, la poesia de la Iglesia... Se os ha acusado de ser innovador, casi revolucionario. Habeis recibido ya un poderoso auxilio por la publicacion de la Enciclica *Inter multiplices*. Acabais de recibir otro del todo personal, el último, tan explícito como vos lo deseabais... Pio IX, en el breve que acaba de enviaros, sanciona con su autoridad pontificia la linea de conducta que vos habeis trazado. Despues de esta solemne manifestacion, la causa de la enseñanza cristiana, intimamente ligada con la regeneracion social, está ganada; se puede decir: *Roma locuta est, causa finita est*; lo que yo puedo aseguraros es que ella está terminada en la diócesis de Nevers.»

A uno de mis colegas, que ha merecido bien de la juventud cristiana por su celo y sábia direccion, pero que ha quedado demasiado asido á las tradiciones de su escuela, manifestábale que el solo título del *Gusano roedor* hacia saltar de piadosa cólera la autoridad del breve dirigido á Mgr. Gaume por Su Santidad Pio IX. Él casi se indignó. «¡Cómo! me replicó, ¿un sabio como vos osa escudarse detrás de un breve de la cancillería romana? —Sí, yo he tenido la debilidad de escudarme bajo los breves de los soberanos Pontífices, que, aun cuando no sean definiciones dogmáticas, son siempre la expresion de la verdad y no fueron jamás contradictorias ó contrarias unas á otras.

Las *Explicaciones de las máximas de los Santos* fueron condenadas por un simple breve del 12 de marzo de 1699. «Despues de haber tomado, dice Inocencio XII, consejo de varios cardenales y doctores en teología, condenamos y reprobamos por nuestra propia iniciativa el libro *Explicaciones de las máximas de los Santos*, en cualquiera lengua y version que se publicaren. Por la lectura y uso de este libro los fieles podrian ser insensiblemente arrastrados á errores ya condenados por la Iglesia.» Pues bien, el 9 de abril, Fenelon, en una pastoral dirigida al clero secular y regular de su diócesis, escribía: «Por último, nuestro Santo Padre el Papa ha condenado el libro intitulado: *Explicaciones de las máximas de los Santos* con las veinte y tres proposiciones que se han extractado del mismo... NOS ADHERIMOS Á ESTE BREVE... simple y absolutamente, sin sombra de restriccion. Nos prohibimos á todos los fieles de la diócesis leer y conservar este libro...»

Mi piadoso y distinguido colega sin duda no tendria valor de reprocharme el que me escudase aún detrás de un nuevo breve de Pio IX, más explícito y expresivo, que debe desarmar hasta á los que, con él y como él, han llegado á decir: «La introduccion de los clásicos cristianos en las escuelas será la señal de la decadencia de la hermosa literatura y la vuelta á la barbarie; que la cuestion de

los clásicos cristianos estaba ya juzgada, y que no había que ocuparse más de ella.»

V.—*Breve de Su Santidad Pio IX á Mgr. el Obispo de Calvi y de Teano* (1) Mgr. de Avanzo, cuyos plácemes hemos citado poco há, con motivo de una carta dirigida á los profesores de su seminario de Calvi sobre la enseñanza de los autores gentiles (perfectamente expurgados) y de los autores cristianos en todas las clases, ha recibido de Su Santidad la siguiente carta:

«Roma en San Pedro, 1.º de abril de 1875, año vigésimo nono de nuestro Pontificado. Nos hemos recibido con mucho gusto la sábia carta que habeis escrito respecto de la enseñanza mixta de la lengua latina, porque ella vindica muy bien el honor de la latinidad cristiana, que muchos han acusado de ser una corrupcion de la antigua lengua; mientras es evidente que la lengua, ó sea, la expresion del espíritu y de las costumbres públicas, ha debido necesariamente revestir una nueva forma despues de la introduccion de la ley de Cristo. En efecto, esta ley que habia realzado á la sociedad humana, reconstituyéndola para las cosas espirituales, exigia por esto mismo una lengua de un carácter nuevo, diferente de la que el genio de una sociedad carnal, esencialmente dada á la molicie, habia conservado hasta entonces. Esta observacion ha encontrado necesariamente la prueba de su exactitud en los monumentos que con tanto acierto habeis citado, tomándolos de los diferentes siglos de la Iglesia, monumentos que explican la génesis de la nueva forma de lenguaje, sus adelantos y superioridad, demostrando al mismo tiempo que la Iglesia tuvo constantemente la costumbre de iniciar la juventud en el conocimiento de la lengua latina por la lectura combinada de los autores sagrados y de los escritores clásicos. Por la abundante luz que vuestro

(1) Los Ilmos. Sres. Obispos de Aquila y Calvi fueron promovidos al cardenalato. ¡Qué triunfo para la causa de Mgr. Gaume!

opúsculo arroja sobre esta cuestion, por otra parte resuelta ya, este escrito persuadirá más eficazmente á los maestros de la juventud que deben poner en sus manos las obras de estas dos clases de escritores. Nos deseamos que tamaño suceso sea reservado á vuestra obra.»

Luego es verdad que la tradicion de la Iglesia ha sido iniciar á la juventud en el conocimiento de la lengua latina por las lecturas combinadas de los autores sagrados y de los escritores clásicos. Luego es verdad que la lengua latina ha debido necesariamente revestir una nueva forma, que esta forma de lenguaje tiene su superioridad sobre la antigua, que el latin clásico será impotente para expresar el espíritu, las costumbres, los hábitos de las sociedades cristianas, y que él es bajo más de un punto de vista una lengua muerta. Esta es la gloriosa tesis que hemos defendido, y ahora estamos seguros de no haber exagerado nada. Termino por una cita que me parece destruirá las más robustas convicciones de los partidarios más entusiastas de los clásicos paganos.

De la funesta influencia de los escritos de Homero sobre el espíritu de los jóvenes segun Platon, diálogo extractado del segundo libro de la República.

«Platon: Tú no ignoras que en todas las cosas lo más difícil es el empezar, sobre todo tratándose de jóvenes, ya que entonces se forman recibiendo la impresion que se les quiere dar.—*Adamante*: Razon tienes.—En este caso, ¿permitiremos que los niños escuchen toda suerte de *fábulas imaginadas* por el primer recien venido, y que su espíritu admita opiniones en su mayor parte contrarias á aquellas de las cuales reconocemos tendrán necesidad en la edad madura?—Eso jamás.—Es menester, pues, ocuparnos desde luego de los que componen fábulas, escoger lo bueno que tengan y rechazar lo malo. Obligaremos por lo tanto á las madres y nodrizas á contar á los niños las fábulas escogidas por nosotros, y á servirse de ellas para formar sus almas con más cuidado aún

que el que se toman para formar sus cuerpos. En cuanto á las fábulas con que les entretienen hoy dia, habrá que rechazar la mayor parte.—¿Cuáles?—Juzgaremos de las pequeñas composiciones de esta clase por las mayores; ya que, grandes y pequeñas, parecen haber sido hechas sobre el mismo modelo y vienen á producir el mismísimo efecto. ¿No es verdad?—Sí lo es; pero yo no atino cuáles son estas grandes fábulas de que tú hablas.—Las de *Hesiodo, Homero y otros poetas*; porque todas las fábulas que han contado y cuentan aún á los hombres están llenas de mentiras.—¿Qué fábulas son esas? ¿y qué es lo que censuras en ellas?—Yo censuro lo que antes y despues merece ser censurado, las mentiras de pésimo gusto.—¿Qué es lo que tú quieres decir con esto?—Las mentiras que desfiguran á los Dioses y á los Héroses, semejantes á retratos que no tuviesen ningun parecido con las personas que el pintor habria deseado representar.—Convengo en que esto es muy digno de censura; pero, ¿cómo ha de convenir esta comparacion semejante á los poetas, á Homero?—Desde luego Homero ha imaginado respecto del mayor de los Dioses la mayor y más monstruosa mentira, la que refiere que Urano ha hecho lo que le atribuye Hesiodo, y como Crono se vengó de ella. Aun cuando la conducta de Crono y la manera con que á su vez fué tratado por su hijo fuesen verdad, convendria aún, segun mi parecer, evitar que se relataran de este modo á personas faltas de discrecion, como son los niños; mucho mejor seria sepultarlas en profundo silencio, ó, si fuese necesario hablar de ellas, hacerlo con todo el aparato de los misterios, delante de un pequeño número de oyentes, despues de haberles hecho inmolar, no un cerdo, sino alguna víctima más valiosa, á fin de que fuese más reducido el número de los iniciados.—Sin duda, porque tales relatos son peligrosos.—Así es que en nuestro Estado, carísimo Adimante, serán prohibidos. No será permitido decir á un niño que, cometiendo los crímenes más enormes, no se hace nada de extraordinario, y que tomando la más cruel

venganza de los malos tratos que se han recibido de un padre, no se hace más que aquello de que han dado ejemplo los primeros y más grandes de los Dioses.—No, por Júpiter; no son cosas éstas buenas para decirse.—Y si nosotros queremos que los custodios del Estado miren como una infamia el querellarse entre sí por cualquier motivo, guardaremos absoluto silencio sobre las guerras de los Dioses, los lazos que se tienden y sus querellas. Por otra parte nada hay de verdad en estas fábulas. Conviene tambien guardarse de dar á conocer, sea por relatos, sea por representaciones, las guerras de los gigantes y los odios de toda especie que han fomentado los Dioses y los Héroses contra sus parientes y amigos.

«Muy al contrario, si queremos persuadir que jamás la discordia ha reinado entre los ciudadanos de un mismo Estado y que no puede reinar sin crimen, es menester que los ancianos de uno y otro sexo nada digan á los niños, desde su más tierna edad y á medida que adelanten en años, que no tienda á este fin; es menester que los poetas se obliguen á dar á sus ficciones este mismo sentido. Por lo tanto será prohibido decir que Juno fué cargada de cadenas por su hijo, y Vulcano precipitado del cielo por su padre, por haberse puesto delante por recibir los golpes dirigidos contra su madre; como tambien referir todos los combates de los Dioses imaginados por Homero, haya ó no alegoría en ellos; porque un niño no está en estado de discernir lo que es alegórico de lo que no lo es; y todo lo que se mete en el espíritu crédulo de esta edad se graba en él con rasgos indelebles. Por esto importa soberanamente que las primeras cosas que oiga el niño sean las fábulas más propias para tender á la virtud.—Esto es muy sensato; pero si se nos preguntaba cuáles son las fábulas que conviene inventar, ¿qué responderíamos?—Caro Adimante, ni tú ni yo somos poetas en este momento, sino fundadores de un Estado. Nos conviene saber segun qué modelo los poetas deben componer sus fábulas y prohibirles que se aparten de él; mas á nosotros no nos toca ser poetas.—Tienes

razon ; pero bien, ¿ qué reglas prescribirás para la composicion de las fábulas cuyo objeto son los Dioses?

—« Hélas ahí. Desde luego... siendo Dios esencialmente bueno, no es causa de todo, como á cada paso se dice; no es causa sino de una pequeña parte de las cosas, pero no de las demás que nos suceden; porque nuestros bienes son en pequeño número en comparacion de nuestros males. Ahora bien, él es la sola causa de los bienes; para los males hay que buscar la causa en otra parte que en él.—Nada más verdadero á mi parecer.—No se debe admitir sobre la autoridad de Homero ó de todo otro poeta un error respecto de los Dioses, tan absurdo como este:

...En la entrada del palacio
De Júpiter hay dos grandes toneles;
Uno de males lleno, otro de bienes.

« Ni que aquel para quien Júpiter saca del uno y del otro,

Ora experimenta males, ora bienes.

« Sino que, aquel para quien saca del lado malo,

El hambre le devora y le persigue
Sobre la tierra, madre fecunda.

« Y por otra parte:

Júpiter es quien reparte
El bien y el mal en la tierra.

« Si un poeta nos cuenta que Júpiter y Minerva fueron los que forzaron á Pandora á romper la fe del juramento y la tregua, nosotros le negaremos nuestros elogios. Lo mismo sucederá con la querella de los Dioses apaciguada por el juicio de Temis y Júpiter. No nos permitiremos decir con Esquilo en presencia de jóvenes:

Cuando Dios una familia
Quiere del todo arruinar,
La ocasion de castigarla
El mismo hace brotar.

« Si otro poeta representa en la escena en que se recitan sus versos, las desgracias de Niobe, ó de la familia

de Pélope, ó de los Troyanos, no permitiremos que diga que estas desgracias son obra de Dios; ó, si se las atribuye, debe dar la razon que nosotros damos, y decir que Dios nada hace que no sea justo y bueno, y que el castigo aun ha sido provechoso á los culpables. Y si no permitimos ya que el poeta llame al castigo una desgracia y atribuya esta desgracia á Dios, convendremos en que diga que son de compadecer en cuanto tienen necesidad de un castigo, y que Dios castigándoles procura su bien. Mas empleemos todos los medios en refutar á aquel que dijere que un Dios bueno es autor de algun mal; jamás en un Estado que debe tener buenas leyes, ni viejos ni jóvenes han de tener ni oír tales discursos bajo el velo de la ficcion, sea en verso, sea en prosa, porque son impíos, peligrosos y absurdos.—Esta ley mucho me place; ella obtiene mi sufragio.

«—Así, pues, la primera de las leyes y reglas sobre las cosas de religion prescribirá reconocer, tanto en los discursos ordinarios como en las composiciones poéticas, que Dios no es el autor de todo, sino solamente del bien.—Esto basta.—Ahora hé aquí cuál será la segunda ley. ¿ Deberá considerarse Dios como un mágico que se complace en cierto modo en engañarnos, ora dejando la forma que le es propia para tomar figuras extrañas, ora sorprendiéndonos con mudanzas aparentes y haciéndonos creer que son reales? ¿ No es más bien un sér simplicísimo y de todos los séres el único que no puede perder su propia forma...?

«Es imposible, pues, que Dios quiera darse otra forma de la que tiene; y cada uno de los Dioses, siendo por su naturaleza tan excelente como puede ser, debe conservar la forma que le es propia en inmutable simplicidad. Me parece que esto es de necesidad absoluta. Que ningun poeta, mi buen amigo, venga á decirnos:

Y los Dioses, tomando la figura
De viajeros de algun país remoto
Las ciudades recorren y los pueblos
Con hábitos muy extraños é impropios...

«ni vendernos sus mentiras sobre Proteo y Tetis, ni representarnos en la tragedia, ó en otro poema, á Juno bajo la figura de una sacerdotisa que va mendigando

Por los niños bienhechores
Del río Argio Inaco,

«ni en fin á imaginar muchas otras parecidas ficciones. Que las madres no vayan más, sobre la fe de los poetas, á espantar sus niños con malos relatos, como que hay Dioses que vagan errantes por la noche bajo la figura de extranjeros de otros países; esto sería á la vez hacer injuria á los Dioses y hacer más tímidos á los niños. Esencialmente simple y verdadero, en palabra ó en accion, Dios no cambia de forma ni engaña á nadie, ni por medio de apariciones ni de discursos, ni menos por signos enviados por él en la vigilia ó en los sueños.—Páreceme que esto no se puede negar.

«¿Tú apruebas, pues, esta segunda ley: Nadie, en los discursos ordinarios ni en las composiciones poéticas, representará á los Dioses como mágicos que toman diferentes formas y nos engañan con mentiras de palabra ó en accion?—Sí, la apruebo.—Así, áun alabando muchas cosas de Homero, reprobaremos el pasaje en que Júpiter envía un sueño á Agamenon. Y cuando un poeta venga á hablarnos así de los Dioses, con indignacion nos negaremos á escucharle; y semejantes discursos serán igualmente prohibidos á los maestros encargados de la educacion de la juventud; pues deseamos que nuestros guerreros lleguen á ser hombres religiosos y semejantes á los Dioses, en cuanto lo permita la humana fragilidad.—Apruebo estas reglas y convengo en que se conviertan en otras tantas leyes.»

A tan notable y razonada crítica de Platon puede añadirse el juicio de gran número de otros gentiles que, antes y despues de él, habian conservado muchas tradiciones primitivas, para indignarse contra las infamias que Hesiodo y Homero habian inventado sobre los Dioses,

Zoilo, Jenofonte, Isócrates, Herodoto, Aristóteles, Jerónimo, Ciceron, Dion, Luciano, Filóstrato, etc. Para decirlo de una vez, entre los griegos antiguos, *homerizar* significaba mentir y se llamaba *homeristas* á los histriones y charlatanes. Los paganos, pues, tenian la más pobre idea de Homero y de su fatal influencia sobre el espíritu de la juventud.

Los primeros apologistas del cristianismo, los Padres de la Iglesia, san Justino, Teófilo de Antiquía, san Ireneo, Clemente de Alejandría, Tertuliano, Orígenes, Lactancio, Eusebio, san Atanasio, san Gregorio Nacianceno, san Epifanio, el Crisóstomo, san Agustin, son mucho más severos con Homero. Citemos aquí no más que á san Justino: «Todas sus rapsodias, el comienzo y el fin de la Iliada y Odisea es la mujer;» y «Orígenes: Hay que alabar á Platon que ha excluido de su república á Homero y á los autores de poemas semejantes á los suyos, como corruptores de la juventud.»

Mas—aquí se ofrece la comparacion dolorosa á que he aludido—uno de los grandes maestros de la enseñanza clásica por medio de los autores paganos, el R. P. Causin de la Compañía de Jesús, en su entusiasmo gramatical y literario, á este juicio solemne y concienzudo del mundo gentil y del mundo cristiano osa oponer esta apotheosis por demás lírica:

«Dionisio Longino, muy elecnetamente, como acostumbra, compara Homero ya al Sol naciente, ya al Océano, y con mucha razon. Porque, así como el Sol es el origen de la luz, y el Océano el padre de todas las aguas, así Homero es el padre de toda doctrina, y yo añado con el emperador Justiniano, de toda virtud. Y del mismo modo que todas las cosas son revestidas de los rayos del Sol, animadas de su calor, humecidas y alimentadas por las venas del Océano, así tambien de los cantos del divino Homero las letras han recibido la luz, la vida, el alimento, más dulce que el néctar y la ambrosía. Además, así como en el Sol levante y poniente aparecen los más variados colores para

deslumbrar los ojos, así como en el Océano la riqueza de tantas cosas, la hermosura de tantas playas, la belleza de tantas islas producen deleites, asimismo en la poesía de Homero hay tantas perlas, tantos rayos, tantos resplandores, tantas cosas diferentes, tantas otras ocultas, una tan inmensa abundancia de tantas cosas, que esta belleza y este placer deleitan sin saciedad.» (*Nic. Causini è Societate Jesu*, lib. I, c. X, p. 13. *De eloquentia sancta et humana*, lib. XVI. *Edit. Paris, 1636, in 4.º*)

Basta y sobra esto. Dejemos la enseñanza exclusivamente pagana:

Claudite nunc rivus, pueri; sat prata biberunt.

APÉNDICE B.

LAS PRINCIPALES DECISIONES DOGMÁTICAS EMANADAS DE LA SANTA SEDE BAJO LA FORMA DE BREVES, ENCÍCLICAS, CONSTITUCIONES APOSTÓLICAS, DECRETOS DE LOS CONCILIOS Ó DE LAS CONGREGACIONES ROMANAS, DESDE 1789 HASTA NUESTROS DIAS.

La Fe es absolutamente necesaria, y debe ser completa, es decir, que debemos afirmar todas las verdades que afirma la Santa Iglesia apostólica católica y romana, y rechazar todos los errores que ella condena.

Por eso al empezar á hablar de la Fe, debemos decir lo que el apóstol Santiago decía de la Ley: El que voluntariamente falte á un solo punto de ella, la quebranta por completo. En vista, pues, de esta rigurosa obligación he creído hacer una buena acción, al reproducir, en este segundo apéndice, las principales decisiones dogmáticas emanadas de la Santa Sede desde la gran Revolución de 1879, que tan fatalmente ha exaltado y emancipado tantos espíritus.

Esta preciosa colección, que no encontrarían fácilmente en otra parte, podrá ser, para aquellos de mis lectores más ávidos de la verdad, el punto de partida de un serio

deslumbrar los ojos, así como en el Océano la riqueza de tantas cosas, la hermosura de tantas playas, la belleza de tantas islas producen deleites, asimismo en la poesía de Homero hay tantas perlas, tantos rayos, tantos resplandores, tantas cosas diferentes, tantas otras ocultas, una tan inmensa abundancia de tantas cosas, que esta belleza y este placer deleitan sin saciedad.» (*Nic. Causini è Societate Jesu*, lib. I, c. X, p. 13. *De eloquentia sancta et humana*, lib. XVI. *Edit. Paris, 1636, in 4.º*)

Basta y sobra esto. Dejemos la enseñanza exclusivamente pagana:

Claudite nunc rivus, pueri; sat prata biberunt.

APÉNDICE B.

LAS PRINCIPALES DECISIONES DOGMÁTICAS EMANADAS DE LA SANTA SEDE BAJO LA FORMA DE BREVES, ENCÍCLICAS, CONSTITUCIONES APOSTÓLICAS, DECRETOS DE LOS CONCILIOS Ó DE LAS CONGREGACIONES ROMANAS, DESDE 1789 HASTA NUESTROS DIAS.

La Fe es absolutamente necesaria, y debe ser completa, es decir, que debemos afirmar todas las verdades que afirma la Santa Iglesia apostólica católica y romana, y rechazar todos los errores que ella condena.

Por eso al empezar á hablar de la Fe, debemos decir lo que el apóstol Santiago decía de la Ley: El que voluntariamente falte á un solo punto de ella, la quebranta por completo. En vista, pues, de esta rigurosa obligación he creído hacer una buena acción, al reproducir, en este segundo apéndice, las principales decisiones dogmáticas emanadas de la Santa Sede desde la gran Revolución de 1879, que tan fatalmente ha exaltado y emancipado tantos espíritus.

Esta preciosa colección, que no encontrarían fácilmente en otra parte, podrá ser, para aquellos de mis lectores más ávidos de la verdad, el punto de partida de un serio

y saludable exámen. Es tan grande el número de los errores, tanto filosóficos como teológicos, que cunden en el día, que no hay nadie que pueda lisonjearse de haberlos evitado por completo.

Además estas afirmaciones de la autoridad suprema son tan notables por su claridad, firmeza y perfecta unión, que constituyen verdaderos esplendores de la Fe; y estoy seguro que no se podrán leer sin sentir una profunda emoción y sin fruto, porque son á la vez vivas y vivificadoras.

BREVE DE PIO VI CONDENANDO LA CONSTITUCION CIVIL
DEL CLERO.

A. S. E. M. el Cardenal de la Rochefoucauld, Arzobispo de Aix, á los otros Arzobispos y Obispos de la Asamblea nacional de Francia, con motivo de la Constitucion civil del clero, decretada por la Asamblea nacional el 10 marzo 1791.

(Extracto).

.....«La Asamblea nacional se ha apropiado el poder espiritual, cuando ha hecho tantos reglamentos nuevos, contrarios á los dogmas y á la disciplina, cuando ha querido obligar con juramento á la ejecucion de sus decretos á los Obispos y á todos los Eclesiásticos. Sin embargo, esta conducta no admirará á los que observen que el efecto necesario de la Constitucion decretada por la Asamblea es aniquilar la Religion católica y con ella la obediencia á los reyes. Bajo este punto de vista, establecen como un derecho del hombre la libertad absoluta, que no solamente le ofrece la garantía de no ser inquietado en sus opiniones religiosas, sino que tambien le da licencia para pensar, decir, escribir y aun imprimir impunemente, en materia de religion, todo lo que puede sugerir la imaginacion más desarreglada, derecho monstruoso, y que sin embargo á la Asamblea le parece que resulta de la igualdad y libertad natural á todos los hombres. ¿Y hay nada tan insensato como establecer entre los hombres esta igualdad y esta

desenfrenada libertad que parece sofocar la razon, el don más precioso que la naturaleza haya dado al hombre, y el único que le distingue de los animales? Cuando Dios crió al hombre y le colocó en un lugar de delicias, ¿no le amenazó con la muerte, si comia del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal? ¿Y este primer precepto no puso límites á su libertad? ¿No le impuso nuevas obligaciones por boca de Moisés, cuando por su desobediencia se hizo culpable para con Él? Y aunque dejara á su libre arbitrio la eleccion entre el bien y el mal, ¿no le rodeó de preceptos y mandamientos, únicos que podian salvarle si queria cumplirlos?

«¿Dónde está, pues, esta libertad de obrar y pensar, que concede la Asamblea nacional al hombre social, como un imprescindible deber de la naturaleza? ¿No es contrario este derecho quimérico á los derechos del Supremo Criador á quien debemos la existencia y todo lo que poseemos? ¿Hay álguien que ignore que el hombre no ha sido criado únicamente para él, sino para ser útil á sus semejantes? Pues es tal la debilidad de la naturaleza, que los hombres para su conservacion se necesitan siempre los unos á los otros, y precisamente por esto Dios le ha dado la razon y el uso de la palabra, á fin de que de este modo pueda reclamar la asistencia de los otros, y á su vez prestársela al que se la pida. La naturaleza misma es, pues, la que ha reunido á los hombres para que formen sociedad, y ya que el uso que debe hacer de su razon consiste esencialmente en reconocer á su soberano Autor, en honrarle, admirarle y dirigir á Él su persona y su sér; ya que desde su infancia debe estar sumiso á sus mayores, dejarse gobernar é instruir por sus lecciones, aprender de ellos á regular su vida segun las leyes de la razon, de la sociedad y de la religion, vemos claramente que esta igualdad y libertad tan cacareadas no son para el hombre desde sus primeros años más que puras ilusiones y palabras desprovistas de sentido. «Sed sumisos por necesidad,» decia el apóstol san Pablo; de modo que los hombres nunca han podido

juntarse y formar una asociación civil, sin establecer un gobierno, sin limitar esta libertad y sin someterla á las leyes de la autoridad de sus jefes. La sociedad humana, dijo san Agustín, no es otra cosa que un general convenio, de obedecer á los reyes; y el poder de estos mismos proviene no tanto del contrato social, como del mismo Dios, autor de todo bien y justicia. El sublime Apóstol ya mencionado decía que todos estuviesen sujetos á las autoridades: «La autoridad proviene del mismo Dios: resistir á ella es turbar el orden que Dios ha establecido; y los que tal hacen se entregan ellos mismos á los eternos castigos.....»

.....«Siguiendo el exámen de los errores de la Asamblea nacional, encontramos la abolición de la primacía y jurisdicción de la Santa Sede. Un decreto formal dice que el nuevo obispo no podrá dirigirse al Papa para obtener confirmación alguna, pero que le escribirá como al Jefe visible de la Iglesia universal, en testimonio de la unidad de fe y comunión que á él deben unirle. Prescribe también una nueva fórmula de juramento en la que está suprimido el nombre del Romano Pontífice. Mucho más aún, obligado el elegido por su juramento á la ejecución de los decretos nacionales que le prohíben hacer confirmar su elección por la Santa Sede, aniquilan con esto todo el poder del soberano Pontífice; y así como los arroyuelos son desviados de su manantial y las ramas de un árbol desgajadas de su tronco, asimismo son los pueblos separados del Vicario de Jesucristo... En efecto, ¿cómo pueden decir que conservan la comunión con el Jefe visible de la Iglesia, cuando se limitan á darle conocimiento de su elección, y con formal juramento se obligan á no reconocer la autoridad propia de su supremacía? En su calidad de jefe, ¿no le deben prestar todos sus miembros la solemne promesa de la obediencia canónica, única que puede conservar la unidad de la Iglesia, é impedir que este cuerpo místico establecido por Jesucristo sea desgarrado por los cismas? Ved en las *Antigüedades eclesiásticas* de Martenne la fórmula del juramento usada por las Iglesias de Francia

desde muchos siglos: que los Obispos, en la ceremonia de su ordenación, acostumbraban añadir á su profesión de Fe la cláusula expresa de obediencia al Pontífice de Roma.....

...«Pero, dicen los apologistas de los decretos de la Asamblea, la Constitución del Clero no mira sino á la disciplina que tantas veces ha cambiado, y que es también hoy día susceptible de cambio. A esto respondo primero, que, entre los decretos relativos á la disciplina, se han deslizado algunos destructores del dogma y de los inmutables principios de la Fe, como ya lo hemos demostrado..... Bueno es también observar la íntima relación que á menudo tiene la disciplina con el dogma y cuánto contribuye á conservar su pureza; y no olvidemos que los raros cambios permitidos por la indulgencia de los romanos Pontífices han tenido muy poca utilidad y corta duración; y que, por cierto, los santos Concilios han promulgado muchas veces pena de excomunión contra aquellos que sólo eran culpables de infracciones á la disciplina eclesiástica...

.....«Tantos ejemplos de anatemas contra los infractores de la disciplina, prueban que la Iglesia siempre ha creído que debe estar íntimamente unida al dogma, y que sólo puede ser cambiada por la autoridad eclesiástica, única que puede juzgar que el uso constantemente seguido es sin ventaja, ó debe ceder á la necesidad de procurar un bien mayor.....

.....«Examinemos ahora los diversos artículos de la Constitución del Clero.

«Uno de los más reprobables es sin duda el que destruye las antiguas metrópolis, suprime algunos obispados, erige otros nuevos y cambia toda la distribución de las diócesis.

.....«No es necesario que examinemos si debemos ó no aprobarlo; puesto que el principio vicioso según el cual han sido ordenadas estas divisiones y supresiones, es un grande obstáculo al consentimiento que podríamos darle. No se trata aquí únicamente de algunos cambios en una ó dos diócesis, sino de un cambio universal en todas

las diócesis de un grande Imperio; se trata de abandonar un gran número de iglesias ilustres, de reducir los arzobispos al simple título de obispos, novedad expresamente condenada por Inocencio III. Antes de pasar adelante deberíamos saber cuáles son los sentimientos del pueblo á quien se quiere arrebatar la dicha de estar más cerca de su pastor y de tener más á mano los socorros espirituales. Este cambio, ó mejor, esta completa transformación de la disciplina ofrece otra novedad en la forma de la elección, sustituida á la que se estableció por un solemne y mútuo tratado, conocido con el nombre de Concordato celebrado entre Leon X y Francisco I, aprobado por el quinto Concilio general de Letran, cumplido por espacio de doscientos cincuenta años con la mayor fidelidad, y que por consiguiente debia ser mirado como una ley de la Monarquía. En él se habia establecido por comun acuerdo el modo de conferir los obispados, prelaturas, abadías y beneficios; y á pesar de esto, despreciando la Asamblea nacional este tratado, ha decretado que en adelante los Obispos serian elegidos por el pueblo de los distritos ó municipalidades, y parece que con esta disposición haya querido abrazar los errores de Lutero y Calvino, adoptados despues por el apóstata de Spalatro, porque estos herejes sostenian que la elección de los Obispos por el pueblo era de derecho divino..... Las eternas discordias, disturbios, divisiones y un sinnúmero de abusos obligaron á alejar al pueblo de las elecciones y hasta á prescindir de consultar su voto y adhesion. Y si tuvo lugar esta exclusion del pueblo cuando todos eran católicos, ¿qué se puede esperar del decreto de la Asamblea, que, excluyendo al clero de las elecciones, las confia á departamentos donde hay judíos, herejes y heterodoxos de todas clases....? Estas elecciones renovarán las discordias, despertarán adormecidos rencores, y darán á la misma Iglesia católica prelados débiles en la herejía, doctores que, á lo menos en secreto y en el fondo de su corazon, alimentarán las erróneas opiniones de los electores.

...«Los Obispos elegidos por sus departamentos tienen orden de ir á pedir la confirmacion al metropolitano ó al obispo más antiguo; si rehusa él darla, está obligado á consignar por escrito los motivos de su negativa. El elegido puede protestar contra ella ante los magistrados civiles; ellos son los que decidirán si es ó no legítima la exclusion; se constituirán jueces de los metropolitanos y de los obispos, á los que únicamente pertenece el derecho de poder juzgar de las costumbres y doctrina, y los que, segun san Jerónimo, han sido establecidos para preservar del error á su pueblo....

.....«¿No se comprueba con esto que el fin que la Asamblea se propone con estos decretos es destruir y aniquilar el episcopado, favoreciendo con esto su odio á la religion cuyos ministros son los Obispos? Sus fines se manifiestan muy claramente, al establecer un permanente consejo de sacerdotes, que deben llevar el nombre de vicarios. Estos consejeros serán en número de diez y seis en las ciudades de diez mil almas, y su número se reducirá al de doce en los lugares menos poblados. Oblígase tambien á los obispos á que se asocien los curas de las parroquias suprimidas; éstos son declarados sus vicarios de *pleno derecho*, y en fuerza de este derecho son independientes de los obispos. Aun cuando se le deje la libre elección de otros vicarios, no puede sin su consentimiento ejercer ningun acto de jurisdicción, á no ser que sea éste provisionalmente, ni destituirles sin la pluralidad de los sufragios de su consejo. ¿No es esto querer que cada diócesis sea gobernada por sacerdotes, cuya autoridad destruirá la de los Obispos? ¿No es esto oponerse abiertamente á la doctrina expuesta en las Actas de los Apóstoles: «El Espíritu Santo ha establecido á los obispos para gobernar la Iglesia que Dios ha adquirido con el precio de su sangre?» En fin, ¿no es esto destruir y turbar todo el orden de la jerarquía? Por este decreto los sacerdotes se igualan á los Obispos, error que enseñó primero el sacerdote Arrio, y que luego fué sostenido por Wiclef, Marsilo de Padua, Juan de Jandune, y

en fin por Calvino, como observa Benito XIV en su tratado *Del Sínodo diocesano*. Aún más: los sacerdotes se sobrepone a los Obispos, puesto que los Obispos no pueden destituirlos ni decir nada, que no esté conforme á la pluralidad de los sufragios de sus vicarios.... Respecto á los otros vicarios llamados de *pleno derecho*, es muy extraño y de todo punto inaudito el que los Obispos estén obligados á aceptar sus servicios, aun cuando tengan motivos legítimos para rehusarlos; y aun es mas extraño que estos sacerdotes, no siendo más que subsidiarios, y reemplazando en sus funciones á un hombre que no es inhábil para ejercerlas, no estén sujetos á aquel en cuyo nombre obran.

.....«La Asamblea á lo menos ha dejado á los Obispos el poder de elegir los vicarios en todo el clero. Cuando ha tenido que arreglar la administración de los seminarios, ha decretado que los Obispos, sólo conformándose con el parecer de sus vicarios y con la mayoría de sufragios, podrán elegir y destituir á los superiores del mismo. ¿Quién no ve hasta qué punto llegan á desconfiar de los Obispos, que á pesar de todo por derecho están encargados de la institución y disciplina de aquellos que deben ser admitidos en la diócesis y empleados en el ministerio? ¿Hay quien pueda negar que el Obispo es el jefe y primer superior de los seminarios....? En fin, para colmo de desprecio y para más humillarlos, durante los tres primeros meses de su elevación, se les da, como á unos viles mercenarios, un módico salario, con el cual no sólo no podrán aliviar la miseria de la multitud de pobres que cubren el reino, sino que ni siquiera pueden conservar la dignidad del carácter episcopal. Esta nueva institución de porción congrua para los Obispos es contra todas las antiguas leyes que á ellos y los curas les señalan rentas de los productos de la tierra, para que, á semejanza de los propietarios, puedan ellos mismos administrarlas y recoger sus frutos.

.....«El derecho que atribuyen á las administraciones

de departamento, para que fijen ellas mismas los límites de las parroquias segun les parezca, es una cosa muy sorprendente, y aun lo es más todavía el ver el prodigioso número de parroquias suprimidas, puesto que el decreto ordena que, en las ciudades ó aldeas de seis mil habitantes, no haya más que una sola parroquia. ¿Y cómo podrá bastar un cura para esta inmensa muchedumbre de parroquianos?.....

.....«Pasemos ahora á la confiscación de los bienes eclesiásticos. Recuerden todos los que participan de esta usurpación el modo como Dios se vengó de Heliodoro y de los que le ayudaron á arrebatarse los tesoros del templo.»

«Parece increíble que, al apropiarse los bienes de la Iglesia y de los sacerdotes católicos, respeten las posesiones que los ministros protestantes, enemigos de la Iglesia, les arrebataron en otro tiempo, y que hagan esto bajo la sombra de los tratados. Sin duda alguna la Asamblea nacional tiene por más sagrados los tratados hechos con los protestantes que los cánones eclesiásticos y el Concordato celebrado entre el Jefe de la Iglesia y Francisco I, sacándose en consecuencia que esta excepción en favor de los protestantes debe haber convenido á sus fines para envolver únicamente de este modo en la proscripción á la religión y á los sacerdotes católicos. ¿Quién no ve que el principal objeto de los usurpadores al confiscar los bienes eclesiásticos, es profanar los templos, deshonorar á los ministros del altar y desviar de la carrera eclesiástica á todos los ciudadanos? En efecto, vemos que apenas se han empezado á cumplir estos decretos, cuando el culto divino ha sido abolido, las iglesias cerradas, robados los vasos sagrados, y el canto de los divinos oficios interrumpido. La Francia que podía gloriarse de haber visto florecer, en el siglo vi y en su mismo seno, cabildos de clérigos regulares, llora hoy día la abolición de estos piadosos establecimientos, injusta é indignamente prosritos por la Asamblea nacional...»

.....«La Iglesia galicana en siglos muy remotos estable-

ció y mantuvo con gran cuidado un rito, á fin de convertir los eclesiásticos en canónigos para las funciones más honoríficas; y este rito que miraba como propio para alimentar la piedad, excitar la devoción de los fieles é invitarlos con el atractivo de su canto y pompa de las ceremonias religiosas al cumplimiento de los deberes de la religion, no sin un grande escándalo, ha sido suprimido, anulado y abolido por la Asamblea nacional con un simple decreto; y en esto como en todos los otros artículos del decreto ha adoptado los principios de los herejes y muy especialmente las insensatas opiniones de los Wiclefitas y Centuriadores de Magdeburgo, que con gran furor se han levantado contra el canto eclesiástico, atreviéndose á negar su antigüedad.....

...«Examinemos ahora lo tocante á los regulares de cuyos bienes se ha apropiado en realidad la Asamblea nacional, declarando que están á la *disposicion* de la nacion, expresion menos odiosa que la de *propiedad*, y que en efecto presenta un sentido algun tanto diferente. Por decreto de 13 de febrero, sancionado seis dias despues por el Rey, ha suprimido todas las órdenes regulares y prohibido el que en adelante se funde ninguna otra. Sin embargo la experiencia ha demostrado cuán útiles eran á la Iglesia; y el Concilio de Trento les ha hecho justicia al decir: «que «no ignoraba cuánta gloria y ventajas daban á la Iglesia «de Dios los monasterios santamente instituidos y sábiamente gobernados.

.....«Por desgracia es cierto que algunas órdenes religiosas se han relajado de su primitivo fervor, y que la severidad de la antigua disciplina se ha debilitado considerablemente en ellas. ¿Pero se debe por esto destruirlas?

.....«La Asamblea nacional, ávida de favorecer los falsos sistemas de los herejes, al abolir las órdenes religiosas, condena la profesion pública de los consejos del Evangelio; censura un género de vida siempre aprobado por la Iglesia, como muy conforme á la doctrina de los Apóstoles; insulta á los santos fundadores de estas órdenes, á los

que ha canonizado la religion, y que sólo por inspiracion divina han fundado estas órdenes. No para aún aquí la Asamblea. En su decreto de 13 de febrero de 1790, declara que no reconocerá los votos solemnes de los religiosos, y por consiguiente, que las órdenes y congregaciones regulares en donde los han pronunciado quedan y continúan suprimidas en Francia, y que en el porvenir no se podrán fundar otras semejantes á ellas. ¿No es esto un ataque dirigido á la autoridad del soberano Pontífice, único que tiene derecho sobre los votos solemnes y perpétuos?

« Muchas otras observaciones podríamos hacer sobre esta nueva Constitucion civil del Clero, que, desde el principio hasta el fin, no ofrece nada que no sea peligroso y reprehensible, y que en todas sus partes, por su espíritu y sus mismos principios, no contiene un solo artículo sano y exento por completo de error.

II. — *Carta enciclica de Nuestro santo Padre el Papa Gregorio XVI á todos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos. Setiembre 1832.*

« Muy sorprendidos debeis estar de que, desde que á nuestra debilidad ha sido impuesta la gran carga de toda la Iglesia, no os hayamos dirigido ninguna carta, costumbre que data desde los primeros tiempos y que nuestra benignidad para con vosotros me incita á cumplirla. Desde el primer instante de nuestra elevacion, deseábamos ardientemente abriros nuestro corazon y haceros oír esta voz, con la cual debemos confirmar á nuestros Hermanos, en cumplimiento de la orden que hemos recibido en la persona de san Pedro. Pero ya vosotros sabeis cuán terribles y desastrosas tempestades hemos tenido que atravesar desde el principio de nuestro pontificado, abandonado en plena mar, y al que hubierais tenido la desgracia de ver sumergido á causa de la mas negra conspiracion, si la mano de Dios no hubiese estado con Nosotros. Nuestra alma se resiste á renovar nuestros dolores, recordando tan

gran número de peligros; así es que preferimos bendecir al Padre de todo consuelo, que al dispersar á los rebeldes, nos arrancó á un eminente peligro, y nos permitió respirar despues de haber restablecido la calma. Desde entonces nos propusimos comunicaros nuestras intenciones para curar los males de Israel; pero el inmenso peso de los negocios de que nos vimos acosados para restablecer el órden público ha retardado algun tanto nuestro deseo.

«La insolencia de los facciosos que por segunda vez levantaron el estandarte de rebelion, fué una nueva causa de nuestro silencio. Aunque profundamente contristados, debimos usar de la autoridad, que de lo alto se nos ha confiado para reprimir severamente la extrema obstinacion de aquellos cuyo furor desenfrenado, lejos de amortiguarse, parecia fortificarse más y más con una larga impunidad y con el exceso de nuestra dulzura é indulgencia. Como muy bien podeis comprender, de esto provino el que fuera mucho más penoso nuestro trabajo y solicitud.

«Mas como hoy, siguiendo una antigua costumbre, hemos tomado posesion del pontificado en la básilica de San Juan de Letran, lo que habíamos diferido por las mismas razones, nos dirigimos á vosotros, venerables Hermanos, por medio de esta carta, en prueba de nuestro cariño, en este dia en que solemnizamos la gloriosa Asuncion de la Santísima Virgen al cielo, á fin de que aquella, á quien hemos reconocido por nuestra libertadora y patrona en medio de las mayores calamidades, continúe siéndonos propicia en este momento en que os escribimos, y nos inspire con celestial influencia los consejos más saludables para la sociedad de los fieles.

«Con el corazón penetrado de una profunda tristeza nos dirigimos á vosotros, al pensar que el celo que desplegais en favor de la religion excita vivas inquietudes en nuestros desgraciados tiempos. Con mucha verdad podemos decir que ha llegado ya la hora del poder de las tinieblas para segar, á semejanza del trigo, á los hijos de eleccion.

La tierra viste luto y perece; se halla infectada por la corrupcion de sus habitantes, porque han violado las leyes, hollado la justicia y destruído la eterna alianza. (Isaiás, c. xiv, 6).

«Os hablo, venerables Hermanos, de lo que todos veis diariamente y de lo que es causa de nuestro llanto y gemidos. Lo que tanto nos hace sufrir es el triunfo de una soberbia malicia, de una audaz ciencia y de una licencia desenfrenada. Las cosas más santas son despreciadas, y la majestad del culto divino, tan poderoso como necesario, es censurado por hombres perversos, profanado y hasta ridiculizado. De ahí nace el que se corrompa la sana doctrina y que se propaguen abiertamente toda clase de errores. Nada hay que esté al abrigo de las afiladas saetas que lanzan las inicuas lenguas: ni las leyes santas, ni los sagrados derechos, ni las máximas establecidas, ni aun las más respetables reglas de la disciplina.

«La cátedra de san Pedro, en la que estamos sentados y cuyo fundamento ha puesto Jesucristo, es violentamente combatida, y de dia en dia van debilitándose y rompiéndose los lazos de la unidad. Atácase la divina autoridad de la Iglesia, sus derechos son abolidos, se la somete á los juicios humanos, es entregada injustamente al rencor de los pueblos y reducida á una vergonzosa esclavitud: niégase la obediencia á sus Obispos y son hollados sus sagrados derechos. Las academias y gimnacios están infectados por nuevas y monstruosas opiniones, que ni nocion tienen de la fe católica, y que sin embargo le hacen abiertamente una criminal y desastrosa guerra. La juventud, corrompida con las máximas y ejemplos de sus maestros, aumenta la desgracia de la religion y hace más profunda la perversidad de las costumbres. De ahí proviene que esta santa religion, único medio por el cual subsisten los reinos y se fortifica la autoridad, no oponiendo ya freno á las pasiones humanas, hace que presenciemos la ruina del órden público, el desmoronamiento de la autoridad y la rebelion contra todo poder legítimo. Todos estas ca-

lamidades tienen su origen en los complots de estas sociedades, en donde, á semejanza de una cloaca en la que se encuentran reunidos todos los miasmas corruptores, se reúne todo lo que de más perverso, impío y sacrilego han presentado las más criminales sectas y herejías.

«Estos males, venerables Hermanos, y otros muchos peores, que sería enjoso enumerar en este momento y los que vosotros conoceis ya muy bien, nos sumergen en un prolongado y amargo dolor, tanto más cuanto, ocupando la cátedra del Príncipe de los Apóstoles, debe devorar nuestro corazón un ardiente celo por la casa de Dios. Pero como sabemos que en el lugar que ocupamos no basta gemir sobre tantos males, sino que debemos extirparlos en cuanto podamos, recurrimos á vuestra fe como á una poderosa ayuda, y apelamos á vuestra solicitud para la salvación del rebaño de la Iglesia. Vuestra religión y acrisolada virtud, la singular prudencia y la asidua vigilancia que demostráis, es la que nos comunica un nuevo valor y nos procura un dulce consuelo en las tristes circunstancias que atrevesamos: porque todos vosotros comprendéis que es nuestro deber levantar la voz y procurar por todos los medios posibles que el feroz jabalí no venga á destruir la viña, y que los lobos no inmolén al rebaño. Nosotros somos los que debemos hacer que las ovejas sólo se alimenten con pastos sanos y que estén al abrigo de todo peligro. Dios quiera, venerables Hermanos, que acosados por tantos males y amenazados con tantos peligros, no falten los pastores á su obligación, y atemorizándose, no abandonen el cuidado de las ovejas, dejándose arrastrar por un cobarde descanso. Uniéndonos con un mismo espíritu, defendamos nuestra causa común, ó mejor, la causa de Dios, y reunamos nuestros vigilantes esfuerzos contra el comun enemigo de la salvación de todo el pueblo.

«Cumpliréis vuestro deber, si, como lo exige vuestra profesión, veláis sobre vosotros y sobre la doctrina, recor-

dando sin cesar que *la Iglesia universal es combatida por toda clase de errores*, y que según el aviso que nos da el santo Pontífice Agaton, *en todo lo que ha sido definido según las reglas no se debe cambiar, omitir ni añadir nada, antes conservarlo todo en su pureza, con el mismo sentido y las mismas palabras.*

«Siguiendo esta observación, permanecerá firme é inquebrantable la unidad católica, que descansa en la cátedra de san Pedro, como en su fundamento, de modo que allí mismo de donde emanan los privilegios de una santa comunión para todas las iglesias, se encuentre un muro que sirva de fortaleza para todos, un puerto al abrigo de las tempestades y un tesoro de innumerables bienes. De modo que para reprimir la audacia de los que se esfuerzan en combatir la cátedra de san Pedro, ó de romper la unión que une á la Santa Sede con la Iglesia, debéis inspirar una viva confianza en la Cátedra apostólica, exclamando con san Cipriano, *que en vano se lisonjea de pertenecer á la Iglesia, el que abandona la cátedra de Pedro, sobre la cual está fundada la Iglesia.*

«Debéis trabajar y velar sin cesar para conservar el depósito de la fe en medio de esta conspiración de impíos, que con dolor vemos formarse para arrebatároslo y destruirlo. Acordaos todos que el juzgar las sanas doctrinas, por medio de las cuales se debe instruir al pueblo, y el gobierno de la Iglesia, pertenece al Romano Pontífice, á quien ha sido dada por Jesucristo *la plenitud de todo poder para apacentar, conducir y gobernar á la Iglesia universal*, como expresamente han declarado los Padres del concilio de Florencia. Este es también el deber de todos los Obispos: unirse fielmente á la cátedra de Pedro, conservar religiosamente el depósito que han recibido y gobernar el rebaño que se les ha confiado. Respecto á los sacerdotes, deben estar sometidos á los Obispos, á quienes, como dice san Jerónimo, *deben considerar como á sus padres espirituales*; nunca deben olvidar que los antiguos cánones les prohíben hacer nada en el ministerio, ni atri-

buirse el poder de enseñar ni predicar, *sin el permiso del Obispo, á cuya fidelidad es confiado el pueblo y de cuyas almas debe dar estrecha cuenta.*

«No cabe ninguna duda que seria un gran crimen y una disposicion del todo contraria al respeto con que se deben recibir las leyes de la Iglesia, el desaprobar con un insensato desarreglo de opiniones la disciplina establecida, que comprende la administracion de las cosas santas, la regla de las costumbres y los derechos de la Iglesia y de sus ministros, ó bien decir que esta disciplina es contraria á los principios del derecho natural, ó presentarla como defectuosa, imperfecta y sujeta á la autoridad civil.

«Como muy bien han consignado los Padres del concilio de Florencia, *la Iglesia ha sido instituida por Jesucristo y por sus Apóstoles, no dejando el Espíritu Santo de comunicarle continuamente la verdad*, de modo que es del todo absurdo y soberanamente injurioso para ella, el que introduzcan en la Iglesia una especie de *restauracion* ó de *regeneracion*, como necesaria para atender á su conservacion y aumento; demostrando con esto que podria creérsela expuesta á la debilidad, á la oscuridad ó á otros inconvenientes de esta naturaleza. El fin que se proponen los novadores, es echar los fundamentos de una reciente institucion humana, y hacer lo que tanto odiaba san Cipriano, que *la Iglesia que es divina, fuese humana del todo*. Consideren los que tal designio forman que, segun el testimonio de san Leon, únicamente al romano Pontífice ha sido confiada la dispensacion de los sagrados cánones, y que sólo á él y no á un particular pertenece pronunciar sobre las antiguas reglas, como tambien pesar, segun escribe san Gelasio, los decretos de los cánones y apreciar los reglamentos de sus predecesores, para modificar despues de un conveniente exámen aquellos que, segun la necesidad del tiempo ó el interés de la Iglesia, pidan alguna modificacion.

«Es nuestro deseo excitar vuestro celo por la religion contra este vergonzoso plan que ataca el celibato de los

sacerdotes, y que tiende á agitarse y extenderse más y más por los esfuerzos de algunos eclesiásticos, que, olvidando su carácter y deberes, se han reunido á ciertos corrompidos filósofos de nuestro siglo, atreviéndose en algunos lugares á dirigir reiteradas súplicas á los príncipes para destruir esta santa disciplina. Pero dejemos esto, pues nos es penoso entreteneros en estas infames tentativas, y confiamos en vuestra religion para encargarnos que conserveis intacta, que vindigueis y defendais con todas vuestras fuerzas, segun las reglas de los cánones, una ley tan importante, y contra la cual dirigen todos sus emponzoñados tiros los inicuos libertinos.

«La honrada union de los esposos entre los cristianos, á cuya union el apóstol san Pablo llama un *gran sacramento en Jesucristo y en la Iglesia*, reclama nuestros comunes cuidados para impedir que se formen opiniones, ni se hagan esfuerzos que tiendan á herir la santidad y la indisolubilidad del lazo conyugal. Nuestro predecesor Pio VIII, de feliz memoria, lo habia recomendado eficazmente en sus cartas; hoy vemos que se renuevan funestos ardides contra él. Conviene, pues, que se haga conocer claramente al pueblo que, una vez celebrado el matrimonio segun los cánones, no puede disolverse; que Dios obliga á los que así se han unido á estarlo siempre, y que el lazo conyugal sólo se rompe con la muerte. Que se acuerden que el matrimonio formando parte de las cosas santas debe estar sometido á la Iglesia; que den una mirada á las leyes que ha hecho con este objeto, y que observen religiosa y exactamente las de su ejecucion, de las cuales depende la fuerza y solidez de esta alianza. Que se guarden de admitir nada que sea contrario á los cánones y decretos del Concilio, y estén bien convencidos que muchos matrimonios tienen un desgraciado resultado porque se han hecho contra la disciplina de la Iglesia, ó bajo el único influjo de las pasiones, sin que los esposos hayan procurado hacerse agradables á Dios, y sin haber pensado en los sacramentos y misterios que representan.

«Vamos ahora á tratar de otra de las causas fecundísimas, que originan los males que tanto afligen á la Iglesia; es este *indiferentismo*, ó bien esta opinion perversa, que, esparciéndose por todas las partes del mundo con la más refinada astucia, persuade que se puede adquirir la eterna salvacion con cualquier profesion de fe, con tal que las costumbres estén conformes á una rectitud y honradez natural. Creemos que en una materia tan clara y evidente no os será difícil rechazar lejos de los pueblos confiados á vuestros cuidados el más funesto de los errores. Tiemblen los que se imaginan que todas las religiones nos abren la puerta de la eterna beatitud, al recordar que el Apóstol nos advierte *que no hay más que un Dios, una fe y un bautismo*, y consideren seriamente que, segun el testimonio del mismo Salvador, *los indiferentes están contra Cristo por la única razon que no están con él*; que por desgracia lo disipan todo, porque nada recogen; y que desde luego *no hay duda de que perecerán eternamente, si no conservan la fe católica entera é inviolable*. Escuchen esos indiferentes á san Jerónimo, que, en un tiempo en que la Iglesia estaba dividida en tres partidos por un cisma, cuenta que, fiel á sus principios, cuando trataban de atraerlo á un partido, les respondia siempre: *Si hay alguno que esté unido á la cátedra de Pedro, con él estoy*. Un lamentable error sería tambien el que se tranquilizara uno de estos hombres por estar regenerado con las aguas del bautismo, puesto que dice san Agustin á este propósito: *No porque se corte una cepa de una viña deja de tener la cepa la misma forma; ¿pero de qué le sirve esta forma si no vive de la raíz?*

De este infecto manantial del *indiferentismo* emana la máxima absurda y errónea, ó mejor el delirio, que asegura y garantiza á toda clase de personas *la libertad de conciencia*. Lo que primero hiere la vista en este pernicioso error es la completa libertad de opiniones, difundida por todo el mundo para desgracia de la sociedad religiosa y civil, repitiendo ciertos hombres con el mayor descaro que puede aun ser ventajoso para la misma religion. Pero

dice san Agustin: *¿Hay para el alma alguna muerte más deplorable que la libertad del error?* En efecto, cuando al hombre se le quita toda clase de freno que pueda contenerle en la senda del bien, su naturaleza inclinada al mal cae en el precipicio, porque verdaderamente es esta libertad *el pozo del abismo*, del cual vió salir san Juan una espesa humareda que oscureció el sol, y saltar de él un gran número de langostas que asolaron la tierra. De esta libertad nace un cambio completo en los espíritus, una profundísima corrupcion en la juventud, el desprecio extendido entre el pueblo por todo lo que hay de más sagrado, por las leyes y por las cosas más respetables; es, en una palabra, el más terrible azote para la sociedad, puesto que la experiencia nos ha demostrado que los Estados, que más florecientes estaban por sus riquezas, poder y gloria, han perecido por el único y deplorable efecto de la inmoderada libertad de las opiniones, por la licencia de los discursos y por el amor para todo lo nuevo.

«En donde más daño causa esta funesta libertad, es en la prensa, en la que publica toda clase de escritos, y que sin embargo hay muchos que con fuerza solicitan su establecimiento. Al considerar, venerables Hermanos, las monstruosas doctrinas, ó mejor dicho, la prodigalidad de errores que cunden por todas partes, el modo como se difunden por doquiera, y á lo lejos, por medio de una multitud de libros y escritos, pequeños en volúmen, pero grandes en malicia, y de los cuales con tristeza vemos salir la maldicion que se esparce por la faz de la tierra, no podemos menos de estar sobrecogidos de terror. Y á pesar de todo esto hay quien se deja arrastrar hasta este punto de imprudencia, y no falta quien sostenga que esta masa de errores vomitada por este pestífero manantial, es suficientemente indemnizada por algunos libros, que, en medio del general desencadenamiento de las perversidades, se han dado á luz para defender la religion y la verdad. ®

«No hay ninguna duda que es una cosa muy mal hecha y prohibida bajo todos conceptos, cometer un mal cierto y seguro por la sola esperanza de que de él pueda resultar algun bien. Porque en efecto, ¿se encontraria algun hombre sensato, que dijera que el veneno puede despa-
charse, venderse, transportarse públicamente y hasta beberse, tan sólo porque hay un remedio por medio del cual algunos logran escapar á la muerte?

«La disciplina de la Iglesia, en sus esfuerzos contra la plaga de los malos libros, fué muy diferente en tiempo de los Apóstoles, de quienes leemos que hicieron quemar en público una gran cantidad de libros. Baste para el objeto revisar las leyes expedidas en el quinto concilio de Letran, y la constitucion que dió despues Leon X, nuestro predecesor de feliz memoria, para impedir *que lo que ha sido cuerdamente inventado para el aumento de la fe y propagacion de las ciencias útiles, no se emplee en contra de las mismas ni perjudique á la salvacion de los fieles.* Esto fué tambien uno de los más importantes asuntos de que trataron los Padres del Concilio de Trento, quienes remediaron tan grande mal con su sano decreto sobre el *Índice* acerca los libros que contengan mala doctrina. Clemente XIII, nuestro predecesor de feliz memoria, en sus cartas encíclicas sobre la proscripcion de los libros peligrosos, dice: *que se debe combatir con tanta fuerza, como lo exige el asunto, y trabajar tanto como se pueda en destruir esta mortal peste; y que sólo entregando á las llamas los principios criminales de la depravacion se puede destruir la materia del error.* Al ver la constante sollicitud con que la santa Sede en todo tiempo se ha esforzado en condenar todo libro sospechoso y perjudicial, y arrancarlos de manos de los infieles, se comprende cuán falso, temerario é injurioso es á la Santa Sede, y cuán fecunda en males para el pueblo cristino es la doctrina de aquellos, que no solamente desprecian la censura de los libros como un yugo demasiado pesado, sino que han llegado á tal punto de malignidad, que la proclaman en oposicion á los

principios de derecho y equidad, atreviéndose á negar á la Iglesia el derecho de ordenarla y ejercerla.

«Hemos sabido que entre el pueblo cunden escritos, sembrados de ciertas doctrinas, que debilitan la fidelidad y la sumision debida á los príncipes, y encienden en todas partes las llamas de la revolucion; debe, pues, procurarse con todo empeño que los pueblos así seducidos no se aparten de la línea del deber. Consideren todos con este motivo que, segun dice el Apóstol, *no hay poder que no venga de Dios; que los que existen han sido establecidos por Dios; y que por consiguiente el que resiste al poder resiste á la orden de Dios, y que los que la resisten se atraen ellos mismos la condenacion.* ¿De qué proviene que tanto las leyes divinas como las humanas reclamen contra los que, por medios revoltosos ó de sedicion, se esfuerzan en arrebatar la fidelidad debida á los príncipes y en precipitar á los mismos del trono?

De ahí proviene que los antiguos cristianos, para no mancillarse con tan vergonzosa falta, no cesaron, ni aun en medio de las persecuciones, de servir como debian á los emperadores, y de trabajar por el bien del Estado, no tan sólo con su fidelidad en hacer con cuidado y prontitud todo cuanto se les ordenaba, con tal que no fuese contrario á la religion, sino que tambien con su valor, derramando por ellos su sangre en los combates. *Los soldados cristianos,* dice san Agustin, *servian á un emperador infiel; pero, si se trataba de la causa de Jesucristo, no reconocian más que á Aquel que está en los cielos. Distinguian el Dueño eterno del temporal, y por consideracion al Dueño eterno eran sumisos al temporal.* Este era el constante pensamiento del invencible mártir Mauricio, jefe de la legion Tebea, al responder el emperador, segun cuenta san Euquerio: *Somos ¡oh príncipe! vuestros soldados; pero tambien confesamos libremente que somos siervos de Dios..... Sabemos que nuestras vidas están amenazadas, y á pesar de esto ninguno de nosotros trata de sublevarse; tenemos armas y no nos resistimos, y es porque preferimos morir antes que matar.* Esta

fidelidad de los antiguos cristianos brilla con mucho más esplendor, cuando con Tertuliano advertimos que los cristianos en aquellos tiempos no eran los menores ni en número ni en fuerza, si hubiesen querido demostrarse enemigos declarados. Sólo existimos de ayer, dijo Tertuliano, y ya lo ocupamos todo: vuestras ciudades, islas, fortalezas, municipios, asambleas, campos, tribus, decurias, palacio, senado, Foro..... Si no hemos estado prontos á combatir, aunque con fuerzas desiguales, nosotros que voluntariamente nos dejamos degollar, es porque nuestra religion nos obliga á morir antes que matar. Si los nuestros se hubiesen alejado de vosotros, yéndose á regiones apartadas, la pérdida de tantos ciudadanos de todas clases hubiera cubierto de confusión vuestro poder y lo hubiera castigado con solo este abandono. Sin duda alguna os hubiese asustado vuestra propia soledad..... hubieseis buscado á quien mandar, y os hubierais quedado con más enemigos que ciudadanos; al paso que ahora teneis menos enemigos por la multitud de cristianos que os rodean.

«Estos hermosos ejemplos de sumision voluntaria á los príncipes, consecuencia necesaria de los santos preceptos de la religion cristiana, condenan la detestable insolencia y la malignidad de los que, exaltados por el inmoderado ardor de una audaz libertad, sólo quieren combatir y aniquilar los derechos de todo poder, para introducir bajo la máscara de libertad, la esclavitud de los pueblos. Este mismo fin se propusieron alcanzar las culpables ilusiones y todos los proyectos de los Valdenses, de los Beguardos, de los Wiclefitas y demás hijos de Belial, que fueron el oprobio del género humano, y contra quienes la Sede Apostólica lanzó muy á menudo terribles anatemas. Con este mismo fin aspiran esas turbas á felicitarse con Lutero de estar libres de todos, y para conseguirlo más fácilmente y más aprisa, intentan audazmente las más criminales empresas.

«No podríamos esperar nada bueno para la religion y para los gobiernos de los votos que forman los que desean se separe la Iglesia del Estado, y se rompa el

mútuo acuerdo del imperio con el sacerdocio; pues es muy cierto que los partidarios de una libertad desenfrenada temen este acuerdo, que es tan favorable y provechoso á los intereses de la religion y de la autoridad civil.

«A todas estas causas de amargura que nos afligen é inspiran un vivo pesar á la vista del conocido peligro, vienen á juntarse ciertas asociaciones ó reuniones, en las que se juntan toda clase de personas de diferentes religiones, y en donde, bajo la apariencia de respeto por la verdadera religion, aunque en realidad con un secreto deseo de todo lo nuevo, y con el fin de evitar conspiraciones, preconizan toda clase de libertad, excitan los ánimos contra el bien de la Iglesia y del Estado, y destruyen la autoridad de todo lo sagrado.

«Con un vivo dolor, aunque tambien con gran confianza en Aquel que manda á los vientos y devuelve la calma, os escribimos, venerables Hermanos, todo lo que antecede, para que cubriéndoo con el escudo de la fe, os esforceis más y más en batallar las batallas del Señor. A vosotros más que á nadie es á quien toca anteponer un fuerte muro contra todo lo que se levanta contra Dios. Usad de la espada del Espíritu, que no es otra que la palabra de Dios, y que se sacien de ella los que se hallen acosados por el hambre. Habeis sido llamados para que fuerais diligentes obreros en la viña del Señor, y debeis trabajar en arrancar de ella toda raíz perniciosa, para que limpio el campo de lo que pueda perjudicarle, dé abundantes semillas de toda clase de virtudes; debeis abrazar en nuestro afecto paternal á los que se dedican á las ciencias eclesiásticas y á las cuestiones de filosofía, haciéndoles comprender con vuestras exhortaciones, que no deben fiarse imprudentemente en las solas fuerzas de su propio espíritu, el que desviándolos de la senda del bien los arastraría á los caminos de la impiedad. Recuerden siempre que Dios es el guía de la sabiduría y el reformador de los sabios, y que es imposible conocer á Dios sin Dios,

quien por medio del Verbo enseña á los hombres á conocer á Dios. Querer apreciar por medio de humanas consideraciones los misterios de la fe, superiores á todo entendimiento, ó querer fiarse de nuestra razon, débil ya de sí, es propio sólo de un insensato ó de un orgulloso.

«A este laudable fin pueden tambien contribuir mucho los príncipes, favoreciendo los votos que formulamos para bien de la Religion y del Estado, con todo su poder y autoridad, considerando que han recibido estos dones no tan sólo para el gobierno de este mundo, si que tambien para defender á la Iglesia. Piensen sériamente que todo lo que tiende al bien de la Iglesia contribuye al aumento de su poder y tranquilidad. Que se persuadan que debe serles más grata la causa de la religion que la del trono, y con el Pontífice Leon les diremos que mucho les importa que la mano de Dios añada á su diadema la corona de la fe. Instituidos como padres de los pueblos, podrán darles largos períodos de paz y tranquilidad, si procuran conservar intacta la religion y la piedad para con Dios, el que lleva escrito en su muslo: *Rey de los reyes y Señor de los señores.*

«Y para que todo esto se efectúe, elevemos nuestros ojos y manos á la santísima Virgen María, única que ha destruido todas las herejías y el más poderoso motivo de nuestra esperanza, que implore por su valimiento en medio de las apremiantes necesidades del rebaño del Señor, para que tengan nuestros esfuerzos un favorable éxito. Con humildes instancias y oraciones suplicamos á Pedro príncipe de los Apóstoles, y á Pablo su colega en el apostolado, que con inquebrantable firmeza impidan que haya en la fe otro fundamento que el que se ha establecido; y con la dulce esperanza de que el Autor y Consumador de nuestra fe, Jesucristo, nos consolará en las grandes tribulaciones que nos abruman por todas partes, os damos afectuosamente á vosotros, venerables Hermanos, y á las ovejas confiadas á vuestro socorro, nuestra bendición apostólica, prenda de eterna salvacion.»

III.—Enciclica de nuestro Santísimo Padre el Papa Gre-

gorio XVI, condenando las Palabras de un Creyente de M. de Lamennais. 24 junio 1834.

«Hemos tenido un especial gozo al recibir las nobles pruebas de fe, obediencia y religion que en todas partes han acompañado á la recepcion de nuestra carta encíclica del 18 de agosto de 1832, en la cual, segun es nuestra obligacion, expusimos la verdadera doctrina y la que únicamente se debe seguir en todos los puntos que en ella se encuentran determinados. Aumentóse mucho nuestro contento con las declaraciones, que con este objeto hicieron imprimir algunos de los que habian aprobado los consejos y opiniones erróneas, de las que tanto nos lamentamos, y de cuyas opiniones se habian constituido inconsideradamente como los autores y defensores. Mucha verdad es que no dejábamos de comprender que el mal, lejos de haberse destruido, se fomentaba más y más, segun lo presagiaban sin máscara alguna los impudentes libelos esparcidos entre el pueblo y ciertas conspiraciones tenebrosas, las que fueron severamente reprobadas por nuestras cartas del mes de octubre, dirigidas á nuestro venerable Hermano el Obispo de Rennes. Mas en medio de nuestra ansiedad y viva solicitud, nos ha complacido en alto grado el ver que el mismo que era la causa primordial de nuestro pesar, reconociera en términos formales, con la declaración que nos dirigia el 11 de diciembre precedente, que se atenia *pura y simplemente* á la doctrina contenida en nuestra encíclica, y que no escribiría ni aprobaría nada que fuese contrario á la misma. Al momento abrimos las entrañas de nuestra paternal caridad á este hijo, que tocado por nuestras observaciones, debia inspirarnos la confianza de que iria dando cada dia mayores pruebas de su perfecta sumision á nuestra sentencia.

«Pero, lo que apenas parecia increíble, es que aquel, á quien recibimos con tan afectuosa bondad, olvidando nuestra indulgencia, ha abandonado muy pronto su resolucion y ha desvanecido la lisonjera esperanza que tenía-

mos de ver fructificar en él nuestras doctrinas, al saber que con el título de *Palabras de un Creyente* ha publicado una obra en lengua francesa; que esta obra, pequeña en volumen, aunque grande en perversidad, se ha difundido por todas partes, y que su mismo autor la ha hecho imprimir recientemente sin poner en él su nombre, aunque no por eso dejan de publicarlo las hojas públicas.

«Sobrecogidos de horror nos hemos quedado, venerables Hermanos, desde el primer momento que lo han visto nuestros ojos, y hemos deplorado la ceguera del autor, puesto que hemos comprendido á dónde va á precipitarse la ciencia que no es de Dios sino del mundo. En efecto, faltando á la promesa solemne que dió en su declaración, el autor trata las más de las veces, con ocultas y con falsas imágenes, de atacar y destruir la doctrina católica, definida en nuestra ya mencionada carta, tanto en lo que se refiere á la sumisión que se debe á las autoridades, como en lo que mira á apartar de los pueblos la contagiosa plaga del indiferentismo, y poner un freno á la desordenada licencia de las opiniones y palabras, y también en cuanto á condenar la ilimitada libertad de la conciencia y la horrorosa conspiración de los sectarios de las religiones falsas contra todo lo sagrado y el orden público.

«Nuestro espíritu se resiste á recorrer todas estas páginas, en las cuales el autor se esfuerza en romper los lazos de fidelidad y sumisión para con los príncipes, avivando por doquiera la llama de la revolución, con el fin de destruir el orden público, inspirar desprecio á los magistrados, infringir las leyes y aniquilar todos los elementos de la autoridad espiritual y civil. En ellas, con nueva é inicua ficción y por medio de monstruosas calumnias, representa el poder de los príncipes como contrario á la ley de Dios, y hasta como la *obra del pecado* ó el *poder de Satan*, y califica con los mismos infames epítetos á los miembros del clero que á los príncipes, á causa de la alianza de crímenes y esfuerzos, que en su imaginación

sueña que existe entre unos y otros con menoscabo de los derechos del pueblo. No contento de tanta audacia, alaba la ilimitada libertad de opiniones, palabras y conciencia; desea próspero resultado á los militares que deben combatir á *la tiranía* para conquistarla, y con ciego furor conjura á las asambleas y asociaciones de todos los pueblos del mundo, haciéndonos comprender con sus inauditos esfuerzos hasta qué punto desprecia nuestros avisos y sentencias.

«Al recordar las aseveraciones, capaces cada una de por sí de turbar las cosas divinas y humanas, que contiene esta impía y audaz obra, no podemos menos de sentir en nosotros un gran rubor; pero lo que más excita nuestra indignación, y lo que la religión no puede tolerar, es que el autor se sirva de los preceptos sagrados para sostener tantos errores y exponerlos después á la vista de los imprudentes; y que para desviar á los pueblos de la obediencia á las leyes, fingiéndose enviado é inspirado de Dios, después de empezar invocando el santísimo nombre de la augusta Trinidad, emplea por todas partes las sagradas Escrituras, y cambia, con tanta astucia como audacia, el verdadero sentido de las palabras de Dios, con el fin de inculcar en los espíritus sus funestas extravagancias para, como dice san Bernardo, *derramar tinieblas en lugar de luz, y en vez de miel, ó mejor en la misma miel, dar á beber el veneno, forjando un nuevo evangelio para los pueblos y reemplazando el fundamento establecido por otro nuevo.*

«Mas, como Aquel que nos ha puesto como vigilante centinela de Israel, nos prohíbe callar cuando tan directamente se ataca á la religión, y nos manda que preservemos del error á aquellos que Jesucristo, autor y consumidor de la fe, ha confiado á nuestro socorro, de aquí proviene que después de haber oído á algunos de nuestros venerables Hermanos, los cardenales de la santa Iglesia romana, por nuestra propia iniciativa, y en virtud de la plenitud del poder apostólico, reprobamos, condenamos,

queremos y decretamos que se tenga siempre por reprobado y condenado el libro titulado: *Palabras de un Creyente*, por el cual, á causa de su abuso impío de la palabra de Dios, se excita á los pueblos á disolver los lazos del orden público, á destruir la autoridad civil y religiosa, á suscitar, fomentar y corroborar las sediciones, tumultos y revoluciones en el Estado; conteniendo por consiguiente este libro proposiciones respectivamente falsas, calumniosas y temerarias, que conducen á la anarquía, y siendo todas ellas contrarias á la palabra de Dios, por ser impías, escandalosas, erróneas, y por haber ya sido condenadas en la persona de los Valdenses, Wiclefitas, Hussitas y en otros herejes de esta clase.

«Vosotros soís, venerables Hermanos, los que más que nadie debéis secundar con vuestros esfuerzos el mandato que hemos dado, mandato que reclama poderosamente la salvacion y seguridad de las cosas sagradas y civiles, puesto que tendiendo este escrito á destruir, no se haga más pernicioso, favoreciendo el amor desordenado á culpables novedades, á semejanza de las enfermedades contagiosas que esparcen á lo lejos sus terribles estragos. Es para nosotros una sagrada obligacion insistir en el mantenimiento de la sana doctrina sobre un punto tan importante, descubrir el velo con que tratan los novadores de cubrir su astucia, vigilar con más cuidado el rebaño cristiano, y velar para que florezcan y cada dia se aumenten el estudio de la religion, la piedad de las acciones y la paz pública; esto es lo que debemos esperar de vuestra fe y de vuestra reconocida adhesion al bien común, á fin de que con el socorro del Padre de las luces, podamos felicitarnos, como dice san Cipriano, *de que el error se haya comprendido y refutado, y que se haya reprimido por haber sido descubierto y puesto delante la luz.*

«Debemos además gemir, viendo hasta dónde precipitan los desvaríos de la razon humana, desde el momento que se entrega al espíritu de novedad, y que, contra el precepto del Apóstol, trata de *ser más sabio de lo que con-*

viene, y confiando demasiado en sí mismo, se persuade que debe buscar la verdad fuera de la Iglesia católica, en donde únicamente se encuentra exenta de la más ligera mancha; por cuyo motivo con razon se le llama *columna y el fundamento de la verdad*. Sin duda, creo que debéis comprender, venerables Hermanos, que hablamos tambien del peligroso sistema de filosofía, nuevamente introducido, el cual se debe reprobar, porque, arrastrado por un deseo inmoderado y sin freno por todo lo nuevo, sólo busca la verdad en donde realmente no existe, y olvidando las tradiciones santas y apostólicas, admite otras doctrinas vanas, fútiles, inciertas y no aprobadas por la Iglesia, y en las cuales creen los hombres insensatos que se apoya y sostiene la verdad.

Al paso que escribimos esto, en virtud del cargo y sollicitud que recibimos de lo alto para conocer, juzgar y conservar la sana doctrina, sufre mucho nuestro corazon por la dolorosa herida que en él ha abierto el error de nuestro hijo, no quedándonos otra esperanza en medio de la profunda afliccion que nos acosa, que la de verlo entrar de nuevo en los senderos de la verdad y justicia. Elevemos, pues, nuestros ojos y corazones hácia Aquel que es el guia de la sabiduria y el reformador de los sabios, y dirijámosle fervientes oraciones para que dando á nuestro hijo un corazon dócil y una alma generosa, que le haga comprender la voz de un padre tierno y afligido, se apresure á alegrar á la Iglesia, á vuestra jerarquía, á la Santa Sede y á nuestra humildad. En cuanto á nosotros, miraremos como un dia feliz y afortunado aquel, en que podremos estrechar contra nuestro paternal seno á este hijo descarriado, y confiamos en que á su ejemplo volverán en sí aquellos, á quienes haya inducido al error con su autoridad; de modo que en todos haya interés por el bien público y sagrado, unanimidad de doctrinas, perfecto acuerdo de resoluciones y union en todos los actos y proyectos. Con instancia os pedimos y con pastoral sollicitud aguardamos que uniréis vuestros votos y oraciones

á los nuestros para obtener esta gracia del Señor. Implorando de nuevo el socorro divino para el cumplimiento de esta obra, concedemos afectuosamente á vosotros y á vuestras ovejas la bendicion apostólica como su más dichoso presagio.»

IV.—*Las diez y ocho proposiciones dadas á firmar á los Hermesianos. Enero 1837.*

«I. Creo y confieso que es un error digno de reprobacion el tratar de establecer la *duda positiva* como base de toda investigacion teológica, por la razon de que es un camino tenebroso que conduce á toda clase de errores, y aparta del camino real, seguido por la tradicion y por los santos Padres en la exposicion y defensa de las verdades de la fe.

«II. Creo y confieso que es una tentativa condenable esforzarse en rechazar la gracia de la fe, en la que hemos nacido por la misericordia de Dios; digo rechazarla, porque al partir de la *duda positiva* y con sólo la ayuda de la *razon*, se quiere buscar la fe, de tal manera que pueda rechazársela, si la razon no encuentra la fe ó la necesidad de la misma.

«III. Creo y confieso que la fe es un *don de Dios* y una luz de la cual estando *iluminado* el hombre, da un *firme asentimiento* y una entera adhesion á todo lo que ha sido divinamente revelado y que la Iglesia nos propone como de fe.

«IV. Rechazo por completo, y condeno el error, que establece que la razon es la regla principal y el único medio que posee el hombre para llegar al conocimiento de las verdades sobrenaturales.

«V. Creo y confieso que es una opinion errónea la que concede á la razon humana una soberana autoridad para enseñar y juzgar las cosas de fe; y que es más pronto la fe la *puerta de nuestra salvacion*, sin la cual no hay nadie en esta vida que pueda encontrar á Dios, invocarle, servirle, agradecerle, y lo que más que todo es propio de la

fe, reducir su inteligencia á la *esclavitud por medio de la obediencia á Cristo*.

«VI. Me obligo tambien á no sostener ni enseñar nada contrario á lo que enseñe y sostenga la Iglesia en lo que toca á todo lo que concierne á la naturaleza de la fe y á la regla de las cosas que se deben creer, á la revelacion y enseñanza de la Iglesia, á los motivos de credibilidad, á las creencias que ordinariamente sirven para probar y confirmar la existencia de Dios, su esencia, santidad, justicia, libertad y el fin que se propone en sus obras, que los teólogos llaman *ad extra*, la necesidad y *distribucion de su gracia*, la retribucion de las recompensas y la aplicacion de las penas, el estado de nuestros primeros padres, el pecado original y la debilidad del hombre pecador.

«VII. Creo y confieso que todos los hombres, por su sola descendencia de la raza de Adán, nacen bajo el yugo del pecado original, comprendiendo *la ofensa y la pena del pecado*, y que este pecado, que está ya en su origen transmitido, no por imitacion, sino por generacion, se hace propio de cada uno, y que, además del pecado original, unida á él viene la concupiscencia, efecto del pecado y que inclina al pecado, la cual está derramada por todos los hombres.

«VIII. Sin embargo en lo que toca á la concepcion de la bienaventurada é inmaculada Virgen María, Madre de Dios, me conformaré á lo que con el decreto *Sanctissimus* estableció el Papa Gregorio XV, el año 1622, y con la bula *Sollicitudo* de Alejandro VII, que permiten enseñar en público y privadamente que la Virgen María ha sido concebida sin el pecado original, y que prohiben só pena de excomunion incurso en el mero hecho de sostener sentimientos contrarios, es decir, *enseñar ó pretender*, en público ó en particular, que la bienaventurada Virgen María ha sido concebida con mancha de pecado original; además de esto me atenderé á lo que dice la Iglesia, esto es, que la Virgen María estuvo exenta en todo el

transcurso de su vida de todo pecado, aun del venial, y prometo no enseñar nunca nada, ni en público ni reservadamente, sobre lo que concierne á la perpétua virginidad de la bienaventurada Virgen María, á no ser que Cristo Señor nuestro ha nacido sin *ningun* detrimento de su maternal virginidad, y que Jesucristo salió de su seno maternal sin menoscabo de su maternidad virginal, lo que fué obra del Espíritu Santo, el cual asistió á la concepcion del Hijo y al alumbramiento de la Madre, para darle fecundidad y conservarle una perpétua virginidad.

«IX. Creo y confieso que sin la inspiracion del Espíritu Santo y sin su asistencia, el hombre nada puede creer, esperar y amar, ni arrepentirse como conviene, ó para que se le dé la gracia de su justificacion. Creo igualmente y confieso que la gracia divina nos ha sido otorgada por Jesucristo, no solamente para que el hombre pueda vivir *más fácilmente* segun la justicia y merecer la vida eterna, como si con el libre arbitrio y sin la gracia pudiese hacer lo uno y lo otro, aunque con mayor pena y dificultad.

«X. Creo y confieso que cada uno recibe la gracia, segun la medida que el Espíritu Santo le comunica, *como quiere*, y segun la propia disposicion y cooperacion, y que la oracion no solamente prepara el espíritu para recibir los dones de lo alto, sino que es el medio recomendado por Jesucristo, para que Dios nos conceda lo que le pedimos, con tal que no sea contrario á nuestra salvacion.

«XI. Creo y confieso que somos justificados por la *justicia de Dios*, inherente en nosotros, la cual poseemos por los méritos de Jesucristo.

«XII. Condeno y anatematizo, como un grande error, á toda persona que diga que somos justificados ó por la sola imputacion de los méritos de Cristo, ó por la remision de los pecados, excluyendo la gracia y la caridad, dones que el Espíritu Santo nos infunde y que nos son inherentes, ó bien que la gracia que nos justifica no es otra cosa que el *favor* de Dios.

«XIII. Creo y confieso que la predestinacion es un misterio, digno de nuestro respeto y admiracion, misterio que debemos creer piadosa y devotamente, sin meternos á indagarlo con la razon, y sobre el cual sólo con gran circunspeccion y en presencia de personas sábias nos es lícito disputar. Creo igualmente y confieso que los bienaventurados deben su salvacion á la misericordia de Dios, y que por consiguiente las buenas obras que han hecho sobre la tierra, por la gracia de Dios y los méritos de Jesucristo, de quien son miembros vivos, no son los dones de Dios de tal manera, que deban dejar de llamarse tambien sus propios méritos; y á más de esto que los reprobados á nadie deben atribuir su perdicion más que á sí mismos.

«XIV. Creo y confieso que Dios ha hecho todas las cosas *por sí mismo*, y al impío para el dia malhadado, y que la causa final de nuestra justificacion es la gloria de Cristo y la vida eterna.

«XV. Creo y confieso que, segun el espíritu de la Iglesia, la satisfaccion es impuesta en la confesion, no sólo como salvaguardia para una nueva vida y remedio para nuestra enfermedad, sino tambien como un castigo y pena por los pecados pasados.

«XVI. Creo y confieso que Dios castiga á los malos con penas eternas, segun la justicia llamada vindicativa, *á causa de la secreta malicia del pecado*.

«XVII. Declaro y prometo querer observar en el sentido más estricto el decreto del concilio de Trento, que se propone reprimir la demasiada petulancia de ciertos espíritus, el cual está concebido en estos términos:

«Que nadie fiándose en su propio juicio tenga atrevimiento de dar á la Santa Escritura su sentido particular, ni interpretaciones contrarias á las que le da y ha dado la santa madre la Iglesia, á quien pertenece juzgar del estricto sentido y de la verdadera interpretacion de las Escrituras sagradas, ú opuestas á los sentimientos unánimes de los Padres, aun cuando estas interpretaciones no se deban nunca publicar.»

«XVIII. Prometo respeto y obediencia á mi arzobispo, sin ninguna restriccion mental, en *todo* lo que se refiere á la *doctrina ó disciplina*; y confieso que no deboni puedo apelar del juicio de mi arzobispo á nadie segun el orden de la jerarquía católica, á no ser el Papa, jefe de la Iglesia universal. Confieso que el Pontífice romano tiene la primacía de orden y jurisdiccion sobre toda la Iglesia, que es el sucesor de san Pedro, príncipe de los Apóstoles, verdadero vicario de Cristo, jefe de la Iglesia, centro de la unidad, pastor de los pastores, padre y *doctor* de todos los cristianos, y creeré siempre en mi espíritu y probaré con mis palabras y acciones que á él, en la persona de Pedro, es á quien Cristo ha dado entero poder para apacentar los corderos y las ovejas, dirigir y gobernar la Iglesia universal; y hago profesion y prometo que quiero obedecer los decretos del Soberano Pontífice en las cosas de *fe y costumbres*.»

V. *Última declaracion firmada por M. Bautain y sus discípulos*. 8 setiembre 1840.

Deseando M. Bautain y sus discípulos colocarse respecto de su obispo en una posicion que les permita hacer todo el bien que les permiten su celo y ciencia, se avistaron con el nuevo coadjutor de Estrasburgo, Mgr. Raess, quien les propuso la siguiente declaracion, que ellos firmaron:

«Anhelando someternos á la doctrina que nos ha propuesto monseñor el Obispo, los abajo firmados declaramos adherirnos sin ninguna restriccion á las siguientes proposiciones:

«I. La razon puede probar con certeza la existencia de Dios y la infinidad de sus perfecciones. La fe, don del cielo, supone la revelacion; no puede, pues, ser citada convenientemente delante un ateo en prueba de la existencia de Dios.

«II. La divinidad de la revelacion mosaica se prueba por la tradicion oral y escrita de la sinagoga y del cristianismo.

«III. La prueba sacada de los milagros de Jesucristo, sensible y evidente por los testigos oculares, no ha perdido su fuerza ni su brillo al pasar por las sucesivas generaciones. Esta segura prueba la encontramos en la autenticidad del Nuevo Testamento, en la tradicion oral y escrita de todos los cristianos, y con esta doble tradicion debemos demostrarla al incrédulo que la rechaza, ó á los que, sin admitirla aún, la desean.

«IV. No se debe esperar que un incrédulo admita la resurreccion del divino Salvador, sin suministrarle pruebas seguras, cuyas pruebas se deducen por el raciocinio.

«V. En todas estas diversas cuestiones la razon precede á la fe y es la que debe conducirnos á ella.

«VI. Por débil y oscura que se haya vuelto la razon á causa del pecado original, tiene bastante fuerza y claridad para guiarnos con seguridad al conocimiento de la existencia de Dios y á la revelacion hecha por Moisés á los judíos, y á los cristianos por nuestro adorable Hombre-Dios.»

VI.—*Proposiciones que condenó la santa Congregacion del Índice en los tratados de Teodicea y de Lógica por el profesor Ubaghs*. 28 junio 1843.

«I. No hay nadie que pueda llegar al conocimiento de «ninguna verdad externa metafísica, ó que tenga por objeto algo que nosotros no veamos, si alguien no nos instruye, ó que no sea por divina revelacion.» Esta doctrina es inadmisibile, pues si, como confiesa el mismo autor, las verdades internas y matemáticas pueden comprenderse con sólo la ayuda de la razon, podemos con este mismo medio llegar á comprender las verdades externas, á lo menos siempre que estas verdades vayan unidas á las internas, ó que no pudieran tener razon de ser estas últimas, si no se supusiese en ellas alguna verdad externa.

«II. Hablando con propiedad, las verdades externas

«metafísicas no son susceptibles de demostracion.» En esto hubiera debido considerar el autor que, al contrario de lo que dice, las verdades externas están algunas veces tan necesariamente ligadas á las internas como la causa á su efecto, y que por consiguiente son susceptibles de demostracion gracias á esta conexion, por el género de argumento dicho *à posteriori*, cuya certidumbre no es menor que la que se obtiene por medio de una demostracion *à priori*.

«III. Que la existencia de Dios es del todo indemostrable; negamos que no se pueda demostrar que Dios existe.» Esta extraña doctrina deja desprender de sí misma las opiniones ya indicadas por el autor.

«IV. Las pruebas de la existencia de Dios se reducen á una limitada fe, ó se fundan sobre esta misma fe, con la cual creemos más bien que vemos, ó bien es una persuasion natural en nosotros la idea que tenemos de Dios, cuya idea conservamos fielmente, aunque no podamos tener de ella una evidencia puramente interna.» Con estas palabras quiere demostrar que la existencia de Dios es en nosotros una creencia mejor que una demostracion; lo que en todos sus puntos se aparta de la verdad.

«V. El autor reduce al sentido comun todas las pruebas de las verdades externas metafísicas: doctrina inadmisibile, porque hay verdades externas que se demuestran *à posteriori* por medio de las verdades internas, sin que haya necesidad de consultar al sentido comun. De modo que teniendo nosotros la conciencia de nuestra existencia, inferimos directamente de ello la existencia de una causa, de la cual dependemos nosotros, es decir, que deducimos esta verdad externa de otra que es interna, sin que en ello intervenga el sentido comun.

«Estas son las principales aserciones contenidas en el mencionado libro, las que por cierto creemos deben ser corregidas, y en vista de las cuales advirtió la sagrada Congregacion al reverendo Autor que cuidara de enmendar su libro en la nueva edicion, y de que se abstuviera

entretanto de enunciar tales opiniones en sus lecciones escolásticas.»

VII.—*Decreto de Su Santidad Gregorio XVI condenando el libro de Francisco Forti, titulado: «CARTAS SOBRE LA DIRECCION DE LOS ESTUDIOS.»* 5 agosto 1843.

«Entre las grandes y crueles calamidades de la religion católica, que nos hacen gemir en estos turbulentos y tempestuosos tiempos, es sin contradiccion la principal y más terrible esta multitud de pestíferos libros que, así como las langostas que salen del pozo del abismo, inundan casi por completo la viña del Señor, y son como la copa llena de abominaciones que vió Juan en las manos de la gran *Prostituta*, dando de beber toda clase de venenos á los que á ella acercaban sus labios. Tal es, en efecto, el libro que se titula: *Cartas sobre la direccion de los estudios*, publicado con el nombre de *Francisco Forti*, con marca tipográfica: *Génova* 1843, obra de volumen bastante escaso, pero que por la variedad de las materias que trata y por la multitud de errores que acumula, es digna de ser mirada como si fuera una de grandes tomos reducidos á unas pocas páginas con todo el arte y malicia de los maestros en iniquidad, á fin de que, con la comodidad de la forma y lo módico del precio, se propaguen más facilmente y puedan pasar por todas las manos, y emponzoñando toda clase de estudios puedan corromper la juventud de todas las edades y condiciones y arruinar la religion si posible fuese. El autor ha tomado de los más astutos enemigos de la fe y de la moral cristiana sus máximas erróneas y perversas; y uniéndolas con sofismas contra la doctrina católica y la moral cristiana, se puede decir que ha reunido en un solo libelo los principales errores y extravagancias de sus antecesores. Con mucha razon se puede aplicar á él lo que san Leon escribió á Toribio (*Epist. XV*) sobre el dogma de los Priscilianistas: «No hay herejía alguna vomitada por boca impía que no tenga su lugar en este infame libelo, puesto que el autor ha hecho tal mezcla de

«todo lo inmundo que contienen las opiniones depravadas, «que se puede decir que él solo bebe todo lo que los otros «no han hecho más que catar.» Y para probar manifiestamente que es así, bastará notar, entre otras, las siguientes proposiciones, sostenidas en esta obra:

«El autor afirma que es imposible responder victoriosamente á los argumentos de los filósofos escépticos.—Con motivo de la cosmografía mosaica, insinúa también el escepticismo; y pone por principio peligrosas dudas sobre la naturaleza y facultades del alma.—Según él, sólo se debe juzgar de las virtudes y vicios con relación al género humano y á la conservación del orden de la naturaleza en la sociedad civil.—Y por consiguiente, sin ningún respeto por la ley divina, ni por la moralidad religiosa de las acciones.—Llega aún más allá su impiedad, puesto que mira como absurdo é inmoral *todo principio dogmático* propio para contener las pasiones humanas, y deponiendo todo sentimiento decoroso, tiene la audacia de pedir al poder político la impunidad de la más vergonzosa y desenfrenada de todas las pasiones. Enseña que el estado de la naturaleza es el estado de la guerra y semejante al de los brutos. Además de esto, da gracias á Lutero y al protestantismo de la reforma filosófica y política, como si fuera un gran favor para la sociedad, asegurando que estas pretendidas reformas han mejorado la casi totalidad de los pueblos. Se ve, pues, claramente que la religión imaginada por este autor difiere esencialmente de la verdadera religión revelada, y que sólo es una religión política, que el poder político de cada Estado debe y puede determinar, regir y reformar según le plazca, como se practica en los Estados protestantes.

«Respecto á la religión católica, reprocha á la Iglesia el gran número de los dogmas y preceptos morales que limitan la libertad de pensar; y propone un sistema por el cual, en los Estados que en más vigor esté, podrán los gobiernos reducirla y hacerla útil á la sociedad, del modo que mejor les parezca á los políticos. Añade luego que es-

ta religión sería útil á la sociedad, si tuviera menos dogmas y más sencillas las prácticas, y que *sustituyera el corazón*, según se expresa, á las *pretensiones de la metafísica*, es decir que resultaría una religión que sustituiría las afecciones del corazón á los preceptos morales de la religión cristiana. Respecto de los delitos contra la religión, el autor insinúa que se debe tener más cuidado en sostener la tolerancia que en proteger el dogma.

«Es evidente, pues, que el fin y las máximas del autor tienden á reformar, ó mejor dicho, á cambiar del todo la religión católica según los principios de los protestantes. Los principios por él sentados y establecidos como la regla de los legisladores y de los que están en el poder, tienen por objeto directo, en lo que atañe á la religión, obtener lo siguiente: 1.º que el clero sea expuesto á la desconfianza y burla de los pueblos, y á la envidia la autoridad eclesiástica; 2.º que se separen con un solo golpe y se enajenen poco á poco de la Sede apostólica, centro de la unidad católica, los corazones de los fieles; 3.º que sea abolida toda jurisdicción eclesiástica en el foro exterior y en todas las acciones exteriores; 4.º que el poder político pueda arreglar y variar á su gusto las instituciones eclesiásticas y hasta los elementos de la instrucción religiosa, discutir la doctrina de la Iglesia católica, someterla á su propio juicio é impedir su propagación; 5.º que el gobierno de la Iglesia pertenezca enteramente al civil, ó que por lo menos le esté del todo subordinada; en una palabra, tienden todas estas máximas á hacer á la Iglesia esclava de los gobiernos.

«Al pensar, pues, con profunda atención lo que antecede, con lágrimas en los ojos y á los pies del crucifijo, se nos han representado los inmensos peligros que para las almas contiene la lectura de este libelo; y en su consecuencia, después de haber oído el parecer de nuestros venerables Hermanos, los cardenales de la Santa Iglesia romana, inquisidores generales de toda la república cristiana, siguiendo nuestra propia iniciativa, de ciencia cierta,

después de una madura reflexión y en la plenitud de nuestro poder apostólico, por nuestras presentes letras, bajo las cláusulas ordinarias y las penas puestas en el Índice de los libros prohibidos, condenamos, reprobamos y prohibimos el susodicho libelo, en cualquier parte y lengua que se haga ó (lo que Dios no quiera) que se tenga que imprimir, cualquiera que sea la edicion ó traducción, como que contienen doctrinas y aserciones:

«Induciendo al escepticismo y á la incredulidad, escandalosas contra las buenas costumbres, impías, relativamente falsas, capciosas, erróneas, próximas á la herejía, injuriosas y calumniosas contra el sagrado ministerio eclesiástico, negando los derechos divinos de la Iglesia, subversivas á la fe y á la constitucion de la Iglesia, favorable al protestantismo, cismáticas.»

VIII.—*Enciclica de Nuestro Santo Padre el Papa Pio IX, á todos los patriarcas, primados, arzobispos y obispos. —Enumeracion de los errores inventados contra la revelacion. 9 noviembre 1846.*

«Ninguno de vosotros ignora, venerables Hermanos, que en este deplorable siglo se hace al catolicismo una furiosa y encarnizada guerra por hombres que, unidos entre sí por una criminal sociedad, rechazan las sanas doctrinas, y cerrando sus oídos á la voz de la verdad manifiestan públicamente las más funestas opiniones, y hacen todos los esfuerzos posibles para que cundan por doquiera y puedan alcanzar un verdadero triunfo. No podemos menos de vernos penetrados del más vivo dolor, cuando reflexionamos en los monstruosos errores, en tantos medios, artificios y culpables manejos de que se sirven los enemigos de la verdad y de la luz para sofocar en las almas todo sentimiento de piedad, justicia y honradez, corromper las costumbres, hollar los derechos divinos y humanos, debilitar la religion católica y la sociedad civil, y hasta destruirlas del todo si posible fuese.

«En efecto, todos sabeis, que estos implacables enemi-

gos del nombre cristiano, arrebatados por su ciego é impío furor, han llegado al inaudito grado de audacia, que abriendo su boca á las blasfemias contra Dios, no se ruborizan de enseñar públicamente que los augustos misterios de nuestra religion son errores é invenciones humanas, que la doctrina de la Iglesia católica es contraria al bien y á los intereses de la sociedad, y por consiguiente no titubean en renegar del mismo Cristo y de Dios. No paran aquí, puesto que, para engañar mejor á los pueblos y arrastrar al error á los espíritus ignorantes é inexpertos, fingen que ellos son los únicos que conocen el camino de la felicidad; se apropian el título de filósofos, como si la filosofía, cuyo carácter tiende siempre al conocimiento de las verdades naturales, debiera desechar lo que el mismo Dios, autor supremo de la naturaleza, se ha dignado, por un insigne favor de su misericordia, revelar á los hombres para conducirlos por el camino de la felicidad y de la salvacion.

«Violando de esta manera todas las reglas de la razon, no cesan de apelar al poder, á la superioridad de la razon humana, á la que elevan contra la santa fe de Cristo, y se atreven á pretender que ésta se opone á la razon humana. Ciertamente no se podria imaginar nada más insensato, impío y contrario á la misma razon; porque, aun cuando la fe esté sobre la razon, no puede existir entre ellas oposicion ni contradiccion real, puesto que las dos vienen de Dios, origen único é inmutable de la eterna verdad. Una y otra se ayudan mutuamente: la recta razon demuestra, protege y defiende la verdad de la Fe, y la Fe, evitando á la razon toda clase de errores, la ilustra y afirma con el conocimiento de las cosas divinas.

«Con igual perfidia, venerables Hermanos, los enemigos de la revelacion divina, alabando continuamente el progreso humano, quisieran por un temerario y sacrilego atentado introducirlo en la religion católica, dando á entender con esto que la religion no es obra de Dios, sino de los hombres, á una invencion filosófica susceptible de los per-

feccionamientos humanos. Los autores de semejantes delirios merecen el reproche que dirigia Tertuliano á los filósofos de su tiempo, los que querian dar al mundo un *cristianismo estóico, platónico y dialéctico*. Siendo cierto que nuestra santa Religion no es invencion humana, sino obra de Dios, quien por su infinita clemencia la ha dado á conocer á los hombres, muy fácil será el comprender que toma su fuerza de la misma autoridad de Dios que la ha *revelado*, y que por consiguiente no puede ser disminuida ni perfeccionada por la *razon del hombre*. Es cierto que, para no engañarse en los negocios de importancia, la razon humana debe examinar con cuidado el *hecho de la revelacion divina*, para que pueda asegurarse de que Dios ha hablado y que *es razonable* su sumision á la divina palabra, como nos lo enseña el Apóstol con gran sabiduría. En efecto, ¿quién ignora, ó puede ignorar, que la palabra de Dios merece entera fe, y que no hay nada más conforme á la razon que adquirir esta inquebrantable sumision á las revelaciones de un Dios, que no puede engañar ni ser engañado?

«¡Cuan numerosas, admirables y deslumbradoras son las pruebas que deben convencer á la *razon humana* de que la religion de Cristo es divina, y de que *todas nuestras creencias tienen su primera raiz en el Señor de los cielos*, de modo que no hay nada tan cierto como nuestra fe, nada tan digno de nuestra confianza, tan santo, y que descansa sobre principios tan sólidos! En efecto, allí se encuentra la fe, verdadera maestra de la vida, guia segura en los caminos de salvacion, la que triunfa de todos los vicios, madre fecunda de virtudes, confirmada con el nacimiento, vida, muerte, resurreccion, sabiduría, prodigios y predicciones de su divino autor y consumador, Jesucristo; ella es la que brilla en todas partes con la luz de una doctrina superior, enriquecida con los tesoros de las celestiales riquezas, ilustrada con los oráculos de tantos profetas, con el esplendor de tantos milagros, con la constancia de tantos mártires y la gloria de tan gran número de san-

tos; la que lleva por doquiera las saludables leyes de Cristo, y la que adquiriendo nuevas fuerzas con las más crueles persecuciones, se ha derramado por todo el universo, desde el levante hasta el poniente, con el solo estandarte de la cruz; y en fin ella es la que, hollando los ídolos, disipando las tinieblas del error y triunfando de toda clase de enemigos, ha alumbrado con las luces del conocimiento divino á los pueblos todos comprendiendo las más bárbaras naciones y á las que, aunque muy diversas entre sí por la diferencia de carácter, costumbres y leyes, ha sometido al dulce yugo de Cristo, dando á todas la paz y colmándolas de bienes. De tal modo llevan impresos en sí todos estos acontecimientos la sabiduría y el poder divinos, que no hay quien pueda dejar de comprender que la Fe es obra de Dios, y por consiguiente debiendo convencerse la *razon humana*, por medio de tan evidentes pruebas, de que Dios es el *autor de la Fe*, debe reconocer que no tiene que remontarse más alto, sino que, despreciando las dificultades y rechazando hasta la menor duda, es preciso que se someta á la Fe, convencida de que nada propone á la creencia y á la práctica de los hombres sin haberlo antes recibido de Dios.

«Con esto se ve en qué grande error incurren los que abusando de la *razon* y tratando como obra de los hombres los divinos oráculos, se atreven á explicarlos á su gusto é interpretarlos temerariamente, á pesar de que el mismo Dios haya establecido una *autoridad viva* para enseñar y mantener el verdadero y legítimo sentido de su *celeste* revelacion, y terminar con un juicio *infalible* todas las controversias en materia de fe y costumbres, con el fin de que los fieles no sigan todo viento de doctrinas, cogidos en los lazos que continuamente les tiende la perversidad de los hombres. Mas entiendan todos que esta autoridad viva é infalible sólo existe en la Iglesia que Jesucristo ha edificado sobre Pedro, jefe, príncipe y pastor de la Iglesia y al que ha prometido siempre una fe infalible, y que esta Iglesia es la que desde Pedro ha visto sucederse sin

interrupcion unos á otros los Pontífices legítimos, como herederos y defensores de su doctrina, dignidad, honor y poder. «Y como allí donde está Pedro está la Iglesia, y «como cuando habla el Pontífice romano, habla Pedro que «vive en sus sucesores, juzga por ellos y ofrece la verdad «de la fe á los que la buscan, de ahí proviene la necesidad «de entender los divinos oráculos en el sentido que haya «retenido y retiene la cátedra romana del bienaventurado «Pedro, cuya cátedra, madre y maestra de todas las Igle- «sias, ha conservado pura é inviolable la fe recibida de «Cristo y la ha enseñado á los fieles, ofreciendo á todos el «camino de salvacion y la enseñanza de una verdad exen- «ta de corrupcion. Allí es donde está la Iglesia principal «de donde sale la unidad del sacerdocio, donde existe la «metrópoli de la piedad, en la cual se halla la entera y per- «fecta solidez de la religion cristiana, única que ha mante- «nido en su fuerza la primacia de la cátedra apostólica, y «á la que debe acudir en virtud de su preeminencia toda «la Iglesia, es decir, todos los fieles en cualquier parte «que estén, siendo convencido de que trata de destruirlo «el que rehuse acogerse á ella.» (S. Cipriano, *Epist. LV ad Cornel. Pontif.*).

«Nos, que hemos sido colocados en esta cátedra de ver- dad por un impenetrable designio de Dios, instamos viva- mente á vuestra piedad, venerables Hermanos, para que trabajéis con todo vuestro celo en prevenir y exhortar á los fieles confiados á vuestro cuidado, para que firmes en estos principios, no se dejen engañar ni arrastrar al error por estos hombres que, entregados á detestables pasiones, y só pretexto de favorecer el *progreso humano*, hacen todos los esfuerzos posibles para destruir la fe y someter por una perversion impía á ella y á la *palabra divina* al dominio de la *razon*, no temiendo ultrajar con esta conducta al Dios que por su bondad se ha dignado abrir á los hombres el camino de la salvacion y felicidad, por medio de su ce- lestial religion.

«Ya conoceis, venerables Hermanos, de cuán monstro-

sos errores y de cuántas astucias se valen los hijos de este siglo para hacer una terrible guerra á la religion católica, á la divina autoridad de la Iglesia y á sus leyes, esforzán- dose en hollar los derechos de todo poder tanto civil como eclesiástico. Tal es el fin de las culpables maniobras que se hacen contra esta cátedra romana del glorioso Pedro, sobre la cual estableció Cristo el fundamento inexpugna- ble de su Iglesia. Tal es el fin de estas sociedades secre- tas, salidas del seno de las tinieblas para ruina de la Igle- sia y de los Estados, sectas anatematizadas ya varias ve- ces por los Pontífices romanos nuestros predecesores, en sus cartas apostólicas dadas con toda la plenitud de su poder, y las cuales confirmamos, queriendo que todas sean observadas con gran cuidado. Tal es tambien el fin de estas insidiosas *sociedades bíblicas*, que renovando el antiguo artificio de los herejes, no cesan de difundir un gran número de ejemplares de los libros de la divina Es- critura traducidos en todas las lenguas vulgares, contra las santas reglas de la Iglesia, y muy á menudo explica- dos en un sentido perverso. Estos libros son ofrecidos gratuitamente á toda clase de personas, incluyendo las más ignorantes, para que, desechando la divina tradicion, la doctrina de los Padres y la autoridad de la Iglesia cató- lica, entiendan *segun su espíritu privado* los oráculos di- vinos, cambien su sentido y caigan así en los mayores errores. Gregorio XVI, de feliz memoria, á quien indigna- mente hemos sucedido, siguiendo en esto el ejemplo de sus predecesores, reprobó estas sociedades con sus *apos- tólicas letras*, y Nos queremos que igualmente sean con- denadas.

«Tal es el fin de este espantoso sistema de indiferencia para todo lo religioso, sistema absolutamente opuesto á las luces de la misma razon, y por cuyo medio, haciendo desaparecer los apóstoles del error toda diferencia entre la virtud y el vicio, entre la honradez y la inmoralidad, pretenden que los hombres pueden obtener su eterna sal- vacion en cualquier religion, como si pudiera existir

acuerdo entre la justicia y la iniquidad, entre la luz y las tinieblas, entre Cristo y Belial.

«Tal es el fin de esta infame conjuración contra el celibato del clero, que por desgracia encuentra apoyo en algunos de los mismos eclesiásticos, que olvidando miserablemente su propia dignidad ceden á sus voluptuosos atractivos.

«Tal es el fin de esta perversa manera de enseñar sobre todo las ciencias filosóficas, con cuya enseñanza engañan deplorablemente á una juventud inexperta, la corrompen y derraman amarga hiel en la copa de Babilonia.

«Tal es el fin de la execrable doctrina del comunismo, doctrina del todo contrario al mismo derecho natural, y que no puede establecerse, sin destruir por completo los derechos, propiedades é intereses de la sociedad humana.

«Tal es el fin de los manejos profundamente tenebrosos de los que, ocultando la rapacidad del lobo bajo la piel de la oveja, se insinúan diestramente en los espíritus, los seducen con las apariencias de una piedad más elevada, ó de una virtud más severa, los encadenan suavemente, los matan en la sombra, apartan á los hombres de las prácticas religiosas y destrozan las ovejas del Señor.

«En una palabra, tal es también el fin que se propone esta horrible peste de libros y libelos que cunden por doquiera para enseñar el mal, libros hábilmente escritos, llenos de falsedad y artificio, y que, esparcidos por todas partes, á costa de grandes gastos, para arruinar al pueblo cristiano, diseminan doctrinas emponzoñadas, perverten los espíritus y los corazones sobre todo de los ignorantes y causan á la religión un mal inmenso.

«En medio de este diluvio general de errores y de esta desenfrenada licencia en los pensamientos, discursos y escritos, se pierden las costumbres, la santa religión de Cristo es despreciada, desconocida la majestad del culto divino, el poder de la Sede apostólica vivamente combatido, atacada la autoridad de la Iglesia y reducida á ver-

gonzosa esclavitud, los derechos de los Obispos son pisoteados, violada la santidad del matrimonio y destruidos todos los poderes: estos y tantos otros males que pesan sobre la sociedad tanto cristiana como civil, nos obligan, venerables Hermanos, á confundir nuestras lágrimas con las vuestras...»

IX.—Breve de S. S. Pio IX dirigido á Monseñor el Arzobispo de Colonia, condenando de nuevo el Hermesianismo, y recomendando que vaya con cuidado para que no se destienden los errores filosóficos en los cursos de teología. 25 julio 1847.

«Con gran sorpresa hemos sabido, venerable Hermano, que hay en vuestras comarcas algunos partidarios de la doctrina de Hermes, los cuales, abusando indignamente de la carta encíclica que Nos dirigimos á todos nuestros Hermanos, con fecha del 9 noviembre del año anterior, y desnaturalizando con temeridad el sentido de nuestras palabras concernientes á la razón humana y á la revelación divina, ha llegado su imprudencia al punto de pretender que la doctrina de Hermes fué sancionada y aprobada por Nos, y no titubean en publicar en sus escritos y esparcir entre el pueblo este monstruoso invento de su imaginación, con el fin de engañar más fácilmente á las personas imprudentes é inexpertas. En vista de esto, fuertemente preocupados por la salvación de los fieles y animados del deseo de reprimir la fraudulenta conducta y los considerables esfuerzos de los partidarios de Hermes, Nos os dirigimos, venerable Hermano, la presente carta, por cuyo medio no tan sólo confirmamos todos los actos cumplidos con prudencia y sabiduría por nuestro predecesor Gregorio XVI, de feliz memoria, contra los libros de Hermes, y en particular su carta apostólica dada el 25 setiembre de 1835, bajo el anillo del Pescador y empezando por estas palabras: *Dum acerbissimus*, como también el decreto explicativo que por su orden publicó la congregación del Índice el 7 de enero de 1836, sino que de nuevo desecha-

mos y condenamos en virtud de nuestro poder apostólico las obras de Hermes ya indicadas, por todas partes y en cualquier idioma y edicion en que se publiquen.

«Nos os encargamos que publiqueis esta carta, para que todos la conozcan, y eviten cuidadosamente los lazos de los partidarios de Hermes. Apelamos, venerable Hermano, segun es el deber de nuestro soberano apostolado, á vuestra fidelidad y vigilancia ya probada, y os exhortamos á que insteis con todos vuestros esfuerzos y con la más viva solicitud á los profesores, sobre todo á los de las ciencias superiores, para que enseñen una doctrina sana y pura, exenta no tan sólo de los errores de Hermes, sino tambien de los peligros de cualquier otra opinion errónea, y que combatan con ardiente celo los errores que se levantan en nuestros dias, los cuales mucho nos tememos que, emanando de los principios de una falsa filosofia, podrian deslizarse furtivamente en los cursos de teología. Entre tanto no dejaremos de rogar ardientemente y con toda la humildad de nuestro corazon al Padre de las luces y de la misericordia, para que alumbre con su gracia divina á los que viven en la ignorancia y en el error, y los conduzca de nuevo al camino de salvacion.

«Persuadidos, venerable Hermano, que corresponderéis por completo á nuestra solicitud, aprovechamos con placer esta ocasion para demostraros y confirmaros una vez más en el particular afecto que os profesamos; y queremos que la prueba de éste sea la bendicion apostólica, que con el más entrañable amor y del fondo de nuestro corazon os damos á Vos y á todos los fieles tanto eclesiásticos como seglares, deseándoos toda suerte de prosperidades.»

X.—*Encíclica dirigida á todos los Cardenales, Arzobispos y Obispos de Francia, por nuestro Santo Padre el Papa Pío IX. 21 marzo 1853.*

«En medio de las multiplicadas angustias que por todás

partes nos cercan en el cuidado de la Iglesia que Dios nos ha confiado, á pesar de nuestra indignidad por un impene-trable designio de la Providencia, y en un tiempo tan terrible, en que es tan grande el número de aquellos de quien dijo el Apóstol: «Que no soportan las doctrinas sanas, sino «que ellos mismos se buscan una gran multitud de maes-tros segun su deseo, y que cerrando sus oídos á la ver-dad, los abren por su propia desgracia á los seductores, «cayendo de este modo en el error y haciendo caer en él á «los otros.»

«Sentimos una grande alegría al dirigir nuestras miradas y nuestro espíritu hácia la nacion francesa, ilustre por tantos títulos y los que ha merecido gloriosamente de Nos. Y con un soberano consuelo para nuestro corazon paternal vemos crecer de dia en dia en ella la religion católica, florecer y dominar, y con qué celo os esforzais en cumplir vuestro ministerio y en velar por la seguridad y salvacion del rebaño que se os ha confiado á vosotros, queridos hijos y venerables Hermanos, que habeis sido elegidos para compartir con Nos la solicitud pastoral. Este dulce consuelo ha aumentado considerablemente por las respetuosas cartas que nos habeis escrito, y las cuales nos dan á conocer con qué filial piedad, con qué amor y ardor os gloriais de permanecer adictos á Nos y á esta Cátedra de Pedro, centro de la verdad católica y de la unidad, cabeza, madre y maestra de todas las Iglesias, á la cual se debe honor y obediencia, á la que, en virtud de primacia, deben estar unidas todas las Iglesias, es decir, todos los fieles que están en los diferentes puntos del globo.

«No es tampoco menor la satisfaccion que tenemos, al ver que, recordando sin cesar vuestras graves funciones episcopales y vuestros deberes, desplegais un gran celo pastoral y una suma vigilancia, á fin de que los sacerdotes de vuestras diócesis, caminando cada dia más dignamente por las vías de su vocacion, den al pueblo el ejemplo de todas las virtudes, y cumplan exactamente el

cargo de su ministerio, para que de este modo los fieles confiados á vuestro cuidado, alimentados cada dia más abundantemente con las palabras de la fe y confirmados en ella por las muchas gracias que de lo alto se les conceden, crezcan en la ciencia de Dios, y se afirmen en el camino que conduce á la vida, y puedan los que yerren entrar de nuevo en el camino de la salvacion.

«Sabemos tambien con cuánto ardor, acogiendo nuestros deseos y avisos, os habeis aplicado á convocar Concilios provinciales, para guardar intacto el depósito de la fe, pudiendo de este modo transmitir su santa doctrina, aumentar el honor del divino culto, y fortificar la institucion y disciplina del clero, promover y fortalecer por todas partes con feliz éxito la moralidad de las costumbres, la virtud, la religion y la piedad.

«Mucho nos hemos alegrado viendo que en un gran número de vuestras diócesis se ha restablecido, gracias á vuestro ardiente celo, la liturgia de la Iglesia romana, cosa que vivamente deseábamos. Este restablecimiento nos ha complacido tanto más, cuanto que sabíamos que en muchas diócesis de Francia, á causa de las vicisitudes de los tiempos, no se observaba lo que con gran prudencia y sabiduría prescribió Pio V en sus letras apostólicas del 7 de los idus de julio de 1568, las que empezaban en estos términos: *Quod à nobis postulat.*

«Sin embargo, al recordaros todas estas cosas con grande alegría de nuestra alma y en honor de vuestro orden, no podemos disimular la gran tristeza y pena que nos acosa en este momento viendo las disensiones que el antiguo enemigo se esfuerza en excitar entre vosotros para debilitar y destruir la concordia en vuestros espíritus. Cumpliendo, pues, con el deber de nuestro ministerio apostólico y con el profundo amor que tenemos á vosotros y á todo el pueblo fiel, os dirigimos estas letras, para advertiros, exhortaros y suplicaros que rechaceis con la virtud que os caracteriza, y hagais desaparecer por completo las disensiones que el antiguo enemigo pretende exci-

tar entre vosotros, uniéndoos más y más con los lazos de la caridad, indentificando vuestros sentimientos, y esforzándoos con toda humildad y dulzura en guardar en todas las cosas la unidad del espíritu con el vínculo de la paz. Obrando de este modo, daréis á conocer cuán necesaria es la concordia sacerdotal y fiel de las inteligencias, voluntades y sentimientos, y cuánto sirve á la prosperidad de la Iglesia y á la eterna salvacion de los hombres.

«Y si en todo tiempo ha sido necesaria esta concordia de los espíritus y de las voluntades, hoy más que nunca se necesita, porque, puesto que por la voluntad de nuestro carísimo Hijo en Jesucristo, Napoleon, emperador de los franceses, y por los cuidados de su gobierno, la Iglesia católica goza en vuestra nacion de una completa paz, tranquilidad y proteccion, debeis procurar conservar y hacerla duradera con vuestra perfecta union. Al contemplar el perfecto estado en que está todo en vuestro imperio, deberia excitarse en vosotros el deseo de uniros con un mismo espíritu y por los mismos medios, á fin de que echaran profundas raíces en Francia la divina religion de Jesucristo, su doctrina, la pureza de costumbres y la piedad, y para que cada dia fuera haciéndose más perfecta y más pura la educacion de la juventud, medio edificacísimo para detener y superar estas hostiles tentativas, que ya se dejan entrever por los manejos de los que fueron y son aún los constantes enemigos de Jesucristo.

«Por eso, queridos Hijos y venerables Hermanos, os pedimos con las más vivas instancias, que en la causa de la Iglesia, en la defensa de su santa doctrina y libertad, y en el cumplimiento de todos los deberes de vuestro cargo episcopal, no tengais otro deseo que mostraros en una perfecta union é identificaros en las mismas ideas y sentimientos, consultando con toda confianza á Nos y á esta Sede apostólica en todas las cuestiones que puedan levantarse, para prevenir de este modo toda clase de discordia.

«Y comprended ante todo hasta qué punto interesa la buena direccion del clero á la prosperidad de la religion

y de la sociedad, para que nunca ceséis de andar acordes en vuestros cuidados y pensamientos, al tratar de un asunto de tanta importancia. Continúad como hasta ahora, no ahorrando nada para que los jóvenes se ejerciten en toda clase de virtudes, en la piedad y en el espíritu eclesiástico, á fin de que crezcan en la humildad, sin cuyo requisito no podríamos agradar á Dios, y que se instruyan profundamente y con suma vigilancia en el estudio de las letras humanas y en el de las ciencias más profundas, en particular de las sagradas, para que sin exponerse al error, no solamente puedan aprender la verdadera elegancia del lenguaje y del estilo y la elocuencia verdadera, ya en las obras de los Santos Padres tan llenas de sabiduría, ya en los más célebres autores paganos purificados del todo, sino que también adquieran la ciencia perfecta y sólida de las doctrinas teológicas, historia eclesiástica y sagrados cánones, comprendida en los autores aprobados por la Santa Sede. Así este ilustre clero de Francia, en el que brillan tantos hombres, notables por su genio, piedad, ciencia, espíritu eclesiástico y respetuosa sumisión á la Sede Apostólica, abundará en valerosos y hábiles obreros, que, adornados con todas las virtudes, fortalecidos con una saludable ciencia, podrán ayudaros un día á cultivar la viña del Señor, á contestar á los contradictores, y no sólo afirmarán en nuestra santa religion á los fieles de Francia, sino que ellos mismos la propagarán en las santas expediciones que emprendan á lejanas é infieles tierras, como hasta ahora lo han hecho con gloria de su nombre, bien de la religion y salvacion de las almas.

«Como nosotros os sentís penetrados de dolor en vista de tantos libros, libelos y diarios emponzoñados, que sin descanso alguno propaga por todas partes el enemigo de Dios y de los hombres, para corromper las costumbres, derribar los fundamentos de la fe y arruinar todos los dogmas de nuestra santa religion; no ceséis, pues, amados Hijos y venerables Hermanos, de emplear toda vuestra solicitud y

vigilancia episcopal en alejar unánimemente de estos ponzoñosos pastos al rebaño confiado á vuestros cuidados; no ceséis de instruirle, defenderle y fortificarle por medio de oportunos saludables escritos, para que puedan defenderse contra esta multitud de errores que cunden por todas partes.

«Al hablar de esto no puedo menos de recordaros los avisos y consejos con los cuales, hace unos cuatro años, excitábamos ardientemente á todos los Obispos del universo católico, á que estimulasen á los hombres, eminentes por su talento y pura doctrina, para que publicaran por donde quiera escritos propios para ilustrar á los espíritus y disipar las tinieblas del error que tan rápidamente se propagan. De nuevo, pues, y con la más viva instancia, os pedimos que, al mismo tiempo que os esforceis en alejar del veneno mortal de los malos libros y periódicos á los fieles confiados á vuestro cuidado, favorezcáis con vuestra predileccion y benevolencia á los hombres que, animados del espíritu católico y versados en las letras y ciencias, consagran las vigiliass á escribir y publicar libros y diarios que propagan y defienden la doctrina católica, á fin de que se conserven en toda su fuerza los venerables derechos de esta Santa Sede y sus enseñanzas, que desaparezcán las opiniones y sentimientos contrarios á ella, que se disipe la oscuridad de los errores, y sean inundadas las inteligencias con la dulce luz de la verdad.

«Vuestra caridad y solicitud pastoral debe excitar el ardor de estos escritos católicos animados de un buen espíritu, para que continúen defendiendo la causa de la verdad católica con atento cuidado y sabiduría, y si en sus escritos les falta alguna cosa, debéis avisarlos con palabras paternales y llenas de prudencia.

«Tampoco ignora vuestra sabiduría que los más encarnizados enemigos de la religion siempre han hecho una violenta guerra á esta Cátedra de Pedro, porque saben muy bien que la religion no podrá nunca caer, ni tan siquiera bambolear, mientras permanezca en pié esta Cátedra que

está fundada sobre la piedra, y contra la cual *nunca prevalecerán las puertas del infierno*, siendo en ella en donde *reside entera y perfecta la solidez de la religion cristiana*. Pues por esto mismo os pedimos con todo nuestro poder que, conforme corresponde á la grandeza de vuestra fe en la Iglesia y al ardor de vuestra piedad para con esta Cátedra de Pedro, no ceséis de vigilar sobre este punto con todo vuestro cuidado, solicitud y trabajo, para que, evitando los pueblos fieles de Francia todos los errores y lazos que les tiendan los pérfidos hombres, se glorien de estar firme y constantemente adheridos á esta Sede Apostólica y de obedecerla, como es muy justo, con el mayor respeto. De nuevo os repito que no perdoneis acciones ni palabras para redoblar en los fieles el amor y veneracion para con esta Santa Sede, á fin de que reciban y cumplan con la más perfecta obediencia todo lo que enseña, establece y decreta la misma.

«Y al hablar de esto, no podemos menos de expresar el gran dolor que sentimos, cuando entre otros malos escritos llegó uno á nuestras manos, escrito en francés, impreso en París y titulado: *Sobre la situacion presente de la Iglesia galicana, con relacion al derecho consuetudinario*, cuyo autor se opone por completo á lo que tan ardientemente os recomendamos é inculcamos. Como es consiguiente, enviamos esta memoria á la Congregacion del Índice, para que la repruebe y condene.

«Antes de terminar esta carta, amados Hijos, os exhortamos nuevamente para demostraros cuánto deseamos que desecheis todas estas discusiones y controversias, que, como ya sabéis, turban la paz, hieren la caridad, y proporcionan á los enemigos de la Iglesia nuevas armas con las que la turban y combaten. Procurad, pues, ante todo tener paz entre vosotros y conservarla entre todos, recordando seriamente que estais cumpliendo la misi6n de aquél que no es Dios de disensiones, sino un Dios de paz, que nunca ha cesado de recomendarla y ordenarla á sus discípulos, y de encomiarla en alto grado. Pues

como todos sabéis, Cristo «puso los dones y las recompensas de sus promesas en la conservacion de la paz. Si «somos herederos de Cristo, permanezcamos en la paz de «Cristo; si somos hijos de Dios, debemos ser pacíficos. «Los hijos de Dios deben ser pacíficos, dulces de corazón, sencillos en sus palabras, unidos por el afecto y «fielmente ligados los unos á los otros con los lazos de la «concordia.»

«El conocimiento y seguridad que de vuestra virtud tenemos nos impide dudar que no accederéis á estos paternales avisos y á los deseos y súplicas que os dirigimos; y que no querréis destruir hasta la raíz todo gérmen de disension, sino que muy al contrario colmaréis nuestra alegría, soportándoos los unos á los otros con caridad y paciencia, uniéndoos y trabajando de comun acuerdo en la fe del Evangelio, continuando con un celo siempre más vivo en vigilar la grey á vuestra solicitud confiada, y cumpliendo exactamente las funciones de vuestro pesado cargo hasta la consumacion de los santos en la edificacion del cuerpo de Jesucristo. Persuadi6s de que no hay nada que nos agrada tanto, como hacer aquello que sabemos puede redundar en provecho vuestro y de los fieles: y que en la humildad de nuestro corazón rogamos á Dios y le pedimos derrame sobre vosotros la abundancia de las gracias celestiales, bendiga vuestros trabajos y cuidados pastorales, para que los fieles que están bajo vuestra vigilancia sean cada dia más agradables á Dios, y frutifiquen en toda clase de buenas obras. Como presagio de esta divina proteccion y prueba de la ardiente caridad con que á todos os abrazamos en el Señor, con profundo amor y del fondo del corazón, os damos la bendicion apostólica á vosotros, amados Hijos y venerables Hermanos, y á todos los fieles seglares de vuestras iglesias. ®

XI.—*Proposiciones condenando el racionalismo, aprobadas por decreto de la Congregacion del Índice con fecha del 16 junio de 1855.*

«I. Aunque la Fe esté sobre la Razon, no puede existir entre ellas oposicion ni contradiccion alguna, porque las dos emanan de la misma inmutable fuente de la verdad, de Dios óptimo y máximo, prestándose ambas un mútuo socorro. (*Enciclica de Pio IX*, del 9 de noviembre de 1845).

«II. El raciocinio puede probar con certeza la existencia de Dios, la espiritualidad del alma y la libertad del hombre. La Fe es posterior á la Revelacion; no se puede, pues, alegarla convenientemente para probar la existencia de Dios contra el ateo, para probar la espiritualidad y libertad del alma racional contra un sectario del naturalismo y del fatalismo. (Proposicion suscrita por M. Bautain el 8 setiembre de 1840).

«III. El uso de la Razon precede á la Fe y conduce á ella con el socorro de la revelacion y de la gracia. (Proposicion suscrita por M. Bautain el 8 setiembre de 1840).

«IV. El método que sigue santo Tomás, san Buenaventura y despues de ellos otros escolásticos, no conduce al racionalismo, y nunca ha sido causa de que en las escuelas contemporáneas haya caido la filosofía en el racionalismo y panteísmo. En su consecuencia, no puede acusarse de crimen á estos doctores y maestros por haber usado este método sobre todo, en vista de la aprobacion ó por lo menos del silencio de la Iglesia. (Proposicion contraria á varias otras de M. Bonnetty en sus *Anales de Filosofía cristiana*. Este sabio publicista no titubeó en someterse. «Voluntariamente me avengo, dijo, con todo el corazon á las susodichas proposiciones. París, 12 julio 1855).»

XII.—*Las quince proposiciones formuladas por M. el abad. BRANCHEREAU, para exponer la ontología, reprobadas en Roma en 1862.*

«I. En el pensamiento hay dos cosas que conviene esencialmente distinguir: el sujeto que piensa y el objeto pensado.

«II. El objeto pensado consta tambien de dos partes: al sér simplemente y el sér segun alguna cosa.

«III. Por el sér simplemente, comprendemos el Sér real, concreto é infinitamente perfecto, y en su consecuencia enteramente distinto del sér general, que no es otra cosa que una abstraccion del espíritu; en una palabra, el sér simplemente es Dios.

«IV. El sér simplemente existe por necesidad; pero los séres segun alguna cosa pueden ser concebidos en el estado de existencia ó en el de pura posibilidad.

«V. Los séres segun alguna cosa, considerados en el estado de posibilidad, tienen algo de eterno necesario; pero en el estado de existencia son algo de temporal y contingente.

«VI. La realidad eterna y necesaria de los séres, como no existe en sí, debe estar contenida en el sér necesario, esto es en Dios. Llámase á esta realidad esencia metafísica.

«VII. Las esencias no pueden ser otra cosa que las ideas divinas ó arquetipos, segun cuyas formas produce Dios todas las cosas.

«VIII. Las esencias metafísicas, que pueden ser actualizadas en un indefinido número de individuos, constituyen la realidad objetiva de las ideas universales.

«IX. La actuacion de las esencias se verifica por la creacion, por cuyo medio hace Dios pasar á algun sér de la posibilidad á la existencia, no comunicándole su sér, sino sacándole de la nada segun la forma del arquetipo contenido en él mismo.

«X. Las cosas creadas no pueden, por consiguiente, ser llamadas de Dios en ningun sentido, ni tener en sí nada del Sér divino.

«XI. Las realidades se llaman ideas siempre que afectan inteligentemente al espíritu; estas ideas con relacion á nuestra inteligencia tienen algo de objetivo; pero la operacion por cuyo medio las concebimos es lo que constituye la percepcion ideal.

«XII. Desde el primer momento de su existencia, el

espíritu goza de la percepción ideal, no reflexionada, sino directa.

«XIII. En el número de las verdades inteligibles que concebimos idealmente, debe colocarse en primer lugar á Dios, cuyo conocimiento intelectual, aunque esencialmente distinto de la intuición de los bienaventurados, no tiene por término á una imagen representativa, sino al mismo Dios.

«XIV. En la inteligencia divina concebimos las esencias metafísicas de las cosas que conocemos, pero conocemos su actualidad por el concepto del poder creador que sólo pertenece á Dios.

«XV. Las cosas creadas no las concebimos idealmente ni en Dios ni en sí mismas, sino por los siguientes medios: 1.º conocemos á nuestra alma por el sentido íntimo ó por la conciencia; 2.º las cosas creadas, distintas del alma, las conocemos por un juicio invencible fundado en la veracidad de Dios, por medio del cual afirmamos que la ciencia ha sido actualizada por la creación.»

«XIII.—*Letras apostólicas de S. S. Pío IX á Monseñor el Arzobispo de Colonia, indicando los principales errores que se encuentran en los escritos del Abate GUNTHER.* 15 junio de 1857.

«Con una grande alegría hemos visto vuestro celo y solícitud pastoral para la defensa de la fe católica manifestarse una vez más en la carta que nos dirigisteis el 16 del último abril, á propósito del decreto pontificio sancionado por nuestra autoridad y publicado por nuestra Congregación del Índice, el 8 de enero del presente año, que proscribió las obras de nuestro muy amado hijo el sacerdote Antonio Gunther.

«Fiel á los deberes de nuestro ministerio apostólico, y deseando no olvidar nada, ni retroceder ante ningún peligro, para conservar íntegro é inviolable el depósito de la fe que se nos ha confiado, tan luego como supimos por los más distinguidos obispos de Alemania, que en las

obras de Gunther se encontraban algunas cosas que, según su criterio, eran contrarias á la pureza de la fe y á la verdad católica, ordenamos á la ya mencionada Congregación que, según las reglas establecidas, procediera al exámen y á la profunda y seria discusión de las obras de este autor, sometiendo á Nos todo lo que decidiera sobre este asunto. La Congregación, conformándose á nuestras órdenes, puso el mayor cuidado en cumplir exactamente, en un negocio tan grave é importante, los deberes de la misión que le impusimos. No olvidó nada que pudiera hacerle conocer y apreciar por medio de un minucioso exámen la doctrina de Gunther, y acabó por asegurar que estos libros contienen muchas cosas dignas de ser reprobadas y condenadas, como enteramente contrarias á la doctrina de la Iglesia católica. Después de esta decisión, fué todo detenidamente pesado por Nos, y con nuestra sanción publicó la Congregación el *decreto*, que ya conocéis y con el cual se prohíben y condenan las obras de Gunther.

«Este decreto, revestido con la sanción de nuestra autoridad y publicado por orden nuestra, debía bastar para que fuese mirada esta cuestión como completamente decidida, y para que todos los que se glorian con el nombre de católicos, comprendiesen perfectamente que le deben una obediencia completa, no siendo permitido á nadie considerar como pura la doctrina contenida en los libros de Gunther, ni sostener ó defender esta doctrina, ni leer ó retener sin nuestro permiso alguno de estos libros. Nadie podrá creerse exento de este deber de sumisión y obediencia, con el pretexto de que en el decreto no se encuentra anotada ninguna proposición en particular, ni que en él hay enunciada ninguna censura cierta y determinada. El decreto tiene valor por sí mismo, y nadie puede pensar que impunemente puede apartarse de lo que Nos hemos aprobado. Mucho se engañan los que quieren ver esta generalidad de la prohibición en el supuesto hecho de que la Congregación no encontró en las obras

de Gunther ninguna proposicion ni opinion que por sí sola fuese digna de censura, puesto que tenemos el dolor de asegurar que en dichas obras predomina *el sistema del racionalismo*, sistema muy pernicioso y varias veces condenado por esta Sede apostólica; que en ellas se encuentran tambien entre otras cosas, muchas que se alejan singularmente de la fe católica y de toda explicacion ortodoxa *sobre la unidad de la substancia divina en tres personas distintas y eternas*; tampoco observa mayor veracidad ni exactitud en lo que enseña *sobre el misterio del Verbo encarnado y de la unidad de la divina Persona del Verbo en dos naturalezas, divina y humana*; y que estos libros atacan el dogma y la doctrina católica *sobre el hombre*, que está compuesto del cuerpo y del alma, de tal modo que el alma racional es por sí misma é inmediatamente la verdadera forma del cuerpo; que formulan doctrinas del todo contrarias á la católica *sobre la suprema libertad de Dios, plenamente exenta de toda necesidad en la creacion*; y en fin lo que sobre todo merece ser reprobado y condenado es que, en estos escritos de Gunther, se atribuye temerariamente *el derecho de enseñar á la razon humana y á la filosofia*, las que en religion nunca deben dominar, sino depender, trastornando de este modo todo lo que debe permanecer inquebrantable, sea ya en la distincion entre la *ciencia y la fe*, ó ya en la perpétua inmutabilidad *de la fe*, que es siempre una y siempre la misma, mientras que *ni la filosofia ni las ciencias humanas están siempre de acuerdo entre sí, ni al abrigo de las numerosas variaciones del error*. Añadamos á todo esto el que en estos libros no se guarda de ningun modo para con los santos Padres todo el respeto que mandan los cánones del Concilio y que merecen estas vivas lumbreras de la Iglesia; y que no se abstiene de dirigir á las escuelas católicas los ultrajes que solemnemente condenó nuestro predecesor Pio VI, de ilustre memoria. Tampoco dejaremos de notar que en los libros de Gunther se quebranta en alto grado la sana forma del lenguaje, como si se pudiera prescindir de las pa-

labras del apóstol san Pablo, que dijo (II Tim. I, 13): *Guarda la forma de las buenas palabras que has oido de mí en la fe y en el amor de Jesucristo*; ó de aquellas con que nos advierte san Agustin: «En nuestro lenguaje debemos conformarnos á una regla cierta, por miedo de que la licencia de las palabras no engendre una opinion impía sobre lo mismo que significan.»

«Por todo lo que precede, podeis comprender, mi amado Hijo, con cuánto celo y ardor debeis velar tanto vos como vuestros venerables Hermanos, los obispos sufragáneos, en extirpar de vuestras diócesis las *Obras de Gunther*, y con qué solícitud debeis procurar el impedir que la doctrina contenida en estos libros, ya condenada, sea sostenida ni transmitida por nadie ni de ningun modo en la enseñanza, ya de la filosofia, ó ya de la teología.

«Sin embargo, al mismo tiempo que publicamos que hemos tenido que condenar las obras de Gunther, no podemos menos de divulgar que su mismo autor, nuestro muy amado Hijo el sacerdote Antonio Gunther, nos ha dado un grato consuelo con la respetuosa carta que nos dirigió el 10 del último febrero, en la que, con gloria de su nombre, protesta con los más solemnes términos, que considera por su mayor obligacion el obedecer á la autoridad suprema de Nuestra persona y de esta Sede apostólica, y que en su consecuencia se somete humildemente al decreto promulgado sobre sus obras.»

XIV.—*Enciclica del 8 de diciembre de 1864 á todos nuestros venerables Hermanos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos, que se hallan en gracia y comunión con la Santa Sede Apostólica.*

PIO IX, PAPA.

VENERABLES HERMANOS: SALUD Y BENDICION APOSTÓLICA.

«Todos saben, todos ven, y vosotros como nadie, venerables Hermanos, sabeis y veis con qué solícitud y pas-

toral vigilancia los Pontífices romanos, nuestros predecesores, han llenado el ministerio y cumplido con el deber que les fué confiado por el mismo Jesucristo, en la persona del bienaventurado Pedro, príncipe de los Apóstoles, de apacentar á los corderos y á las ovejas, de tal suerte, que nunca han cesado de alimentar cuidadosamente con las palabras de la fe, é imbuir en la doctrina de salvacion á todo el rebaño del Señor, apartándole de los pastos envenenados. Y en efecto, nuestros mismos predecesores, guardadores y vindicadores de la augusta religion católica, de la verdad y de la justicia, llenos de solicitud por la salvacion de las almas, nada han apetecido nunca tanto como el descubrir y condenar con sus sapientísimas Letras y Constituciones todas las herejias, todos los errores, que, contrarios á nuestra fe divina, á la doctrina de la Iglesia católica, á la honestidad de las costumbres y á la salvacion eterna de las almas, excitaron frecuentemente violentas tempestades, atrayendo sobre la Iglesia y sobre la sociedad civil lamentables calamidades.

«Por esto, los mismos predecesores nuestros, con vigor apostólico, se opusieron constantemente á las pérdidas maquinaciones de los malvados que, semejantes á las olas del mar enfurecido, arrojan las espumas de sus torpezas; y prometiendo la libertad, bien que ellos sean esclavos de la corrupción, se han esforzado, por medio de máximas falsas y perniciosos escritos, por arrancar los fundamentos del orden religioso y social, haciendo que desaparezca del mundo toda virtud, que se depraven todas las almas, que se aparten de la regla de las costumbres los incautos, y sobre todo la juventud sin experiencia, corrompiéndola miserablemente, con el fin de llevarla á las redes del error y arrancarla del seno de la Iglesia católica.

«Como vosotros lo sabéis ya, venerables Hermanos, tan pronto como, por secreta disposicion de la Providencia y sin mérito alguno por nuestra parte, fuimos elevados á esta Cátedra de Pedro, al ver, con el corazon desgarrado

por el dolor, la horrible tempestad levantada por tantas doctrinas perversas, así como los males gravísimos y nunca bastante llorados, atraídos sobre el pueblo católico por tantos errores, en cumplimiento de nuestro ministerio apostólico, é imitando los ilustres ejemplos de nuestros predecesores, Nos levantamos la voz, y en varias Encíclicas, Alocuciones pronunciadas en Consistorios y otras Letras apostólicas, Nos hemos condenado los principales errores de nuestra tan triste época. Al mismo tiempo, Nos hemos excitado vuestra admirable vigilancia pastoral; Nos hemos exhortado y advertido á todos los hijos de la Iglesia católica, nuestros hijos muy amados, que abominen y eviten el contagio de esta lepra terrible, y en particular en nuestra primera Encíclica de 9 de noviembre de 1846, dirigida á vosotros, y en dos Alocuciones, la primera de 9 de diciembre de 1854, la segunda de 9 de junio de 1862, pronunciadas en Consistorio, Nos hemos condenado los monstruosos errores que dominan, hoy sobre todo, con gravísimo detrimento de las almas y de la misma sociedad civil, y que, fuentes de casi todos los demás, no sólo son la ruina de la Iglesia católica, de sus saludables doctrinas y de sus derechos sagrados, sino tambien de la eterna ley natural, grabada por Dios mismo en todos los corazones, y de la misma recta razon.

«Sin embargo, bien que Nos no hayamos descuidado el proscibir y reprobar frecuentemente esos errores, la causa de la Iglesia católica, la salvacion de las almas divinamente confiadas á nuestra solicitud, el bien mismo de la sociedad humana, demandan imperiosamente, que Nos excitemos de nuevo vuestra solicitud pastoral, para que condeneis todas las opiniones que hayan salido de los mismos errores, como de su fuente natural. Estas opiniones falsas y perversas deben ser tanto más detestadas, cuanto su objeto principal es impedir la accion y separar esta fuerza saludable, de que la Iglesia católica, en virtud de la institucion y del mandamiento de su divino Fundador, debe hacer uso hasta la consumacion de los

siglos; no menos respecto de los particulares, que respecto de las naciones, de los pueblos y de los soberanos; y destruir la union y concordia mútua del sacerdocio y del imperio, siempre tan benefícosa para la Iglesia y para el Estado.

«En efecto; os es perfectamente conocido, Venerables Hermanos, que hoy no faltan hombres que, aplicando á la sociedad civil el impío y absurdo principio del *naturalismo*, como le llaman, se atreven á enseñar, que «la perfeccion de los Gobiernos y el progreso civil demandan imperiosamente, que la sociedad humana sea constituida y gobernada, sin que tenga más en cuenta la Religion que si no existiera; ó por lo menos, sin hacer ninguna diferencia entre la verdadera Religion y las falsas.» Además, contradiciendo la doctrina de la Escritura, de la Iglesia y de los santos Padres, no temen afirmar, que «el mejor gobierno es aquel, en el que no se reconoce al poder la obligacion de reprimir, por la sancion de las penas, á los violadores de la religion católica, si no es cuando la tranquilidad pública lo exige;» y como consecuencia de esta idea absolutamente falsa del gobierno social, no vacilan en favorecer esa opinion errónea, la más fatal á la Iglesia católica y á la salvacion de las almas, y que nuestro predecesor de feliz memoria, Gregorio XVI, llamaba *delirio*, á saber: «Que la libertad de conciencia y de cultos es un derecho libre de cada hombre, que debe ser proclamado y garantido en todo Estado que tenga buen gobierno; y que los ciudadanos tienen libertad de manifestar alta y públicamente sus opiniones, cualesquiera que sean, de palabra, por escrito ú de otro modo, sin que la autoridad eclesiástica ó civil puedan limitar libertad tan funesta.»

«Ahora bien, al sostener estas afirmaciones temerarias, no piensan, no consideran que proclaman la libertad de la *perdicion*; y que si se permite siempre la plena manifestacion de las opiniones humanas, nunca faltarán hombres que se atrevan á resistir á la verdad y á poner su confianza en la verbosidad de la sabiduría humana; vani-

dad por todo extremo perjudicial, y que la fe y la sabiduría cristiana deben evitar cuidadosamente, con arreglo á la enseñanza de nuestro Señor Jesucristo.

«Y como allí donde la Religion se halle desterrada de la sociedad civil, y se rechace la doctrina y la autoridad de la revelacion divina, la verdadera nocion de la justicia y del derecho humano se oscurece y pierde, y la fuerza material ocupa el puesto de la justicia y del verdadero derecho, vese claramente por qué causa ciertos hombres, sin tener para nada en cuenta los principios más seguros de la sana razon, se atreven á proclamar, que «la voluntad del pueblo, manifestada por lo que ellos llaman la opinion pública ó de otro modo cualquiera, constituye la ley suprema, independiente de todo derecho divino y humano, y que en el órden político los hechos consumados, por sólo haberse consumado, tienen el valor del derecho.»

«Y ¿quién no ve, quién no siente perfectamente que una sociedad sustraída á las leyes de la Religion y de la verdadera justicia, no puede tener otro fin que el de reunir y acumular riquezas, ni otra ley en todos sus actos que el indomable deseo de satisfacer sus pasiones y buscar sólo sus conveniencias? Hé aquí por qué esos hombres persiguen con odio cruel á las Órdenes religiosas, sin tener en cuenta los inmensos servicios hechos por ellas á la Religion, á la sociedad humana y á las letras; hé aquí por qué desvarian contra ellas, diciendo «que no tienen ninguna razon legítima para existir,» aplaudiendo así las calumnias de los herejes. En efecto; como lo enseñaba con tanta verdad Pio VI, nuestro predecesor de feliz memoria: «La abolicion de las Órdenes religiosas ofende al estado que hace profesion pública de seguir los consejos evangélicos; ofende á una manera de vivir recomendada por la Iglesia, como conforme á la doctrina de los Apóstoles; ofende, en fin, á sus mismos ilustres fundadores, á quienes veneramos en los altares, quienes sólo las establecieron por inspiracion de Dios.»

«Aún van más lejos esos hombres; y en su impiedad afirman, que debe quitarse á los ciudadanos y á la Iglesia la facultad de dar limosnas públicas á impulsos de la caridad cristiana; y abolir tambien la ley que en ciertos días feriados prohíbe las obras serviles para cumplir con el culto divino; y todo bajo el falso pretexto de que esa facultad y esa ley se hallan en oposicion con los principios de la verdadera economía política.

«No contentos con desterrar á la Religion de la sociedad, quieren excluirla de la familia. Enseñando y profesando el funesto error del *comunismo* y *socialismo*, afirman, que «la sociedad doméstica ó la familia reciben toda su razon de ser del derecho puramente civil; y que, en consecuencia, de la ley civil parten y dependen todos los derechos de los padres sobre los hijos, áun el derecho de intruirlos y educarlos.» Para esos hombres falacisimos, el objeto principal de esas máximas impías y de todas esas maquinaciones es sustraer á la saludable doctrina á la influencia de la Iglesia la instruccion y educacion de la juventud, á fin de manchar y depravar con los errores más perniciosos y toda manera de vicios el alma tierna y dúctil de los jóvenes.

«En efecto, todos los que han emprendido la obra de conculcar el orden religioso y social, y abolir todas las leyes divinas y humanas, han siempre conspirado con sus consejos, actividad y esfuerzos, para engañar y pervertir sobre todo á la inexperta juventud, como Nos lo hemos insinuado más arriba, porque en la corrupcion de ésta ponen toda su esperanza. Y por eso el clero regular y secular, á pesar de los más ilustres testimonios dados por la historia de sus inmensos servicios en el orden religioso, civil y literario, es por su parte objeto de los más atroces persecuciones; dicen, que «siendo el clero enemigo del saber, de la civilizacion y del progreso, es preciso quitarle la instruccion y la educacion de la juventud.»

«Otros hay, que renovando los errores funestos ya tantas veces condenados de los innovadores, han tenido la in-

signe impudencia de decir, que la suprema autoridad dada á la Iglesia y á esta Sede apostólica por Nuestro Señor Jesucristo, se halla sometida á la autoridad civil, y de negar todos los derechos de esa misma Iglesia y de esa misma Sede, respecto al orden exterior. En efecto, no se avergüenzan de afirmar, que «las leyes de la Iglesia no obligan en conciencia, á menos que no sean promulgadas por la autoridad civil; que los actos y decretos de los Pontífices romanos, relativos á la Religion y á la Iglesia, necesitan de la sancion y aprobacion, ó por lo menos, del asentimiento del poder civil; que las Constituciones Apostólicas, en las que se condenan las sociedades secretas, sea que se exija ó no en ellas el juramento de guardar el secreto, y en las que se anatematiza á los fautores ó adeptos á ellas, no tienen ninguna fuerza en los países en que el gobierno civil tolera estas especies de asociaciones; en que la excomunion fulminada por el Concilio de Trento y los Pontífices Romanos contra los invasores y usurpadores de los derechos y propiedades de la Iglesia, descansa sobre una confusion del orden espiritual y del orden civil y político, y que no tiene otro objeto que los intereses mundanos; que la Iglesia no debe decretar nada que pueda ligar la conciencia de los fieles, relativamente al uso de los bienes temporales; que la Iglesia no tiene el derecho de reprimir por medio de penas temporales á los que violan sus leyes; que es conforme á los principios de la sagrada Teología y del derecho público, el conferir al gobierno civil y el mantener en el mismo la propiedad de los bienes poseidos por la Iglesia, por las congregaciones religiosas y por toda clase de obras pias.»

«No se avergüenzan de profesar alta y públicamente los axiomas y principios de los herejes, fuente de mil errores y de máximas funestas. Repiten, en efecto, que «el poder eclesiástico no es por derecho divino distinto é independiente del poder civil; y que esta distincion é independencia no pueden existir, sin que la Iglesia invada y usurpe los derechos esenciales de este poder.»

«No podemos tampoco pasar en silencio la audacia de aquellos que, no pudiendo sufrir la sana doctrina, aseguran, que «en cuanto á los juicios de la Sede apostólica y á sus decretos, que tengan por objeto el bien general de la Iglesia, sus derechos y la disciplina, con tal que no toquen á los dogmas de la fe y de las costumbres, todo el mundo puede negarles su conformidad, y dejar de someterse á ellos sin pecado y sin ningun detrimento de la profesion del Catolicismo.» Hasta qué punto es contraria tal pretension al dogma católico, de la plena autoridad divinamente dada por nuestro Señor Jesucristo al Pontífice romano, de apacentar, regir y gobernar la Iglesia universal, nada hay que no lo vea y comprenda claramente.

«Así, pues, en medio de esta perversidad de opiniones depravadas, Nos, penetrados del deber de nuestro ministerio apostólico, y llenos de solicitud por nuestra santa Religion, por la sana doctrina, por la salvacion de las almas, cuya guarda se nos ha confiado de lo alto, y por el mismo bien de la sociedad humana, Nos hemos creído deber levantar de nuevo nuestra voz Apostólica. En consecuencia, todas y cada una de las perversas opiniones y doctrinas, que van señaladas detalladamente en las presentes Letras, Nos las reprobamos por nuestra autoridad apostólica, las proscribimos, las condenamos, y queremos y mandamos, que todos los hijos de la Iglesia católica las tengan por reprobadas, proscribas y condenadas.

«A más de esto, sabeis muy bien, venerables Hermanos, que hoy los que aborrecen toda verdad y justicia y los enemigos encarnizados de nuestra santa Religion, por medio de libros envenenados, de folletos y periódicos esparcidos por los cuatro extremos del mundo engañan á los pueblos, mienten á sabiendas, y diseminan toda suerte de impías doctrinas. No ignorais tampoco, que en nuestra época hay hombres que, empujados y excitados por el espíritu de Satanás, han llegado hasta tal grado de impiedad, que reniegan de Jesucristo, nuestro

único Soberano y Señor, sin que tiemblen al atacar su divinidad con la más criminal impudencia. En este punto, no podemos dejar de tributaros, venerables Hermanos, las mayores alabanzas, que teneis bien merecidas, por el celo con el cual habeis levantado vuestra voz episcopal contra impiedad tan grande.

«Por esto con nuestras Letras nos dirigimos nuevamente con amor á vosotros, á vosotros, que llamados á compartir nuestra solicitud, sois para Nos, en medio de estos grandes dolores, un motivo de alivio, de alegría y consuelo por vuestra religion, piedad, amor, fe y abnegacion admirables, con las cuales os esforzais por cumplir varonil y cuidadosamente el cargo gravísimo de vuestro ministerio episcopal, en union íntima y cordialísima con Nos y con esta Sede apostólica. En efecto, Nos esperamos de vuestro ardiente celo pastoral, que, tomando la espada del espíritu, que es la palabra de Dios, y fortificados en la gracia de nuestro Señor Jesucristo, insistais más y más cada dia en hacer de modo, que, por vuestros cuidados incesantes, los fieles confiados á vuestra solicitud, «se abstengan de las malas yerbas, que Jesucristo no cultiva, porque no han sido plantadas por su Padre.» No ceséis, pues, nunca de inculcar á esos mismos fieles, que toda verdadera felicidad brota para los hombres de nuestra augusta Religion, de su doctrina práctica, y que «aquel pueblo es feliz, que tiene al Señor por su Dios.» Enseñad, «que los reinos descansan sobre el fundamento de la fe, y que nada hay tan mortífero y que más nos exponga á la caída y á todos los peligros, que el afirmar que nos basta el libre arbitrio que hemos recibido al nacer, sin que tengamos otra cosa que pedir á Dios; es decir, el afirmar, olvidando á nuestro Autor, que nos basta atrevernos á renegar de su poder para mostrarnos libres.»

«No descuideis tampoco el enseñar, «que el poder soberano no se ha únicamente conferido para el gobierno de este mundo, sino sobre todo para la proteccion de la Igle-

sia; y que nada puede ser más ventajoso y glorioso para los jefes de los Estados y los reyes, que, conforme nuestro sapientísimo y valerosísimo predecesor, san Félix, escribía al emperador Zenon, «dejen á la Iglesia católica gobernarse por sus propias leyes, sin permitir que nadie ponga obstáculos á su libertad... Es seguro, en efecto, que está en su interés, cuantas veces se trate de los asuntos de Dios, el seguir con celo el orden que Él ha prescrito, subordinando, y no prefiriendo la voluntad soberana á la de los sacerdotes de Jesucristo.»

«Pero si nosotros debemos siempre, venerables Hermanos, dirigirnos con confianza al trono de la gracia, para obtener de Él misericordia y auxilio en tiempo oportuno, debemos hacerlo particularmente en medio de tan grandes calamidades de la Iglesia y sociedad civil, en presencia de tan vasta conspiración de los enemigos, y de tan grande aglomeración de errores contra la sociedad católica y esta Santa Sede apostólica. Nos hemos juzgado, pues, útil excitar la piedad de todos los fieles, á fin de que, uniéndose á Nos y á vosotros, no dejen de rogar y suplicar, con las oraciones más fervorosas y humildes, al Padre clementísimo de las luces y Dios de las misericordias, á fin de que recurran siempre en la plenitud de su fe á nuestro Señor Jesucristo, que nos ha rescatado para Dios con su sangre, pidiendo con instancia y continuamente á su dulcísimo Corazón, víctima de su ardiente caridad hácia nosotros, lo atraiga todo hácia Él con los lazos de su amor, á fin de que, todos los hombres, inflamados por su amor santísimo, marchen dignamente según su Corazón, agradables á Dios en todas las cosas y dando frutos en todo género de buenas obras.

«Ahora bien; siendo incontestable que las oraciones de los hombres son más agradables á Dios, cuando se dirigen á Él por corazones puros de toda mancha, Nos hemos resuelto abrir á los fieles cristianos, con liberalidad apostólica, los tesoros celestiales de la Iglesia, confiados á nuestra dispensación; para que, excitados con mayor vi-

veza á la verdadera piedad, y purificados de sus pecados por el sacramento de la Penitencia, presenten con mayor confianza sus oraciones ante Dios, y obtengan su gracia y misericordia.

«En consecuencia, Nos concedemos, por el tenor de las presentes Letras, en virtud de nuestra autoridad apostólica, á todos y á cada uno de los fieles de uno y otro sexo del universo católico, una indulgencia plenaria en forma de jubileo, que se gane en el espacio de un mes, durante todo el año próximo de 1865, y no despues de esta fecha; que designado por vosotros, venerables Hermanos, y por los demás Ordinarios legítimos, en la misma forma y manera en que lo concedimos al principio de nuestro pontificado por nuestras Letras apostólicas, en forma de Breve, de 20 de noviembre de 1846, enviadas á todos los Obispos del universo, y que empezaban con estas palabras: *Arcano divine Providentiæ consilio*; y con los mismos poderes concedidos por Nos en aquellas Letras. Nos queremos, sin embargo, que todas las prescripciones contenidas en las mencionadas Letras sean observadas, y que no se derogue ninguna de las excepciones que Nos hicimos. Nos concedemos esto, no obstante cualquier otra disposición contraria, aun la que fuera digna de mención especial é individual y de alguna derogación. Y para evitar toda duda y dificultad, hemos ordenado que se os remita un ejemplar de estas Letras.

«Oremos, venerables Hermanos, oremos desde el fondo del corazón y con todas las fuerzas de nuestro espíritu á la misericordia de Dios, porque Él mismo ha dicho: *No retiraré de ellos mi misericordia*. Pidamos, y recibiremos; y si el efecto de nuestras demandas se hace esperar, porque hemos pecado gravemente, llamemos, porque se abrirá á quien llame, con tal que quien llame sean las oraciones, los gemidos y las lágrimas, en las cuales debemos insistir y perseverar, y con tal que la oración sea unánime...; que todos oren á Dios, no solamente por sí mismos, sino por todos sus hermanos, como el Señor nos ha ense-

ñado á orar.» Y á fin de que Dios atienda más fácilmente á nuestras oraciones y votos, á los de todos los fieles, tomemos con toda confianza por abogada, delante de Él, á la Inmaculada y Santísima Madre de Dios, la Virgen María, que ha destruido todas las herejías en el mundo entero; y que, Madre amantísima de todos nosotros, «es suavísima... y llena de misericordia..., y se muestra exorable con todos, clementísima, y con inmenso afecto socorre las necesidades de todos. En su calidad de Reina, que está á la diestra de su unigénito Hijo, nuestro Señor Jesucristo, con vestido bordado de oro y engalanada con varios adornos, nada hay que de Él no pueda alcanzar. Pidamos también los sufragios del bienaventurado Pedro, príncipe de los Apóstoles, y de Pablo, su compañero de apostolado, y de todos los Santos, que, hechos ya amigos de Dios, han llegado al reino celestial, y coronados poseen la palma, y que, seguros de la inmortalidad, están llenos de solicitud por nuestra salvación.»

En fin, pidiendo á Dios del fondo de nuestra alma la abundancia de los dones celestiales, Nos os damos del fondo del corazón y con amor, como prenda de nuestro especial afecto, nuestra bendición apostólica, á vosotros, venerables Hermanos, y á todos los fieles, clérigos ó seculares, confiados á vuestra solicitud.

Dado en San Pedro de Roma, el 8 de diciembre del año 1864, décimo año de la Definición dogmática de la Inmaculada Concepción de la Virgen María Madre de Dios, y año décimo nono de nuestro pontificado.

PIO PAPA IX.

XV. ÍNDICE

DE LOS PRINCIPALES ERRORES DE NUESTRA ÉPOCA, QUE SE SEÑALAN EN LAS ALOCUCIONES CONSISTORIALES, ENCÍCLICAS Y DEMÁS LETRAS APOSTÓLICAS DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE PAPA PIO IX.

§ I.

Panteísmo, Naturalismo, y Racionalismo absoluto.

I. «No existe Sér divino alguno, supremo, sapientísimo y providentísimo, distinto de esta universalidad de las cosas; y Dios no es más que la naturaleza misma de las cosas, y por lo tanto sujeto á trasformaciones; y Dios, realmente, se forma en el hombre y en el mundo; y todas las cosas son Dios, y tienen la misma sustancia que Dios; y Dios es una sola y misma cosa con el mundo, y en consecuencia, el espíritu está confundido con la materia, la necesidad con la libertad, la verdad con la mentira, el bien con el mal, y lo justo con lo injusto.» Aloc. *Maxima quidem*, de 9 de junio de 1862.

II. «Debe negarse toda acción de Dios sobre los hombres y el mundo.» Aloc. *Maxima quidem*, de 9 de junio de 1862.

III. «La razón humana, con absoluta independencia de Dios, es el único árbitro de lo verdadero y de lo falso, de lo bueno y de lo malo; es la ley de sí misma, y por sus fuerzas naturales es suficiente para hacer el bien de los hombres y de los pueblos.» Aloc. *Maxima quidem*, de 9 de junio de 1862.

IV. «Todas las verdades de la Religión se derivan de la fuerza nativa de la razón humana: de aquí se sigue, que la razón es la regla soberana, por la cual el hombre

puede y debe alcanzar el conocimiento de todas las verdades, de cualquier clase que éstas sean.»

Encicl. *Qui pluribus*, de 9 de noviembre de 1846.

Encicl. *Singulari quidem*, de 17 de marzo de 1856.

Aloc. *Maxima quidem*, de 9 de junio de 1862.

V. «La revelacion divina es imperfecta, y por lo tanto sujeta á un progreso continuo é indefinido, que corresponda al progreso de la razon humana.»

Encicl. *Qui pluribus*, de 9 de noviembre de 1846.

Aloc. *Maxima quidem*, de 9 de junio de 1862.

VI. «La Fe de Cristo contradice á la razon humana; y no sólo no sirve de nada la revelacion divina, sino que aun perjudica á la perfeccion del hombre.»

Encicl. *Qui pluribus*, de 9 de noviembre de 1846.

Aloc. *Maxima quidem*, de 9 de junio de 1862.

VII. «Las profecias y los milagros, expuestos y referidos en las Escrituras santas, son ficciones de los poetas; los misterios de la fe cristiana son un resultado de las investigaciones filosóficas; y los libros de uno y otro Testamento están llenos de mitos; y el mismo Jesucristo es una ficcion mítica.»

Encicl. *Qui pluribus*, de 9 de noviembre de 1846.

Aloc. *Maxima quidem*, de 9 de junio de 1862.

§ II.

Racionalismo moderado.

VIII. «Marchando la razon humana á la altura misma que la religion, se han de tratar las ciencias teológicas del mismo modo que las ciencias filosóficas.»

Aloc. *Singulari quidem*, de 9 de diciembre de 1854.

IX. «Todos los dogmas de la Religion cristiana son indistintamente objeto de la ciencia natural ó de la filosofia; y la razon humana, cultivada solamente por la historia, puede por sus fuerzas y principios naturales llegar al conocimiento verdadero de todos los dogmas, aun los

más ocultos, con tal que estos dogmas se propongan á la misma razon como objeto.»

Carta al arzobispo de Frising: *Gravissimas*, de 11 de diciembre de 1862.

Carta al mismo: *Tuas libenter*, de 21 de diciembre de 1863.

X. «Siendo una cosa el filósofo y otra la filosofia, aquél tiene el derecho y la obligacion de someterse á la autoridad, que él mismo reconozca como verdadera; pero la filosofia no puede ni debe someterse á ninguna autoridad.»

Carta al arzobispo de Frising: *Gravissimas*, de 11 de diciembre de 1862.

Carta al mismo: *Tuas libenter*, de 21 de diciembre de 1863.

XI. «La Iglesia no solamente no debe reprimir jamás los excesos de la filosofia, sino antes bien tolerar sus errores y dejar que ella se corrija á sí misma.»

Carta al arzobispo de Frising: *Gravissimas*, de 11 de diciembre de 1862.

XII. «Los decretos de la Sede Apostólica y de las Congregaciones romanas impiden el libre adelanto de la ciencia.»

Carta al arzobispo de Frising: *Tuas libenter*, de 21 de diciembre de 1863.

XIII. «El método y los principios con que los antiguos doctores escolásticos cultivaron la teología, no convienen en manera alguna á las necesidades de nuestros tiempos ni al progreso de las ciencias.»

Carta al arzobispo de Frising: *Tuas libenter*, de 21 de diciembre de 1863.

XIV. «La filosofia debe tratarse, sin tener en cuenta para nada la revelacion sobrenatural.» Carta al arzobispo de Frising: *Tuas libenter*, de 21 de diciembre de 1863.

N. B. Al sistema del racionalismo se refieren en su mayor parte los errores de Antonio Günther, condenados en la carta al cardenal arzobispo de Colonia: *Eximiam tuam*,

de 15 de junio de 1847, y en la carta al obispo de Breslau: *Dolore haud mediocri*, de 30 de abril de 1860.

§ III.

Indiferentismo, Latitudinarismo.

XV. «Todo hombre es libre para abrazar y profesar la religion que juzgue verdadera por la luz de la razon.» Letras apostólicas: *Multiplices inter*, de 10 de junio de 1851.

Aloc. *Maxima quidem*, de 9 de junio de 1862.

XVI. «Los hombres, sea cualquiera la religion que practiquen, pueden encontrar en ella el camino de su salvacion y alcanzar la vida eterna.»

Encicl. *Qui pluribus*, de 9 de noviembre de 1846.

Aloc. *Ubi primum*, de 17 de diciembre de 1847.

Encicl. *Singulari quidem*, de 17 de marzo de 1856.

XVII. «Por lo menos deben tenerse esperanzas fundadas de la eterna salvacion de todos aquellos que no están en la verdadera Iglesia de Cristo.

Aloc. *Singulari quidem*, de 9 de diciembre de 1854.

Encicl. *Quanto conficiamur*, de 17 de agosto de 1863.

XVIII. «El protestantismo no es otra cosa que una forma diversa de la misma verdadera religion cristiana, forma en la cual se puede agradar á Dios lo mismo que en la Iglesia católica.»

Encicl. *Noscitis et Nobiscum*, de 8 de diciembre de 1849.

§ IV.

Socialismo.—Comunismo.—Sociedades secretas.—Sociedades bíblicas.—Sociedades clérico-liberales.

Estas doctrinas pestilenciales han sido condenadas con frecuencia por sentencias concebidas en los términos más graves, en la Encíclica *Qui pluribus*, de 9 de noviembre de 1846; en la Alocucion *Quibus quantisque*,

de 20 de abril de 1846; en la Encíclica *Noscitis et nobiscum*, de 8 de diciembre de 1849; en la Alocucion *Singulari quidem*, de 9 de diciembre de 1854; en la Encíclica *Quanto conficiamur morore*, de 10 de agosto de 1863.

§ V.

Errores relativos á la Iglesia y á sus derechos.

XIX. «La Iglesia no es una verdadera y perfecta sociedad completamente libre, ni goza de sus propios y constantes derechos que le confirió su divino Fundador; antes bien corresponde á la potestad civil el definir cuáles sean los derechos de la Iglesia y los límites dentro de los cuales pueda ejercitarlos.»

Aloc. *Singulari quidem*, de 9 de diciembre de 1854.

Aloc. *Multis gravibusque*, de 17 de diciembre de 1860.

Aloc. *Maxima quidem*, de 9 de junio de 1862.

XX. «La potestad eclesiástica no puede ejercer su autoridad sin el permiso y asentimiento del gobierno civil.»

Aloc. *Meminit unusquisque*, de 30 de setiembre de 1861.

XXI. «La Iglesia no tiene potestad para definir dogmáticamente, que la religion de la Iglesia católica sea la única verdadera.»

Letras apostólicas *Multiplices inter*, de 10 de junio de 1851.

XXII. «La obligacion que estrechamente liga á los maestros y escritores católicos, se limita únicamente á los puntos propuestos por el infalible juicio de la Iglesia como dogma de fe que todos deben creer.»

Carta al arzobispo de Frising: *Tuas libenter*, de 21 de diciembre de 1863.

XXIII. «Los Romanos Pontífices y los Concilios ecuménicos han traspasado los límites de su potestad, han usurpado los derechos de los príncipes, y hasta han errado en la definicion de las cosas pertenecientes á la fe y á las costumbres.»

- L. A. *Multipliques inter*, de 10 de junio de 1851.
- XXIV. «La Iglesia no tiene el derecho de emplear la fuerza, ni posee directa ni indirectamente poder alguno temporal.»
- L. A. *Ad apostolicæ*, de 22 de agosto de 1851.
- XXV. «Además del poder inherente al episcopado, la Iglesia tiene otra potestad temporal, concedida expresa ó tácitamente por la potestad civil, la cual puede, por consiguiente, revocarla cuando le plazca.»
- L. A. *Ad apostolicæ*, de 22 de agosto de 1851.
- XXVI. «La Iglesia no tiene derecho nativo legítimo de adquirir y poseer.»
- Aloc. *Nunquam fore*, de 15 de diciembre de 1856.
- Encicl. *Incredibili*, de 17 de setiembre de 1863.
- XXVII. «Los sagrados ministros de la Iglesia y el romano Pontífice deben ser excluidos absolutamente de toda administración y dominio de las cosas temporales.»
- Aloc. *Maxima quidem*, de 9 de junio de 1862.
- XXVIII. «No es lícito á los obispos publicar, sin permiso del gobierno, ni aun las mismas Letras apostólicas.»
- Aloc. *Nunquam fore*, de 15 de diciembre de 1856.
- XXIX. «Las gracias concedidas por el romano Pontífice deben ser consideradas como nulas, cuando no hayan sido pedidas por conducto del gobierno.»
- Aloc. *Nunquam fore*, de 15 de diciembre de 1856.
- XXX. «La inmunidad de la Iglesia y de las personas eclesiásticas trae su origen del derecho civil.»
- L. A. *Multipliques inter*, de 10 de junio de 1851.
- XXXI. «El fuero eclesiástico, respecto de las causas temporales de los clérigos, ya sean civiles, ó ya sean criminales, debe ser absolutamente abolido, aun sin consultar á la Silla apostólica ni tener en cuenta sus reclamaciones.»
- Aloc. *Acerbissimum*, de 27 de setiembre de 1852.
- Aloc. *Nunquam fore*, de 15 de diciembre de 1856.
- XXXII. «La inmunidad personal, en virtud de la cual los clérigos están exentos del servicio militar, puede ser

- derogada, sin que por ello se violen el derecho natural y la equidad; y esta derogacion es reclamada por el progreso civil, sobre todo en una sociedad que esté constituida bajo la forma de un régimen liberal.»
- Carta al obispo de Montreal: *Singularis Nobisque*, de 29 de setiembre de 1864.
- XXXIII. «No pertenece por derecho propio y nativo á la sola potestad eclesiástica de jurisdiccion el dirigir la enseñanza de la teología.»
- Carta al arzobispo de Frising: *Tuas libenter*, de 21 de diciembre de 1863.
- XXXIV. «La doctrina de los que comparan al romano Pontífice á un príncipe que ejerce libremente su autoridad en toda la Iglesia, es una doctrina que prevaleció en la Edad media.»
- L. A. *Ad apostolicæ*, de 22 de agosto de 1851.
- XXXV. «Ningun inconveniente hay, que, ya por decreto de un concilio general, ó ya por la voluntad misma de todos los pueblos, sea trasladado el sumo Pontificado del obispo Romano y de la ciudad de Roma á otro obispo y á otra ciudad.»
- L. A. *Ad apostolicæ*, de 22 de agosto de 1851.
- XXXVI. «La definicion emanada de un concilio nacional no admite discusion ulterior, y el poder civil puede atenerse á ella en sus actos.»
- L. A. *Ad apostolicæ*, de 22 de agosto de 1851.
- XXXVII. «Se pueden establecer iglesias nacionales independientes en un todo de la autoridad del Romano Pontífice y enteramente separadas de él.»
- Aloc. *Multis gravibusque*, de 17 de diciembre de 1860.
- Aloc. *Jamdudum cernimus*, de 18 de marzo de 1861.
- XXXVIII. «Las arbitrariedades de los romanos Pontífices contribuyeron á la division de la Iglesia en oriental y occidental.»
- L. A. *Ad apostolicæ*, de 22 de agosto de 1851.

§ VI.

*Errores relativos á la sociedad civil considerada en sí misma,
ó en sus relaciones con la Iglesia.*

XXXIX. «El Estado, como origen y fuente de todos los derechos, goza de un derecho ilimitado.»

Aloc. *Maxima quidem*, de 9 de junio de 1862.

XL. «La doctrina de la Iglesia es contraria al bien y á los intereses de la sociedad humana.»

Encicl. *Qui pluribus*, de 9 de noviembre de 1846.

Aloc. *Quibus quantisque*, de 20 de abril de 1849.

XLI. «Compete á la potestad civil, aun cuando la ejerza un príncipe infel, un poder indirecto, aunque negativo, sobre las cosas sagradas; y por consiguiente corresponde á la misma potestad, no sólo el derecho conocido por el nombre de *exequatur*, si que tambien el derecho de apelacion, que se llama *ab abusu*.»

L. A. *Ad apostolica*, de 22 de agosto de 1851.

XLII. «En caso de oposicion entre las leyes de las dos potestades, prevalece el derecho civil.»

L. A. *Ad apostolica*, de 22 de agosto de 1851.

XLIII. «El poder temporal tiene autoridad para rescindir, declarar nulos y anular efectivamente, sin consentimiento de la Sede apostólica, y aun á pesar de su reclamacion, los solemnes Convenios (vulgo *Concordatos*), celebrados con la misma Sede, acerca del uso de los derechos que pertenecen á la inmunidad eclesiástica.»

Aloc. *In Consistoriali*, de 1.º de noviembre de 1850.

Aloc. *Multis gravibusque*, de 17 de diciembre de 1860.

XLIV. «La autoridad civil puede inmiscuirse en las cosas que miran á la religion, á las costumbres y al gobierno espiritual. De esto se deduce, que puede someter á su juicio las instrucciones que los Pastores de la Iglesia publican, en virtud de su cargo, para la direccion de las conciencias; puede asimismo dictar sus resoluciones en

lo que concierne á la administracion de sacramentos y sobre las disposiciones necesarias para recibirlos.»

Aloc. *In Consistoriali*, de 1.º de noviembre de 1850.

Aloc. *Maxima quidem*, de 9 de junio de 1862.

XLV. «La direccion total de las escuelas públicas, en que se educa á la juventud de una nacion cristiana, puede y debe ser entregada á la autoridad civil, con la sola excepcion de los seminarios episcopales, bajo cierto punto de vista; y debe serle entregada de tal manera, que ningun derecho se reconozca á otra autoridad para mezclarse en la disciplina de las escuelas, en el régimen de los estudios, en la colacion de grados, ni en la eleccion y aprobacion de los maestros.»

Aloc. *In Consistoriali*, de 1.º de noviembre de 1850.

Aloc. *Quibus luctuosissimis*, de 5 de setiembre de 1851.

XLVI. «Mas, aun el método de estudios, que haya de seguirse en los seminarios mismos de los clérigos, está sometido á la autoridad civil.»

Aloc. *Nunquam fore*, de 15 de diciembre de 1856.

XLVII. «La perfecta constitucion de la sociedad civil exige que las escuelas abiertas para los niños de todas las clases del pueblo, y en general los establecimientos públicos, destinados á la enseñanza de las letras y ciencias y á la educacion de la juventud, queden exentos de toda autoridad de la Iglesia, así como de todo poder regulador é intervencion de la misma: y que estén sujetos al pleno arbitrio de la autoridad civil y política, segun el dictámen de los gobernantes y el corriente de las ideas comunes de la época.»

Carta al arzobispo de Friburgo: *Quum non sine*, de 14 de julio de 1864.

XLVIII. «Los católicos pueden aprobar un sistema de educacion de la juventud, que no tenga conexion con la fe católica ni con la potestad de la Iglesia, y cuyo único objeto, ó el principal al menos, sea solamente la ciencia de las cosas naturales y las ventajas de la vida social sobre la tierra.»

Carta al arzobispo de Friburgo: *Quum non sine*, de 14 de julio de 1864.

XLIX. «La autoridad civil puede impedir que los obispos y los fieles comuniquen libremente entre sí y con el romano Pontífice.»

Aloc. *Maxima quidem*, de 9 de junio de 1862.

L. «La autoridad secular tiene por sí misma el derecho de presentar los obispos, y puede exigir de ellos que tomen la administracion de las diócesis, antes que reciban de la Santa Sede la institucion canónica y las Letras apostólicas.»

Aloc. *Nunquam fore*, de 15 de diciembre de 1856.

LI. «El gobierno temporal tiene tambien el derecho de deponer á los Obispos del ejercicio de su ministerio pastoral; y no está obligado á obedecer al Romano Pontífice en lo que se refiere á la institucion de los obispados y de los Obispos.»

L. A. *Multiplices inter*, de 10 de junio de 1851.

Aloc. *Acerbissimum*, de 27 de setiembre de 1852.

LII. «El gobierno puede, por derecho propio, variar la edad prescrita por la Iglesia para la profesion religiosa, tanto de hombres como de mujeres, y mandar á todas las comunidades religiosas que sin su permiso no admitan á nadie á los votos solemnes.»

Aloc. *Nunquam fore*, de 15 de diciembre de 1856.

LIII. «Deben ser derogadas las leyes del Estado tutelares de las comunidades religiosas, de sus derechos y bienes; y tambien el gobierno civil puede prestar auxilio á todos aquellos, que quieran abandonar la regla de vida religiosa que hayan abrazado y quebrantar los votos solemnes; é igualmente puede extinguir totalmente estas mismas comunidades religiosas, así como las iglesias colegiales y los beneficios simples, aunque sean de patronato, sometiendoy apropiando sus bienes y rentas á la administracion y voluntad de la potestad civil.»

Aloc. *Acerbissimum*, de 27 de setiembre de 1852.

Aloc. *Probe meminertis*, de 22 de enero de 1855.

Aloc. *Cum saepe*, de 26 de julio de 1855.

LIV. «Los reyes y los príncipes están no solamente exentos de la jurisdiccion de la Iglesia, si que tambien le son superiores, cuando se trata de dirimir las cuestiones de jurisdiccion.»

L. A. *Multiplices inter*, de 10 de junio de 1854.

LV. «La Iglesia debe estar separada del Estado, y el Estado debe estar separado de la Iglesia.»

Aloc. *Acerbissimum*, de 27 de setiembre de 1852.

§ VII.

Errores acerca de la moral natural y cristiana.

LVI. «Las leyes morales no tienen ninguna necesidad de la sancion divina, ni es necesario en manera alguna que las leyes humanas se conformen con el derecho natural, ó reciban de Dios su fuerza obligatoria.»

Aloc. *Maxima quidem*, de 9 de junio de 1862.

LVII. «La ciencia de las cosas pertenecientes á la filosofia y á la moral, así como las leyes civiles, pueden y deben separarse de la autoridad divina y eclesiástica.»

Aloc. *Maxima quidem*, de 9 de junio de 1862.

LVIII. «Es preciso no reconocer otras fuerzas que las que residen en la materia; y todo sistema de moral, toda probidad ha de consistir en acumular y aumentar riquezas, sin cuidarse por qué medios, y en satisfacer las pasiones.»

Aloc. *Maxima quidem*, de 9 de junio de 1862.

Encicl. *Quanto conficiamur*, de 10 de agosto de 1863.

LIX. «El derecho consiste en el hecho material, y todos los deberes del hombre son un nombre vano; y todos los hechos humanos tienen fuerza de derecho.»

Aloc. *Maxima quidem*, de 9 de junio de 1862.

LX. «La autoridad no es otra cosa que la suma del número y de las fuerzas materiales.»

Aloc. *Maxima quidem*, de 9 de junio de 1862.

LXI. «La injusticia de un hecho coronado con buen éxito no perjudica en nada á la santidad del derecho.»
Aloc. *Jamdudum cernimus*, de 18 de marzo de 1861.

LXII. «Debe proclamarse y observarse el principio llamado de *no intervencion*.»
Aloc. *Novos et ante*, de 28 de setiembre de 1860.

LXIII. «Es lícito negar la obediencia á los príncipes legítimos, y aun sublevarse contra ellos.»
Encicl. *Qui pluribus*, de 9 de noviembre de 1846.

Aloc. *Quisque vestrum*, de 4 de octubre de 1847.

Encicl. *Noscitis et Nobiscum*, de 8 de diciembre de 1849.

L. A. *Cum catholica*, de 26 de marzo de 1860.

LXIV. «No deben reprobarse la violacion de cualesquiera juramentos, por muy sagrados que sean, ni ninguna accion perversa y criminal, por más que repugne á la ley eterna; antes bien son enteramente lícitas y dignas de los mayores encomios, cuando se ejecutan por amor á la patria.»
Aloc. *Quibus quantisque*, de 20 de abril de 1849.

§ VIII.

Errores acerca del matrimonio cristiano.

LXV. «No hay pruebas con las cuales pueda demostrarse que Jesucristo haya elevado el matrimonio á la dignidad de sacramento.»
L. A. *Ad apostolica*, de 22 de agosto de 1851.

LXVI. «El sacramento del matrimonio no es sino una cosa accesoria al contrato, y puede separarse; y el sacramento mismo consiste en la sola bendicion nupcial.»
L. A. *Ad apostolica*, de 22 de agosto de 1851.

LXVII. «El vínculo del matrimonio no es indisoluble por derecho natural; y en ciertos y determinados casos, la potestad civil puede sancionar el divorcio propiamente dicho.»
L. A. *Ad apostolica*, de 22 de agosto de 1851.

Aloc. *Acerbissimum*, de 27 de setiembre de 1852.

LXVIII. «La Iglesia no tiene potestad para establecer impedimentos dirimentes del matrimonio; esta potestad compete á la autoridad civil, á quien pertenece tambien quitar los impedimentos que hoy existen.»
L. A. *Multiplices inter*, de 10 de junio de 1851.

LXIX. «La Iglesia empezó en tiempos más modernos á introducir los impedimentos dirimentes, y esto, no en virtud de un derecho que le fuera propio, sino usando de un derecho, ó recibido, ó usurpado al poder civil.»
L. A. *Ad apostolica*, de 22 de agosto de 1851.

LXX. «Los cánones del concilio de Trento, que fulminan anatema contra los que se atrevan á negar el poder que la Iglesia tiene para establecer impedimentos dirimentes, ó no son dogmáticos, ó deben entenderse en el sentido de un poder prestado ó usurpado.»
L. A. *Ad apostolica*, de 22 de agosto de 1851.

LXXI. «La forma prescrita por el concilio de Trento no obliga bajo la pena de nulidad, desde el momento en que la ley civil prescribe otra forma y quiere que sea válido el matrimonio celebrado en esta nueva forma.»
L. A. *Ad apostolica*, de 22 de agosto de 1851.

LXXII. «Bonifacio VIII fué el primero, que declaró que el voto de castidad hecho en la ordenacion anula el matrimonio.»
L. A. *Ad apostolica*, de 22 de agosto de 1851.

L. A. *Ad apostolica*, de 22 de agosto de 1851.

LXXIII. «Puede existir entre cristianos, en virtud de un contrato puramente civil, un matrimonio propiamente dicho; y es falso, ó que el contrato de matrimonio entre cristianos es siempre un sacramento, ó que el contrato es nulo, si de él se excluye el sacramento.»
L. A. *Ad apostolica*, de 22 de agosto de 1851.

Carta de Su Santidad Pio IX al Rey de Cerdeña, de 9 de setiembre de 1852.

Aloc. *Acerbissimum*, de 27 de setiembre de 1852.

Aloc. *Multis gravibusque*, de 17 de diciembre de 1860.

LXXIV. «Las causas matrimoniales y los esponsales

pertenecen, por su naturaleza, á la jurisdiccion civil.»

L. A. *Ad apostolicæ*, de 22 de agosto de 1851.

Aloc. *Acerbissimum*, de 27 de setiembre de 1852.

N. B. Aquí pueden referirse otros dos errores: la abolición del celibato eclesiástico y la preferencia del estado de matrimonio sobre el estado de virginidad. Esos errores se hallan condenados, el primero, en la Encíclica *Qui pluribus*, de 9 de noviembre de 1846; y el segundo, en las Letras apostólicas *Multiplies inter*, de 10 de junio de 1851.

§ IX.

Errores acerca del principado civil del Pontífice Romano.

LXXV. «Los hijos de la Iglesia cristiana y católica no están conformes entre sí acerca de la compatibilidad de la soberanía temporal y del poder espiritual.»

L. A. *Ad apostolicæ*, de 22 de agosto de 1851.

LXXVI. «La derogación de la soberanía temporal que posee la Santa Sede, contribuirá también mucho á la libertad y prosperidad de la Iglesia.»

Aloc. *Quibus quantisque*, de 20 de abril de 1849.

N. B. Además de estos errores explícitamente señalados, otros muchos errores se hallan implícitamente condenados por la doctrina que se ha expuesto y sostenido sobre el principado civil del romano Pontífice, doctrina que todos los católicos deben profesar firmemente. Esta doctrina se halla claramente enseñada en la Alocucion *Quibus quantisque*, de 20 de abril de 1849; en la Alocucion *Si semper antea*, de 20 de mayo de 1850; en las Letras apostólicas *Cum catholica Ecclesia*, de 26 de marzo de 1860; en la Alocucion *Novos*, de 28 de setiembre de 1860; en la Alocucion *Jamdudum*, de 18 de marzo de 1861, y en la Alocucion *Maxima quidem*, de 9 de junio de 1862.

§ X.

Errores que se refieren al liberalismo moderno.

LXXVII. «En la época presente no conviene ya que la religion católica sea considerada como la única religion del Estado, con exclusion de todos los demás cultos.

Aloc. *Nemo vestrum*, de 26 de julio de 1855.

LXXVIII. «Por eso merecen elogio ciertos pueblos católicos, en los cuales se ha provisto á que los extranjeros que á ellos llegan á establecerse puedan ejercer públicamente sus cultos particulares.»

Aloc. *Acerbissimum*, de 27 de setiembre de 1852.

LXXIX. «Es efectivamente falso que la libertad civil de todos los cultos y el pleno poder, otorgado á todos, de manifestar abierta y públicamente todas sus opiniones y todos sus pensamientos, precipiten más fácilmente á los pueblos en la corrupcion de las costumbres y de las inteligencias, y propaguen la peste del indiferentismo.»

Aloc. *Nunquam fore*, de 15 de diciembre de 1856.

LXXX. «El romano Pontífice puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna.»

Aloc. *Jamdudum cernimus*, de 18 de marzo de 1861.

XVI.—DECRETOS DEL CONCILIO VATICANO.

CONSTITUCION DOGMÁTICA

DE LA FE CATÓLICA.

Pío, Obispo, Siervo de los siervos de Dios, con la aprobacion del Sacro Concilio, para perpétua memoria.

Jesucristo Señor Nuestro, Hijo de Dios y Redentor del género humano, estando para volver al Padre celestial,

prometió que permanecería todos los días, hasta la consumacion de los siglos, con su Iglesia militante sobre la tierra. Por lo cual, en ningún tiempo ha dejado de estar al lado de su amada Esposa, de asistirle en su enseñanza, de bendecirla en sus obras y de socorrerla en sus peligros. Pero esta saludable providencia, que ha brillado constantemente por otros innumerables beneficios, se ha manifestado de una manera especial por los frutos abundantísimos que el orbe cristiano ha reportado de los Concilios ecuménicos, y en particular del Tridentino, á pesar de haber sido en tan aciagos tiempos celebrado. Y en efecto, de aquí provino que los dogmas santísimos de la Religión hayan sido definidos con mayor precisión y expuestos con más amplitud, los errores condenados y reprimidos, la disciplina eclesiástica restablecida y firmada con mayor vigor, promovido en el Clero el amor de la ciencia y de la piedad, establecidos colegios para los jóvenes aspirantes á la sagrada milicia, y en fin mejoradas las costumbres del pueblo cristiano, tanto por la más cuidadosa instrucción de los fieles, como por el más frecuente uso de los Sacramentos. De ahí también procede el haberse estrechado más la unión de los miembros con la Cabeza visible, y haber recibido nuevo vigor todo el cuerpo místico de Cristo; de ahí el haberse multiplicado las asociaciones religiosas y otros institutos de piedad cristiana; y de ahí también ese asiduo y constante ardimiento, hasta derramar la sangre, en propagar el reino de Cristo por todo el mundo.

Sin embargo, mientras recordamos con ánimo justamente agradecido estas y otras insignes ventajas, que la clemencia divina ha concedido á la Iglesia, principalmente por medio del último Concilio Ecuménico, no podemos reprimir un sentimiento de acerbo dolor, considerando los gravísimos males, nacidos sobre todo de que muchos han menospreciado la autoridad del Sacrosanto Sínodo, ó han desatendido sus sapientísimos decretos.

Pues nadie ignora que las herejías proscritas por los

Padres de Trento, habiendo rechazado el divino magisterio de la Iglesia y abandonado al juicio privado de cada cual los asuntos concernientes á la religión, se han fraccionado poco á poco en muchedumbre de sectas, que con sus mútuas disensiones y luchas han hecho perder á no pocos toda fe en Jesucristo. Así es que la misma sagrada Biblia, que antes era por ellos tenida como la única fuente y único juez de la doctrina cristiana, no sólo no la consideran ya como divina, sino que han empezado á contarla entre las invenciones fabulosas.

Así es como nació y llegó á extenderse profusamente por el mundo la doctrina del racionalismo ó naturalismo, que, oponiéndose en todo á la religión cristiana, como que ésta es institucion sobrenatural, esfuerzase á todo trance en desterrar de los corazones humanos y de la vida y costumbres de los pueblos á Cristo, nuestro único Señor y Salvador, á fin de establecer lo que llaman «el reinado de la razón ó de la naturaleza.» Mas, abandonada y rechazada la religión cristiana, negado el verdadero Dios y su Cristo, de tal suerte se ha precipitado la inteligencia de muchos en el bátratro del panteísmo, materialismo y ateísmo, que, negando la misma naturaleza racional y toda regla de lo justo y de lo recto, dirige sus ataques á destruir los primeros fundamentos en que descansa la sociedad humana.

Y ha sucedido por desgracia, que extendiéndose esta impiedad por todas partes, muchos, hasta de entre los hijos de la Iglesia católica, se han extraviado del camino de la verdadera piedad, y oscurecidas paulatinamente en ellos las verdades, ha llegado á debilitarse el sentido católico. Pues que, cautivados por varias y extrañas doctrinas, confundiendo malamente la naturaleza con la gracia, la ciencia humana con la fe divina, véseles alterar el genuino sentido de los dogmas, que cree y enseña la santa Madre Iglesia, y poner en riesgo la integridad y sinceridad de la fe.

Ante la consideracion de tales cosas ¿cómo no han de

conmoverse profundamente las entrañas de la Iglesia? Porque, así como Dios quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad, y así como Cristo vino para salvar lo que había perecido y congregar á los hijos de Dios que estaban dispersos; así la Iglesia constituida por Dios en madre y maestra de los pueblos, se reconoce deudora para con todos, y siempre está dispuesta y pronta á levantar á los caídos, sostener á los que vacilan, abrazar á los que vuelven, confirmar á los buenos y guiarlos á la perfección. Por lo cual en ningún tiempo puede dejar de atestiguar y predicar la verdad de Dios que lo sana todo, no ignorando que se le ha dicho: «El Espíritu mío que está en tí y mis palabras que puse en tu boca, no se apartarán de tu boca desde ahora y para siempre.»

Por eso Nos, siguiendo las huellas de Nuestros Predecesores, y en cumplimiento de Nuestro supremo cargo Apostólico, nunca hemos dejado de enseñar y defender la verdad católica, y de reprobado las doctrinas perversas. Y ahora, sentándose y juzgando con Nos los Obispos de todo el orbe, congregados en el Espíritu Santo por nuestra autoridad, en este Ecuménico Concilio, apoyados en la palabra de Dios escrita y tradicional según la hemos recibido, santamente conservada y genuinamente expuesta por la Iglesia Católica, hemos determinado enseñar y declarar, en presencia de todos, desde esta Cátedra de Pedro, la saludable doctrina de Cristo, proscribiendo y condenando, con la potestad que Dios nos ha concedido, los errores á ella contrarios.

CAPÍTULO I.

DE DIOS, CRIADOR DE TODAS LAS COSAS.

La santa Iglesia Católica Apostólica Romana cree y confiesa que existe un solo Dios verdadero y vivo, Criador y Señor del cielo y de la tierra, omnipotente, eterno,

inmenso, incomprendible é infinito en su entendimiento, en su voluntad y en toda perfección; el cual, siendo una sustancia espiritual singular, absolutamente simple é inmutable, debe decirse que es real y esencialmente distinto del mundo, felicísimo en sí y por sí, é inefablemente excelso sobre todas las cosas que fuera de Él existen y concebirse pueden.

Este solo verdadero Dios, por su bondad y omnipotencia, no para acrecentar su felicidad, ni para adquirirla, sino para manifestar su perfección por medio de los bienes que concede á las criaturas, y por sola su libérrima voluntad, crió de la nada desde el principio de los tiempos las dos clases de criaturas, espirituales y corporales; á saber, la angélica y la mundana; y luego la humana, que, como constituida de espíritu y de cuerpo, es en cierto modo común á ambas.

Y todo esto que Dios ha criado, lo conserva y gobierna con su providencia, abarcando fuertemente del uno al otro confin y disponiendo todas las cosas con suavidad; porque todas están desnudas y claras ante sus ojos, áun aquellas que han de suceder por la acción libre de las criaturas.

CAPÍTULO II.

DE LA REVELACION.

La misma santa Madre Iglesia cree y enseña que Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido ciertamente con la luz natural de la razón humana por medio de las criaturas: porque las cosas invisibles de Dios se hacen inteligibles á la criatura del mundo por las obras que el mismo Dios ha hecho. Sin embargo plugo á su sabiduría y bondad revelarse Él mismo al género humano, y revelar también los eternos decretos de su voluntad por otro medio diverso y sobrenatural, conforme á lo que dice el Apóstol: «Dios, que en otro tiempo habló á nuestros

padres en muchas ocasiones y de muchos modos por medio de los Profetas, nos ha hablado últimamente en nuestros días por medio de su Hijo.»

A esta divina revelacion es debido, en verdad, que aun en el estado presente del humano linaje puedan todos conocer con claridad, firme certidumbre y sin mezcla alguna de error, las cosas divinas, que no son de suyo inaccesibles á la razon humana. De lo cual, empero, no debe inferirse que la revelacion sea absolutamente necesaria, sino en cuanto Dios por su bondad infinita ordenó el hombre á un fin sobrenatural, que es, la participacion de los bienes divinos, que exceden totalmente la inteligencia del alma humana; puesto que «ni el ojo del hombre ha visto, ni su oreja ha oido, ni ha podido apetecer jamás su corazon lo que Dios tiene preparado para aquellos que le aman.»

Esta sobrenatural revelacion, segun la fe de la Iglesia universal, declarada por el santo Concilio de Trento, se halla contenida en los libros escritos y en las tradiciones no escritas, que, recibidas por los Apóstoles de boca del mismo Cristo, ó dictadas á los mismos por el Espíritu Santo y transmitidas como por la mano, han llegado hasta nosotros. En cuanto á los libros, tanto los del Antiguo como los del Nuevo Testamento, deben ser de todos recibidos como sagrados y canónicos, integros, con todas sus partes, como se mencionan en el decreto del mismo Concilio, y se ven en la antigua edicion latina de la Vulgata. Pero la Iglesia los tiene por sagrados y canónicos, no porque los haya aprobado con su autoridad, aunque hubiesen sido compuestos por industria humana, ni tan sólo porque contienen la revelacion sin error; sino porque, escritos bajo la inspiracion del Espíritu Santo, tienen por autor á Dios, y como tales han sido á la misma Iglesia confiados.

Y por cuanto algunos entienden mal lo que, para reprimir á ingenios petulantes, tan saludablemente decretó el santo Concilio Tridentino acerca de la interpreta-

cion de la divina Escritura, Nos, renovando el mismo decreto, declaramos que la mente del Concilio es, que, en las cosas de fe y costumbres que conciernen á la edificacion de la doctrina cristiana, haya de tenerse por sentido verdadero de la sagrada Escritura el que ha entendido y entiende la santa Madre Iglesia, á quien pertenece determinar el verdadero sentido é interpretacion de las sagradas Escrituras; y que por tanto á nadie es lícito interpretarla en sentido contrario, ni contra el unánime consentimiento de los Padres.

CAPÍTULO III.

DE LA FE.

Dependiendo el hombre enteramente de Dios, como de su Criador y Señor, y estando la razon creada, subordinada en todo á la Verdad increada, síguese que estamos obligados á prestar con la fe un completo homenaje de nuestro entendimiento y voluntad á Dios revelador. Y esta fe, que es el principio de la salvacion del hombre, enseña la santa Iglesia Católica que es una virtud sobrenatural, con la que, inspirados por Dios y ayudados de su gracia, creemos que son verdaderas las cosas que Él nos ha revelado, no por haber penetrado la verdad intrínseca de las cosas con la luz de la razon natural, sino por la autoridad de Dios que las revela, el cual ni puede equivocarse ni engañarnos. Porque la fe, segun el Apóstol, es el fundamento de las cosas que han de esperarse y la razon de las que no se ven.

Sin embargo, para que el obsequio de nuestra fe fuese conforme con la razon, quiso Dios agregar á los interiores auxilios del Espíritu Santo pruebas exteriores de su revelacion; á saber, ciertos hechos divinos, y entre ellos principalmente los milagros y profecías, que, demostrando con toda certeza la omnipotencia é infinita ciencia de Dios, son señales certísimas de la divina revelacion aco-

modadas á la capacidad de todos. Por eso Moisés y los Profetas, y especialmente Cristo nuestro Señor, hicieron muchos y muy manifiestos milagros y profecías. Y de los Apóstoles se lee: «Se fueron y predicaron por todas partes, ayudándolos Dios y confirmando su predicacion con milagros.» Y en otra parte está escrito: «Tenemos un testimonio más firme en la palabra de los Profetas, al cual haceis bien en atender, como antorcha que brilla en un lugar oscuro.»

Mas, aunque el asentimiento de la fe no sea un movimiento ciego del alma, nadie puede sin embargo adherirse á la predicacion del Evangelio, como es menester para salvarse, sin la iluminacion é inspiracion del Espiritu Santo, que mueve á todos suavemente á consentir y creer la verdad. Por lo que la fe misma en sí, aun cuando no obra por la caridad, es don de Dios, y su acto una obra perteneciente á la salvacion, en cuanto por él presta el hombre á Dios libre obediencia, consintiendo y cooperando á su gracia, á la cual podria resistir.

Deben, pues, creerse con fe divina y católica todas las cosas contenidas en la palabra de Dios, escrita ó transmitida por tradicion, y que la Iglesia, bien sea por un juicio solemne, bien por su magisterio ordinario y universal, propone para creer como divinamente reveladas.

Y por cuanto sin la fe es imposible agradar á Dios y llegar á tener parte entre sus hijos, por eso nadie sin ella se ha justificado jamás, ni conseguirá tampoco la vida eterna, si no perseverare en ella hasta el fin. Para que pudiésemos, pues, cumplir la obligacion de abrazar la verdadera fe y de perseverar en ella constantemente, Dios por medio de su Hijo unigénito fundó la Iglesia, dotándola de manifiestas señales que la acreditan de institucion suya, á fin de que todos pudieran reconocerla por guarda y maestra de la palabra revelada. Pues á sola la Iglesia católica convienen las cosas tan abundante y maravillosamente dispuestas por Dios para hacer evidente la credibilidad de la fe cristiana. Y lo que es más, esta Iglesia por

sí misma, esto es, por su admirable propagacion, por su eminente santidad y fecundidad inagotable en toda suerte de bienes, por su unidad católica y su estabilidad indestructible, es un grande y perpetuo motivo de credibilidad, y un testimonio irrefragable de su divina mision.

De suerte que ella es como una bandera levantada á la faz de las naciones, que á un mismo tiempo llama á sí á los que hasta ahora no han creído, y convence á sus propios hijos de que la fe que profesan está asentada sobre firmísimo fundamento. Pero á este testimonio se agrega el auxilio eficaz del poder divino. Porque el Señor muy misericordioso excita y ayuda con su gracia á los extraviados, para que puedan venir al conocimiento de la verdad; y á los que desde las tinieblas ha trasladado á su admirable luz, confírmalos en ella con su gracia, no abandonándolos, si ellos antes no le abandonan. Por donde se ve cuán diversa es la suerte de los que por el don celestial de la fe se han adherido á la verdad católica, y la de aquellos que, guiados de opiniones humanas, siguen una falsa religion; pues aquellos que abrazaron la fe bajo el magisterio de la Iglesia, nunca pueden tener motivo justo para abandonar ó poner en duda su fe. Y, pues, esto es así, dando gracias á Dios Padre, que nos hizo dignos de participar con su luz de la herencia de los santos, procuremos no despreciar tan gran salud, antes bien poniendo nuestros ojos en Jesús, autor y consumidor de la fe, conservemos inconcusa la confesion de nuestra esperanza.

CAPÍTULO IV.

DE LA FE Y LA RAZON.

El perpetuo consentimiento de la Iglesia católica ha profesado tambien y profesa que existen dos órdenes de conocimientos distintos, no sólo por su principio, sino tambien por su objeto: por su principio, porque en el uno

conocemos con la luz natural, y en el otro por la fe divina; y por el objeto, porque se nos proponen para creer no solamente aquellas cosas que la razon natural puede llegar á conocer, sino misterios ocultos en Dios, de que sólo podemos tener conocimiento por la divina revelacion. Por eso el Apóstol que asegura que por las cosas criadas conocieron los gentiles á Dios, dice sin embargo, hablando de la gracia y de la verdad que nos fué traída por Jesucristo: «Anunciamos la sabiduría de Dios en el misterio, la sabiduría oculta que Dios antes de los siglos predestinó para nuestra gloria, y que ninguno de los grandes de este siglo ha conocido, pero á nosotros nos la ha revelado Dios por su Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun los arcanos del mismo Dios.» Y el mismo Unigénito glorifica al Padre, porque ocultó estas cosas á los sabios y prudentes, y las ha revelado á los pequeñuelos.

Y en verdad, cuando la razon ilustrada por la fe discurre atenta, piadosa y sobriamente, alcanza con el favor de Dios alguna inteligencia de los misterios, que le sirve de mucho, ya arguyendo por la analogía de las cosas que conoce naturalmente, ya por el enlace de los mismos misterios entre sí y con el último fin del hombre; nunca sin embargo será capaz de conocerlos al modo que conoce las verdades que son objeto propio de la misma razon. Porque los divinos misterios de tal suerte exceden por su naturaleza el entendimiento criado, que, aun enseñados por la revelacion y recibidos por la fe, quedan todavía cubiertos con el velo de la fe misma, y como envueltos en cierta oscuridad, mientras peregrinamos ausentes del Señor en esta vida mortal, pues caminamos á Él por la fe y no por vision.

Pero, aunque la fe sea superior á la razon, nunca puede haber oposicion verdadera entre una y otra, pues que el mismo Dios que revela los misterios é infunde la fe, ha dado al alma humana la luz de la razon, y Dios no puede negarse á sí mismo, ni una verdad contradecir á otra

verdad. La engañosa apariencia de esta contradiccion procede de que, ó los dogmas de la fe no han sido entendidos y explicados segun la mente de la Iglesia, ó de que se dan por verdades inconcusas de la razon opiniones arbitrarias y sin fundamento. Definimos, pues, que toda asercion contraria á una verdad bien entendida de la fe es absolutamente falsa. La Iglesia, que juntamente con el cargo apostólico de enseñar ha recibido el mandamiento de custodiar el depósito de la fe, tiene tambien de Dios el derecho y la obligacion de proscribir la falsa ciencia, á fin de que nadie sea engañado por una filosofía vana y falaz. Por lo que todos los fieles cristianos no sólo no pueden defender como conclusiones legítimas de la ciencia esas opiniones que conocen ser contrarias á la doctrina de la fe, especialmente cuando la Iglesia las ha reprobado ya; sino que deben tenerlas y reputarlas absolutamente como errores, encubiertos con la apariencia de verdad.

Y no sólo no pueden disentir jamás entre sí la fe y la razon, sino que antes bien se auxilian una á otra; por cuanto la recta razon demuestra los fundamentos de la fe, é ilustrada por ésta cultiva la ciencia de las cosas divinas; y á su vez la fe libra y preserva de errores á la razon y la enriquece con diferentes conocimientos. Por esta causa lejos de oponerse la Iglesia al cultivo de las artes y ciencias humanas, las fomenta y promueve de muchas maneras. Porque no desconoce ni tiene en poco las ventajas que reportan para la vida humana, y confiesa por el contrario que estas artes y ciencias, trayendo su origen de Dios, que es el Señor de las ciencias, conducen tambien á Dios, mediante el auxilio de su gracia, si son cultivadas como es debido. Ni prohíbe la Iglesia tampoco que estas ciencias usen de sus principios propios y método propio, cada una dentro de su esfera; pero, reconociendo esta justa libertad, precave con todo cuidado que no caigan en errores, desentendiéndose de la enseñanza divina, ni invadan y perturben lo que es del dominio de la fe, saliéndose de sus propios límites.

Y en verdad la doctrina de la fe, que Dios ha revelado, no ha sido propuesta á los ingenios humanos, como un descubrimiento filosófico, susceptible de perfeccionarse, sino entregada á la Esposa de Cristo, como un depósito divino, para ser fielmente custodiada é interpretada de una manera infalible. De donde se infiere que una vez declarado por la santa Madre Iglesia el sentido de los dogmas, debe ser conservado perpetuamente, sin que sea lícito apartarse de él en ningun tiempo, bajo el título ó pretexto de una más elevada inteligencia. Crezca, pues, y progresa enhorabuena el talento, la inteligencia, la ciencia, el saber de todos y cada uno de los hombres, de cada individuo como de toda la Iglesia, durante el curso de las épocas y de los siglos; pero sea solamente en su especie, es decir, dentro de la misma doctrina, del mismo sentido y de la misma sentencia.

CÁNONES.

I.

DE DIOS CRIADOR DE TODAS LAS COSAS.

1.º Si alguno negare que hay un solo Dios verdadero, Criador y Señor de todas las cosas visibles é invisibles; sea anatema.

2.º Si alguno no se avergonzare de afirmar que fuera de la materia no existe ninguna cosa; sea anatema.

3.º Si alguno dijere que es una sola é idéntica la substancia ó esencia de Dios y la de todas las cosas; sea anatema.

4.º Si alguno dijere que las cosas finitas, así corporales como espirituales, ó por lo menos las espirituales, son *emanaciones de la divina substancia*;

Ó que la esencia divina, manifestándose y desenvolviéndose en sí misma, se hace todas las cosas;

Ó finalmente que Dios es un sér universal é indefinido, que determinándose á sí mismo constituye el universo en sus distintos géneros, especies é individuos; sea anatema.

5.º Si alguno no confiesa que el mundo y todas las cosas espirituales y materiales que hay en él, han sido producidas por Dios de la nada, segun toda su sustancia;

Ó dijere que Dios no las creó con voluntad enteramente libre, sino tan necesariamente como se ama á sí mismo;

Ó que el mundo no ha sido hecho para gloria de Dios; sea anatema.

II.

DE LA REVELACION.

1.º Si alguno dijere que Dios uno y verdadero, Criador y Señor nuestro, no puede ser conocido ciertamente por la luz natural de la razon humana, por medio de las cosas creadas; sea anatema.

2.º Si alguno dijere que no es posible ó conveniente que el hombre sea instruido por medio de la revelacion acerca de Dios y del culto que se le debe dar; sea anatema.

3.º Si alguno dijere que el hombre no puede ser levantado por Dios á un conocimiento y perfeccion sobrenatural, sino que por sí mismo, mediante un progreso continuado, puede al fin y debe llegar á la posesion de toda verdad y de todo bien; sea anatema.

4.º Si alguno no recibiere por sagrados y canónicos los libros de la Sagrada Escritura, íntegros con todas sus partes, segun los enumeró el santo Concilio Tridentino, ó negare que son inspirados por Dios; sea anatema.

III.

DE LA FE.

1.º Si alguno dijere que la razon humana es de tal suerte independiente, que Dios no puede mandarle la fe; sea anatema.

2.º Si alguno dijere que la fe divina no se distingue de la ciencia natural que trata de Dios y de la moral, y por tanto que para la fe divina no es necesario que la verdad revelada sea creída por razon de la autoridad de Dios que revela; sea anatema.

3.º Si alguno dijere que la revelacion divina no puede hacerse creible por señales exteriores, y por lo mismo que los hombres deben moverse á creer por la sola experiencia interna ó inspiracion privada de cada uno; sea anatema.

4.º Si alguno dijere que son imposibles los milagros, y por tanto que todas las relaciones que de ellos se hacen, aun las contenidas en la Sagrada Escritura, deben contarse entre las fábulas ó mitos; ó que los milagros nunca pueden ser con certeza conocidos, ni por ellos puede probarse legítimamente el origen divino de la religion cristiano; sea anatema.

5.º Si alguno dijere que el asentimiento de la fe cristiana no es un acto libre, sino resultado necesario de los argumentos de la razon humana; ó que sólo para la fe viva que obra por la caridad es necesaria la gracia de Dios; sea anatema.

6.º Si alguno dijere que es igual la condicion de los fieles y la de aquellos que aún no han llegado á la única fe verdadera, de manera que los católicos pueden tener justo motivo para suspender su asentimiento, y poner en duda la fe que ya han recibido bajo el magisterio de la Iglesia, hasta que hayan completado la demostracion científica de la credibilidad y verdad de su fe; sea anatema.

IV.

DE LA FE Y LA RAZON.

1.º Si alguno dijere que en la revelacion divina no se contienen algunos misterios verdaderos y propiamente dichos, sino que todos los dogmas de la fe pueden ser en-

tendidos y demostrados por los principios naturales de la razon bien cultivada; sea anatema.

2.º Si alguno dijere que las ciencias humanas deben ser tratadas con tal libertad que sus aserciones, aunque se opongán á la doctrina revelada, pueden sostenerse como verdaderas, y la Iglesia no puede proscribirlas; sea anatema.

3.º Si alguno dijere que puede suceder que los dogmas propuestos por la Iglesia reciban en algun tiempo, con el progreso de la ciencia, distinto sentido de aquel en que los ha entendido y entiende la Iglesia; sea anatema.

Así, pues, cumpliendo con el deber de nuestro supremo cargo pastoral, conjuramos por las entrañas de Jesucristo á todos los fieles cristianos, y muy especialmente á los que están al frente ó tienen el cargo de enseñar, y con la autoridad del mismo Dios y Salvador nuestro les mandamos que trabajen con todo celo y empeño para alejar y desterrar de la santa Iglesia estos errores, y hacer brillar la luz de la fe en toda su pureza.

Y por cuanto no basta evitar la herética pravidad, si no su huye tambien con diligencia de aquellos errores que más ó menos se le aproximan; les recordamos el deber en que se hallan de observar tambien las Constituciones y Decretos en que esta Santa Sede ha proscrito y prohibido esas opiniones depravadas que no se enumeran aquí expresamente.

CONSTITUCION DOGMÁTICA

PRIMERA DE LA IGLESIA DE CRISTO.

Pio Obispo, Siervo de los siervos de Dios, con aprobacion del sagrado Concilio, para perpétua memoria.

El Pastor eterno y Obispo de nuestras almas, queriendo perpetuar la saludable obra de la redencion, determinó

edificar la santa Iglesia, en la cual, como en casa de Dios vivo, estuviesen recogidos todos los fieles con el vínculo de una misma fe y caridad. Por esta causa, antes de ser glorificado, pidió al Padre no sólo por los Apóstoles, sino también por los que mediante la predicación de éstos habían de creer en Él, que todos fuesen una cosa, como el mismo Hijo y el Padre son una cosa. Y así como envió á los Apóstoles que se había escogido del mundo con lo misma misión que Él había recibido del Padre, así quiso que hubiese siempre en su Iglesia Pastores y Doctores hasta la consumación de los siglos. Mas para que el episcopado mismo fuese uno solo é indiviso, y para que por la cohesión de los sacerdotes entre sí toda la muchedumbre de los fieles se conservase en la unidad de fe y de comunión, escogiendo entre los demás Apóstoles al bienaventurado Pedro, le constituyó en principio perpétuo y fundamento visible de esta doble unidad, sobre cuya fortaleza había de construirse un templo eterno, y levantarse sobre la firmeza de su fe una Iglesia que debía llegar hasta el cielo. Y por cuanto contra este fundamento de la Iglesia puesto por Dios, se levantan de todas partes, con mayor encono cada día, las puertas ó potestades del infierno, con el fin de destruir, si posible fuese, la Iglesia misma; Nos, para guardar, preservar y aumentar la grey católica, juzgamos necesario proponer, con aprobación del santo Concilio, la doctrina que, conforme á la antigua y constante fe de la Iglesia universal, deben tener y creer todos los fieles acerca de la institución, perpetuidad y naturaleza del sagrado primado Apostólico, sobre el cual estriba toda la fuerza y solidez de la Iglesia misma, proscribiendo y condenando al propio tiempo los errores contrarios que tanto daño causan en la grey del Señor.

CAPÍTULO I.

DE LA INSTITUCION DEL PRIMADO APOSTÓLICO EN EL BIENAVENTURADO PEDRO.

Enseñamos, pues, y declaramos que, según los testimonios del Evangelio, Cristo nuestro Señor prometió y confirió inmediata y directamente al bienaventurado apóstol san Pedro el primado de jurisdicción sobre toda la Iglesia de Dios. Pues sólo á Simon, á quien ya antes había dicho: «*Tú serás llamado Cefas,*» después que éste hizo su confesión diciendo: «*Tú eres el Cristo Hijo de Dios vivo,*» dirigió el Señor estas solemnes palabras: «*Bienaventurado eres, Simon hijo de Juan, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y á ti te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que sobre la tierra atares, atado será también en los cielos; y todo lo que sobre la tierra desatares, en los cielos será igualmente desatado.*» Y á solo Simon Pedro confirió Jesús después de su resurrección la jurisdicción de supremo pastor y rector sobre toda su grey, diciéndole: *Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas.*

A esta doctrina tan manifiesta de las divinas Escrituras, entendida como la entendió siempre la Iglesia católica, contradicen evidentemente los que, pervirtiendo la forma de gobierno establecida por Cristo Señor en su Iglesia, ó niegan el verdadero y propio primado de jurisdicción dado por Cristo á san Pedro sobre los demás Apóstoles, separados ó reunidos; ó afirman por lo menos que este primado no fué á san Pedro conferido inmediata y directamente, sino más bien á la Iglesia, y á Pedro por medio de ésta en calidad de ministro suyo.

Si alguno, pues, dijere que el Apóstol san Pedro no ha sido constituido por Cristo Señor príncipe de todos los

Apóstoles y cabeza visible de toda la Iglesia militante; ó que él no ha recibido directa é inmediatamente del mismo Jesucristo Señor nuestro, no sólo el primado de honor, sino también el de una jurisdicción verdadera y propia; sea anatema.

CAPÍTULO II.

DE LA PERPETUIDAD DEL PRIMADO DE SAN PEDRO EN LOS PONTÍFICES ROMANOS.

Mas lo que en el bienaventurado Apóstol Pedro instituyó el Príncipe de los pastores y gran Pastor de las ovejas, nuestro Señor Jesucristo, para perpétua salud y permanente bien de la Iglesia, preciso es que por disposición del mismo Señor permanezca y se perpetúe en la Iglesia, que fundada sobre la piedra ha de mantenerse firme hasta el fin de los siglos. Y en verdad para nadie es dudoso, sino antes bien reconocido en todos los siglos que el santo y beatísimo Pedro, príncipe y cabeza de los Apóstoles, columna de la fe y fundamento de la Iglesia católica, recibió de nuestro Señor Jesucristo, Salvador y Redentor del linaje humano, las llaves del reino, y que hasta el presente y siempre vive, preside y juzga en las personas de sus sucesores, que son los Obispos de la Santa Sede Romana, fundada por él y consagrada con su sangre. Por lo que cualquiera que sucede á Pedro en esta Cátedra, obtiene, según la institución del mismo Cristo, el primado de Pedro en toda la Iglesia. Subsiste, pues, en su vigor lo dispuesto por la verdad, y perseverando Pedro en la fortaleza de piedra que le ha sido dada, no ha soltado de su mano el timón de la Iglesia que se le entregó. Y de aquí es la necesidad reconocida siempre de acudir y conformarse con la Iglesia Romana, como más excelente y principal, todas las demás iglesias, es decir, los fieles de todas las naciones, á fin de constituir un cuerpo solo, unidos como miembros á su cabeza en aquella Sede, de la cual

provienen todos los derechos de una santa comunión.

Si álguien dijere, pues, que no es de institución del mismo Cristo Señor, ó de derecho divino, que san Pedro tenga sucesores perpétuos en su primado sobre la Iglesia universal; ó que el Pontífice Romano no es sucesor del bienaventurado Pedro en dicho primado; sea anatema.

CAPÍTULO III.

DE LA NATURALEZA Y ESENCIA DEL PRIMADO DEL ROMANO PONTÍFICE.

Apoyados por tanto en testimonios expesos de las sagradas Letras, é insistiendo en las claras y manifiestas decisiones, así de nuestros predecesores los Romanos Pontífices, como de los Concilios generales, renovamos la definición del Concilio Ecuménico Florentino, por la cual todos los fieles de Cristo están obligados á creer que la Santa Sede Apostólica y el Romano Pontífice tienen el primado sobre todo el orbe; y que el mismo Pontífice Romano es sucesor del bienaventurado Pedro príncipe de los Apóstoles, verdadero Vicario de Cristo, cabeza de toda la Iglesia y Padre y Doctor de todos los cristianos; y que al mismo en la persona de Pedro ha sido dada por nuestro Señor Jesucristo plena potestad de apacentar, regir y gobernar á toda la Iglesia, como consta también por los hechos de los Concilios ecuménicos y por los sagrados cánones.

Enseñamos, pues, y declaramos que la Iglesia Romana tiene por disposición divina sobre todas las otras el principado de potestad ordinaria, y que esta potestad de jurisdicción del Romano Pontífice, verdaderamente episcopal, es inmediata; y tal, que todos los pastores y fieles, de cualquiera rito y dignidad, ya separados, ya juntos, están á ella jerárquicamente subordinados, y deben verdadera obediencia, no sólo respecto á la fe y costumbres, sino también en las cosas que se refieren á la disciplina y go-

bierno de la Iglesia extendida por todo el orbe; de tal manera que, conservando la unidad de comunión y de profesión de una misma fe con el Romano Pontífice, la Iglesia de Cristo es por este hecho una sola grey bajo un supremo pastor. Esta es la verdadera doctrina católica, de la cual nadie se puede separar sin poner en peligro su fe y salvación.

Tan lejos está sin embargo de que esta potestad del Sumo Pontífice perjudique á aquella ordinaria é inmediata de la jurisdicción episcopal, por la cual los Obispos, puestos por el Espíritu Santo para suceder en lugar de los Apóstoles, apacientan y rigen como verdaderos pastores la grey, que respectivamente está encomendada á cada uno, que antes bien esta misma potestad y jurisdicción episcopal les es asegurada, fortalecida y defendida por el Pastor supremo y universal, conforme á estas palabras de san Gregorio Magno: *Mi honor es el honor de la Iglesia universal. Mi honor es el vigor sólido de mis hermanos; y entonces soy yo verdaderamente honrado, cuando no se niega el honor debido á ninguno de ellos.*

De la suprema potestad del Romano Pontífice para gobernar la Iglesia universal síguese indudablemente su derecho de libre comunicación para el ejercicio de su cargo con los pastores y rebaños particulares de toda la Iglesia, á fin de poder enseñarlos y conducirlos por el camino de la salud. Por lo cual condenamos y reprobamos las opiniones de aquellos, que dicen que esta comunicación de la suprema cabeza con los pastores y fieles puede ser lícitamente impedida, ó que la subordinan á la potestad secular, hasta pretender que, sin el beneplácito de ésta, no tiene fuerza ni valor lo que la Sede Apostólica determine, ó por su autoridad se establezca para gobierno de la Iglesia.

Y por cuanto el Romano Pontífice en virtud del derecho divino de su primado apostólico preside á toda la Iglesia, enseñamos también y declaramos que él es el juez supremo de los fieles, y que en todas las causas pertene-

cientes al fuero eclesiástico, puede recurrirse á su juicio; pero el juicio de la Sede Apostólica, como superior á todos, por nadie puede ser revocado, ni cabe otro juicio sobre él. Así que van muy lejos de la recta senda de la verdad los que tienen por lícito apelar de los juicios de los Romanos Pontífices al Concilio ecuménico, como á autoridad superior al mismo Romano Pontífice.

Si alguno, pues, dijere que al Pontífice Romano corresponde solamente el oficio de inspección ó dirección, y no una potestad de jurisdicción plena y suprema sobre toda la Iglesia, así en las cosas pertenecientes á la fe y costumbres, como también en las que tocan á la disciplina y régimen de la Iglesia extendida por todo el mundo; ó que dicho Romano Pontífice tiene en esto la parte principal, pero no toda la plenitud de la suprema potestad; ó que esta potestad suya no es ordinaria é inmediata sobre todas y cada una de las Iglesias, y sobre todos y cada uno de los pastores y fieles; sea anatema.

CAPÍTULO IV.

DEL MAGISTERIO INFALIBLE DEL ROMANO PONTÍFICE.

En el mismo primado Apostólico, que el Romano Pontífice, como sucesor del príncipe de los Apóstoles san Pedro, obtiene en toda la Iglesia, está también comprendida la suprema potestad del magisterio, como lo demuestran la creencia constante de esta Santa Sede, el uso perpétuo de la Iglesia, y las declaraciones de los mismos Concilios ecuménicos, y señaladamente de aquellos en que aparecían unidos en la misma fe y caridad el Oriente y el Occidente. Así es que los Padres del Concilio Constantino-politano cuarto, siguiendo las huellas de sus mayores, adoptaron esta solemne profesión: «La primera salud es guardar la regla de la recta fe. Y como no puede faltar la sentencia de nuestro Señor Jesucristo, que decía: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*; estas pala-

bras se hallan comprobadas por los efectos; pues que en la Sede Apostólica se ha conservado inmaculada siempre la religión católica, y como santa ha sido celebrada su doctrina. No queriendo, pues, separarnos en ningún modo de su doctrina y fe, esperamos hacernos dignos de perseverar en la comunión de la misma Sede Apostólica, en la cual se halla la íntegra y verdadera solidez de la Religión cristiana.»

En el Concilio Lugdunense segundo, profesaron los Griegos con aprobación del mismo Concilio, que «la santa Iglesia Romana obtiene el sumo y pleno primado y principado sobre toda la Iglesia Católica, principado y primado que juntamente con la plenitud de potestad reconoce veraz y humildemente haberlo recibido del mismo Señor en el bienaventurado Pedro, príncipe y cabeza de los Apóstoles, de quien el Romano Pontífice es sucesor. Y así como tiene un deber más estrecho que nadie de defender la verdad de la fe, así también á él compete el juicio definitivo de cualesquiera cuestiones que sobre la misma fe se susciten.» Finalmente el Concilio Florentino definió que «el Pontífice Romano es el verdadero Vicario de Cristo, la cabeza de toda la Iglesia, y el padre y doctor de todos los cristianos; y que á él ha sido dada en el bienaventurado Pedro por nuestro Señor Jesucristo la potestad plenaria de apacentar, regir y gobernar á la Iglesia universal.»

En cumplimiento, pues, de este deber pastoral, nuestros predecesores no han perdonado jamás ninguna fatiga, así para llevar á todos los pueblos de la tierra la saludable doctrina de Cristo, como también para mantenerla en toda su sinceridad y pureza, donde ya hubiese sido recibida. Y por esta causa los Obispos de todo el orbe, ya en particular, ya reunidos en sínodos, siguiendo la larga costumbre de las Iglesias y la forma de la antigua regla, acudieron á esta Sede Apostólica, sobre todo cuando ocurrían peligros graves en materias de fe, para que allí principalmente fuesen reparados los daños de la fe, donde la fe

misma no puede sufrir detrimento. Y los Romanos Pontífices, según se lo permitía la condición de los tiempos y de las cosas, ora convocando concilios ecuménicos, ó bien explorando el sentir de la Iglesia dispersa por el mundo, ora por medio de concilios particulares, ora en fin valiéndose de otros medios que la divina Providencia les suministraba, definieron lo que debía creerse, y que hallaron con la ayuda de Dios ser conforme á las sagradas Escrituras y tradiciones apostólicas. Porque no ha sido prometido el Espíritu Santo á los sucesores de Pedro para que enseñasen una nueva doctrina revelada, sino para guardar santamente y exponer con fidelidad la revelación enseñada por los Apóstoles y contenida en el depósito de la fe. Y esta apostólica doctrina han abrazado, venerado y seguido todos los venerandos Padres y santos Doctores ortodoxos, plenisimamente convencidos de que esta Sede de san Pedro se ha conservado siempre libre de todo error, conforme á la divina promesa hecha por nuestro Señor y Salvador al Príncipe de sus discípulos: *«Yo he rogado por tí para que no falte tu fe, y tú, una vez convertido, confirma á tus hermanos.»*

Este don, pues, de verdad y fe indefectible ha sido conferido por Dios á Pedro y á sus sucesores en esta Cátedra, para que, empleándolo por su sublime cargo en bien y salud de todos, la grey toda de Cristo fuese preservada por su medio de los pastos venenosos del error, y nutrida con el alimento de la celestial doctrina; y para que de este modo, quitada toda ocasión de cisma, se conservase la Iglesia toda en la unidad y permaneciese firme sobre su fundamento contra las puertas del infierno.

Y porque, en estos mismos tiempos en que más que nunca aparece necesaria la saludable eficacia del supremo cargo apostólico, se hallan no pocos que resisten y rebajan su autoridad, juzgamos de todo punto necesario afirmar solemnemente la prerrogativa, que el Unigénito Hijo de Dios se ha dignado reunir con el supremo oficio pastoral.

Por tanto Nos, insistiendo en la tradicion fielmente recibida desde el principio de la fe cristiana, para gloria de Dios nuestro Salvador, exaltacion de la Religion católica y salud de los pueblos cristianos, con aprobacion del sagrado Concilio, enseñamos y definimos que es un dogma revelado por Dios que el Romano Pontífice, cuando habla *ex cathedra*, esto es, cuando ejerciendo el cargo de pastor y doctor de todos los cristianos, define en virtud de su autoridad apostólica la doctrina que debe seguirse por toda la Iglesia en materias de fe y costumbres, goza por la divina asistencia que en san Pedro le ha sido prometida, de la infalibilidad de que el divino Redentor quiso dotar á su Iglesia en las definiciones doctrinales sobre la fe y costumbres; y por consiguiente que semejantes definiciones del Romano Pontífice son irreformables de sí mismas, y no en virtud del consentimiento de la Iglesia.

Si alguno, pues, osare contradecir á esta nuestra definicion, lo que Dios no permita; sea anatema.

Séame permitido añadir á este conjunto verdaderamente divino de las decisiones dogmáticas las reglas que el fundador de la Compañía de Jesús, san Ignacio, da á los religiosos de su orden, para ponerlos al abrigo de las novedades de los tiempos, y darles con ello la seguridad de que están unidos en la fe y en los sentimientos con la santa Iglesia de Jesucristo. Ya en mi religiosa juventud las habia admirado, y una larga experiencia me ha ido demostrando de dia en dia cuánta sabiduría y oportunidad encierran dichas reglas.

XVIII.—Reglas de fe ortodoxa.

«Primera regla.—Estar siempre dispuesto á obedecer con el espíritu y con el corazon, haciendo caso omiso de la propia voluntad, á la verdadera Esposa de Jesucris-

to, nuestra santa Madre, Maestra infalible y ortodoxa, la *Iglesia católica*, la que ejerce su autoridad sobre nosotros por medio de sus pastores.

«Segunda regla.—Aprobar la confesion de los pecados, tal como se practica en la Iglesia, y la recepcion de la santa Eucaristía por lo menos una vez al año, pero si se puede semanalmente, ó cuando menos todos los meses con la necesaria preparacion.

«Tercera regla.—Recomendar á los fieles la frecuente y piadosa asistencia al santo sacrificio de la misa, los cantos eclesiásticos, el oficio divino y en general las oraciones y devociones que se practican en tiempos señalados, ya en público en los templos, ó en particular.

«Cuarta regla.—Tener en gran estima el estado religioso y preferir el celibato ó virginidad al matrimonio.

«Quinta regla.—Aprobar los votos religiosos de castidad, pobreza y perpétua obediencia, así como tambien otras obras de perfeccion y supererogacion. Al hablar de esto debemos observar que no se debe obligar nunca con voto á un estado que podria servir de impedimento para otro más perfecto, como por ejemplo el matrimonio; porque, como dice la teología, el voto es esencialmente un compromiso á la perfeccion, la promesa de un bien mejor.

«Sexta regla.—Aprobar la veneracion é invocacion de los santos, el culto de las reliquias, las procesiones, romerías, indulgencias, jubileos, el uso de encender cirios ó de hacer arder lámparas al rededor de un altar y las otras prácticas de esta clase, útiles á la piedad.

«Séptima regla.—Aprobar las abstinencias y los ayunos no sólo los de precepto, como en la cuaresma, las cuatro tómporas y las vigiliias, sino tambien los ayunos del viernes y sábado que son de pura devocion.... y las mortificaciones ó penitencias voluntarias, no solamente las interiores, si que tambien las exteriores.

«Octava regla.—Aprobar las santas imágenes que honramos por lo que ellas representan y la magnificencia en la construccion y ornamentacion de las iglesias.

«*Regla novena.*—Lejos de censurar de ningún modo los preceptos de la Iglesia, defenderlos por medio de todas las razones que puede proporcionar el estudio.

«*Regla décima.*—Procurar conformarse en todo con los decretos, tradiciones, preceptos, ritos y usos en la fe de nuestros padres y superiores. Aun cuando en sus costumbres no siempre se encontrare la integridad que fuere de desear, abstenerse de hablar contra ellos en conversaciones privadas ó en discursos públicos, puesio que más que utilidad se da escándalo y desórden. Como que con estas invectivas no se saca otra cosa que predisponer el ánimo de los pueblos contra sus príncipes y pastores, es necesario abstenerse de semejantes comentarios, y de culpar á los señores ausentes delante de sus súbditos, y que en su lugar se dirijan á los que están autorizados para remediar el mal.

«*Regla undécima.*—Tener en gran estima la enseñanza de los Padres y teólogos. Aquellos, como san Jerónimo, san Agustín y san Gregorio, trabajaron para formar corazones cristianos; éstos, con la ruta que abrieron santo Tomás y san Buenaventura, etc., y la que siguieron tantos doctores antiguos y modernos, se propusieron curar los espíritus de los errores contemporáneos y alumbrarlos con nociones exactas y dogmas bien definidos. Viendo despues de los Padres, á su semejanza, se instruyeron en las santas Escrituras y los escritos de la antigüedad, poseyendo además los preceptos y definiciones de los concilios, los reglamentos y constituciones de la Iglesia y el espíritu de Dios, que poderosamente les ayudó á aprovecharse de todos estos medios para dirigir á los fieles por el camino de salvacion.

«*Regla duodécima.*—Evitar las comparaciones entre los hombres existentes y los santos, por grande que sea su mérito, como decir: Fulano es más sabio que san Agustín: Ved ahí otro san Francisco: Este es tan celoso y elocuente como san Pablo,

«*Regla décima tercera.*—Para que no tengamos más que

un espíritu y una alma con la Iglesia de Jesucristo, es necesario que llegue á tal punto nuestra confianza en ella, que si dijera que es falsa una cosa que tuviéramos por verdadera, nos conformáramos con su opinion; porque hay que creer sin ninguna duda que el espíritu de Jesucristo es el espíritu de su Esposa, y que el Dios que en otro tiempo promulgó el Decálogo es el mismo que inspira hoy y dirige á la Iglesia.

«*Regla décima cuarta.*—Aunque es muy cierto que no hay quien consiga su salvacion, si no es predestinado, al tratar este punto se debe hablar con gran circunspeccion, por temor de que, concediendo demasiado á la gracia, no parezca que se quiera destruir el libre arbitrio ni el mérito de las buenas obras; ó dando demasiado al libre arbitrio, no se debilite el poder y la eficacia de la gracia.

«*Regla décima quinta.*—Por este mismo motivo muy raras veces se debe hablar de la predestinacion, y si alguna vez se tuviera que hablar, hacerlo de tal modo que el pueblo no pueda decir: Si está ya decidida mi eterna suerte, lo mismo es que obre bien ó mal; porque de todos modos me sucederá lo que Dios ya ha determinado. Máxima que muy á menudo hace que dejen de hacer buenas obras y medios para salvarse.

«*Regla décima sexta.*—Sucede con frecuencia que á fuerza de exaltar el mérito de la fe, sin añadir á ella ninguna explicacion ni distincion, se da á los pueblos un pretexto para que se relajen en la práctica de las buenas obras, olvidando que éstas siempre preceden á la fe, ó son una consecuencia de ella cuando está animada por la caridad.

«*Regla décima séptima.*—Se debe andar tambien con sumo cuidado en no hablar con tal extremo de la gracia divina, que los creyentes lleguen á creer que no pueden dejar de tenerla; hay que hablar de ella tal como lo reclama la gloria de Dios y los tiempos que atravesamos, para evitar de este modo el atacar la libertad y la eficacia de las buenas obras.

«*Regla décima octava.*—Aunque es muy útil y loable

servir á Dios sólo por puro amor, se debe no obstante recomendar mucho el temor de Dios, y no sólo el temor filial, sino hasta el servil, el que es muy útil y á menudo necesario para que el hombre se levante pronto del pecado. Tan luego como haya salido de este estado y se vea libre de afecto al pecado mortal, puede hablársele del temor filial, verdaderamente digno de Dios, que da y conserva la union del puro amor.»

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

de los autores que se pueden consultar y están citados en la obra.

- AMYOT (P.). *Mémoires concernant les Chinois.*
AGASSIZ (L.). *De l'Espèce et de la classification en zoologie.*
Germer-Bailliére.
ARAGO (François). *Œuvres.* 16 vol.
ARCHIAC (D'). *Introduction à l'étude de la Paléontologie stratigraphique.*
ATTICUS. *Lettres d'Atticus ou considération sur la Religion catholique et le Protestantisme par un Anglais protestant.*
Paris, au bureau du *Mémorial catholique.*
AUGUSTIN (Saint). *Œuvres complètes.*
AZEVEDO EMMANUEL. *De Sanctissimi Domini nostri Benedicti Papæ XIV, olim Prosperi Card. de Lambertini, etc., doctrina de Sercorum Dei beatificatione et de Beatorum canonizatione in synopsis redacta.* 2 vol.
BABBAGE (Cl.). *The Ninth Bridgewater Treatise.* London, John Murray, Albermade street.
BAILLY. *Traité de l'Astronomie indienne et orientale.*
BALFOUR-STEWART. *La Conservation de l'énergie.*
BARONIUS. *Annales de l'Eglise.*
BARRUEL (Père). *Helviennes ou Lettres provinciales.*
BARTHÉLEMY. *Erreurs et mensonges historiques.*
BASTIAT. *Le Socialisme.*
BAUDRANE (Père). *Œuvres complètes.* 2 vol. in-4, Migne.
BAUDRAND (Père). *Dictionnaire des Missions.* 2 vol. in-4, Migne.
BAUDRAND (Père). *Dictionnaire des preuves de la divinité de J.-C.* 1 vol. in-4, Migne.
BAUDRAND (Père). *Dictionnaire d'Hagiographie.* 2 vol. in-4, Migne.
BELGRAND. *Le Bassin parisien aux âges antéhistoriques.*
BELLUCI. *Ricerche d'Antropologia preistorica nella valle Vi-*

servir á Dios sólo por puro amor, se debe no obstante recomendar mucho el temor de Dios, y no sólo el temor filial, sino hasta el servil, el que es muy útil y á menudo necesario para que el hombre se levante pronto del pecado. Tan luego como haya salido de este estado y se vea libre de afecto al pecado mortal, puede hablársele del temor filial, verdaderamente digno de Dios, que da y conserva la union del puro amor.»

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

de los autores que se pueden consultar y están citados en la obra.

- AMYOT (P.). *Mémoires concernant les Chinois.*
AGASSIZ (L.). *De l'Espèce et de la classification en zoologie.*
Germer-Bailliére.
ARAGO (François). *Œuvres.* 16 vol.
ARCHIAC (D'). *Introduction à l'étude de la Paléontologie stratigraphique.*
ATTICUS. *Lettres d'Atticus ou considération sur la Religion catholique et le Protestantisme par un Anglais protestant.*
Paris, au bureau du *Mémorial catholique.*
AUGUSTIN (Saint). *Œuvres complètes.*
AZEVEDO EMMANUEL. *De Sanctissimi Domini nostri Benedicti Papæ XIV, olim Prosperi Card. de Lambertini, etc., doctrina de Sercorum Dei beatificatione et de Beatorum canonizatione in synopsis redacta.* 2 vol.
BABBAGE (Cl.). *The Ninth Bridgewater Treatise.* London, John Murray, Albermade street.
BAILLY. *Traité de l'Astronomie indienne et orientale.*
BALFOUR-STEWART. *La Conservation de l'énergie.*
BARONIUS. *Annales de l'Eglise.*
BARRUEL (Père). *Helviennes ou Lettres provinciales.*
BARTHÉLEMY. *Erreurs et mensonges historiques.*
BASTIAT. *Le Socialisme.*
BAUDRANE (Père). *Œuvres complètes.* 2 vol. in-4, Migne.
BAUDRAND (Père). *Dictionnaire des Missions.* 2 vol. in-4, Migne.
BAUDRAND (Père). *Dictionnaire des preuves de la divinité de J.-C.* 1 vol. in-4, Migne.
BAUDRAND (Père). *Dictionnaire d'Hagiographie.* 2 vol. in-4, Migne.
BELGRAND. *Le Bassin parisien aux âges antéhistoriques.*
BELLUCI. *Ricerche d'Antropologia preistorica nella valle Vi-*

- brata nei Abruzzi Terra mari.* (Archives d'Antropologie et d'Ethnologia.) Bologne, Capellini.
- BENEDEN M.-P.-J. Van.). *Les Commensaux et les Parasites dans le regne animal.*
- BENNUZZI (Isidoro). *La Divine Révélation et la Géologie.* Parme, 1869.
- BERGIER. *Dictionnaire de Théologie.*
- BERNAYS (Albert). *The Science of home life.*
- BERTHELOTH. *Synthèse chimique.* Paris, Germer-Baillièrè.
- BERNSTEIN. *Les Sens.* Paris, Germer-Baillièrè.
- BERTRAND (Abbé). *Dictionnaire des Religions.*
- BEUDAND. *Géologie.*
- BIOT. *Mélanges scientifiques.*
- BLASEMA. *Le Son et la Musique.* Paris, Germer-Baillièrè.
- BONNETTY. *Manuel des Œuvres et Institutions religieuses et charitables de Paris.* Poussielgue.
- BONNETTY. *Rapports des Romains et des Juifs,* 4 vol. in-8.
- BONNETTY. *Annales de philosophie chrétienne.*
- BOSSUET. *Œuvres.*
- BOUCHER DE PERTHES. *Antiquités celtiques.*
- BOULLIER (Francisque). *Du Plaisir et de la Douleur.* Paris. Germer-Baillièrè.
- BOURLOT. *Histoire de l'Homme préhistorique.*
- BOUTILLIS (Louis). *Exposé sommaire et méthodique des principes généraux de la géologie.* Rouen, imprim. Léon Deshais et Comp.
- BROCA. *Recherches sur l'hybridité animale et humaine.*
- BROUGHAM (Henri, lord). *Tracts mathematical.* Richard Griffin, London and Glasgow.
- BUCHNER (Louis). *L'Homme selon la science.*
- BURMEISTER. *Histoire de la Création.* Savy.
- CALMET (Dom). *Dictionnaire de la Bible.* 4 vol. in-4, Migne.
- CALMET (Dom). *Dictionnaire des Harmonies de la Raison et de la Foi.* 1 vol. in-4, Migne.
- CARO. *Le Matérialisme et la Science.*
- CARO (E.). *Le Matérialisme et la Science.* Paris, Hachette.
- CAUCHY. *Sept Leçons de physique générale.*

- CAUSSETTE (Père). *Le Bon Sens de la Foi.* 2 vol. Paris. Victor Palmé.
- CHABAS. *Étude sur l'antiquité historique d'après les sources égyptiennes et les monuments réputés historiques.*
- CHATEAUBRIAND. *Œuvres.*
- CHEVALIER. *Dictionnaire des altérations et falsifications.*
- CHEVALIER (Abbé). *Récits évangéliques. Examen critique de l'ordre cronologique et synoptique des faits.* Paris, Martin et Audier, rue du Cherche-Midi, 87.
- CHEZEAU (Jean-P.-L.). *Remarques sur Daniel.* Seconde partie astronomique. Lausanne 1777.
- CHOGER (Abbé). *La Genèse du globe terrestre d'après les traditions antiques et les découvertes de la Science moderne.* Paris, Lethielleux.
- CONSTANTIN JAMES. *Du Darwinisme ou l'homme singe.* Paris, Plon.
- COMPTES RENDUS. *Académie des sciences de Paris.*
- COMPTES RENDUS. *Association Britannique, etc.*
- COMPTES RENDUS. *Sociétés savantes étrangères.*
- COMPTE (Auguste). *Philosophie positive.*
- CORNELIUS A LAPIDE. *Commentaires sur la sainte Écriture.* 2 vol.
- CORNOLDI (Abbé). *Étude sur l'état surnaturel.* Rouen, Fleury, éditeur.
- COYTEUX. *Études sur la physiologie.* Masson.
- CUVIER. *Discours sus les révolutions du globe.*
- DALLY. *De la place de l'Homme dans la nature.*
- DANIEL (Père). *Les Études classiques dans la Société chrétienne.* Paris, Douniol.
- DARRAS. *Histoire de l'Église.*
- DARWIN. *La Descendance de l'homme et la Sélection sexuelle.*
- DARWIN. *Origine des espèces.*
- DAUBRÉE. *Rapport sur les progrès de la géologie expérimentale.*
- DESCHAMPS (M.-H.) *Études des races humaines.* Paris, Leibes et Cormelin.
- DES CLOISEAUX. *Manuel de Minéralogie.* 2 vol. Paris, Dunod.

- DESDOUITS. *L'Homme en la Création ou théorie des causes finales dans l'univers*. Paris, Jacques Lecoffre.
- DESDOUITS. *Soirées de Monthéry*. 3.^e édition.
- DOISY. *Dictionnaire d'économie charitable*. 4 vol. in-4, Paris, Migne.
- DOUBLET (Abbé). *Les Psaumes*.
- DRAPER. *La Science et la Religion*.
- DRAPER. *Les Conflits de la Science et de la Religion*. Paris, Germer-Vaillière.
- DU BOIS REIMOND. *Les bornes de la philosophie naturelle*.
- DUCLOT. *Sainte Bible vengée*. 3 vol. in-8, Paris et Lion, Pe-lagand.
- DUMONT (L.-A.). *Hæchel et la théorie de l'évolution en Alle-magne*.
- DUPONT (E.). *L'Homme pendant les âges de la pierre*.
- EISENLOHR. *Discours de Ramsès à son peuple*.
- ÉLIE MÉRIE. *La Chute originelle et la responsabilité humaine*.
- EMERY. *Œuvres complètes*. Migne.
- ENVIEU (Abbé FAVRE D'). *Les Origines de la terre et de l'homme*. Paris, Périsse.
- EVANS (John). *The ancient stone implement*.
- FAIVRE (Ernest). *La Variabilité des espèces et ses limites*. Genève, Boilleu.
- FÉLIX (Père). *Conférences de Notre-Dame de Paris*.
- FELLER (DE). *Biographie universelle*.
- FEUERBACH. *Liberté de penser*.
- FLOURENS. *Longévité de la vie*.
- FLOURENS. *Ontologie naturelle*.
- FIGUIER (Louis). *Exposition et histoire des principales dé-couvertes scientifiques et modernes*. 4 vol. Victor Masson.
- FIGUIER. *Les Races humaines*. Hachette.
- FOLYE. *Du commencement et de la fin du monde*.
- FURCHS. *Les Volcans et les tremblements de terre*. Paris, Germer-Baillièrre.
- GAINET (Abbé). *Accord de la Bible et de la géologie*.
- GAINET (Abbé). *La Bible sans la Bible*.
- GAUBIL (Père). *Histoire de la Astronomie chinoise*.
- GAUME (Mgr). *Œuvres*.

- GAVARET. *Les Phénomènes physiques de la vie. L'Uomo pre-historico*.
- GLAIRE (Abbé). *Livres saints vengés*.
- GODWIN (C.-W.). *Cosmogonie de Moïse*.
- GOGUET (Président). *De l'Origine des Lois, des Arts, des Sciences et de leur progrès chez les anciens peuples*.
- GORINI (Abbé). *La défense de l'Église contre les erreurs his-toriques de MM. Guizot, Augustin et Amédée Thierry, Michelet, Ampère, Quinet, Fauriel, etc.* 3 vol. in-8, Lyon, Girard et Jossierand, 1859.
- GOUANOFF. *Discours sur l'étude fondamentale des langues*.
- GOUGENOT DES MOUSSEAUX. *La Magie au XIX^e siècle*. Paris, Henri Plon.
- GOUGENOT DES MOUSSEAUX. *Les Mediateurs et les moyens de la magie, etc.* Plon.
- GUÉRIN (Abbé). *Astronomie indienne*. Imprimé par autori-sation du Roi, imprimerie royale, 1827.
- GUIZOT. *Méditations sur l'état actuel de la Religion chré-tienne*. 2 vol. Paris, Michel Levy.
- HAMY. *Études sur la Paléontologie*.
- HENDERSON (Rev. U.). *An Essay on the Identity of the scene of man's Creation, Fall, and Redemption*. London, Tho-mas Richardson and son.
- HEW (Osvald). *Monde primitif*.
- HIRN. *Conséquences philosophiques et métaphysiques de la thermodynamique*.
- HOCHSTETTER. *Archives d'Anthropologie*.
- HÖCKEL. *Histoire de la Création nouvelle*.
- HUMBERT. *Vue des Cordillères*.
- HUXLEY. *Place de l'homme dans la nature*.
- INSTITUT DES JÉSUITES. *Ragionamento*.
- JAMES FERGUSSON. *Les monuments mégalithiques*. Paris, Haton.
- JANET (Paul). *Les Causes finales*. Germer-Baillièrre.
- JÉROME (SAINT). *Œuvres diverses*. Migne.
- JOSÉPHE. *Antiquités judaïques*.
- JULIEN (Félix). *Voyage au pais de Babel ou exploration à*
- TOMO I. 24

travers la Science des langues. Étude de Philologie comparée. Paris, Plon, éditeur.

JURIEU. *Apologie pour la Réformation de la Foi.* 38^e édition.

KEAST (Lord John). *The peninsula of Sinai.* The leisure hour, année 1870.

LAMBERT (Abbé). *Le Déluge mosaïque.* Victor Palmé.

LAMBERTO CAPPANERA. *Elettricità e Magnetismo di Fleeming Jenkin.* Firenze coi tipi di M. Cellini.

LAPLACE. *Exposition du système du monde.*

LAVELEYE (E. DE). *Des Formes de gouvernement.* Paris, Germer-Baillièrè.

LAURENCE. *Scientific Researches.*

LECKI *Histoire du Rationalisme.*

LECONTE (Abbé). *Le Darwinisme et l'origine de l'homme.*

LEHIR (Abbé). *Etudes bibliques. Le Livre de Job.* Paris, Jouby et Ro.

LE HON. *L'Homme fossile en Europe, son industrie, ses mœurs, ses œuvres d'art.* Bruxelles, 1868.

LENOIR (Abbé). *Dictionnaire des droits de la Raison dans la Foi.*

L'ÉPINOIS (ENRI DE). *La Question de Galilée, les faits et leurs conséquences.* Paris, Victor Palmé.

LEROUGE (Abbé). *Les Témoins du Seigneur.* Paris, Waille, rue Cassette.

LESUEUR. *Chronologie des rois d'Égypte.*

LEVERRIER. *Harmonie des Mondes.*

LITTRÉ. *Philosophie positive.*

LLYOD. *Papers of physical science.*

LUBBOCK (John). *Prehistoric times.*

LUPUS (Abbé). *Le Traditionalisme et le Rationalisme examinés au point de vue de la philosophie et de la doctrine chrétiennes.*

LUYS. *Le Cerveau et ses fonctions.* Paris, Germer-Baillièrè.

LYELL (Charles). *Principes de Géologie.*

LYELL (Charles). *Les évidences géologiques de l'antiquité de l'homme.*

MAC-CARTHY (Père). *Sermons.* 4 vol. Paris et Lyon, Pélagaud et C^{ie}.

MAISTRE (J. DE). *Œuvres.*

MALTHUS. *La Population.*

MAREY. *La Machine animale.* Paris, Germer-Baillièrè.

MAREY. *Du Mouvement dans les fonctions de la vie.*

MARIN DE CARRAMBAYS (E.). *Etudes sur les Origines au point de vue comparatif de l'état actuel de la Science et du récit cosmogonique de Moïse.*

MARTIN (Aimé). *Education des femmes.*

MARTIN (H.). *Les Sciences et la Philosophie.*

MARTIN (H.). *Essais de critique religieuse.*

MARTIN (H.). *La Vie future suivant la Foi et suivant la Raison.* Paris, Dezobry.

MARTIGNY. *Antiquités chrétiennes.*

MAUDRLEY. *Le Crime et la Folie.* Paris, Germer-Baillièrè.

MAUPIED (Abbé). *Le Déluge mosaïque.*

MAURY (Alfred). *La Terre et l'Homme.*

MEIGNAN (Mgr). *Le Monde et l'Homme primitif.*

MERZ. *Thesaurus biblicus, hoc est, Dicta, sententiæ, et exempla ex SS. Bibliis collecta, etc.* Venetiis, Nicolaus Pezzano, 1 vol. in-4.

MERZ. *Summa aurea de Beatæ Mariæ Virginis laudibus.* 12 vol. in-4, Migne.

MEUNIER STANISLAS. *Géologie des environs de Paris.* J. B. Baillièrè.

MIVART (St-Georges). *Genesis of Species.* In-18, Macmillan et C^{ie}, 1871.

MOLESCHOTT. *Cours de Philosophie,* professé à Turin.

MOLESCHOTT. *La Circulation de la vie.*

MONSABRÉ (Père). *Exposition du dogme catholique. Conférences de Notre-Dame de Paris.* 5 vol. Edouard Baltenwech, Paris.

MOTAIS (abbé). *Salomon et l'Ecclesiaste.*

MORTILLET. *Promenades au musée de St-Germain. Matériaux pour servir à l'histoire de l'homme.*

MULLER (J.). *Physiologie de l'homme.*

- MULLER (J.). *Des Causes de la coloration de la peau et des différences dans les formes du crâne au point de vue de l'unité du genre humain.*
- NAPOLÉON I^{er}. *Mémorial de Sainte-Hélène.*
- NICOLAS. *La Raison et l'Évangile suivi de Considérations sur les Universités catholiques.* Paris, Poussielgue.
- NICOLAS. *Études philosophiques sur le Christianisme.* 4 vol.
- NICOLAS. *L'Art de croire.* 2 vol.
- NICOLAS. *La Vierge Marie et le plan divin.* 4 vol.
- OBRY (J.-B.-P.). *Du Berceau de l'espèce humaine selon les Indiens, les Perses et les Hébreux.* Amiens, veuve Hersent, 1858.
- ONIMUS. *De la Théorie dynamique de la chaleur dans les sciences biologiques.* 1866.
- OSBURN (W.). *Histoire monumentale de l'Égypte.*
- PAPLORE (Abbé). *Manuel des Œuvres et Institutions religieuses et charitables.* 1877. Paris, impr. nationale.
- PASCAL (P.). *Conférences de Marseille.* Carême 1878.
- PASSY (Frédéric). *Les Principes de la population.*
- PERNY (Père Paul). *Appendice au Dictionnaire français. Livres chinois de la langue mandarine parlée.* Paris, 1872.
- PERRONE. *Prælectiones theologicae.* 2 vol. in-4, Paris, Migne.
- PETTYGREN. *La Locomotion chez les animaux.*
- PLACE CH. (Abbé). *Jésus-Christ, sa divinité, son caractère, son œuvre et son cœur.* (Conférences). Paris, Durand et Pedone-Lauriel.
- PIANCIANI (GIOVAN-BATTISTA). *Cosmogonia naturale comparata col Genesi.*
- PIAZZI SMITH. *On the Antiquity of intellectual man from a practical and astronomical point of view.* Edimbourg, Edmonston and Douglas, 1868, pet. in-18.
- PIAZZI SMITH. *Life and work at the great Pyramid, during the months of January, February, March and April.* 1868. 3 vol. in-8.
- POCHON (Abbé). *Origine des fossiles et des continents ou nouvelle théorie de la terre.*

- PONTÉCOULANT (Compte). *Théorie analytique du système du monde.*
- POUCHET. *Pluralité des races humaines.*
- PRESSY (Mgr.). *Œuvres complètes.* 2 vol. in-4, Migne.
- QUATREFAGES (de). *Charles Darwin et ses précurseurs français.*
- QUATREFAGES (de). *Unité de l'espèce humaine.*
- QUATREFAGES (de). *Les Polynésiens et leurs migrations successives.*
- QUÉTELET. (Ad.). *Anthropométrie ou mesure des différentes facultés.* Bruxelles, Muquardt, etc.
- RARA (Abbé). *Raison et Révélation.* Douai, imprimerie catholique de L. Dechrisme.
- RAZY E. *Le Livre de la Charité.* Roger et Chernoviz.
- REUSCH. *Bible de la nature.*
- ROBIN. *Anatomie microscopique.*
- ROHRBACHER. *Histoire de l'Église.*
- ROSSEW SAINT-HILARE. *Histoire d'Espagne.*
- ROSSY (Michel de). *Revue d'un opuscule de l'architecte spirite Aubert. Rome et les inondations du Tibre au double point de vue historique et géologique.*
- ROUGÉ (de). *Notice sommaire sur les monuments d'Égypte.*
- ROUGEMONT (de). *L'Age de bronze ou les Sémites en Occident.* Germer-Baillièrre.
- SANSON (André). *Zootéchnie.*
- SAUVAGE. *Les Poissons fossiles.*
- SCHUTZENBERGER. *La Fermentation.*
- SCHÜTZEGEBBER. *Les Fermentations.* Paris, Germer-Baillièrre.
- SCHMIDT. *Descendance et Darwinisme.*
- SCHMIDT. *Relation entre l'Écriture sainte et la Géologie.*
- SCHUBEL. *De l'Universalité du déluge.* Pascal Duprat, Paris.
- SECCHI (Père). *Unité des forces physiques.*
- SECONDO FRANCO (Père). *Risposte popolari alle Obbiezioni più comuni contro la Religione.* Roma, col tipi della Città Cattolica.
- SERRES (Marcel de). *Cosmogonie de Moïse.*
- SIMONIN. *La Vie souterraine.*

SORIGNET (Abbé). *La Cosmogonie de la Bible devant les Sciences perfectionnées, ou la Révélation primitive démontrée par l'accord suivi des faits cosmogoniques avec les principes de la Science générale.*

SOUTHALL (C. James). *L'Origine récente de l'homme mise en évidence par la Géologie et la Science moderne de l'archéologie préhistorique.* Gr. in-8, Philadelphie. J. B., Lippincott et Comp., London, Trubner et Comp., année 1875.

SPENCER (Herbert). *Les Premiers Principes.*

SPENCER (Herbert). *Principes de Psychologie.*

STUART MILL. *Auguste Comte et le Positivisme.*

STUG. *Géologie et Bible.*

TAIT ET BALFOUR-STEWART. *The Unseen Universe, or physical speculation on a futur state. (L'Univers invisible, ou spéculation physique sur un état futur.)*

TERTULLIEN. *Œuvres diverses.* Migne.

THÉRESE (SAINTE). *Œuvres complètes.* 2 vol. in-4.

TRÉMAUX. *Origine de l'homme et des autres êtres.*

TRESTRAM (H.-B.). *The Natural History of Bible.*

TRIMMES JOSHUA. *Géologie pratique et Minéralogie.*

TURQUAIS (Abbé). *Magnificences de l'Eucharistie.* Paris, Hevert, Vermot successeur.

TYNDALL. *Discours divers. Le Son. La Chaleur. Les Glaciers et les transformations de l'eau.*

VALROGER (Père de). *L'Age du monde et l'homme d'après la Bible et l'Église.*

VALROGER (Père de). *De la Chronologie biblique. Temps primitifs, dans la Revue des questions historiques, t. VI, p. 399.*

VATEL. *Recherches sur l'Amérique et sa population par l'ancien continent.*

VEZIAN. *Prodromes de Géologie.*

VIGOUROUX (Abbé). *La Bible et les Découvertes modernes en Égypte et en Assyrie.* 2 vol. Paris, Berché et Tralin.

VOLNEY. *Voyages.*

VOGEL. *La Photographie et la Chimie de la lumière.* Paris, Germer-Bailliére.

VOGT (Karl). *Lettres physiologiques.*

WALWORTH. *Essais et discours sur l'authenticité et la vérité des récits bibliques.*

WATERKEYN (H.-B.). *La Science et la Foi sur l'œuvre de la Création, ou Théories géologiques et cosmogoniques comparées avec la doctrine des Pères de l'Église sur l'Œuvre des six jours.*

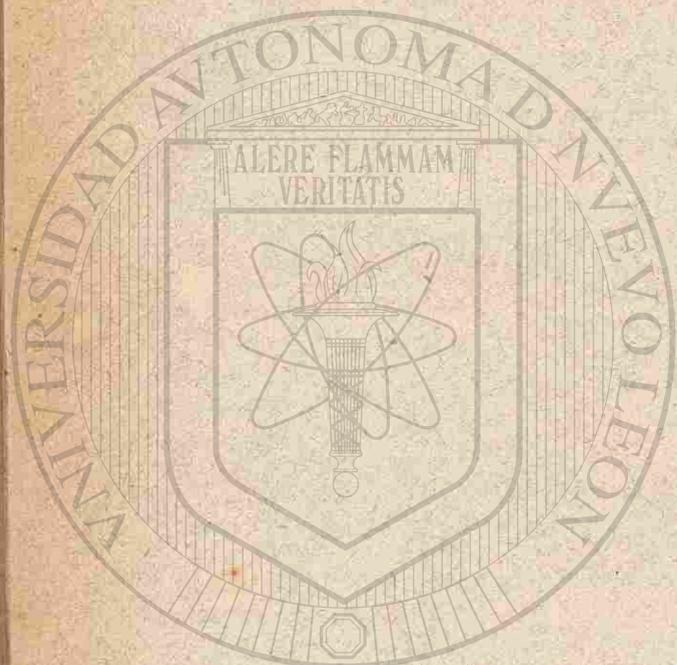
WHERVELL (William). *Histoire des sciences inductives depuis les temps les plus reculés jusqu'à nos jours.* 3 vol.

WISEMAN (Cardinal). *Discours sur les rapports entre la Science et la Religion.* 2 vol.

WITENEY. *Vie du langage.*

ZELLER. *Un Empereur et un Pape au moyen âge.*

ZOLLMANN (Th.). *Bible et Nature. Harmonie de la Science et de la Foi.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

	Págs.
Dedicatoria..	V.
Breve de Leon XIII al autor.	VI.
Prólogo del autor.	XII.

LA FE

CAPÍTULO I.

El Símbolo de la fe, dogmas, moral, oraciones.	23
Mandamientos de la ley de Dios.	28
Preceptos de la Iglesia.	29
Sacramentos de la Iglesia.	29
Doble vida y doble muerte del hombre.	32
Postrimerías del hombre.	32
Virtudes teologales.	33
Pecados capitales.	33
Reglas de caridad cristiana.	33
Oraciones principales del cristiano.	34

CAPÍTULO II.

La Fe es necesaria, Jesucristo.	39
La Fe en Dios, en Jesucristo, en la Iglesia, es absolutamente necesaria á los individuos.	44
Es igualmente necesaria á las naciones y á los pueblos.	46
La ciencia es impotente para dar la santidad, la verdad y la prosperidad.	47
Los maestros de la moral independiente.	49

CAPÍTULO III.

La Fe es rara.	51
La Fe práctica.	52

	Págs.
La Fe teórica.	52
El materialismo y la literatura materialista. . .	56
La Fe rara, pero de modo que esto mismo es un esplendor de la Fe.	58
Los agapes del libre pensamiento.	59
La comunión pascual de Notre-Dame.	60
El Papa Pío IX.	63
El dinero de S. Pedro.	64
La canonización de José Labre.	66

CAPÍTULO IV.

Causas comunes ó generales de la pérdida de la fe.	69
El espíritu pagano.	70
La lengua desconocida de lo sobrenatural, la atrofía de las inteligencias.	71
Los esplendores de la Edad media.	76
El Renacimiento, invasión del espíritu y arte paganos.	78
Empuje del movimiento pagano.	79
El siglo de Leon X ó de los Médicis.	81
La Reforma, hija mayor del Renacimiento. . .	82
Fatal influencia del espíritu pagano en la enseñanza.	84
Los clásicos paganos juzgados y condenados por los Padres.	86
—por las constituciones de la Iglesia.	88
—por las autoridades más competentes.	89
La revolución francesa, hija de la enseñanza pagana.	93
La filosofía bajo la influencia del espíritu pagano.	96
El espíritu pagano padre del eclecticismo y materialismo.	100
La familia, la sociedad, la religion, tales como las ha hecho el naturalismo del espíritu pagano.	104
Necesidad y posibilidad de aminorar la importan-	

	Págs.
cia de los clásicos paganos.	107
Por qué en Francia no se sabe latin.	109
Los estudios clásicos dentro de poco no serán más que un recuerdo.	112
Bellezas del latin de los Padres de la Iglesia. . .	113
Exageraciones de los exámenes del bachillerato.	114
Llamamiento al clero.	115
Peligros de los pensionados y pequeños colegios.	116
Peligros de los establecimientos sin fe.	118
Reformas que hay que hacer en la enseñanza del clero.	120

CAPÍTULO V.

El espíritu revolucionario. Los principios del 89.	123
Definición del espíritu revolucionario.	125
La legislación sin Dios.	126
Tolerancia ó resignación de la Iglesia.	129
Lección dada por el padre del Hijo pródigo. . .	132
El <i>Syllabus</i> de Pío IX.	135
Cuán fácil es perder la fe.	136
Separación de la Iglesia y del Estado.	137
Principios fundamentales de toda sociedad. . .	138
Gobierno perfecto ó anormal.	138
Gobierno imperfecto ó anormal.	139
En qué condiciones un gobierno anormal cumple su misión providencial.	140
¿Es posible en Francia semejante gobierno? . .	141
La libertad en América.	142
La libertad de examen, de conciencia, de imprenta.	143
Verdad y justicia del <i>Syllabus</i>	146
Homenaje de M. Sarcey á la Congregación del <i>Índice</i>	149
¡Cuán lejos están de nosotros!	151
La Iglesia se dirige á los buenos católicos. . .	152

	Págs.
Infalibilidad del Soberano Pontífice.	152
Dos clases de libertad.	154

CAPÍTULO VI.

Causas individuales de la pérdida de la fe.	155
El pecado á sangre fria. Su definicion.	156
Condiciones en que se ejerce la providencia amorosa de Dios.	159
Violacion de la ley de Dios, primer pecado á sangre fria.	160
El séptimo dia es el dia del Señor.	161
El descanso del séptimo dia es muy conforme á la naturaleza del hombre.	162
Reaccion en favor del domingo.	164
Santificacion del domingo.	165
El reposo infernal del lunes.	166
El hombre tiene necesidad de pan y no de fiestas.	168
El hombre tiene que vivir cada dia.	169
Quien trabaja ora.	170
Venta con pesas y medidas falsas, sofisticacion de las sustancias, segundo pecado á sangre fria.	171
Diccionario de alteraciones y sofisticaciones.	174
Monstruoso ejemplo de fraude.	175
Debilidad de la legislacion y de la administracion.	175
Olvido de las leyes de la abstinencia y ayunos, tercer pecado á sangre fria.	176
Sea el hombre débil, sea el hombre un atleta, necesita de la abstinencia.	177
La abstinencia es de economía pública.	178
La abstinencia es muy poca cosa.	179
No mancha al hombre lo que entra en la boca, sino lo que sale de ella.	180
Beneficios ilícitos sacados por los domésticos á costas de sus amos.	181
El sueldo por libra.	181

	Págs.
Violacion de las leyes que deben presidir á la union del hombre y de la mujer.	183
Doctrinas de Malthus.	184
La bendicion del cielo.	184
Leyes providenciales que rigen la propagacion del género humano.	184
La renuncia virtuosa no es cristiana.	186
La mojigatería no es el pudor.	187
El onanismo en el matrimonio es un atentado contra Dios, contra la familia, contra la sociedad.	189
Dejad que la mujer haga lo que hace.	189
El onanismo es un atentado contra la naturaleza y la pasion.	190
Consecuencias de los fraudes en la generacion.	192
Las habitaciones del siglo XIX y el santuario de la familia.	193
Mortalidad enorme.	194

CAPÍTULO VII.

La fe subjetiva, la adhesion á las luces de la revelacion es eminentemente razonable.	196
La fe definida por san Pablo.	297
El hombre es un sér muy limitado en el orden físico, moral, intelectual, científico y filosófico.	297
Lo inaccesible é inconocible en el orden natural y sobrenatural.	201
La fe es el telescopio de nuestra inteligencia.	203
La fe sola nos revela la verdad sobre Dios.	206
—sobre nuestro prójimo.	207
—sobre nosotros mismos.	209
El hombre abandonado á su razon es un ciego llevado por otro ciego.	210
El robo del platillo del ciego.	210
La fe es la sustancia de las cosas que se han de esperar.	213

	Págs.
El alma del hombre no se llena con ningun bien terreno.	214
Confesion solemne de Salomon.	216
La fe sola explica el enigma de la felicidad de los malos.	217
Todo sin fe es contradiccion y desespero.	217
Los enemigos irreconciables del hombre.	217
La civilizacion actual es eminentemente suicida.	217
La fe en todos tiempos.	218

APÉNDICES DEL TOMO 1.º

Apéndice A. —Los clásicos paganos y los autores cristianos.	219
Respuesta á los argumentos del P. Daniel.	221
Respuesta á las incertidumbres del P. de Valroger.	231
Consulta de Mgr. Baillargeon, Obispo de Tloa.	232
Discurso de Mgr. Freppel, Obispo de Angers.	235
Breve de Pio IX á Mgr. Gaume.	237
Opinion de Mgr. Phlippi, Obispo de Áquila.	239
Opinion de Mgr. de Avanzo, Obispo de Calvi.	240
Opinion de Mgr. de Ladoue, Obispo de Nevers.	240
Lo que era un Breve á los ojos de Fenelon.	241
Breve de Pio IX al Obispo de Calvi.	242
Funesta influencia de los escritos de Homero segun Platon.	243
Comparacion dolorosa.	249
Apéndice B. —Las principales decisiones dogmáticas emanadas de la Santa Sede.	251
Breve de Pio IX condenando la Constitucion civil del clero.	252
Encíclica de Gregorio XVI á todos los obispos.	261
Encíclica de Gregorio XVI condenando las <i>Palabras de un creyente</i>	274

	Págs.
Las diez y ocho proposiciones dadas á firmar á los Herminianos.	280
Ultima declaracion firmada por M. Bautain.	284
Proposiciones condenadas en los tratados de Teodicea y Lógica del profesor Ubaghs.	285
Decreto de Gregorio XVI contra el libro de Francisco Forti.	287
Encíclica de Pio IX contra los errores acerca de la revelacion.	290
Breve del mismo condenando de nuevo el Hermetismo.	297
Encíclica del mismo á los obispos de Francia.	298
Proposiciones aprobadas por la Congregacion del Indice contra el racionalismo.	305
Quince proposiciones formuladas por M. Branche-reau reprobadas en Roma.	306
Cartas apostólicas de Pio IX sobre los errores principales de los escritos de Gunther.	308
Encíclica <i>Quanta Cura</i> de Pio IX.	311
<i>Syllabus</i> ó indice de los errores modernos.	323
Decretos del Concilio Vaticano.	337
Reglas de fe ortodoxa.	360

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.



